

RICHARD MATHESON

Pesadilla a 20.000 pies
y otros relatos insólitos y terroríficos



Lectulandia

Richard Matheson nació en New Jersey (Estados Unidos) en 1926 y estudió periodismo en la universidad de Missouri. Como no encontraba un trabajo fijo en ningún periódico, decidió convertirse en “freelancer”. Envío un primer relato, “Nacido de hombre y mujer”, una recreación moderna del clásico “Frankenstein” de Mary Shelley, a la revista “Magazine of Fantasy and Science Fiction”, que lo publicó con gran éxito en 1950. Seducido por el mundo del cine, escribió guiones, y en 1957 llegó a un acuerdo con la Universal para adaptar su novela “El hombre menguante”, película esencial en la historia del cine fantástico.

“Pesadilla a 20.000 pies y otros relatos insólitos y terroríficos” reúne los mejores cuentos de terror de Matheson, algunos de ellos convertidos en episodios de la serie televisiva de culto “The Twilight Zone”, emitida en los sesenta, y ahora en DVD.

Considerado por Ray Bradbury como uno de los más importantes escritores del siglo xx, y por Stephen King, al que dedica el volumen, como su maestro, Matheson ha escrito algunas obras fundamentales de la moderna literatura fantástica, como “Soy leyenda” (1954), o la citada “El hombre menguante” (1956).

“Cuando pensabas que el relato se iba a acabar —recuerda Stephen King—, cuando tus nervios ya no podían seguir soportándolo, entonces Matheson encendía el turbo y pasaba a la máxima potencia... Cuando la gente habla del género de terror, supongo que mi nombre es lo primero que menciona, pero sin **Richard Matheson** yo no estaría aquí”.

Lectulandia

Richard Matheson

Pesadilla a 20.000 pies
y otros relatos insólitos y terroríficos

ePub r1.0

orhi & GONZALEZ 23.04.14

Título original: *Nightmare at 20,000 Feet: Horror Stories*

Richard Matheson, 2002

Traducción: Santiago García

Ilustración de cubierta: Ravenwood

Editor digital: GONZALEZ & orhi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Stephen King,
con gran admiración,
por recoger el testigo
y llevarlo hasta el final*

INTRODUCCIÓN

POR STEPHEN KING

Decir que Richard Matheson inventó el cuento de horror sería tan ridículo como decir que Elvis Presley inventó el *rock and roll*. ¿Qué pasa entonces, gritarían los puristas, con Chuck Berry, Little Richard, Stick McGhee, los Robins y docenas de otros artistas? Lo mismo se puede decir del género de horror, que es el equivalente literario del *rock and roll*, un porrazo rápido en la cabeza que te altera los nervios y hace que se te queden agradablemente doloridos.

Antes de Matheson hubo docenas, que se remontan al autor de la historia de Grendel, y a Mary Shelley, Horace Walpole, y Edgar Allan Poe, y Bram Stoker, y H. P. Lovecraft, y...

Pero, al igual que el *rock and roll*, o cualquier otro género que se introduzca a través de las terminaciones nerviosas, el horror debe regenerarse constantemente y renovarse o morir.

A principios de los cincuenta, cuando *Weird Tales* estaba muriendo su lenta muerte y Robert Bloch, el escritor de horror más importante del momento, se había pasado a los relatos psicológicos (y al mismo tiempo Fritz Leiber, a quien podemos considerar el igual de Bloch, había caído en un extraño silencio momentáneo) y el género languidecía en calma chicha, llegó Richard Matheson como un rayo de puro ozono.

Él solo se bastó para regenerar un género estancado, rechazando las convenciones de los *pulps* que ya estaban moribundas e incorporando a sus obras impulsos e imágenes sexuales de la misma manera que Theodore Sturgeon había empezado a hacer en la ciencia ficción, y escribiendo una serie de historias cortas y estruendosas que fueron como fogonazos de una tormenta eléctrica.

¿Qué recuerdo de aquellas historias?

Recuerdo lo que me enseñaron; lo que el regenerador más reciente del rock, Bruce Springsteen, transmite en una de sus canciones: no te retires nunca, chaval, no des tregua. Cuando pensabas que se tenía que acabar, cuando tus nervios ya no podían seguir soportándolo, entonces era cuando Matheson encendía el turbo y pasaba a la máxima potencia. Nunca aflojaba. Era implacable. Los tonos barrocos de Lovecraft, la ferviente prosa de los *pulps*, las insinuaciones sexuales, habían desaparecido por completo. Ahora te enfrentabas a un impulso tan puro que sólo las relecturas revelaban el ingenio, la astucia y el dominio de Matheson.

Cuando la gente habla de este género, supongo que mi nombre es el primero que menciona, pero sin Richard Matheson, yo no estaría aquí. Él es mi padre tanto como Bessie Smith fue la madre de Elvis Presley. Llegó cuando le necesitábamos, y estas historias conservan todo su hipnótico atractivo original.

Una advertencia: quedan en manos de un escritor que no pide cuartel y tampoco lo da. Les va a dejar secos... y cuando cierren este volumen les habrá entregado el mayor regalo que puede dar un escritor: querrán más.

PESADILLA A 20.000 PIES

(Nightmare at 20,000 Feet, 1962)

—Los cinturones, por favor —dijo animadamente la azafata al pasar a su lado.

Casi al mismo tiempo que lo dijo, el rótulo sobre el arco de la entrada que comunicaba con el compartimento delantero se iluminó —ABRÓCHENSE LOS CINTURONES— con su correspondiente advertencia inferior: NO FUMAR. Wilson tomó una bocanada profunda y la exhaló a borbotones, y luego espachurró el cigarrillo sobre el cenicero del reposabrazos con un gesto irritado, como si estuviera dando puñaladas.

Fuera, uno de los motores tosió monstruosamente, vomitando una nube de vapores que se fragmentó en la atmósfera nocturna. El fuselaje empezó a temblar y Wilson, echando un vistazo por la ventana, vio la emisión de llamas surgiendo de la barquilla del motor. El segundo motor tosió, luego rugió, su turbina convertida instantáneamente en un borrón de revoluciones. Con tensa docilidad, Wilson se abrochó el cinturón sobre el regazo.

Ya estaban funcionando todos los motores, y la cabeza de Wilson palpitaba al unísono con el fuselaje. Permaneció muy rígido, mirando el asiento que tenía delante, mientras el DC-7 rodaba sobre la plataforma de estacionamiento, calentando la noche con el atronador estallido de sus escapes.

Se detuvo al borde de la pista de despegue. Wilson observó a través de la ventana el inmenso resplandor de la terminal. Pensó que a última hora de la mañana, duchado y vestido con ropa limpia, estaría sentado en el despacho de otro contacto, discutiendo otro negocio dudoso, cuyo resultado neto no añadiría ni una pizca de sentido a la historia de la humanidad. Era todo tan condenadamente...

Wilson tragó saliva cuando los motores empezaron su carrera de calentamiento previa al despegue. El sonido, que ya era fuerte, se volvió ensordecedor; oleadas de sonido que chocaban contra los oídos de Wilson como bastonazos. Abrió la boca como para dejar que se derramaran. Sus ojos se vidriaron como los de un hombre enfermo, sus manos se apretaron en garras tensas.

Dio un respingo, retrayendo las piernas, al sentir que le tocaban el brazo. Apartando la cabeza de golpe, vio a la azafata que le había recibido en la puerta. Le estaba sonriendo.

—¿Se encuentra bien? —Apenas consiguió distinguir sus palabras.

Wilson apretó los labios y agitó la mano ante ella como si quisiera espantarla. Su

sonrisa centelleó con un resplandor excesivo, y luego se extinguió cuando se dio la vuelta y se alejó.

El avión empezó a moverse. Al principio de forma letárgica, como un coloso que se esforzara por levantar la carga de su propio peso. Luego con más velocidad, sacudiéndose la resistencia de la fricción. Wilson, volviéndose a la ventanilla, vio la pista oscura corriendo a su lado cada vez más rápido. Se produjo un gemido mecánico en el extremo del ala cuando bajaron los alerones. Entonces, de forma imperceptible, las ruedas gigantes comenzaron a perder contacto con el suelo, y la tierra empezó a quedarse atrás. Debajo, centellearon los árboles, los edificios, las flechas de mercurio de los faros de los coches. El DC-7 se escoró lentamente a la derecha, elevándose hacia el resplandor gélido de las estrellas.

Por fin se enderezó, y los motores parecieron detenerse hasta que el oído de Wilson, al ajustarse, captó el murmullo de su velocidad de crucero. Un momento de alivio liberó sus músculos, transmitiéndole cierta sensación de bienestar. Luego pasó. Wilson permaneció sentado e inmóvil, mirando el cartel de PROHIBIDO FUMAR hasta que se apagó con un parpadeo, y entonces encendió un cigarrillo rápidamente. Rebuscó en la bolsa trasera del asiento que tenía delante y sacó su periódico.

Como de costumbre, el mundo se encontraba en un estado similar al suyo. Fricciones en círculos diplomáticos, terremotos y tiroteos, asesinatos, violaciones, tornados y colisiones, conflictos económicos, crimen organizado. Dios está en el Cielo y todo está en paz en la Tierra, pensó Arthur Jeffrey Wilson.

Quince minutos después, abandonó el periódico. Tenía el estómago fatal. Echó un vistazo al cartel de los dos lavabos. Ambos, iluminados, decían OCUPADO. Sacó su tercer cigarrillo desde el despegue y, apagando la luz de arriba, miró a través de la ventanilla.

A lo largo de toda la cabina, la gente ya estaba apagando las luces y reclinando los asientos para dormir. Wilson miró su reloj. Las once y veinte. Resopló cansinamente. Como se temía, las píldoras que había tomado antes de embarcar no le habían hecho el menor bien.

Se levantó bruscamente cuando la mujer salió del lavabo. Agarró su bolsa y avanzó por el pasillo.

Como era de esperar, su organismo no estaba cooperando. Wilson se levantó con un gemido de cansancio y se ajustó las ropas. Tras lavarse las manos y la cara, sacó el juego de aseo de la bolsa y exprimó un hilo de pasta sobre su cepillo de dientes.

Mientras se cepillaba, con una mano agarrada a la mampara para sujetarse, echó un vistazo a través de la portilla. A unos metros de distancia estaba el azul pálido de la hélice interior. Wilson visualizó lo que ocurriría si se soltara y, como un cuchillo de carnicero de tres hojas, viniera dando vueltas hacia él.

Se produjo un encogimiento repentino en su estómago. Wilson tragó

instintivamente, y un poco de saliva con sabor a dentífrico bajó por su garganta. Boqueando, se volvió y escupió en la pila, y luego, apresuradamente, se lavó la boca y bebió un trago. Santo Cielo, ojalá hubiera podido ir en tren. Tendría su propio compartimento, daría un paseo ocasional hasta el vagón cafetería, se sentaría en un sillón con una bebida y una revista. Pero en este mundo no disponía de tanto tiempo ni de tanta fortuna.

Estaba a punto de recoger el juego de aseo cuando su mirada se detuvo en el paquete de hule que llevaba en la bolsa. Vaciló; luego, dejando el pequeño maletín sobre la pila, sacó el paquete y lo abrió sobre su regazo.

Se quedó sentado, mirando la engrasada simetría de la pistola. Ya hacía casi un año que la llevaba encima. Al principio, cuando se le ocurrió, fue por el dinero que transportaba, para protegerse de un atraco, para estar a salvo de las pandillas juveniles de las ciudades que tenía que visitar. Pero, en el fondo, siempre había sabido que sólo había una razón válida. Una razón en la que pensaba todos los días. Qué sencillo sería... aquí, ahora...

Wilson cerró los ojos y tragó saliva rápidamente. Todavía podía saborear la pasta dentífrica en la boca, un leve picor de menta en flor. Se quedó sentado sobre el frío palpitante del inodoro, con el aceitoso revólver en las manos. Hasta que, de pronto, empezó a estremecerse de forma incontrolable. ¡Dios, déjame!, gritó su mente con brusquedad.

—Déjame, déjame —apenas reconoció el lloriqueo en sus oídos.

Bruscamente, Wilson se irguió en el asiento. Con los labios apretados, envolvió otra vez la pistola y la arrojó a la bolsa, puso la cartera encima y cerró la cremallera de la bolsa. Se levantó, abrió la puerta y salió al exterior, volvió a apresuradamente a su plaza y se sentó, deslizando el bolso de viaje hasta su sitio exacto. Ajustó el regulador del reposabrazos y se reclinó hacia atrás. Era un hombre de negocios y tenía negocios que hacer por la mañana. Así de sencillo. Su cuerpo necesitaba sueño, y él le daría sueño.

Veinte minutos después, Wilson se inclinó lentamente y apretó el botón, enderezando el asiento, su cara una máscara de derrota. ¿Por qué combatirlo?, pensó. Era obvio que iba a permanecer despierto. No había más que hablar.

Había terminado más de la mitad del crucigrama cuando dejó que el papel cayera sobre sus piernas. Sus ojos estaban demasiado cansados. Irguiéndose, giró los hombros, estirando los músculos de la espalda.

¿Ahora qué?, pensó. No quería leer, no podía dormir. Y todavía faltaban —comprobó su reloj— entre siete y ocho horas para llegar a Los Ángeles. ¿Cómo iba a pasarlas? Echó un vistazo a la cabina y vio que, excepto un único pasajero en el compartimento delantero, todos estaban dormidos.

Una furia repentina y abrumadora le invadió. Quería chillar, tirar algo, golpear a

alguien. Apretó los dientes con tanta rabia que le dolieron las mandíbulas, corrió las cortinillas con mano temblorosa y lanzó una mirada asesina a través de la ventana.

Fuera, vio las luces de las alas que parpadeaban encendiéndose y apagándose, y los relámpagos chillones del escape de las cubiertas de los motores. Ahí era donde estaba, pensó; a veinte mil pies sobre la tierra, atrapado en un cascarón aullante y mortal, atravesando la noche polar hacia...

Wilson dio una sacudida cuando un relámpago blanqueó el cielo, derramando su falso día sobre el ala. Tragó saliva. ¿Es que iba a haber tormenta? La idea de la lluvia y los fuertes vientos, del avión como una astilla en el mar del cielo, no era agradable. Wilson era mal aviador. El exceso de movimiento siempre le ponía malo. Tal vez debería haberse tomado otro par de dramaminas para asegurarse. Y, por supuesto, su asiento estaba al lado de la puerta de emergencia. Imaginó que se abría accidentalmente; imaginó que era absorbido fuera del avión y que caía, chillando.

Wilson pestañeó y agitó la cabeza. Sintió un leve cosquilleo en la nuca al pegarse a la ventanilla y mirar al exterior. Se quedó inmóvil, bizqueando. Podría haber jurado...

De pronto, los músculos de su estómago se sacudieron violentamente y forzó la vista. Había algo arrastrándose sobre el ala.

Wilson sintió un temblor repentino y nauseabundo en el estómago. Santo Cielo, ¿es que algún perro o algún gato se había subido al avión antes del despegue y había conseguido agarrarse de alguna forma? Era una idea escalofriante. El pobre animal estaría enloquecido por el terror. Sin embargo, ¿cómo habría podido encontrar algún asidero en la superficie bruñida y barrida por el viento? Tenía que ser imposible. Puede que en realidad se tratara de un pájaro o...

El relámpago centelleó y Wilson vio que era un hombre.

No pudo reaccionar. Estupefacto, observó la figura negra arrastrándose sobre el ala. Imposible. En algún lugar, envuelta en capas de aturdimiento, una voz se lo decía, pero Wilson no la escuchó. De lo único que era consciente era del palpitir titánico y casi desgarrador de su corazón... y del hombre que había fuera.

De pronto, como si le hubieran arrojado agua helada encima, se produjo una reacción; su mente saltó en busca del refugio de una explicación. Debido a algún descuido increíble, un mecánico había despegado con el avión y había conseguido aferrarse a él, aunque el viento le había arrancado las ropas, aunque el aire era escaso y casi gélido.

Wilson no se dio tiempo para contradecirse. Poniéndose en pie de un salto, gritó:

—¡Azafata! ¡Azafata!

Su voz fue un sonido hueco y repiqueteante en la cabina. Clavó el dedo en el timbre para llamarla.

—¡Azafata!

Llegó corriendo por el pasillo, su rostro tenso por la alarma. Cuando vio su mirada, se quedó paralizada.

—¡Hay un hombre ahí fuera! ¡Un hombre! —gritó Wilson.

—¿Qué? —La piel se estiró en sus mejillas, alrededor de sus ojos.

—¡Mire, mire! —con mano temblorosa, Wilson se dejó caer de nuevo sobre su asiento y señaló la ventanilla—: Está arrastrándose hacia...

Las palabras terminaron con un gorgoteo ahogado en su garganta. No había nada en el ala.

Wilson se quedó sentado, temblando. Durante un rato, antes de volverse, contempló el reflejo de la azafata en la ventanilla. Tenía una expresión vacía en el rostro.

Por fin, se volvió y la miró. Vio sus labios rojos separarse como si quisiera hablar, pero no dijo nada, sólo volvió a unir los labios y a tragar. Un intento de sonrisa distendió brevemente sus rasgos.

—Lo siento —dijo Wilson—. Debe de haber sido una...

Se detuvo como si hubiera terminado la frase. Al otro lado del pasillo una adolescente le miraba con la boca entreabierta, presa de una curiosidad soñolienta.

La azafata se aclaró la garganta.

—¿Necesita algo? —preguntó.

—Un vaso de agua —dijo Wilson.

La azafata se dio la vuelta y volvió por el pasillo.

Wilson tomó una honda bocanada de aire y se apartó del escrutinio de la jovencita. Se sentía como si no hubiera pasado nada. Eso era lo que más le desconcertaba. ¿Dónde estaban las visiones, los gritos, el golpear de puños sobre las sienes, el arrancarse los pelos?

Cerró bruscamente los ojos. Había un hombre, pensó. Había un hombre, de verdad. Por eso se sentía igual. Y sin embargo, no podía haberlo habido. Lo sabía con toda claridad.

Wilson permaneció sentado con los ojos cerrados, preguntándose qué estaría haciendo en aquellos momentos Jacqueline si estuviera en el asiento de al lado. ¿Estaría en silencio, atónita, sin habla? ¿O estaría, de una manera más comprensiva, haciendo todo tipo de aspavientos, sonriendo, charlando, fingiendo que no lo había visto? ¿Qué pensarían sus hijos? Wilson sintió que un sollozo seco amenazaba con estallar en su pecho. Oh, Dios...

—Su agua, señor.

Con una sacudida, Wilson abrió los ojos.

—¿Quiere una manta? —preguntó la azafata.

—No —agitó la cabeza—. Gracias —añadió, preguntándose por qué estaba siendo tan educado.

—Si necesita cualquier cosa, sólo tiene que llamar —dijo.

Wilson asintió.

Detrás de él, mientras permanecía sentado con el vaso de agua sin tocar en la mano, oyó las voces ahogadas de la azafata y de uno de los pasajeros. Dolido, Wilson se puso tenso. Se inclinó bruscamente y, teniendo cuidado de no derramar el agua, sacó la bolsa de viaje. La abrió, extrajo la caja de somníferos y se tragó dos. Estrujó el vaso vacío, lo introdujo en el bolsillo del asiento que tenía delante, y luego, sin mirar, corrió las cortinillas. Ya está... se acabó. Una alucinación no significaba que estuviera loco.

Wilson se giró sobre el costado derecho e intentó mantenerse firme contra el movimiento entrecortado de la nave. Tenía que olvidarlo, eso era lo más importante. No podía seguir dándole vueltas. Inesperadamente, descubrió que una sonrisa irónica se formaba en sus labios. Bueno, por Dios, al menos nadie podría acusarle de tener alucinaciones vulgares. Cuando se ponía, lo hacía a lo grande. Un hombre desnudo arrastrándose sobre el ala de un DC-7 a veinte mil pies... era una fantasía digna del más noble de los lunáticos.

Su humor se esfumó rápidamente. Wilson sintió un escalofrío. Había sido tan clara, vivida. ¿Cómo habían podido ver sus ojos algo que no existía? ¿Cómo había podido lo que estaba en su mente hacer que el acto físico de ver sirviera a sus propósitos de una forma tan completa? No se sentía aturdido, ni mareado, ni había sido una visión amorfa y vaporosa. Había sido claramente tridimensional, había formado por completo parte de las cosas que veía y que sabía que eran reales. Eso era lo que le asustaba. No había tenido la menor cualidad onírica. Había mirado el ala y...

Con un impulso, Wilson retiró la cortinilla.

En el primer instante, no supo si sobreviviría. Parecía que todo el contenido de su pecho y de su estómago se estuviera hinchando horriblemente, el sobrante subiéndole por la garganta y la cabeza, ahogándole la respiración, apretándole los ojos. Prisionero en aquella masa hinchada, su corazón palpitó acongojado, amenazando con reventar su envoltorio mientras Wilson permanecía sentado, paralizado.

Apenas a un palmo, separado de él por el grosor de un trozo de cristal, el hombre le estaba mirando.

Era un rostro repugnantemente maligno, no era un rostro humano. Su piel era mugrienta, de una aspereza de anchos poros; la nariz era un bulto achatado y descolorido; los labios estaban deformes, agrietados, separados por dientes de un tamaño grotesco y forma retorcida; los ojos estaban hundidos y eran pequeños... y no parpadeaban. El conjunto estaba enmarcado por un pelo revuelto y sucio que brotaba también en tupidos mechones de los oídos y la nariz del hombre, como si fuera un pájaro, y que bajaba por sus mejillas.

Wilson se quedó clavado a su asiento, incapaz de dar respuesta. El tiempo se detuvo y perdió su significado. Todas las funciones y análisis cesaron. Todo se quedó paralizado en el hielo del estupor. Sólo continuó el latido del corazón, como un saltar frenético en la oscuridad. Wilson no era capaz ni de parpadear. Con los ojos abiertos, sin aliento, devolvía la mirada de la criatura.

Entonces, bruscamente, cerró los ojos y su mente, libre de la visión, se recompuso. No está ahí, pensó. Apretó los dientes, el aliento temblando en sus narices. No está ahí, sencillamente no está ahí.

Aferrando los reposabrazos con dedos que se volvían pálidos en los nudillos, Wilson fortaleció su ánimo. Ahí fuera no hay ningún hombre, se repitió. Era imposible que hubiera un hombre ahí fuera, agazapado en el ala, mirándole.

Abrió los ojos...

... y se encogió sobre el asiento con una bocanada de aire jadeante. El hombre no sólo seguía allí, sino que estaba sonriendo. Wilson cerró los dedos y se clavó las uñas en las palmas hasta que el dolor fue intenso. Siguió así hasta que no quedó duda alguna en su mente de que estaba completamente despierto.

Entonces, poco a poco, con el brazo tembloroso y entumecido, Wilson se estiró hacia el timbre para llamar a la azafata. No volvería a cometer el mismo error: gritar, levantarse de un salto, alarmar a la criatura para que huyera. Empezó a levantar lentamente el brazo, con un temblor horrorizado en los músculos porque el hombre le estaba observando, los ojuelos siguiendo el movimiento de su brazo.

Apretó el botón cautelosamente una, dos veces. Venga ahora, pensó. Venga ahora con sus ojos objetivos y vea lo que yo veo... Pero dese prisa.

Oyó cómo se retiraba una cortina en la parte posterior de la cabina y, de pronto, su cuerpo se puso rígido. El hombre había girado su monstruosa cabeza en aquella dirección. Paralizado, Wilson le miró. Aprisa, pensó. ¡Por amor de Dios, dese prisa!

Se acabó en un segundo. Los ojos del hombre volvieron a mirar a Wilson, en sus labios una sonrisa de astucia monstruosa. Luego, con un salto, desapareció.

—¿Qué desea?

Por un instante, Wilson sintió la angustia absoluta de la locura. Su mirada no dejaba de saltar del sitio donde había estado el hombre a la cara inquisitiva de la azafata, y así una y otra vez. De vuelta a la azafata, y otra vez al ala, y de nuevo a la azafata, el aliento contenido, los ojos desquiciados por el pavor.

—¿Qué ocurre? —preguntó la azafata.

Fue la mirada en su rostro la que lo provocó. Wilson suprimió sus emociones. Nunca le creería. Lo comprendió en un instante.

—Lo... lo siento —balbució. Tragó tan secamente que produjo un sonido gorgoteante en su garganta—. No es nada... Discúlpeme.

Resultaba obvio que la azafata no sabía qué decir. Seguía inclinándose contra el

movimiento de mecedora de la nave, con una mano agarrada al respaldo del asiento que había al lado del de Wilson, y la otra moviéndose blandamente por la costura de la falda. Sus labios estaban levemente separados, como si quisiera hablar pero no pudiera encontrar las palabras.

—Bueno —dijo por último, y se aclaró la garganta—. Si... necesita algo.

—Sí, sí. Gracias. ¿Vamos a... meternos en una tormenta?

La azafata sonrió apresuradamente.

—Una pequeñita —dijo—. Nada de lo que preocuparse.

Wilson asintió con breves sacudidas. Luego, mientras la azafata se alejaba, tomó aliento violentamente y notó cómo le ardían las narices. Estaba seguro de que ya le tomaba por loco, pero no sabía qué hacer porque en sus cursillos de preparación no le habían dado instrucciones sobre cómo ocuparse de los pasajeros que creyeran ver hombrecillos agazapados en el ala.

¿Que creyeran?

Wilson giró la cabeza bruscamente y miró al exterior. Miró la silueta oscura del ala, la llamarada de los escapes, las luces parpadeantes. Había visto al hombre, eso podía jurarlo. ¿Cómo podía ser plenamente consciente de todo lo que le rodeaba, como podía estar cuerdo en todos los sentidos, y al mismo tiempo imaginar algo así? ¿Era lógico que la mente, al desmoronarse, en lugar de distorsionar toda la realidad, insertara una visión extraña en el conjunto todavía intacto de los detalles?

No, no era lógico en absoluto.

De pronto, Wilson pensó en la guerra, en las noticias de los periódicos que hablaban de la existencia de supuestas criaturas en el cielo que habían hostigado a los pilotos aliados durante sus misiones. Recordaba que les llamaban *gremlins*. ¿Existían realmente unos seres así? ¿Existían realmente en las alturas, sin caer nunca, cabalgando en el viento, en apariencia dotados de masa y peso, y sin embargo inmunes a la gravedad?

Estaba pensando en eso cuando el hombre volvió a aparecer.

El ala estaba vacía. Y de pronto, descendiendo en arco, el hombre cayó de un salto sobre ella. No pareció que produjera ningún impacto. Aterrizó de forma insegura, con sus brazos cortos y peludos estirados como para mantenerse en equilibrio. Wilson se puso tenso. Sí, había inteligencia en su mirada. El hombre —¿podía pensar en él como un hombre?—, de alguna forma comprendía que había engañado a Wilson para que llamase a la azafata en vano. Wilson sintió que temblaba, alarmado. ¿Cómo podía demostrar a los demás la existencia del hombre? Miró a su alrededor con desesperación. La muchacha del otro lado del pasillo. Si le hablaba suavemente y la despertaba, ella podría...

No, el hombre se alejaría de un salto antes de que pudiera verle. Probablemente a lo alto del fuselaje, donde nadie podría verle, ni siquiera los pilotos desde su carlinga.

Wilson sintió un repentino estallido de autorreproche por no haber comprado aquella cámara que Walter había pedido. Santo Cielo, pensó, si pudiera sacar una foto de aquel hombre.

Se inclinó hacia la ventanilla. ¿Qué estaba haciendo?

Bruscamente, la oscuridad pareció apartarse de un salto. El relámpago pintó de blanco el ala y Wilson lo vio. Como un niño curioso, el hombre estaba agachado sobre el borde oscilante del ala, estirando su mano derecha hacia una de las turbinas giratorias.

Mientras Wilson lo observaba, fascinadamente horrorizado, la mano del hombre se acercó cada vez más a la turbina borrosa hasta que, de pronto, se apartó de golpe y los labios del hombre se fruncieron en un grito sin sonido. ¡Había perdido un dedo!, pensó Wilson, asqueado. Pero, de inmediato, el hombre volvió a estirar la mano, su nudoso dedo extendido, la imagen de un niño monstruoso intentando detener el giro de la paleta de un ventilador.

Si no hubiera estado tan admirablemente fuera de lugar, habría sido divertido, pues, visto de forma objetiva, el hombre, en aquel momento, era una imagen cómica: un duende de cuento de hadas que había cobrado vida, con el viento azotándole la cabeza y el cuerpo, toda su atención concentrada en el giro de la hélice. ¿Cómo podía inventarse aquella locura?, pensó repentinamente Wilson. ¿Qué podía revelarle sobre sí mismo aquel pequeño horror burlesco?

Una y otra vez, con Wilson observándole, el hombre estiró la mano. Una y otra vez retiró los dedos, a veces incluso metiéndoselos en la boca como para enfriarlos. Y siempre echaba un vistazo por encima del hombro y miraba a Wilson, según parecía para cerciorarse de que seguía allí. Lo sabe, pensó Wilson. Sabe que esto es un juego entre los dos. Si consigo que alguien le vea, pierde. Si yo soy el único testigo, gana. La leve sensación de diversión desapareció. Wilson apretó los dientes. ¿Por qué demonios no le veían los pilotos?

El hombre, ya sin interés por la turbina, se estaba sentando sobre la cubierta del motor como si fuera a horcajadas de un caballo. Wilson se quedó mirándole. Bruscamente, un escalofrío se deslizó por su espalda. El hombrecillo estaba tirando de las planchas que envolvían el motor, intentando meter las uñas debajo de ellas.

Impulsivamente, Wilson estiró la mano y apretó el botón que llamaba a la azafata. La oyó venir desde el fondo de la cabina y, durante un segundo, pensó que había engañado al hombre, que parecía absorto en sus esfuerzos. En el último momento, sin embargo, justo antes de que llegara la azafata, el hombre lanzó una mirada a Wilson. Entonces, como una marioneta a la que retiraran del escenario tirando de sus cables, volvió a salir volando por los aires.

—¿Sí? —le miró temerosamente.

—¿Podría... hacerme el favor de sentarse? —preguntó él.

Ella vaciló.

—Bueno, yo...

—Por favor.

Se sentó cautelosamente en el asiento de al lado.

—¿Qué le ocurre, señor Wilson? —preguntó.

Él reunió valor.

—El hombre sigue fuera —dijo.

La azafata le miró.

—La razón por la que le cuento esto —siguió apresuradamente Wilson— es que ha empezado a manipular uno de los motores.

Ella volvió los ojos instintivamente hacia la ventanilla.

—No, no, no mire —le dijo—. Ahora no está —se aclaró la garganta viscosamente—. Se... aleja cada vez que viene usted.

Una náusea repentina se apoderó de él al comprender lo que ella debía de estar pensando. Al comprender lo que él mismo estaría pensando si alguien le contara una historia semejante, una oleada de aturdimiento pareció recorrerle y pensó: ¡Me estoy volviendo loco!

—La cuestión es —dijo, resistiéndose al pensamiento—, que si no me lo estoy imaginando, la nave está en peligro.

—Sí —dijo ella.

—Lo sé —dijo él—. Cree que he perdido la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo.

—Lo único que pido es lo siguiente —dijo, luchando contra la marea de la ira—. Dígale a los pilotos lo que le he dicho. Pídeles que echen un vistazo a las alas. Si no ven nada... muy bien. Pero si lo ven...

La azafata se quedó sentada en silencio, mirándole. Las manos de Wilson se cerraron en puños que temblaban en su regazo.

—¿Y bien? —preguntó.

Ella se puso en pie.

—Se lo diré —dijo.

Se dio la vuelta y continuó por el pasillo con un movimiento que a Wilson le pareció poco natural, demasiado rápido para ser normal, pero claramente reprimido, como si quisiera asegurarle que no estaba huyendo. Sintió que su estómago se retorció al volver a mirar por el ala.

Bruscamente, el hombre volvió a aparecer, aterrizando en el ala como un grotesco bailarín de ballet. Wilson observó cómo reanudaba su trabajo, montándose sobre el motor con sus piernas gruesas y desnudas y tirando de las planchas.

Bueno, ¿por qué se preocupaba tanto?, pensó Wilson. Aquella miserable criatura no podría arrancar los clavos con las uñas. En realidad, no importaba que los pilotos

le vieran o no, al menos en lo referente a la seguridad del avión. En cuanto a sus propias razones personales...

Justo en ese momento, el hombre levantó el borde de una plancha.

Wilson tragó saliva.

—¡Aquí, rápido! —gritó, observando que la azafata y el piloto salían por la puerta de la carlinga.

Los ojos del piloto se movieron hacia Wilson, y de pronto, bruscamente, empujó a la azafata y avanzó dando tumbos por el pasillo.

—¡Aprisa! —gritó Wilson. Miró por la ventana a tiempo de ver cómo el hombre saltaba hacia arriba. Ya no importaba. Había pruebas.

—¿Qué está pasando? —preguntó el piloto, deteniéndose sin aliento a su lado.

—¡Ha arrancado una de las planchas de los motores! —dijo Wilson con voz temblorosa.

—¿Que ha hecho qué?

—¡El hombre de fuera! —dijo Wilson—. ¡Le digo que ha...!

—¡Señor Wilson, baje la voz! —ordenó el piloto. Wilson dejó caer la mandíbula.

—No sé qué está pasando aquí —dijo el piloto—, pero...

—¡¿Quiere hacer el favor de mirar?! —gritó Wilson.

—Señor Wilson, se lo advierto.

—¡Por el amor de Dios! —Wilson tragó saliva rápidamente, intentando reprimir la rabia cegadora que sentía. Bruscamente, se recostó sobre el asiento y señaló la ventana con la mano paralizada—. ¿Quiere hacer el favor de mirar, por el amor de Dios?

Tomando aliento nerviosamente, el piloto se inclinó. Al momento, su mirada volvió con frialdad a la de Wilson.

—¿Y bien? —preguntó.

Wilson volvió la cabeza. Las planchas estaban en su posición normal.

—Oh, no, espere —dijo antes de que llegara el pavor—. Le vi levantar esa plancha.

—Señor Wilson, si no...

—Le digo que le he visto levantarla —dijo Wilson.

El piloto se quedó mirándole con la misma expresión horrorizada que había mostrado la azafata. Wilson se estremeció violentamente.

—¡Oiga, le he visto! —gritó. El chasquido repentino de su voz le espantó.

Al momento, el piloto estuvo sentado a su lado.

—Señor Wilson, por favor —dijo—. Vale, le ha visto. Pero recuerde que hay más personas a bordo. No debe alarmarlas.

Al principio, Wilson estaba demasiado perturbado para entenderlo.

—¿Quiere decir... quiere decir que usted lo ha visto? —preguntó.

—Por supuesto —dijo el piloto—, pero no queremos asustar a los pasajeros. Compréndalo.

—Por supuesto, por supuesto, yo no quiero...

Wilson sintió un espasmo enroscándosele en la ingle y el bajo vientre. De pronto, apretó los labios y miró al piloto con ojos malévolos.

—Lo comprendo —dijo.

—Lo que tenemos que recordar... —empezó el piloto.

—Es suficiente —dijo Wilson.

—¿Señor?

Wilson se estremeció.

—Váyase de aquí —dijo.

—Señor Wilson, ¿qué...?

—¿Quiere hacer el favor de dejarlo ya?

Con la cara pálida, Wilson se apartó del piloto y miró el ala, con los ojos como piedras.

De pronto, volvió a mirarle.

—¡Esté tranquilo, no volveré a decir otra palabra! —exclamó.

—Señor Wilson, intente comprender nuestra...

Wilson se giró y miró enfurecido el motor. Por el rabillo del ojo, vio a dos pasajeros de pie en el pasillo, mirándole. ¡Idiotas!, estalló su cerebro. Sintió que sus manos empezaban a temblar y, durante unos segundos, tuvo miedo de vomitar. Es el movimiento, se repitió. El avión saltaba en el aire como una barca maltratada por un vendaval.

Se dio cuenta de que el piloto seguía hablándole y, estrechando los ojos, miró el reflejo del hombre en la ventanilla. A su lado, sombríamente muda, la azafata permanecía en pie. Wilson pensó que los dos eran unos idiotas ciegos. No dio muestras de haber notado su partida. Reflejados en la ventanilla, vio que se dirigían hacia la parte trasera de la cabina. Ahora estarán hablando de mí, pensó. Haciendo planes por si me pongo violento.

Deseó que el hombre reapareciese, que arrancase la plancha de la cubierta y que estropease el motor. Le producía un placer rencoroso saber que sólo él se interponía entre la catástrofe y las más de treinta personas que iban a bordo. Si lo deseaba, podía permitir que se produjera una catástrofe. Wilson sonrió sin humor. Menudo suicidio sería ése, pensó.

El hombrecillo volvió a dejarse caer y Wilson vio que lo que había pensado era correcto: el hombre había vuelto a colocar la plancha en su sitio antes de alejarse de un salto. Pues ahora volvía a tirar de ella y la levantaba con facilidad, pelándola como si fuera una piel extirpada por un cirujano grotesco. El movimiento del ala era muy irregular, pero el hombre parecía no tener ninguna dificultad en permanecer

equilibrado.

Wilson volvió a sentir el pánico. ¿Qué podía hacer? Nadie le creía. Si seguía intentando convencerlos, probablemente le reducirían por la fuerza. Si pedía a la azafata que se sentara a su lado, obtendría, en el mejor de los casos, un respiro momentáneo. En el momento en que se fuera o, si no lo hacía, en el momento en que se quedara dormida, el hombre regresaría. Aunque permaneciera despierta a su lado, ¿qué impediría que el hombre manipulase los motores de la otra ala? Wilson se estremeció, con la frialdad del pánico enroscándosele en los huesos.

Santo Cielo, no podía hacer nada.

Dio una sacudida cuando, al otro lado de la ventanilla por la cual observaba al hombrecillo, pasó el reflejo del piloto. La locura de aquel momento casi le hizo desmoronarse; el hombre y el piloto a un palmo el uno del otro, ambos vistos por él pero sin ser conscientes de su mutua presencia. No, no era cierto. El hombrecillo había echado un vistazo sobre su hombro cuando pasó el piloto. Como si supiera que ya no había necesidad de seguir saltando, que la capacidad de Wilson para interferir había llegado a su fin. De pronto, Wilson tembló con una furia cegadora. ¡Te mataré!, pensó, ¡te mataré, sucio animal!

Fuera, el motor vaciló.

Duró sólo un segundo, pero, en ese segundo, a Wilson le pareció que su corazón también se había detenido. Se apoyó contra la ventanilla, mirando. El hombre había doblado la plancha de la cubierta y ahora estaba arrodillado, metiendo una mano curiosa dentro del motor.

—No —Wilson oyó el sollozo de su propia voz suplicante—. No...

Una vez más, el motor falló. Wilson miró alrededor, horrorizado. ¿Es que estaban todos sordos? Levantó la mano para apretar el botón de la azafata, y al momento la retiró. No, le encerrarían, le contendrían de alguna forma. Y él era el único que sabía lo que estaba ocurriendo, el único que podía ayudar.

—Dios... —Wilson se mordió el labio inferior hasta que el dolor le hizo lanzar un gemido. Volvió a darse la vuelta y se sacudió. La azafata corría por el pasillo oscilante. ¡Lo había oído! La observó fijamente y vio que le miraba al pasar junto a su asiento.

Se detuvo tres asientos más allá. ¡Alguien más lo había oído! Wilson observó cómo la azafata se inclinaba, hablando con el pasajero invisible. Fuera, el motor volvió a toser. Wilson giró la cabeza y miró afuera con los ojos inyectados de horror.

—¡Maldito seas! —gimió.

Se volvió de nuevo y vio a la azafata acercarse por el pasillo. No parecía alarmada. Wilson la miró con ojos incrédulos. No era posible. Se dio la vuelta para seguir su movimiento oscilante y la vio entrar en la cocina.

—No —Wilson ya se agitaba tanto que no podía dominarse. Nadie lo había oído.

Nadie lo sabía.

De pronto, Wilson se inclinó y sacó la bolsa de viaje de debajo del asiento. La desabrochó, sacó su maletín y lo arrojó sobre la moqueta. Luego, volviendo a meter la mano, agarró el paquete de hule y lo estiró.

Por el rabillo del ojo, vio volver a la azafata y empujó la bolsa debajo del asiento con los zapatos, colocando el paquete de hule a su lado. Se quedó sentado rígidamente, jadeante, mientras ella pasaba.

Luego se puso el paquete sobre el regazo y lo desenvolvió. Sus movimientos eran tan febriles que la pistola casi se le cayó. La cogió por el cañón, luego apretó la culata con dedos de nudillos blancos y quitó el seguro. Echó un vistazo al exterior y notó que le invadía el frío.

El hombre le estaba mirando.

Wilson apretó sus temblorosos labios. Era imposible que el hombre supiera lo que pretendía hacer. Tragó saliva e intentó recuperar el aliento. Deslizó la mirada hacia donde la azafata estaba ofreciendo unas pastillas al pasajero de más adelante, y luego volvió a mirar el ala. El hombre volvía a dedicarse al motor, metiendo la mano. Wilson apretó la pistola con más fuerza. Empezó a levantarla.

De pronto, la bajó. La ventana era demasiado gruesa. La bala podría rebotar y matar a uno de los pasajeros. Se estremeció y miró al hombrecillo. El motor volvió a fallar y Wilson vio cómo una erupción de chispas proyectaba su luz sobre los rasgos bestiales del hombre. Reunió valor. Sólo había una respuesta.

Bajó la mirada hacia la manecilla de la puerta de emergencia. Tenía una tapa transparente. Wilson la soltó y la dejó caer. Miró al exterior. El hombre seguía allí, agazapado y toqueteando el motor con la mano. Wilson tomó aliento, tembloroso. Apoyó el pie izquierdo sobre la manecilla de la puerta y la probó. Hacia abajo no se movía. Hacia arriba sí daba juego.

Bruscamente, Wilson dejó la pistola sobre su regazo. No había tiempo para discusiones, se dijo a sí mismo. Con manos temblorosas, se abrochó el cinturón sobre los muslos. Cuando se abriera la puerta, se produciría una corriente de aire irresistible. Por la seguridad de la nave, no debía dejarse arrastrar con ella.

Ahora. Wilson volvió a coger la pistola, con el corazón dándole saltos. Tendría que atacar por sorpresa y con mucha precisión. Si fallaba, el hombre podría saltar al otro ala, o aún peor, al fuselaje de la cola, donde podría cortar cables, deformar alerones y alterar el equilibrio de la nave sin que nadie le perturbara. No, ésta era la única manera. Dispararía bajo e intentaría alcanzar al hombre en el pecho o el estómago. Wilson se llenó los pulmones de aire. Ahora, pensó. Ahora.

La azafata se acercó por el pasillo mientras Wilson empezaba a tirar de la manecilla. Durante un momento, paralizada, no pudo hablar. Una mirada de horror estupefacto deformó sus rasgos mientras levantaba una mano como si le estuviese

implorando. Entonces, repentinamente, su voz chilló por encima del ruido de los motores.

—¡Señor Wilson, no!

—¡Atrás! —gritó Wilson, y levantó la manecilla.

Fue como si la puerta desapareciera. Primero la tenía al lado, entre las manos. Al momento siguiente, con un rugido siseante, había desaparecido.

En el mismo instante, Wilson se sintió envuelto por una succión monstruosa que intentó arrancarle de su asiento. La cabeza y los hombros salieron de la cabina y, de pronto, se encontró respirando un aire tenue y gélido. Durante un instante, los tímpanos casi estallando por el estruendo de los motores, los ojos cegados por los vientos árticos, se olvidó del hombre. Le pareció oír un leve chillido en el torbellino que le rodeaba, un grito lejano.

Entonces vio al hombre.

Estaba caminando por el ala, una figura retorcida que se inclinaba hacia delante, con manos en forma de garras que se estiraban impacientes. Wilson levantó el brazo y disparó. La explosión fue como el descorchar de una botella en medio del violento rugido del aire. El hombre se tambaleó, dio unos manotazos y Wilson sintió un rayo de dolor atravesándole la cabeza. Volvió a disparar a bocajarro y vio que el hombre se tambaleaba hacia atrás. Luego, repentinamente, desapareció como si no fuera más sólido que un muñeco de papel arrastrado por un vendaval. Wilson sintió un entumecimiento creciente en el cerebro. Sintió que la pistola caía de sus dedos débiles.

Luego se perdió en la oscuridad invernal.

* * *

Se agitó y murmuró algo. Cierta calidez gorgoteaba en sus venas, sus miembros parecían de madera. En la oscuridad, oyó un sonido de pies arrastrándose, un delicado remolino de voces. Estaba tumbado, boca arriba, encima de algo que se movía, que se sacudía. Un viento frío le rociaba la cara y sentía la superficie inclinarse debajo de él.

Suspiró. El avión había aterrizado y le estaban transportando en camilla. Probablemente tenía una herida en la cabeza, además de que le habían dado una inyección para calmarle.

—La forma más extraña de cometer suicidio de la que haya oído hablar jamás —dijo una voz en algún sitio.

Wilson sintió el placer de la diversión. Quienquiera que hubiera hablado se equivocaba, por supuesto. Como pronto quedaría demostrado, cuando revisaran el motor y examinaran su herida más atentamente. Entonces comprenderían que les

había salvado a todos.

Wilson durmió sin sueños.

VESTIDO DE SEDA BLANCA

(Dress of White Silk, 1951)

Aquí estoy sola y en silencio.

La abuela me encerró en mi cuarto y no me deja salir. Dice que porque ha pasado eso. Creo que he sido mala. Sólo que fue el vestido. O sea el vestido de mamá. Se ha ido para siempre. La abuela dice tu mamá está en el cielo. No sé. ¿Puede ir al cielo si está muerta?

Ahora oigo a la abuela. Está en la habitación de mamá. Está metiendo el vestido de mamá en la caja. ¿Por qué hace siempre eso? Y además lo cierra con llave. Ojalá no lo hiciera. Es un vestido muy bonito y además huele bien. Y da calor. Me encanta pegármelo a la mejilla. Pero no puedo volver a hacerlo. Creo que por eso es por lo que la abuela está enfadada conmigo.

Pero no estoy segura. Hoy ha sido un día como cualquier otro día. Mary Jane vino a casa. Vive al otro lado de la calle. Todos los días viene a casa y juega. Hoy vino.

Tengo siete muñecas y un camión de bomberos. Hoy la abuela dijo juega con tus muñecas y con eso. Me dijo no entres en el cuarto de mamá. Siempre lo dice. Creo que lo que quiere decir es que no lo revuelva. Porque siempre lo está diciendo. No entres en el cuarto de mamá. Sin más.

Pero se está muy bien en el cuarto de mamá. Me meto allí cuando llueve. O cuando la abuela se está echando la siesta. No hago ruido.

Sólo me siento en la cama y toco la colcha blanca. Como cuando era pequeña. La habitación huele dulce.

Me imagino que mamá se está vistiendo y que me deja pasar. Huelo su vestido de seda blanca. Su vestido de noche. Así es como lo llamó no me acuerdo cuándo.

Si escucho con atención lo oigo moverse. Me imagino que la veo sentada al tocador. O sea es como probar un poco de perfume o algo así. Y veo sus ojos oscuros. Lo recuerdo.

Me gusta mucho cuando llueve y veo ojos en la ventana. La lluvia suena como si hubiera un gigante fuera. Dice chist chist para que todo el mundo se esté callado. Me gusta imaginar eso en el cuarto de mamá.

Lo que más me gusta es sentarme al tocador de mamá. Es como rosa y grande y también huele bien. El asiento tiene un almohadón bordado. Hay frascos y frascos con bultos y perfume de colores dentro. Y te puedes ver casi entera en el espejo.

Cuando me siento allí me imagino que soy mamá. Digo calla madre voy a salir y

no puedes impedírmelo. Es algo que digo no sé por qué como si lo oyera dentro de mí. Y oh deja de llorar madre no van a cogerme tengo mi vestido mágico.

Cuando me pongo a fingir me cepillo mi pelo largo. Pero sólo utilizo el cepillo de mi habitación. Nunca utilizo el cepillo de mamá. No creo que la abuela se enfade conmigo por eso porque nunca utilizo el cepillo de mamá. Nunca lo haría.

A veces abro la caja. Porque sé dónde guarda la llave la abuela. La vi una vez cuando ella no sabía que la estaba viendo. Pone la llave en el gancho del armario de mamá. O sea detrás de la puerta.

Podría abrir la caja montones de veces. Porque me gusta mirar el vestido de mamá. Me gusta muchísimo mirarlo. Es muy bonito y es suave como de seda. Podría estar tocándolo un millón de años.

Me arrodillo sobre la alfombra que tiene rosas. Sujeto el vestido en brazos y como que lo respiro. Me lo aprieto contra la mejilla. Ojalá pudiera llevármelo a la cama y abrazarlo. Me gusta. Ahora no puedo. Porque lo dice la abuela. Y dice que debería quemarlo pero la quería mucho. Y llora por el vestido.

Nunca he sido mala con él. Lo vuelvo a guardar como si no lo hubiera tocado. La abuela no se entera. Me reía porque nunca se había enterado antes. Pero ahora creo que sabe lo que he hecho. Y me va a castigar. ¿Qué daño he hecho? ¿No era el vestido de mi mamá?

Lo que más me gusta del cuarto de mamá es mirar la foto de mamá. Tiene una cosa de oro alrededor. La abuela lo llama marco. Está en la pared encima del escritorio.

Mamá es guapa. Tu mamá era guapa dice la abuela. ¿Por qué? Veo a mamá sonriéndome y sí que es guapa. Para siempre.

Su pelo es negro. Como el mío. Sus ojos son como negros y muy bonitos. Su boca es roja rojísima. Me gusta el vestido que lleva y es el blanco. Lo lleva caído desde los hombros. Su piel es blanca casi tan blanca como el vestido. Y también las manos. Es muy guapa. La quiero aunque se haya ido para siempre. La quiero mucho.

Creo que por eso fui mala. O sea con Mary Jane.

Mary Jane vino después de comer como siempre. La abuela se puso a echarse la siesta. Dijo no te olvides de no entrar en el cuarto de tu mamá. Le dije no abuela. Y decía la verdad pero Mary Jane y yo nos pusimos a jugar con el coche de bomberos. Mary Jane dijo te apuesto a que no tienes madre te apuesto a que te lo has inventado todo me dijo.

Me enfadé con ella. Sí que tengo mamá. Me puso furiosa que dijera que me lo había inventado todo. Dijo que era una mentirosa. O sea por lo de la cama y el tocador y el cuadro y el vestido y todo.

Dije bueno te vas a enterar listilla.

Miré el cuarto de la abuela. Seguía echando la siesta. Bajé y le dije a Mary Jane

que subiera porque la abuela no se enteraría.

Después de eso ya no se hizo la listilla. Se rió como se ríe ella. Incluso hizo un ruido como de miedo cuando se golpeó con la mesa en el vestíbulo de arriba. Le dije que era una cagueta. Ella contestó que bueno su casa no era tan oscura. Como que era demasiado.

Entramos en el cuarto de mamá. Estaba tan oscuro que no se podía ver. Dije éste es el cuarto de mi mamá supongo que me lo he inventado.

Ella se quedó junto a la puerta y ya no parecía tan listilla. No dijo ni una palabra. Echó un vistazo alrededor. Dio un salto cuando la cogí del brazo. Venga pasa le dije.

Me senté en la cama y dije ésta es la cama de mi mamá mira lo blanda que es. No dijo nada. Cagueta le dije. De eso nada dijo.

Le dije que se sentara que cómo iba a saber si era blanda si no se sentaba. Se sentó a mi lado. Le dije fíjate qué blanda es. Huele lo dulce que es.

Cerré los ojos pero fue raro porque no era como siempre. Porque Mary Jane estaba allí. Le dije que dejara de palpar la colcha. Tú me has dicho que lo haga me dijo. Bueno pues para ya le dije.

Mira le dije y la levanté. Eso es el tocador. La cogí y la llevé allí. Ella dijo suéltame. Estaba muy silencioso y como siempre. Empecé a sentirme mal. Porque Mary Jane estaba allí. Porque estaba en el cuarto de mi mamá y a mamá no le gustaría que Mary Jane estuviera allí.

Pero tenía que enseñarle las cosas porque tenía que enseñárselas. Le enseñé el espejo. Nos miramos en el espejo. Ella estaba blanca. Mary Jane es una cagueta dije. No lo soy no lo soy dijo ella y además nadie tiene una casa tan silenciosa y tan oscura por dentro. Además huele dijo.

Me enfadé con ella. No no huele dije. Sí que huele dijo tú dijiste que olía. Me enfadé más. Huele a azúcar dijo. En el cuarto de tu mamá huele a gente enferma.

No digas que el cuarto de mi madre es como de gente enferma le dije.

Bueno no me has enseñado ningún vestido y estás mintiendo dijo porque no hay ningún vestido. Sentí mucho calor por dentro así que le tiré del pelo. Te vas a enterar dije vas a ver el vestido de mi mamá y más te vale no llamarme mentirosa.

Le mandé quedarse quieta y saqué la llave del gancho. Me arrodillé. Abrí la caja con la llave.

Mary Jane dijo qué asco huele a basura.

Le clavé las uñas y se separó de mí y se enfadó. No me arañes me dijo y estaba toda roja. Le voy a decir a mi madre lo que has dicho. Y además no es un vestido blanco está sucio y es feo dijo.

No está sucio dije. Lo dije tan alto que no entiendo por qué la abuela no me oyó. Saqué el vestido de la caja. Lo estiré para enseñarle lo blanco que era. Se abrió con un ruido como la lluvia cuando susurra y el extremo tocó la alfombra.

Es blanco dije es blanco y limpio y sedoso.

No dijo estaba muy furiosa y roja tiene un agujero. Yo me enfadé más. Si mi mamá estuviera aquí te ibas a enterar dije. No tienes mamá dijo haciéndome la burla. La odio.

Sí que tengo. Lo dije muy fuerte. Señalé con el dedo el cuadro de mamá. Bueno en esta estúpida habitación oscura no se ve nada dijo ella. Le di un empujón y se pegó con el escritorio. Mira entonces dije mira la foto. Ésa es mi mamá y es la señora más guapa del mundo.

Es fea y tiene manos raras dijo Mary Jane. ¡No tiene dije es la señora más guapa del mundo!

No no lo es dije tiene los dientes salidos.

Ya no me acuerdo de más. Creo que el vestido se movió en mis manos. Mary Jane chilló. No recuerdo el qué. Se puso oscuro y las cortinas estaban cerradas creo y el caso es que no podía ver. No podía oír nada excepto dientes salidos manos raras dientes salidos manos raras aunque ya no lo estaba diciendo nadie.

Hubo algo más porque creo que oí a alguien gritar ¡no le dejes decir eso! Ya no pude seguir sujetando el vestido. Y no recuerdo cómo pero ahora lo tenía puesto. Porque era mayor y fuerte. Pero seguía siendo una niña pequeña o sea por fuera.

Creo que entonces fui malísima.

Creo que la abuela me sacó de allí. No lo sé. Estaba chillando que dios nos ayude ha pasado ha pasado. Una y otra vez. No sé por qué. Me llevó hasta mi habitación y me encerró en ella. No quiere dejarme salir. Bueno no tengo tanto miedo. ¿Qué más da si me encierra un millón de millón de años? Ni siquiera hace falta que me dé la cena. No tengo hambre.

Estoy llena.

HIJO DE SANGRE

(*Drink My Red Blood...*, 1951)

La gente de aquel barrio decidió que Jules estaba definitivamente loco cuando se supo lo de su redacción.

Hacía tiempo que lo sospechaban.

Provocaba que la gente se estremeciera con su mirada perdida. Su lengua ronca y gutural sonaba antinatural en su frágil cuerpo. La palidez de su piel asustaba a muchos niños. Parecía colgarle floja de la carne. Detestaba la luz del sol.

Y sus ideas eran un poco extrañas para la gente que vivía en el barrio.

Jules quería ser un vampiro.

Todos decían que nació una noche en que el viento arrancaba de cuajo los árboles. Decían que había nacido con tres dientes. Decían que los había utilizado para agarrarse al pecho de su madre y sacar sangre con la leche.

Decían que cuando anochecía, cacareaba y ladraba en su cuna. Decían que a los dos meses ya andaba y que se quedaba sentado mirando a la luna cada vez que salía.

Eso era lo que la gente decía.

Sus padres siempre estuvieron muy preocupados por él. Al ser hijo único, notaron sus defectos muy rápidamente.

Creyeron que era ciego hasta que el médico les dijo que sólo tenía la mirada perdida. Les dijo que Jules, con su enorme cabeza, podría ser un genio o un idiota. Resultó que era un idiota.

No dijo ni una palabra hasta que cumplió los cinco años. Entonces, una noche, cuando subía a cenar, se sentó a la mesa y dijo:

—Muerte.

Sus padres se sintieron divididos entre el júbilo y la repugnancia. Por fin se conformaron con un punto intermedio entre ambos sentimientos. Decidieron que Jules no podía saber lo que significaba aquella palabra.

Pero Jules sí lo sabía.

A partir de aquella noche, acumuló un vocabulario tan amplio que todos los que le conocían estaban atónitos. No sólo aprendía todas las palabras que le decían, y las palabras de carteles, revistas y libros; además, se inventaba sus propias palabras.

Como *nocturnal*. O *mataril*. En realidad lo que hacía era fundir varias palabras. Expresaban cosas que Jules sentía pero no podía explicar con otras palabras.

Solía sentarse en el porche mientras los otros niños jugaban a rayuela, al béisbol

callejero y otros juegos. Se quedaba allí sentado y miraba la acera y se inventaba palabras.

Hasta que cumplió los doce años, Jules no se metió en problemas.

Por supuesto, hubo una vez que le pillaron desvistiendo a Olive Jones en un callejón. Y otra vez le pillaron diseccionando un gato en la cama.

Pero pasaron muchos años entre medias. Aquellos escándalos se olvidaron.

En general, durante su infancia se limitó a repugnar a la gente.

Fue a la escuela pero nunca estudió. Repitió dos o tres veces cada curso. Los profesores lo conocían por su nombre de pila. En algunas materias, como lectura y escritura, era casi genial.

En otras era un desastre.

Un sábado, cuando tenía doce años, Jules fue al cine. Vio *Drácula*.

Cuando se acabó, salió caminando, convertido en un manojo de nervios tembloroso, a través de las filas de chicos y chicas.

Se fue a casa y se encerró en el cuarto de baño durante dos horas.

Sus padres aporrearon la puerta y le amenazaron, pero no quiso salir.

Por fin, abrió la puerta y se sentó a la mesa para cenar. Llevaba el pulgar vendado y lucía una sonrisa de satisfacción en la cara.

A la mañana siguiente fue a la biblioteca. Era domingo. Se sentó en los escalones todo el día esperando a que la abrieran. Por fin se volvió a casa.

A la mañana siguiente volvió a la biblioteca, en lugar de ir a la escuela.

Encontró *Drácula* en las estanterías. No pudo sacarlo porque no tenía el carné, y para sacarse el carné tenía que ir con uno de sus padres.

Así que se metió el libro en los pantalones y salió de la librería y nunca lo devolvió.

Se fue al parque, se sentó y leyó el libro entero. Estaba anocheciendo cuando acabó.

Empezó otra vez por el principio, leyendo mientras corría de farola en farola, todo el camino hasta casa.

No hizo ni caso de la reprimenda que le dieron por perderse la comida y la cena. Comió, se metió en su habitación y leyó el libro hasta el final. Le preguntaron de dónde había sacado ese libro. Dijo que se lo había encontrado.

Los días fueron pasando y Jules leyó la historia una y otra vez. Nunca iba a clase.

A última hora de la noche, cuando se había sumido en un sueño agotado, su madre solía llevar el libro al salón y enseñárselo a su marido.

Una noche se dieron cuenta de que Jules había subrayado ciertas frases con líneas oscuras y temblorosas de lápiz.

Como: «Los labios estaban teñidos de carmesí por la sangre fresca, y el chorro había goteado de su mejilla y manchado la pureza de su mortaja de lino».

O: «Cuando la sangre empezó a brotar, tomó mis manos con la suya, sujetándolas firmemente, y con la otra agarró mi cuello y acercó mi boca a su herida...».

Cuando su madre vio aquello, tiró el libro a la basura.

A la mañana siguiente, cuando Jules descubrió que el libro había desaparecido, chilló y no dejó en paz a su madre hasta que le dijo dónde estaba.

Entonces corrió al sótano y rebuscó en los montones de basura hasta que encontró el libro.

Con granos de café y yemas de huevo en las manos y las muñecas, fue al parque y volvió a leerlo.

Durante un mes, leyó el libro con avidez. Al final se lo sabía tan bien que lo tiró y se limitó a pensar en él.

La escuela mandaba notas con sus faltas de asistencia. Su madre gritaba. Jules decidió volver durante un tiempo.

Quería escribir una redacción.

Una día la escribió en clase. Cuando todo el mundo hubo acabado de escribir, la profesora preguntó si alguien quería leer su redacción delante de toda la clase.

Jules levantó la mano.

La profesora se sorprendió. Pero sintió compasión. Quería animarle. Se tocó el pequeño mentón y sonrió.

—Muy bien —dijo—. Prestad atención, niños. Jules va a leernos su redacción.

Jules se levantó. Estaba entusiasmado. El papel temblaba en sus manos.

—Mi sueño, por...

—Ponte delante de la clase, Jules, querido.

Jules fue a la parte delantera de la clase. La profesora le sonrió con ternura. Jules volvió a empezar.

—Mi sueño, por Jules Drácula.

La sonrisa se esfumó.

—Cuando sea mayor quiero ser un vampiro.

Los labios sonrientes de la profesora se movieron arriba y abajo. Sus ojos se abrieron como platos.

—Quiero vivir eternamente y vengarme de todos y enrollarme con todas las chicas vampiras. Quiero oler a muerte.

—¡Jules!

—Quiero tener un aliento nefando que huela a tierra muerta y a criptas y a dulces ataúdes.

La profesora se estremeció. Sus manos sacudieron su cuaderno verde. No podía creer lo que oía. Miró a los niños. Estaban con la boca abierta. Algunos se estaban riendo. Pero las chicas no.

—Quiero ser frío y estar hecho de carne podrida con sangre robada en las venas.

—Con eso bas... ¡ejem!

La profesora se aclaró la garganta sonoramente.

—Con eso basta, Jules —dijo.

Jules habló más fuerte, con desesperación.

—Quiero hundir mis terribles dientes blancos en el cuello de mis víctimas. Quiero que...

—¡Jules! ¡Vuélvete a tu sitio ahora mismo!

—Quiero que se deslicen como navajas en la carne y en las venas —leyó Jules con ferocidad.

La profesora se puso en pie de un salto. Los niños estaban temblando. Ninguno se reía.

—Luego quiero sacar mis dientes y dejar que la sangre fluya en mi boca y corra caliente por mi garganta y...

La profesora le agarró del brazo. Jules se soltó y corrió hasta un rincón. Atrincherado detrás de una silla gritó:

—¡Y que mi lengua gotee y que mis labios se deslicen por el cuello de mis víctimas! ¡Quiero beber la sangre de las chicas!

La profesora se lanzó a por él. Le sacó a rastras del rincón. Él le clavó las uñas y chilló todo el camino hasta la puerta del despacho del director.

—¡Ése es mi sueño! ¡Ése es mi sueño! ¡Ése es mi sueño!

Fue tétrico.

Encerraron a Jules en su cuarto. La profesora y el director hablaron con los padres de Jules. Hablaban con voces sepulcrales.

Estaban relatando la escena.

Los padres la comentaron por todo el barrio. La mayoría no se lo creyó al principio. Creían que sus hijos se lo habían inventado.

Luego pensaron que habían criado unos hijos horribles si eran capaces de inventarse algo así.

Así que lo creyeron.

Después de aquello, todo el mundo vigiló a Jules con ojos de halcón.

La gente evitaba su contacto y su mirada. Los padres sacaban a sus hijos de la calle cuando él se acercaba. Todo el mundo contaba historias de él.

Hubo más faltas de asistencia.

Jules le dijo a su madre que ya no iba a ir a clase. Nada le haría cambiar de idea. No volvió a ir.

Cuando venía un asistente social al apartamento, Jules se subía a los tejados hasta que se marchaba.

Así se pasó un año.

Jules vagabundeaba por las calles, buscando algo; no sabía el qué. Miraba en los

callejones. Miraba en los cubos de basura. Miraba en los solares. Miró en el barrio este y en el barrio oeste y en el de en medio.

No consiguió encontrar lo que quería.

Apenas dormía. Nunca hablaba. Se pasaba todo el tiempo con la mirada baja. Olvidó sus palabras especiales.

Y entonces...

Un día, en el parque, Jules paseaba por el zoo.

Una descarga eléctrica le recorrió cuando vio al murciélago vampiro.

Sus ojos se abrieron de par en par y sus dientes descoloridos brillaron apagados en una ancha sonrisa.

A partir de aquel día, Jules fue a diario al zoo para mirar al murciélago. Le hablaba y le llamaba Conde. En su fuero interno creía que era en realidad un hombre que había cambiado.

Vivió un renacimiento cultural.

Robó otro libro de la biblioteca. Hablaba de la vida salvaje.

Encontró la página que hablaba del murciélago vampiro. La arrancó y tiró el libro.

Se aprendió el capítulo de memoria.

Sabía cómo producía sus heridas el murciélago. Cómo lamía la sangre, como un gatito bebiendo leche. Cómo caminaba con las patas traseras y las alas dobladas como bastones, como si fuera una araña negra y peluda. Por qué no se alimentaba de nada más que sangre.

Mes tras mes, Jules miraba al murciélago y le hablaba. Se convirtió en el único consuelo de su vida. El único símbolo de los sueños convertidos en realidad.

Un día, Jules se dio cuenta de que la parte inferior del alambre que cubría la jaula se había soltado.

Echó un vistazo alrededor, bizqueando con sus ojos negros. No vio a nadie mirando. Era un día nublado. No había muchas personas.

Jules tiró del alambre.

Se movió un poco.

Entonces vio a un hombre salir del pabellón de los monos. Así que retiró la mano y se alejó paseando y silbando una canción que acababa de inventarse.

A última hora de la noche, cuando se suponía que estaba dormido, salía descalzo y pasaba por delante del cuarto de sus padres. Oía a sus padres roncar. Salía a toda prisa, se ponía los zapatos y corría hasta el zoo.

Siempre que el vigilante no estaba cerca, Jules tiraba del alambre.

Iba soltándolo cada vez un poco más.

Cuando había terminado y tenía que volver corriendo a casa, volvía a colocar el

alambre. Así nadie podría notarlo.

Jules se pasaba todo el día en pie delante de la jaula, y miraba al Conde y se reía, y le decía que pronto volvería a estar libre.

Le dijo al Conde todo lo que sabía. Le dijo al Conde que iba a practicar a trepar por los muros cabeza abajo.

Le dijo al Conde que no se preocupara. Que pronto estaría fuera. Y entonces, juntos, podrían ir por ahí bebiendo sangre de chicas.

Una noche, Jules levantó el alambre y se arrastró por debajo hasta meterse en la jaula.

Estaba muy oscuro.

Se arrastró de rodillas hasta la casita de madera. Escuchó para ver si podía oír al Conde chillar.

Metió el brazo por la puerta negra. No dejaba de susurrar.

Dio un salto al sentir un aguijonazo en el dedo.

Con una mirada de inmenso placer en la cara, Jules abrazó al murciélago peludo y aleteante.

Salió de la jaula con él y escapó corriendo del zoo; del parque. Corrió por las calles silenciosas.

Estaba amaneciendo. La luz daba un toque grisáceo a los cielos. No podía ir a casa. Necesitaba algún sitio.

Se metió por un callejón y trepó una valla. Se agarró fuertemente al murciélago. Este lamía el reguero de sangre de su dedo.

Cruzó un patio y llegó a una pequeña chabola desierta.

Dentro estaba oscuro y húmedo. Estaba lleno de cascotes y de latas, y de cartones húmedos y de excrementos.

Jules se aseguró de que el murciélago no tuviera forma de escapar.

Luego cerró la puerta y metió un palo por el agujero.

Sintió que el corazón le latía fuerte y que le temblaban las extremidades. Soltó al murciélago. Voló hasta un rincón oscuro y se colgó de la madera.

Jules se arrancó la camisa, febril. Le temblaban los labios. Sonreía con una sonrisa enloquecida.

Se buscó en el bolsillo de los pantalones y sacó una navajita que había robado a su madre.

La abrió y pasó un dedo sobre el filo. Le cortó la piel.

Con dedos temblorosos, se pinchó la garganta. Se dio un tajo. La sangre corrió entre sus dedos.

—¡Conde! ¡Conde! —gritó con alegría frenética—. ¡Bebe mi sangre roja! ¡Bébeme! ¡Bébeme!

Tropezó con las latas, se resbaló y buscó a tientas al murciélago. Se soltó de la

madera y revoloteó por la chabola hasta posarse al lado contrario.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Jules.

Apretó los dientes. La sangre corría sobre sus hombros y sobre su fino pecho sin pelos.

Su cuerpo tembló, febril. Se tambaleó hacia el lado contrario. Tropezó y sintió cómo su costado se abría con el borde afilado de una lata.

Estiró las manos. Agarró al murciélago. Lo apretó contra su garganta. Se tumbó de espaldas sobre la fresca y húmeda tierra. Suspiró.

Empezó a gemir y a agarrarse el pecho. Su estómago se hinchó. El murciélago negro de su cuello lamía silenciosamente su sangre.

Jules sintió que su vida se escapaba.

Pensó en los años pasados. La espera. Sus padres. La escuela. Drácula. Los sueños. Todo para aquello. Aquella gloria súbita.

Los ojos de Jules parpadearon y se abrieron.

La atmósfera de la nauseabunda chabola se le vino encima.

Le costaba respirar. Abrió la boca para coger aire. Aspiró. Olía mal. Le hizo toser. Su cuerpo delgado se agitó sobre el frío suelo.

Las brumas se deshicieron en su cerebro.

Una a una, como velos que se retirasen.

De pronto, su mente fue invadida por una terrible claridad.

Sintió el dolor en su costado.

Se dio cuenta de que estaba tumbado sobre un montón de basura, medio desnudo, y que estaba dejando que un murciélago bebiera su sangre.

Con un grito estrangulado, estiró la mano y apartó al murciélago palpitante. Lo arrojó lejos de sí. El murciélago volvió, abanicando su cara con sus alas vibrantes.

Jules se puso en pie, tambaleante.

Buscó a tientas la puerta. Apenas podía ver. Intentó impedir que su garganta siguiera sangrando tanto.

Consiguió abrir la puerta.

Entonces, tambaleándose en el patio oscuro, se cayó de bruces sobre la alta hierba.

Intentó pedir ayuda.

Ningún sonido salió de sus labios, salvo una burbujeante parodia de palabras.

Oyó las alas batiendo.

Entonces, de pronto, dejó de oírlas.

Fuertes dedos le levantaron con suavidad. A través de ojos moribundos, Jules vio al hombre alto y oscuro cuyos ojos brillaban como rubíes.

—Hijo mío —dijo el hombre.

A TRAVÉS DE LOS CANALES

(Through Channels, 1951)

Clic.

Zum zum zum.

¿Listo, sargento?

Listo.

Vale. Grabación realizada el quince de enero de mil novecientos cincuenta y cuatro, en la comisaría del distrito veintitrés...

Zum

... en presencia del detective James Taylor y, ah, el sargento Louis Ferazzio.

Zum zum Nombre, por favor.

¿Eh?

¿Cómo te llamas, hijo?

¿Cómo me llamo?

Vamos, hijo, estamos intentando ayudarte.

Zum

L-Leo.

Apellido.

N-no... Leo no.

¿Cuál es tu apellido, hijo?

Vo... Vo...

Muy bien, hijo. Tranquilo.

V-Vogel.

Leo Vogel. ¿Es correcto?

Sí.

¿Dirección?

Avenida J, d-dos mil doscientos treinta.

¿Edad?

Tengo... casi... ¿dónde está... mi madre?

Zum zum

Apáguela un minuto, sargento.

Vale.

Clic

Clic

Zum

Muy bien, hijo. ¿Te sientes mejor ahora?

S-sí. ¿Pero dónde...?

¿Cuántos años tienes?

Qui-quince.

Ahora, vamos a ver, ¿dónde estuviste anoche desde las seis en punto hasta que volviste a casa?

Estuve en... en... en el cine. Mamá me dio... me dio el dinero.

¿Por qué no te quedaste en casa a ver la tele con tus padres?

Porque no. Porque...

¿Sí?

Porque los Le-Lenotti iban a venir a verla con ellos.

¿Vienen a menudo?

N-no. Era la primera vez que... venían.

Ajá. Así que tu madre te mandó al cine.

S-sí.

Sargento, dele al chico un poco de café. Y a ver si puede encontrarle una manta.

Ahora mismo, jefe.

Ahora, ah, hijo, ¿a qué hora saliste del cine?

¿Hora? Yo... no sé a qué hora.

¿Dirías que a eso de las nueve treinta?

Supongo. No sé... q-qué hora. Sólo que...

¿Sí?

Nada.

Bueno, sólo viste un pase, ¿verdad?

Zum

¿Eh?

Viste las películas sólo una vez. No viste ninguna película dos veces, ¿verdad?

No. No, sólo las vi una vez.

Vale. Eso hacen las, ah...

Zum

... aproximadamente las nueve treinta, entonces, cuando saliste del cine, ¿te fuiste a casa directamente?

Sí... O sea, no.

¿Dónde te paraste?

Me tomé una coca-cola en... la tienda.

Ya veo. Y luego te fuiste a casa.

S...

Zum

... sí, luego me fui a casa.

¿La casa estaba a oscuras?

Sí. Pero... nunca ponían la luz cuando veían la tele.

Ajá. ¿Entraste?

S-sí.

Toma un traguito de café, hijo, antes de que se enfríe. Tómatelo con calma, tómatelo con calma, no te ahogues. ¿Vale?

Sí.

Muy bien. Ahora... oh, perfecto. Echela por encima de los hombros, sargento. Bien hecho. ¿Mejor?

Hum

Vale. Continuemos. Y créeme, hijo, cuando te digo que esto no resulta más divertido para nosotros que para ti. Nosotros también lo vimos.

Quiero ver a mi madre. Quiero verla. Por favor, ¿puedo...?

Oh. ¿Dónde he...? Bueno, apáguela, sargento. Toma, chaval. No tienes pañuelo, ¿verdad? Toma. ¿La ha apagado, sargento?

Oh. Ahora mismo.

Zum clic

Clic

Cuando entraste, ¿notaste algo... raro?

¿El qué?

Anoche nos dijiste que oliste algo.

Sí. Era... era... era un olor raro.

¿Algo que conocieras?

¿Eh?

¿Oía a algo que hubieras olido antes?

No. No oía mucho. En el vestíbulo... no.

Muy bien. Así que fuiste al salón.

No. No. Fui... Mamá. ¿Puedo...?

Zum zum

Vamos, hijo, reacciona. Sabemos que lo has pasado mal. Pero estamos intentando ayudarte.

Zum zum zum

Así que, ah, no fuiste al salón. ¿No pensaste que debías mencionar ese olor?

O... oí que estaba puesta y...

¿El qué?

La tele. Pensé... Imaginé que seguían viéndola.

¿Y?

Y a mamá no le gustaba que... l-les interrumpiera. Así que me subí a mi cuarto para no... ya sabe.

Molestarles.

S-sí.

Vale. ¿Cuánto tiempo estuviste ahí arriba?

Estuve... No sé cuánto tiempo estuve. Puede que una hora.

¿Y?

No... no oí ningún ruido abajo.

¿Nada en absoluto?

No. No oí nada en absoluto.

¿Eso no te hizo sospechar?

Sí. Bueno, pensé... que... se tendrían que reír de algo o hablar en voz alta o...

Como una tumba.

Sí. Como una tumba.

¿Fue entonces cuando bajaste?

B-bajé luego. Iba a acostarme. Pensé que...

Querías despedirte.

Sí. Yo...

Zum

¿Bajaste y abriste la puerta del salón?

Sí, yo... sí.

¿Qué viste?

Yo... yo... Oh, no puedo... quiero a mi mamá. Déjenme en paz. ¡Quiero verla!

¡Hijo! Sujétele, sargento. ¡Tranquilo!

Zum zum

Lo siento, chaval. ¿Te ha dolido? Tenía que tranquilizarte. Sé... cómo te sientes, Leo. Nosotros también lo vimos. Nosotros también sentimos asco y... repugnancia.

Zum

Sólo otro par de preguntas y te llevaremos a casa de tu tía. Pero antes, la televisión. ¿Estaba puesta?

Sí. Estaba puesta.

Y... ¿oliste algo?

Sí. Lo mismo que en el vestíbulo. Pero peor. Muchísimo peor.

Ese olor.

Ese olor. A muerte. Una peste a muerte. Como un montón de muertos... muertos... No sé. Basura. A montones.

¿Nadie estaba hablando?

No, no se oía nada. Excepto la tele.

¿Qué ponían?

Ya se lo he dicho.

Lo sé, lo sé. Vuelve a decírnoslo. Para que conste.

Era... como dije... sólo unas letras. Letras grandes.

¿Qué decían?

C... ah... C-O-M-E-R.

¿C-O-M-E-R?

S-sí. Letras grandes y retorcidas.

¿Las habías visto antes?

Sí. Ya se lo dije. Estaban siempre en nuestro televisor... No siempre. Pero sí mucho.

¿A tus padres nunca les llamó la atención?

No. Decían... Pensaban que era una especie de anuncio. Ya sabe. Pero las cosas que habíais visto...

No sé. Mamá dijo... que era para niños. Para algunos, quiero decir. ¿Qué viste?

Zum zum zum

Como... bocas. Grandes. Anchas. Abiertas, todas abiertas. No eran g-gente.

Zum

¿Qué aspecto tenían? O sea, ¿no podrías describirnos lo que eran? No. O sea... eran como... bichos, tal vez, o puede que... g-gusanos. Grandes. Todo bocas. Abiertas de par en par.

Muy bien.

Zum

Has dicho que, ah, que las letras centellearon, y luego se apagaron y viste las... bocas, ¿y luego otra vez las letras?

Sí. Así fue.

¿Y eso ocurría todas las noches?

Sí.

¿A la misma hora?

No. A horas diferentes.

¿Entre programas?

No. En cualquier momento.

¿Siempre en el mismo canal?

No. En distintos. Da igual cuál tuviéramos puesto... las veíamos. Y...

Quiero irme. No puedo... ¡Mamá! ¿Dónde está? Quiero verla. Quiero verla.

Zum clic

Clic

Un par de preguntas más, Leo, y se acabó. Bueno, dices que tus padres nunca hicieron revisar el televisor.

No, ya se lo dije. Pensaban que estaba...

Bien.

Zum

Entraste en el salón. Dijiste algo de que resbalaste, ¿verdad?

Sí. Con esa cosa.

¿Qué cosa?

No lo sé. Como grasa. Como grasa caliente. Apestaba.

Y entonces... encontraste...

Zum

Los encontré a ellos. A mamá. Y papá. Y a los Lenotti. Estaban... ohhh, quiero...

¡Leo! ¿Y el televisor, Leo? ¿Qué pasaba con él?

¿Eh, qué?

La imagen del televisor. Dijiste algo de ella.

Yo, sí... yo...

Eran las letras, ¿verdad, Leo?

Sí, sí. Las letras. Las grandes letras retorcidas. Estaban allí. En el televisor. Las vi. Y... y...

¿Qué?

La E y la R se... evaporaron. Desaparecieron. Y... y...

¿Qué, Leo?

Aparecieron otras letras. Una I, una D y una O. Ahora... eran seis.

Y formaban una palabra.

Zum zum zum

Lléveselo con su tía, sargento.

Y la pantalla se quedó en negro...

Muy bien, Leo. El sargento te llevará a tu ca... a casa de tu tía. Encendí las luces.

Muy bien, Leo.

¡Encendí la luz! ¡Mamá! ¡MAMÁ!

Clic

GUERRA DE BRUJAS

(*Witch War*, 1951)

Siete chicas bonitas sentadas en fila. Fuera, la noche, la lluvia a cántaros; tiempo de guerra. Dentro, calidez confortable. Siete chicas abrigadas cantando. Una placa en la pared dice: Centro de Mando.

El cielo se aclara la garganta con truenos, recogiendo y dejando caer hilos de relámpagos desde sus hombros inconmensurables. La lluvia manda callar al mundo, hace que los árboles hagan reverencias, picotea la tierra. Un edificio cuadrado, bajo, con un plástico en la pared.

Dentro, el zumbido de la charla de siete chicas bonitas.

—Así que le dije: «No me vengas con ésas, Don Perfecto». Y él me dijo: «¿Ah, sí?». Y yo le dije: «¡Sí!».

—Os juro que me alegraré cuando todo esto se acabe. En mi último permiso vi un sombrero monísimo. ¡Lo que daría por poder ponérmelo!

—¿Tú también? ¡No me digas! Con este tiempo no hay manera de arreglarse el pelo. ¿Por qué no nos dejan acabar con él?

—¡Hombres! Me ponen mala.

Siete gestos, siete posturas, siete risas tintineando bajo los truenos. Dientes asomando en carcajadas de chica. Manos incansables, pintando cuadros en el aire.

Centro de Mando. Chicas. Siete. Bonitas. Ninguna mayor de dieciséis años. Rizos. Coletas. Flequillos. Labios mohínos, sonriendo, frunciéndose, dando forma a emociones con sus emociones. Ojos jóvenes y centelleantes, refulgiendo, resplandeciendo, estrechándose, fríos o calientes.

Siete cuerpos jóvenes y sanos, inquietos sobre sillas de madera. Suaves extremidades adolescentes. Chicas, chicas guapas, siete.

Un ejército de hombres feos y amorfos, tambaleantes en el barro, avanzando a tientas por la carretera negra y llena de barro.

Lluvia a mares. Cántaros cayendo sobre cada uno de los exhaustos hombres. Sonido chapoteante de grandes botas hundiéndose en el barro amarillento y marrón, desmenuzado. Fango goteando de tacones y suelas.

Hombres pesados, a centenares, empapados, abatidos, deprimidos. Jóvenes doblados como viejos. Mandíbulas colgando sin fuerza, bocas abiertas al aire negro y húmedo, lenguas caídas, ojos hundidos mirando la nada, revelando nada.

Descanso.

Hombres que se hunden en el barro, que se desploman sobre sus mochilas. Cabezas echadas hacia atrás, bocas abiertas, lluvia salpicando dientes amarillos. Manos inmóviles, montones descarnados de carne y huesos. Piernas sin movimiento, pedazos de madera caqui carcomida por los gusanos. Centenares de extremidades inútiles unidas a centenares de troncos inútiles.

Por detrás, por delante, al lado, el murmullo de camiones y tanques y coches pequeños. Neumáticos gruesos salpicando barro. Ruedas gordas hundiéndose, resbalando en fango pegajoso. Lluvia tamborileando sobre dedos húmedos, sobre metal y lienzo.

El relámpago hace de flash sin fotos. Un estallido momentáneo de luz. La cara de la guerra vista por un segundo, hecha de cañones oxidados y ruedas que giran y rostros que miran.

Negrura. Una mano nocturna tapando el breve resplandor de la tormenta. La lluvia barrida por el viento revoloteando sobre campos y caminos. Riachuelos de lluvia burbujeante abriendo cicatrices en la tierra. Truenos, relámpagos.

Un silbido. Hombres muertos que resucitan. Botas hundiéndose en el barro de nuevo, cada vez más profundas, más cerca, más próximas. Acercándose a una ciudad que cierra el camino a una ciudad que cierra el camino a...

Un oficial sentado en la sala de comunicaciones del Centro de Mando. Observó al operador, que se sentaba agazapado sobre el panel de control, con audífonos sobre los oídos, escribiendo un mensaje.

El oficial observó al operador. Vienen, pensó. Con frío, humedad y miedo, marchan sobre nosotros. Se estremeció y cerró los ojos.

Los abrió rápidamente. Las visiones llenaron sus pupilas oscurecidas. Visiones de remolinos de humo, de hombres encendidos, de horrores inimaginables que tomaban forma sin palabras o imágenes.

—Señor —dijo el operador—, mensaje del puesto avanzado de vigilancia. Han avistado fuerzas enemigas.

El oficial se levantó, se acercó al operador y cogió el mensaje. Lo leyó, con el rostro inexpresivo, la boca haciendo un paréntesis.

—Sí —dijo.

Se giró sobre los talones y se dirigió a la puerta. La abrió y entró en la habitación de al lado. Las siete chicas dejaron de hablar. El silencio impregnó las paredes.

El oficial se quedó dando la espalda a la ventana de plástico.

—Enemigos —dijo—, a dos millas de distancia. Delante de vosotras.

Se volvió y señaló la ventana.

—Ahí mismo. A dos millas. ¿Alguna pregunta?

Una chica se rió.

—¿Vehículos? —preguntó otra.

—Sí. Cinco camiones, cinco coches pequeños de oficiales, dos tanques.

—Es demasiado fácil —se rió la chica, sus esbeltos dedos jugueteando con el pelo.

—Eso es todo —dijo el oficial. Salió de la habitación—. Adelante —añadió, y, entre dientes—: ¡Monstruos!

Se marchó.

—Oh, cielos —suspiró una de las chicas—, otra vez con lo mismo.

—Qué aburrimiento —dijo otra. Abrió su delicada boca y sacó un chicle. Lo puso debajo del asiento de su silla.

—Por lo menos ha dejado de llover —dijo una pelirroja, atándose los cordones del zapato.

Las siete chicas se miraron unas a otras. ¿Estás lista?, decían sus ojos. Sí, supongo que estoy lista. Se acomodaron en las sillas con gruñidos y suspiros de niñas. Engancharon los pies alrededor de las patas de las sillas. Todos los chicles se pusieron en reserva. Las bocas se apretaron en un mohín remilgado. Las chicas guapas estaban listas para jugar.

Al cabo, se quedaron sentadas en silencio. Una de ellas respiró hondo. También otra. Todas tensaron su piel lechosa y apretaron sus frágiles dedos. Una se rascó rápidamente la cabeza para quitarse un picor. Otra estornudó adorablemente.

—Ahora —dijo una chica que estaba en el extremo derecho de la fila.

Siete pares de ojos brillantes se cerraron. Siete mentes inocentes empezaron a imaginar, a visualizar, a transportar.

Los labios se fruncieron en finas grietas, las caras perdieron el color, los cuerpos se estremecieron con pasión. Sus dedos se sacudieron con concentración, y siete chicas bonitas libraron una guerra.

Los hombres estaban llegando a lo alto de una colina cuando empezó el ataque. Los hombres que iban en cabeza, los pies preparados a dar el siguiente paso, estallaron en llamas.

No hubo tiempo para gritar. Sus rifles cayeron al barro, sus ojos se perdieron en el fuego. Avanzaron dando tumbos un par de pasos y se desplomaron en el barro blando, siseantes y calcinados.

Los hombres chillaron. Las filas se rompieron. Empezaron a sacar sus armas y a disparar a la noche. Más tropas resoplaron incandescentes, se incineraron y cayeron muertas.

—¡Dispersaos! —gritó un oficial mientras sus dedos desprendían llamaradas y su cara se iluminaba con un calor amarillo.

Los hombres miraban a todas partes. Sus ojos estupefactos y aterrorizados buscaban un enemigo. Dispararon a los campos y los bosques. Se dispararon unos a otros. Echaron a correr sin sentido sobre el barro.

Un camión estalló en llamas. Su conductor saltó, convertido en una antorcha con piernas. El camión siguió traqueteando sobre el camino, giró, fue haciendo eses hasta un campo, chocó contra un árbol, explotó y fue devorado por una luz ardiente. Sombras negras revolotearon entrando y saliendo del aura de luz alrededor de las llamas. Los chillidos desgarraron la noche.

Un hombre tras otro estallaron en llamas, cayeron de cara sobre el barro. Puntos de luz abrasadora desgarraron la húmeda oscuridad; gritos; tizones a la carrera, chisporroteando, refulgiendo, muriendo; filas incendiarias; camiones calcinados; tanques estallando.

Una rubita, su cuerpo tenso con emoción reprimida. Sus labios dan sacudidas, una risita flota en su garganta. Sus narices se dilatan. Se estremece con miedo vertiginoso. Imagina, imagina...

Un soldado corre frenético por el campo, chillando, sus ojos desquiciados por el horror. Un peñasco gigantesco se precipita hacia él desde el cielo negro.

Su cuerpo se hunde en la tierra, deformado. Desde debajo del borde de la piedra, asoman dedos.

El peñasco se levanta del suelo y vuelve a caer, como un martillo amorfo. Un camión ardiente es aplanado. El peñasco vuelve a volar al cielo negro.

Una morena bonita, su cara una máscara febril. Pensamientos salvajes avanzan dando tumbos por su cerebro virginal. Su cabellera se tensa con el éxtasis del miedo. Sus labios dejan a la vista dientes apretados. Un gemido de terror sisea en sus labios. Imagina, imagina...

Un soldado cae de rodillas. Su cabeza se echa hacia atrás. Bajo la luz de los camaradas ardientes, mira estupefacto la ola de espuma blanca que se yergue sobre él.

Se abate, arrastra su cuerpo sobre la tierra fangosa, llena sus pulmones con agua salada. El maremoto ruge sobre el campo, ahoga a cien hombres ardientes, hace volar sus cuerpos por el aire sobre crestas blancas.

De pronto, el agua se detiene, vuela en un millón de pedazos y se desintegra.

Una pelirroja preciosa, las manos metidas bajo su mentón en puños apretados hasta que se les corta la circulación. Sus labios tiemblan, una palpitación de deleite hincha su pecho. Su garganta blanca se contrae, traga una bocanada de aire. Su nariz se arruga con un placer espantoso. Imagina, imagina...

Un soldado que corre choca con un león. No puede ver en la oscuridad. Sus manos golpean salvajemente la enredada pelambreira. Lo aporrea con la culata de su rifle.

Un chillido. Su cara se abre con un zarpazo de las gruesas garras. Un rugido

selvático crece en la noche.

Un elefante de ojos enrojecidos pisotea furioso sobre el barro, agarrando hombres con su gruesa trompa, arrojándolos por el aire, aplastándolos bajo poderosas columnas negras.

Desde la oscuridad se abalanzan los lobos, destrozando gargantas. Los gorilas chillan y reparten golpes en el barro, saltan sobre los soldados caídos.

Un rinoceronte, su piel de cuero resplandeciente bajo la luz de las antorchas vivas, embiste a un tanque incendiado, gira y se pierde en la negrura.

Colmillos, zarpas, dientes desgarradores, chillidos, trompas, rugidos. Del cielo llueven serpientes.

Silencio. Un inmenso y sombrío silencio. Ni una brisa, ni una gota de lluvia, ni un gruñido del trueno distante. La batalla ha terminado.

La grisácea bruma matutina rueda sobre los quemados, los destrozados, los ahogados, los aplastados, los envenenados, los muertos por doquier.

Camiones inmóviles, camiones silenciosos, volutas de humo aceitoso elevándose de sus bultos vacíos. Una gran muerte cubriendo el campo. Otra batalla en otra guerra.

Victoria. Todos están muertos.

Las chicas se estiraron lánguidamente. Extendieron los brazos y movieron los hombros redondeados. Labios rosados se abrieron en delicados bostezos. Se miraron unas a otras y se rieron avergonzadas. Algunas se ruborizaron. Unas pocas tenían un aire culpable.

Luego todas se rieron a carcajadas. Abrieron chicles nuevos, sacaron polveras del bolsillo, hablaron con susurros de colegialas, con susurros de dormitorio a última hora de la noche.

Risitas ahogadas se elevaron revoloteando por la cálida habitación.

—¿Verdad que somos terribles? —dijo una de ellas, empolvándose la naricilla respingona.

Luego bajaron todas a desayunar.

UNA CASA ENLOQUECIDA

(*Mad House*, 1953)

Se sienta ante su mesa. Coge un lápiz largo y amarillo y empieza a escribir en un cuaderno. La punta se rompe.

La comisura de sus labios se tuerce hacia abajo. Las pupilas se estrechan en la dura máscara de su rostro. En silencio, la boca apretada en una ranura fea y sin labios, coge el sacapuntas.

Recoge las virutas y vuelve a dejar el sacapuntas en el cajón. Empieza a escribir una vez más. En el momento en que lo hace, la punta vuelve a romperse y la mina rueda sobre el papel.

De pronto, el rostro se le pone lívido. Una rabia salvaje domina los músculos de su cuerpo. Grita al lápiz, lo maldice con un torrente de indignación. Lo mira con verdadero odio. Lo parte en dos con un chasquido brutal y lo arroja a la papelera con un triunfante «¡Así! ¡A ver si te gusta estar ahí!».

Se sienta tenso en la silla, los ojos abiertos, los labios temblorosos. Se estremece con ira frenética; rocía sus entrañas con ácido.

El lápiz está en la papelera, roto e inmóvil. Es madera, mina, metal, goma; todo muerto, sin capacidad de apreciar la furia ardiente que ha provocado.

Y sin embargo...

Está tranquilamente sentado junto a la ventana, mirando la calle. Deja que la tensión se desvanezca. No oye el roce en la papelera, que cesa de inmediato.

Pronto, su cuerpo vuelve a la normalidad. Se sienta. Utiliza un bolígrafo.

Se sienta delante de la máquina de escribir.

Inserta una hoja de papel y empieza a golpear las teclas.

Sus dedos son anchos. Golpea dos teclas a la vez. Los dos tipos se atascan. Se quedan parados en el aire, flotando impotentes sobre la cinta negra.

Estira la mano con repugnancia y les propina una tobita. Se separan y vuelven a deslizarse en sus huecos separados. Empieza a teclear otra vez.

Aprieta una tecla equivocada. El inicio de una maldición se desprende de sus labios, sin acabar. Echa mano al borrador redondo y borra la letra indeseada de la hoja de papel.

Suelta el borrador y empieza a escribir otra vez. El papel se ha deslizado en el rodillo. Las siguientes frases están a una altura ligeramente superior a las originales.

Cierra un puño, ignora el error.

La máquina se atasca. Agita los hombros, deja caer el puño sobre la barra espaciadora con una maldición en voz alta. El carro salta, la campanilla tintinea. Introduce el salto de carro con un golpe violento.

Teclea más rápido. Tres teclas se quedan pegadas. Aprieta los dientes y gime con furia inútil. Golpea los brazos de los tipos. No se separan. Los obliga a separarse con dedos doblados y temblorosos. Se despegan. Ve que se ha manchado de tinta los dedos. Maldice en voz alta, intentando ultrajar al mismo aire en venganza por la estúpida máquina.

Ahora golpea las teclas con brutalidad, los dedos cayendo como las garras rígidas de una grúa. Otro error; lo borra salvajemente. Teclea todavía más rápido. Cuatro teclas se quedan pegadas.

Chilla.

Hunde el puño en la máquina. Agarra el papel y lo arranca de la máquina, hecho pedazos. Comprime los pedazos en el puño y arroja la bola al otro lado de la habitación. Coloca el carro en su posición y echa la tapa sobre la máquina.

Se levanta de un salto y le echa una mirada terrible.

—¡Estúpida! —grita con voz amarga y descompuesta—. ¡Estúpida, idiota, acémila!

El desprecio gotea de su voz. Sigue hablando, se sumerge en un frenesí.

—No vales para nada. No vales para nada en absoluto. Te voy a hacer pedazos. ¡Te voy a hacer añicos, te voy a fundir, te voy a matar! ¡Estúpida, imbécil, miserable máquina maldita!

Se estremece mientras grita. Y se pregunta, en lo más recóndito de su mente, si no se está matando con la ira, si no está destruyendo su organismo con la furia.

Se da la vuelta y se aleja a zancadas. Está demasiado furioso para darse cuenta de que la tapa de la máquina se ha deslizado y para oír el leve chirrido del metal, parecido al que oiría si las teclas estuvieran temblando en sus huecos.

Se afeita. La navaja no corta. O la navaja está demasiado afilada y corta demasiado.

En ambos casos, una maldición ahogada hincha sus labios. Tira la navaja al suelo y la estrella contra la pared de una patada.

Se está limpiando los dientes. Desliza el fino hilo de seda entre los dientes. Se deshilacha. Un pedacito se le queda en el hueco. Intenta meter otro trozo para sacar ese pedacito. No consigue que el hilo blanco baje. Se le parte en los dedos.

Chilla. Chilla al hombre del espejo y echa atrás la mano, y arroja el hilo lejos violentamente. Golpea la pared. Se queda allí colgado y oscila bajo el viento de la furia del hombre.

Ha arrancado otro pedazo de hilo del recipiente. Va a dar otra oportunidad al hilo dental. Va a contener su furia. Si el hilo sabe lo que le conviene, se sumergirá entre los dientes y sacará el pedazo deshilachado inmediatamente.

Lo hace. El hombre se apacigua. Los jugos orgánicos dejan de burbujear, el fuego se extingue, las ascuas se dispersan.

Pero la cólera sigue ahí, en un rincón. La energía nunca se pierde, es una ley primigenia.

Come.

Su esposa pone un filete delante de él. Coge el cuchillo y el tenedor y corta. La carne es dura, el filo está mellado.

Una mancha roja se enciende en la piel de las mejillas. Sus ojos se estrechan. Arrastra el cuchillo a través de la carne. La hoja no quiere cortar la carne marrón.

Sus ojos se abren. La cólera reprimida se tensa y le agita. Sierra la carne como si quisiera darle una última oportunidad de ceder.

La carne no quiere ceder.

Aúlla.

—¡Maldita sea!

Dientes blancos se aprietan. El cuchillo es arrojado al otro lado de la habitación.

Aparece la mujer, con la alarma trazando cicatrices efímeras sobre su frente. Su marido está fuera de sí. Su marido está derramando veneno por sus arterias. Su marido está dejando escapar otra nube de ira animal. Es una bruma persistente. Pende sobre los muebles, gotea de las paredes.

Está viva.

Y así durante días y noches. Su rabia cae como hachazos frenéticos sobre la casa, sobre todo lo que posee. Chubascos de histeria furiosa nublan sus ventanas y caen sobre sus suelos. Mares de odio salvaje e incontrolado inundan todas las habitaciones de su casa; llenan cada iota de espacio con una vida temblorosa, palpitante.

Se tumba sobre la espalda y mira el techo moteado por el sol.

El último día, se dijo. La frase había estado entrando y saliendo de su cerebro desde que se había despertado.

En el cuarto de baño podía oír el agua corriente. Podía oír el armario de las medicinas abrirse y volver a cerrarse. Podía oír el sonido de las zapatillas de ella arrastrándose sobre las baldosas del suelo.

Sally, pensó, no me dejes.

—Si te quedas, me lo tomaré con calma —prometió al aire con un susurro.

Pero sabía que no sería capaz de tomárselo con calma. Era demasiado difícil. Era demasiado duro. Era más fácil salirse de quicio, era más fácil chillar, desvariar y

atacar.

Se giró sobre su costado y miró la puerta del cuarto de baño en el vestíbulo. Podía ver la raya de la luz bajo la puerta. Sally está allí, pensó. Sally, mi esposa, con quien me casé hace años, cuando era joven y estaba lleno de esperanza.

Cerró los ojos repentinamente y apretó los puños. Le acometió de nuevo. La enfermedad que adquiría más violencia cada vez que la contraía. La enfermedad de la desesperación, de la ambición perdida. Lo estropeaba todo. Proyectaba un vapor de amargura sobre todas sus idas y venidas. Le quitaba el apetito, le robaba el sueño, destruía su amor.

—Puede que si tuviéramos hijos... —murmuró, y supo antes de decirlo que no era la respuesta.

Hijos. Qué felices serían viendo a su desgraciado padre hundirse cada vez más profundamente en su pozo de fiebre introspectiva.

Vale, le torturó su mente, repasemos los hechos. Apretó los dientes e intentó dejar su mente en blanco. Pero, como si fuera un idiota de mirada alelada, su mente repetía las palabras que solía murmurar en sueños a lo largo de las noches inquietas y perturbadas.

Tengo cuarenta años. Enseño literatura en Fort College. Antaño tuve esperanzas de convertirme en escritor. Creía que éste sería un lugar excelente para escribir. Daría clases durante parte del día y escribiría el resto del tiempo. Conocí a Sally en la facultad y me casé con ella. Creía que todo iría bien. Creía que el éxito era inevitable. Hace dieciocho años.

Dieciocho años.

¿Cómo, pensó, se puede señalar el paso de casi dos décadas? El tiempo parecía un montón informe de esfuerzos fallidos, de noches pasadas en angustia, en busca del secreto, de la respuesta, de la revelación siempre apartada de él. Colgaba sobre su cabeza como el queso columpiándose en un balanceo enloquecedor sobre la cabeza de una rata rabiosa.

Y el rencor se había ido deslizado. Los días pasados viendo a Sally comprar comida y ropas y pagar el alquiler con su escaso salario. Viendo cómo compraba cortinas nuevas o sillas nuevas y sintiendo una puñalada de dolor cada vez que lo hacía, porque cada vez estaba más alejado del momento en que podría dedicar su tiempo a escribir. Cada moneda que ella gastaba, él la sentía como un golpe a sus aspiraciones.

Se obligó a pensar así. Se obligó a creer que lo único que necesitaba para producir buena literatura era tiempo.

Pero una vez, un estudiante furioso le había gritado:

—¡Usted es sólo un talento de tercera fila escondido detrás de una mesa!

Lo recordaba. Oh, Dios, cómo recordaba aquel momento. Recordaba el frío

malestar que le había convulsionado cuando aquellas palabras alcanzaron su cerebro. Recordaba los escalofríos y la temblorosa irracionalidad de su voz.

Había suspendido el semestre a aquel estudiante, a pesar de sus buenas notas. Se había armado un buen escándalo al respecto. El padre del estudiante había acudido a la escuela. Se habían presentado todos ante el Dr. Ramsay, el director del Departamento de Literatura.

También recordaba aquello; la escena dominaba cualquier otro recuerdo. Él, sentado a un lado de la mesa de conferencias, enfrentado al padre y el hijo iracundos. El Dr. Ramsay mesándose la barba hasta que decidió decir algo contra él. El Dr. Ramsay había dicho: vamos a ver si podemos solucionar este asunto.

Habían consultado el expediente y habían descubierto que el estudiante tenía razón. El Dr. Ramsay le había mirado muy sorprendido. Bueno, no entiendo lo que... había dicho, y había dejado que su voz pastosa se quebrara y le había mirado inquisitivamente, esperando una explicación.

Y la explicación había sido lamentable, un desvarío confuso y sin sentido. Carácter irresponsable, había dicho, alardeaba de un comportamiento imperdonable; moralmente, un fracaso. Y el Dr. Ramsay, con su grueso cuello enrojecido, le había dicho en términos inequívocos que la moral no estaba sujeta a calificación en Fort College.

Hubo más, pero lo había olvidado. Había hecho un esfuerzo por olvidarlo. Pero no podía olvidar que tardaría años en conseguir una cátedra. Ramsay le frenaría. Y su sueldo seguiría siendo insuficiente, y las cuentas se acumularían y nunca conseguiría escribir.

Regresó al presente para encontrarse aferrando las sábanas con dedos tensos. Se encontró mirando con odio la puerta del cuarto de baño. ¡Adelante!, saltó su mente vengativa. ¡Vete a casa con tu querida mamá! Ya ves lo que me importa. ¿Por qué sólo una separación provisional? Mejor que sea definitiva. Concédeme algo de paz. Tal vez así pueda escribir algo.

Tal vez así pueda escribir algo.

La frase le daba asco. Ya no significaba nada. Como una palabra que se repite hasta convertirse en pura cháchara, aquella frase, para él, había sido desgastada hasta el agotamiento. Sonaba estúpida; como un tópico de un folletín. El héroe la dice en tono dramático: ¡Por Dios, ahora tal vez pueda escribir algo! Absurdo.

Durante un momento, sin embargo, se preguntó si era cierto. Ahora que ella se marchaba, ¿podría olvidarse de ella y trabajar un poco en serio? ¿Dejar su empleo? ¿Ir a algún sitio y meterse en una habitación modestamente amueblada y escribir?

Tienes 123,89 dólares en el banco, le informó su mente. Fingía que era lo único que se lo impedía. Pero, en el fondo de su cabeza, se preguntaba si podría escribir en ningún sitio. A menudo la duda se le presentaba cuando menos la esperaba. Tienes

cuatro horas cada mañana, se alzaba la afirmación como un espectro amenazante. Tienes tiempo de escribir miles de palabras. ¿Por qué no lo haces?

Y la respuesta siempre se perdía en un revoltijo de porqués y buenos y razones interminables a las que se aferraba como a un clavo ardiendo.

La puerta del baño se abrió y salió vestida con su vestido rojo bueno.

Sin razón aparente, de pronto comprendió que había llevado el mismo vestido durante tres años y que nunca se había puesto otro más nuevo. Eso le enfureció aún más. Cerró los ojos y esperó que no le estuviera mirando. La odio, pensó. La odio porque ha destruido mi vida.

Oyó el roce de su falda al sentarse ante el tocador y abrir un cajón. Mantuvo los ojos cerrados y oyó cómo las persianas venecianas golpeteaban ligeramente el marco de la ventana cuando la brisa de la mañana las empujaba. Podía oler su perfume flotando ligero en el aire.

Intentó pensar en la casa vacía todo el tiempo. Intentó pensar en volver a casa después de clase y no encontrar a Sally esperándole. La idea le parecía, de alguna forma, imposible. Y eso le enfurecía. Sí, pensó, me ha pillado bien. Me ha desgastado hasta que dependo de ella para cosas que son verdaderamente insignificantes y padezco la ilusión de que no puedo sobrevivir sin ella.

Se giró repentinamente en el colchón y la miró.

—Así que te vas de verdad —dijo con voz fría.

Ella se volvió brevemente y le miró. No había cólera en su cara. Parecía cansada.

—Sí —dijo—. Me voy.

Pues vete con viento fresco. Las palabras intentaron salir de sus labios. Las contuvo.

—Supongo que tendrás tus razones —dijo él.

Sus hombros se encogieron un momento en lo que le pareció un gesto fatigado de diversión.

—No tengo ninguna intención de discutir contigo —dijo—. Tu vida es cosa tuya.

—Gracias —murmuró ella.

Está esperando una disculpa, pensó. Espera que le diga que no la odia, como había dicho. Que no la había golpeado a ella, sino a todos sus sueños, pervertidos y destrozados; al espectáculo sarcástico de su propia fe perdida.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esta separación provisional? —dijo él, con voz amarga.

Ella agitó la cabeza.

—No lo sé, Chris —dijo tranquilamente—. Depende de ti.

—Depende de mí —dijo él—. Siempre depende de mí, ¿verdad?

—Oh, por favor, cari... Chris. No quiero seguir discutiendo. Estoy demasiado

cansada para discutir.

—Es más fácil hacer las maletas y salir corriendo.

Ella se volvió y le miró. Sus ojos eran muy oscuros e infelices.

—¿Salir corriendo? —dijo—. ¿Después de dieciocho años me acusas de eso? Dieciocho años viendo cómo te destruías. Y a mí contigo. Oh, no me mires tan sorprendido. Estoy segura de que sabes que a mí también me has vuelto medio loca.

Ella se dio la vuelta y él vio cómo temblaban sus hombros. Se secó algunas lágrimas de los ojos.

—N-no es sólo porque me pegaras —dijo—. Anoche no hacías más que repetirlo, cuando te dije que me iba. ¿Te crees que me importaría si...? —respiró hondo—. ¿Si significara que estabas furioso conmigo? Si fuera por eso podrías pegarme todos los días. Pero no me estabas pegando a mí. No soy nada para ti. No me quieres.

—Oh, deja de ser...

—No —le interrumpió—. Por eso es por lo que me voy. Porque no soporto ver cómo me odias todos los días por algo que... que no es culpa mía.

—Supongo que...

—Oh, no digas nada más —dijo, levantándose. Salió corriendo de la habitación y oyó cómo entraba en el salón. Miró el tocador.

¿Que no diga nada más? Preguntó su mente como si ella siguiera allí. Bueno, sí que hay más que decir; mucho más. Parece que no comprendes lo que he perdido. No parece que lo entiendas. Tenía sueños, oh, Dios, qué sueños tenía. Iba a escribir una literatura capaz de hacer que la gente diera un respingo en el asiento y contuviera el aliento. Iba a contarles cosas que necesitaban saber urgentemente. Iba a contarlas de forma tan entretenida que nunca se daría cuenta de la verdad que les estaba transmitiendo. Iba a crear obras inmortales.

Ahora, cuando muera, sólo estaré muerto. Estoy atrapado en este pueblo deprimente, enterrado en una universidad científica donde los hombres abren la boca de asombro ante una mota de polvo y ni siquiera saben que hay estrellas sobre sus cabezas. ¿Y qué puedo hacer, qué puedo...?

Los pensamientos se interrumpieron. Miró con tristeza sus frascos de perfume, y la polvera que centelleaba «Siempre» cuando se levantaba la tapa.

Te recordaré. Siempre.

Mi corazón será fiel. Siempre.

Las palabras son infantiles y cómicas, pensó. Pero su garganta se contrajo y sintió cómo se estremecía.

—Sally —dijo. En voz tan baja que apenas pudo oírse él mismo.

Pasado un rato, se levantó y se vistió.

Mientras se ponía los pantalones, la alfombra se deslizó debajo de él y tuvo que

agarrarse al tocador para apoyarse. Miró hacia abajo, su corazón palpitante con la furia total que había aprendido a invocar en el espacio de unos segundos.

—Maldita sea —murmuró.

Se olvidó de Sally. Se olvidó de todo. Sólo quería tomarse la revancha con la alfombra. La mandó debajo de la cama con una patada violenta. La rabia se derramó y desapareció. Agitó la cabeza. Estoy enfermo, pensó. Pensó en ir a buscarla y decirle que estaba enfermo.

Su boca se apretó y entró en el cuarto de baño. No estoy enfermo, pensó. Al menos mi cuerpo no lo está. Es mi mente la que está enferma, y ella sólo hace que empeore.

El cuarto de baño todavía tenía la cálida humedad de haberlo usado ella. Abrió un poco la ventana y se le clavó una astilla en el dedo. Maldijo la ventana con voz ahogada. Levantó la mirada. ¿Por qué en voz tan baja?, preguntó. ¿Para que ella no me oiga?

—¡Maldita sea! —gruñó en voz alta a la ventana. Y apretó su dedo hasta que hubo sacado la astilla de madera.

Tiró de la puerta del armario. Estaba atascada. Su cara se enrojeció. Tiró más fuerte y la puerta se abrió de golpe y le pegó en la muñeca. Se dio la vuelta y se agarró la muñeca, echando hacia atrás la cabeza con un gemido sofocado.

Se quedó allí parado, los ojos nublados de dolor, mirando el techo. Miró la grieta que cruzaba en una línea oscilante el techo. Luego cerró los ojos.

Y empezó a sentir algo. Intangible. Una sensación de amenaza. Se preguntó qué era. Oh, soy yo, por supuesto, se contestó. Es la decadencia moral de mi propio subconsciente. Me está aullando, diciendo: Vas a ser castigado por arrojar a tu pobre esposa a brazos de su madre. No eres un hombre. Eres un...

—Oh, cállate —dijo.

Se lavó las manos y la cara. Pasó un dedo inspeccionando su mentón. Necesitaba afeitarse. Abrió la puerta del armario y sacó enérgicamente la navaja. La sujetó en alto y la miró.

El asa había aumentado de tamaño. Lo pensó tan pronto como la hoja pareció caerse del asa por voluntad propia. Sintió un escalofrío al verla desprenderse y relampaguear bajo la luz de las bombillas del armarito.

Miró el acero brillante con fascinación repelente. Tocó el borde de la hoja. Qué afilado, pensó. El menor contacto podría cortar la carne. Qué cosa tan repugnante.

—Es mi mano.

Lo dijo sin querer, y guardó la navaja de repente. Era su mano, tenía que serlo. La navaja no podía haberse movido sola. Eso era su imaginación enfermiza.

Pero no se afeitó. Devolvió la navaja al armarito con una vaga sensación de desastre inminente.

Me da igual que se suponga que tenemos que afeitarnos todos los días, murmuró. No voy a arriesgarme a que se me resbale la mano. Además, prefiero una navaja con seguro. Las de esta clase no están hechas para mí, soy demasiado nervioso.

De pronto, impelida por esas palabras, la imagen de él dieciocho años antes se coló en su cerebro.

Recordó una cita que había tenido con Sally. Recordó haberle dicho que era tan tranquilo que parecía que estuviera muerto. Nada me afecta, había dicho. Y en aquella época era verdad. También recordaba decirle que no le gustaba el café, que una taza le mantenía despierto toda la noche. Que no fumaba, que no le gustaba el sabor ni el olor del tabaco, Me gusta estar sano, había dicho. Recordaba las palabras exactas.

—Y ahora... —murmuró ante su reflejo delgado y desgastado.

Ahora bebía a diario litros de café. Hasta que se encharcaba en una ciénaga negra en su estómago y ya era tan incapaz de dormir como de volar. Ahora fumaba filas y filas interminables de cigarrillos que le amarilleaban los dedos, hasta que sentía la garganta áspera y atascada, hasta que ya no podía escribir con lápiz porque la mano le temblaba demasiado.

Pero todos aquellos estimulantes tampoco le ayudaban a escribir. El papel seguía blanco en la máquina de escribir. Las palabras nunca salían, los argumentos se le morían. Los personajes le evitaban, se burlaban de él a carcajadas desde detrás del velo de su esterilidad creativa.

Y el tiempo pasó. Pasó cada vez más rápido, aparentemente eligiéndole en solitario para el mayor castigo. Él, un hombre que había empezado a valorar el tiempo de forma tan neurótica que desequilibraba su vida y le ponía enfermo pensar en su paso.

Mientras se cepillaba los dientes, intentó recordar cuándo había empezado a dominarle aquel temperamento irracional. Pero no había forma de determinar su trayectoria. Había empezado en algún lugar entre las brumas que no podían disiparse. Con una palabra soberbia, con una contracción furiosa de los músculos. Con una mirada de irreprímible animosidad.

Y a partir de allí, como una ameba que se hinchara, había continuado su propio y pervertido curso de evolución descendente, hasta alcanzar la sima actual; un hombre amargado que encontraba en el odio su único solaz.

Escupió espuma blanca y se enjuagó la boca. Mientras dejaba el vaso, se resquebrajó, y una viruta de cristal se le metió en la mano.

—¡Maldita sea! —gritó.

Giró sobre los talones y apretó el puño. Se abrió de golpe al instante, mientras la viruta se hundía en su palma. Se levantó con lágrimas en las mejillas, respirando pesadamente. Pensó en Sally escuchándole, oyendo una vez más la prueba audible de

que sus nervios estaban a flor de piel.

¡Basta!, se ordenó a sí mismo. No podrás hacer nada hasta que te libres de este genio exasperante.

Cerró los ojos. Durante un momento, se preguntó por qué parecía que últimamente le pasaba de todo. Como si un poder vengativo se hubiera instalado en la casa, derramando una vida salvaje sobre los objetos inanimados. Amenazándole. Pero aquel pensamiento fue sólo una figura sin rostro y pasajera en la abrumadora horda de pensamientos que atestaban su imaginación; podía verlo pero no distinguirlo.

Extrajo la viruta de cristal de la palma de su mano. Se puso la corbata oscura.

A continuación entró en el salón, consultando su reloj. Ya eran las diez y media. Se le había ido más de la mitad de la mañana. Más de la mitad del tiempo de que disponía para sentarse e intentar escribir la prosa que haría que la gente diera un respingo en el asiento y contuviera aliento.

Últimamente eso ocurría con mayor frecuencia de lo que incluso él quería reconocer. Se acostaba tarde, se inventaba recados, hacía cualquier cosa con tal de retrasar el terrible momento en que debía sentarse ante su máquina de escribir para intentar arrancar penosamente alguna cosecha del desierto de su mente.

Cada vez le costaba más. Y cada vez se ponía más furioso; cada vez odiaba más. Y nunca había notado hasta ahora, cuando ya era demasiado tarde, que Sally había perdido la paciencia y ya no podía soportar ni su temperamento ni su odio.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo café solo. Ella también bebía más que antaño. Igual que él, lo bebía solo, sin azúcar. También afectaba a sus nervios. Y ahora fumaba, aunque no había fumado hasta hacía un año. No obtenía ningún placer en hacerlo. Inspiraba el humo hasta lo más hondo de sus pulmones y luego lo expulsaba rápidamente. Y sus manos temblaban casi tanto como las de él.

Se sirvió una taza de café y se sentó frente a ella. Ella empezó a levantarse.

—¿Qué pasa? ¿Es que no soportas verme?

Ella volvió a sentarse y dio una calada profunda al cigarrillo que tenía en la mano. Luego lo espachurró sobre el plato.

Se sintió asqueado. De pronto, quiso salir de la casa. Le parecía extraña y ajena. Tenía la sensación de que ella había renunciado a todo derecho sobre él, que se había retirado de él. El contacto de sus dedos y los detalles cariñosos que había diseminado por cada habitación; había retirado todas aquellas cosas. Habían perdido tangibilidad porque se marchaba. La estaba abandonando y ya no era su casa. Lo sentía con mucha intensidad.

Recostándose sobre la silla, apartó su taza y miró el hule amarillo de la mesa. Sintió que él y Sally estaban detenidos en el tiempo; que los segundos se desgranaban como una melaza fantástica hasta que cada uno parecía una eternidad. El reloj contaba las horas más lentamente.

Y la casa era diferente.

—¿Qué tren vas a coger? —preguntó, sabiendo antes de hablar que sólo había un tren por la mañana.

—El de las once cuarenta y siete —dijo.

Cuando lo dijo, sintió que su estómago se retraía sobre su espinazo. Tragó saliva, tan verídico fue el dolor físico. Ella le miró.

—Me he quemado —dijo apresuradamente, y ella se levantó y puso su taza y su plato en el fregadero.

¿Por qué he dicho eso?, pensó. ¿Por qué no he podido decir que he tragado saliva porque la idea de que me abandone me llena de terror? ¿Por qué siempre digo cosas que no quiero decir? No soy malo. Pero cada vez que hablo, elevo más las paredes del odio y la amargura alrededor de mí, hasta que ya no puedo escapar de ellas.

Con palabras he tejido mi mortaja, y me enterraré dentro de ella.

Miró su espalda y una sonrisa triste curvó sus labios. Sólo soy capaz de pensar con palabras cuando mi esposa me deja. Qué triste.

Sally había salido de la cocina. Su mente regresó a su actitud taciturna. Estamos jugando a un juego. Haz lo que yo haga. Tú entras en una habitación, con la cabeza erguida, la esposa justificada, la parte maltratada. Yo tengo que seguirte, cabizbajo y contrito, derramando hecatombes de disculpa.

Consciente de sí mismo una vez más, se sentó tenso a la mesa, su cuerpo temblando de rabia. Se relajó haciendo un esfuerzo deliberado, y apretó la mano izquierda sobre sus ojos. Se quedó allí sentado, intentando desprenderse de su angustia en el silencio y la oscuridad.

No iba a funcionar.

Y entonces su cigarrillo le quemó de verdad, y se sentó recto. El cigarrillo cayó al suelo desperdigando cenizas. Se inclinó y lo recogió. Lo tiró al cubo de la basura y falló. Al demonio, pensó. Se levantó y vació su taza y su plato en el fregadero. El plato se partió en dos y le hirió el pulgar derecho. Dejó que sangrara. Le daba lo mismo.

Ella estaba en la habitación sobrante, terminando de hacer las maletas.

La habitación sobrante. Ahora aquellas palabras le torturaban. ¿Cuándo dejaron de llamarla «la habitación del niño»? ¿Cuándo habían empezado a reconcomerle las entrañas, porque estaba llena de amor y quería desesperadamente tener hijos? ¿Cuándo había empezado a sustituir su ausencia con poco más que un temperamento volcánico y días y noches de nervios a flor de piel?

Se quedó parado en la puerta y la miró. Quería sacar la máquina de escribir y sentarse y escribir hileras de palabras. Quería regodearse en su futura libertad. Pensar en todo el dinero que se ahorraría. Pensar en lo pronto que podría irse a escribir todas

las cosas que siempre había querido escribir.

Se quedó parado en la puerta, asqueado.

¿Era posible todo aquello?, preguntó su mente, incrédula. ¿Era posible que estuviera marchándose? Pero eran marido y mujer. Había vivido y amado en aquella casa durante más de dieciocho años. Ahora se estaba marchando. Metía prendas en su vieja maleta negra y se marchaba. No podía hacerse a la idea. No podía comprenderla ni asimilarla a la actividad diaria. ¿Dónde encajaba dentro de la rutina? La rutina era que Sally limpiase y cocinase y tratase de hacer que su casa fuera feliz y cálida.

Se estremeció y, girándose bruscamente, volvió al dormitorio.

Se dejó caer sobre la cama y miró el reloj eléctrico de su mesilla de noche, que chirriaba delicadamente.

Vio que eran más de la once. Dentro de menos de una hora tengo que dar clase a un grupo de idiotas de primer año. Y sobre la mesa del salón hay una montaña de exámenes de mitad de semestre repletos de redacciones que debo padecer, sintiendo cómo mi estómago se retuerce ante su falta de inteligencia, su fraseología adolescente.

Y todas aquellas bobadas, todos aquellos kilómetros de prosa espantosa, se habían enroscado en una madeja eterna en su cabeza. Y allí se habían quedado, desmadejándose en sus propios escritos hasta que llegaba a preguntarse si podría soportar la idea de seguir viviendo. He digerido lo peor, pensó. ¿Es de extrañar que exude basura?

El mal genio saltó de nuevo, un fuego pálido que poco a poco se alimentaba con nuevos pensamientos. Esta mañana no he escrito nada. Como cada mañana tras de cada mañana, mientras pasa el tiempo. Cada vez hago menos. No escribo nada. O escribo material indigno. Cuando tenía veinte años era capaz de escribir mejor que ahora.

¡Nunca escribiré nada bueno!

Se puso en pie de un salto y negó con la cabeza mientras buscaba algo que atacar, algo que romper, algo que odiar con tal odio que se marchitase bajo el estallido.

Parecía como si la habitación se hubiera nublado. Sintió una palpitación. Su pierna izquierda golpeó una esquina de la cama.

Tragó saliva, furioso. Sollozó. Lágrimas de odio, arrepentimiento y autocompasión. Estoy perdido, pensó. Perdido. No hay nada.

Se quedó muy tranquilo, con una calma gélida. Vacío de piedad, de emoción. Se puso el abrigo. Se puso el sombrero y sacó el maletín del armario.

Se paró ante la puerta que daba al cuarto donde ella todavía forcejeaba con su maleta. Así tendrá algo con lo que ocuparse ahora, pensó, para no tener que mirarme. Sintió que su corazón resonaba como un tambor muy pesado.

—Pásatelo bien en casa de tu madre —dijo desapasionadamente.

Ella levantó la mirada y vio la expresión en su rostro. Se apartó y se llevó la mano a los ojos. Él sintió la necesidad repentina de correr hacia ella y suplicar su perdón. Hacer que todo se arreglara.

Entonces volvió a pensar en papeles y años de escritura pendiente.

Se apartó y cruzó el salón. La alfombrilla se deslizó un poco y le ayudó a concentrar toda la fuerza de la rabia que necesitaba. La apartó de una patada y aleteó contra la pared en un bulto arrugado.

Cerró la puerta de golpe al salir.

Su mente farfulló. Ahora, como en un folletín, ella se habrá arrojado sobre la colcha y estará llorando lágrimas de pesar teñidas de martirio. Ahora estará hundiendo las uñas en la almohada y gimiendo mi nombre y deseando estar muerta.

Sus zapatos taconearon rápidamente sobre la acera. Que Dios me ayude, pensó. Que Dios nos ayude a todos los pobres desgraciados que queremos crear y que descubrimos que debemos renunciar al corazón porque no podemos permitirnos perder nuestro tiempo con eso.

Hacía un día precioso. Sus ojos lo veían, pero su mente no lo reconocía. Los árboles eran frondosos y verdes, y el aire fresco y cálido. Brisas primaverales soplaban por las calles. Sentía cómo le acariciaban mientras dejaba atrás la manzana y cruzaba la Calle Principal hasta la parada del autobús.

Se quedó parado en la esquina, mirando la casa.

Está allí dentro, su mente persistió en el análisis. Allí dentro, en la casa en la que hemos vivido durante más de ocho años. Está haciendo las maletas, o llorando, o haciendo algo. Y pronto llamará a la empresa de taxis de la universidad. Llegará un taxi. El conductor hará sonar la bocina, Sally se pondrá su ligero abrigo de primavera y sacará la maleta al porche. Cerrará la puerta al salir por última vez.

—No...

No podía impedir que la palabra le estrangulara la garganta. Siguió mirando la casa. Le dolía la cabeza. Veía todo oscilar. Estoy enfermo, pensó.

—¡Estoy enfermo!

Lo gritó. No había nadie cerca para oírlo. Se quedó mirando la casa. Se va para siempre, dijo su mente.

¡Muy bien, pues! Escribiré, escribiré, escribiré. Dejó que las palabras empapasen su mente y desplazaran todo lo demás.

Al fin y al cabo, un hombre tenía derecho a elegir. Dedicar su vida a su obra o a su esposa y sus hijos en casa. Ambas cosas no se podían combinar; no en estos tiempos, en este mundo loco donde Dios iba después de los ingresos y las comodidades que proporcionaba la riqueza.

Miró a un lado mientras el autobús de la franja verde alcanzaba lo alto de la

lejana colina, aproximándose. Se metió el maletín bajo el brazo y buscó una ficha en su bolsillo. Tenía un agujero en el bolsillo. Sally había dicho que iba a coserlo. Bueno, ahora nunca lo cosería. ¿Qué más daba?

Prefiero tener intacta el alma que las ropas que visto.

Palabras, palabras, pensó, mientras el autobús se detenía delante de él. Ahora que ella se marcha, fluyen a través de mí. ¿Es eso prueba de que era su presencia la que atascaba los cauces del pensamiento?

Dejó caer la ficha en el depósito de monedas y llegó hasta el final del autobús. Pasó junto a un profesor que conocía y le saludó de forma distraída. Se desplomó sobre el asiento trasero y miró las tablas sucias y cubiertas de goma del suelo.

Esta vida es genial, desvarió su mente. Estoy muy contento de mi vida, de mi vida y de mis nobles y grandes logros.

Abrió el maletín un momento y contempló la gruesa programación que había perfilado con la ayuda del Dr. Ramsay.

Primera semana: 1. *Everyman*. Comentario. Lecturas seleccionadas de *Lecturas clásicas para estudiantes de primero*. 2. *Beowulf*. Lectura. Comentario en clase. Cuestionario de veinte minutos.

Volvió a meter el manojó de papeles en el maletín. Me repugna, pensó. Odio estas cosas. Los clásicos se han convertido en anatema para mí. Empiezo a aborrecer su mismo nombre. Chaucer, los poetas isabelinos, Dryden, Poe, Shakespeare. ¿Qué mayor insulto para un hombre que llegar a odiar estos nombres porque debe compartirllos fragmentados con patanes ignorantes? Porque debe simplificarlos y hacerlos paladeables para estúpidos que harían mejor en estar cavando zanjas.

Se apeó del autobús en el centro y empezó a bajar por la larga pendiente de la Calle Nueve.

Mientras caminaba, se sentía como si fuera un barco con el calabrote cortado, presa de una compleja encrucijada de corrientes. Se sentía desligado de la ciudad, del país, del mundo. Si alguien me dijera que soy un fantasma, pensó, me sentiría inclinado a creerlo.

¿Qué estará haciendo ahora?

Se lo preguntó mientras los edificios pasaban flotando a su lado. ¿Qué estará pensando mientras yo estoy aquí en pie y la ciudad de Fort pasa flotando a mi lado como un escenario vaporoso? ¿Qué están sujetando sus manos? ¿Qué expresión tendrá en su preciosa cara?

Está sola en la casa, en nuestra casa. En lo que podría haber sido nuestra casa. Ahora es sólo un cascarón, una caja vacía con palos de madera y metal como mobiliario. Nada más que materia muerta e inanimada.

No importa lo que diga John Morton.

Con sus láminas de pan de oro y sus probetas y su Dios del microscopio. A pesar de toda su charla erudita y sus papeles con números tabulados; a pesar de todo eso, la única religión que profesaba era la pura superchería. La idiotez. La idiotez que provocaba que ese asno de Charles Fort cargara al mundo con sus nebulosas fantasías. La idiotez que hacía que ese estúpido millonario patrocinase aquel lugar, y hubiese hecho erigir sobre el suelo árido aquellas enormes edificaciones de piedra y casas dentro de un zoológico de científicos de ojos enloquecidos, que siempre estaban buscando alguna especie de elixir mientras que el resto de los payasos les robaban el mundo de delante de las narices.

No, no hay nada que vaya bien en el mundo, pensó mientras atravesaba titubeante la entrada y penetraba en el campus verde y ancho.

Enfrente tenía el inmenso Centro de Ciencias Físicas, su cara de granito resplandeciente bajo el sol tardío de la mañana.

Ahora estará llamando al taxi. Consultó su reloj. No. Ya estará en el taxi. Atravesando las calles desiertas. Más allá de las casas y hasta el barrio comercial. Más allá de los edificios de ladrillo rojo que vomitan pueblerinos y estudiantes. A través de la ciudad que era un popurrí de lo sofisticado y lo rústico.

Ahora el taxi estaría girando a la izquierda en la Calle Diez. Ahora estaría subiendo la cuesta, coronándola. Rodando hacia la estación de ferrocarril. Ahora...

—¡Chris!

Su cabeza giró violentamente y su cuerpo dio una sacudida de sorpresa. Miró hacia la ancha entrada del Edificio de Ciencias Mentales. El Dr. Morton estaba saliendo.

Dieciocho años antes habíamos ido a la facultad juntos, pensó. Pero mi interés por las ciencias era muy escaso. Prefería desperdiciar mi tiempo con la cultura histórica. Por eso yo soy un profesor asociado y él es doctor y director de su departamento.

Todo aquello pasó por su mente como un viento veloz mientras el Dr. Morton se acercaba a él, sonriendo. Agarró a Chris por el hombro.

—Hola —dijo—. ¿Cómo te va?

—¿Cómo tiene que ir?

La sonrisa del Dr. Morton se esfumó.

—¿Qué te ocurre, Chris? —preguntó.

No te voy a hablar de Sally, pensó Chris. No, aunque me muera. Nunca lo sabrás por mí.

—Lo típico —dijo.

—¿Ramsay todavía te tiene en la lista negra?

Chris se encogió de hombros. Morton miró el gran reloj de la fachada del edificio de Ciencias Mentales.

—Oye —dijo—, ¿qué hacemos aquí parados? Tu clase no empieza hasta dentro

de media hora, ¿verdad?

Chris no contestó. Me va a invitar a tomar un café, pensó. Me va a obsequiar con un buen número de sus inanes teorías. Me va a utilizar como cabeza de turco para su tiovivo mental.

—Vamos a tomar un café —dijo Morton, cogiendo del brazo a Chris. Caminaron algunos pasos en silencio.

—¿Cómo está Sally? —preguntó Morton entonces.

—Está perfectamente —contestó con voz neutra.

—Bien. Oh, por cierto, puede que me pase mañana o pasado a recoger el libro que me dejé el jueves por la noche.

—Muy bien.

—¿Qué me estabas diciendo de Ramsay?

—No estaba diciendo nada.

Morton lo pasó por alto.

—¿Has vuelto a pensar en lo que te dije? —preguntó.

—Si te refieres a ese cuento de hadas sobre mi casa, no. No le he dado más importancia de la que merece, que es ninguna.

Doblaron la esquina del edificio y bajaron hacia la Calle Nueve.

—Chris, esa actitud es indefendible —dijo Morton—. No tienes derecho a dudar cuando no lo sabes.

Chris tuvo ganas de apartar el brazo de un tirón, darse la vuelta y alejarse de Morton, dejándole allí plantado. Estaba harto de palabras, palabras y palabras. Quería estar solo. Casi se sentía capaz de ponerse una pistola en la cabeza y acabar con todo. Sí, podría... pensó. Si alguien me la diera ahora, acabaría en un momento.

Subieron por los escalones de piedra hasta la acera y cruzaron hacia el café del campus. Morton abrió la puerta y dejó pasar a Chris. Chris pasó al fondo y se deslizó en un reservado de madera.

Morton trajo dos cafés y se sentó frente a él.

—Ahora escucha —dijo, removiendo el azúcar—, soy tu mejor amigo. Al menos así me considero. Y maldita sea si voy a quedarme sentado como si fuera mudo mientras veo cómo te suicidas.

Chris sintió que su corazón daba un salto. Tragó saliva. Se liberó de todo pensamiento, como si sus pensamientos fueran visibles para Morton.

—Olvídalo —dijo—. No me importan las pruebas que tengas. No me lo creo.

—¿Qué hará falta para convencerte, maldición? —dijo Morton—. ¿Es que tendrás que perder la vida?

—Escucha —dijo Chris mezquinamente—. No me lo creo. Nada más. Olvídalo, déjalo correr.

—Chris, puedo enseñarte...

—¡No puedes enseñarme nada! —le interrumpió Chris.

Morton era paciente.

—Es un fenómeno reconocido —dijo.

Chris le miró con repugnancia y agitó la cabeza.

—Qué elucubraciones tenéis los chicos de las batas blancas en el santuario de vuestros laboratorios. Al cabo del tiempo, acabáis por convenceros de cualquier cosa, siempre que podáis medirlo.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme, Chris? ¿Cuántas veces te has quejado de astillas, de puertas de armarios que se abren de golpe, de alfombras que resbalan? ¿Cuántas veces?

—Oh, por el amor de Dios, no empieces otra vez. Vas a hacer que me levante y me vaya. No estoy de humor para tus conferencias. Guárdatelas para esos pobres idiotas que pagan su matrícula para oírlas.

Morton le miró agitando la cabeza.

—Ojalá pudiera hacértelo entender —dijo.

—Olvídalo.

—¿Olvidarlo? —se revolvió Morton—. ¿Es que no ves que tu temperamento te está poniendo en peligro?

—Te lo estoy diciendo, John...

—¿Adónde crees que va ese temperamento? ¿Te crees que desaparece? No. No desaparece. Se queda en tus habitaciones, y en los muebles, y en el aire. Se mete en Sally. Hace que todo se ponga enfermo; incluido tú. Te aprisiona. Establece un vínculo entre lo animado y lo inanimado. Psicobolía. Oh, no me mires con ese aire engreído, como un niño que no soporta oír la palabra espinaca. Siéntate, por amor de Dios. Eres un adulto, escucha como tal.

Chris encendió un cigarrillo. Dejó que la voz de Morton vagase en un zumbido ininteligible. Miró el reloj de la pared. Las doce menos cuarto. En dos minutos, si se cumplía el horario, ella se estaría marchando. El tren saldría y dejaría atrás la ciudad de Fort.

—Te lo he dicho unas cuantas veces —decía Morton—. Nadie sabe de qué está hecha la materia. Átomos, electrones, energía pura. Son todo palabras. ¿Quién sabe dónde acabará? Suponemos, teorizamos, establecemos medidas. Pero no sabemos.

»Y eso en cuanto a la materia. Piensa que el cerebro humano y su capacidad siguen siendo desconocidos. Es un continente inexplorado, Chris. Puede que siga siéndolo durante mucho tiempo. Y todo ese tiempo los poderes intuitivos seguirán afectándonos, y, tal vez, afectando a la materia, aunque no podamos medirlos con una vara.

»Y yo digo que estás envenenando tu casa. Yo digo que tu temperamento se está incrustando en la estructura, en cada artículo que tocas. Todos ellos están influidos

por ti y por tu rabia incontrolable. Y también creo que de no ser por la presencia de Sally, que sirve de factor compensatorio, bueno... puede que fueras literalmente atacado por...

Chris oyó las últimas frases.

—¡Oh, basta de palabrería! —respondió furioso—. Me estás hablando como un chaval que acabara de leer su primera novela de Tom Swift.

Morton suspiró. Pasó los dedos por el borde de la taza y agitó la cabeza tristemente.

—Bueno —dijo—, sólo espero que no se rompa nada. Es obvio que no me vas a hacer caso.

—Enhorabuena por una afirmación con la que puedo estar de acuerdo —dijo Chris. Miró su reloj—. Y ahora, si me disculpas, iré a escuchar a unos zopencos tropezar con extractos de obras que no tienen la menor capacidad para asimilar.

Se levantaron.

—Yo pago —dijo Morton, pero Chris dejó caer una moneda sobre la caja y se marchó. Morton le siguió, guardándose la moneda en el bolsillo lentamente.

Ya en la calle, dio una palmadita en el hombro a Chris.

—Intenta tomártelo con calma —dijo—. Oye, ¿por qué no venís a casa esta noche Sally y tú? Podríamos echarnos unas partiditas de bridge.

—Va a ser imposible —dijo Chris.

Los estudiantes estaban leyendo un fragmento de *Rey Lear*. Tenían las cabezas inclinadas sobre los libros. Los miraba sin verlos.

Tengo que resignarme, se decía. Tengo que olvidarla, sencillamente. Se ha ido. No voy a lamentarme. No voy a esperar contra toda esperanza que regrese. No quiero que vuelva. Estoy mejor sin ella. Libre y sin trabas.

Sus pensamientos se derramaron. Se sintió vacío e indefenso. Sintió que no sería capaz de escribir una palabra más el resto de su vida. Quizás, pensó, hoscamente disgustado por la idea, quizás fuera sólo la perturbación provocada por su marcha lo que permitía que mi cerebro encontrase las palabras. Pues, al fin y al cabo, las palabras que pensaba, las ideas que florecían, aunque brevemente, tenían todas que ver con ella, con su marcha y con el estado tan miserable en que me encontraba por culpa de ella.

Se detuvo en seco. ¡No!, gritó en rebeldía silenciosa. No permitiré que sea así. Soy fuerte. Esta sensación es sólo temporal, pronto habré aprendido a pasarme sin ella. Y entonces trabajaré. Produciré una obra como hasta ahora sólo había soñado. Al fin y al cabo, ¿acaso no he vivido dieciocho años más? ¿Es que esos años no me han llenado a rebosar con visiones y sonidos, ideales, impresiones, interpretaciones?

Tembló de emoción.

Alguien estaba agitando una mano delante de su cara. Concentró la mirada y observó con frialdad a la chica.

—¿Y bien? —dijo él.

—¿Podría decirnos cuándo nos va a devolver nuestros trabajos del semestre, profesor Neal? —preguntó ella.

La miró, su mejilla derecha temblando. Sintió ganas de lanzarle a la cara todos los improperios que tenía a su disposición. Sus puños se cerraron.

—Se los devolveré cuando estén puntuados —dijo tensamente.

—Sí, pero...

—Ya me ha oído —dijo.

Su voz se elevó al extremo de la frase. La chica se sentó. Al agachar la cabeza, se dio cuenta de que miraba al chico que tenía al lado y se encogía de hombros, con una mirada de disgusto en la cara.

—Señorita...

Trasteó con su cuaderno de fichas y encontró su nombre.

—¡Señorita Forbes!

Ella levantó la mirada, sus rasgos desprovistos de color, sus labios rojos destacando en fuerte contraste con su piel blanca. Idiota de alabastro pintarrajeada. Las palabras le arañaban.

—Haga el favor de marcharse de esta clase —ordenó con voz seca.

La confusión invadió su rostro.

—¿Por qué? —preguntó con voz fina y lastimera.

—Tal vez no me haya oído —dijo, con furia creciente—. ¡He dicho que se vaya de clase!

—Pero...

—¿No me ha oído? —gritó.

Recogió apresuradamente los libros, con manos temblorosas y la cara ardiendo por el bochorno. Mantuvo los ojos en el suelo. Su garganta se movió convulsivamente mientras recorría el pasillo y salía por la puerta.

La puerta se cerró detrás de ella. Él volvió a derrumbarse sobre el asiento. Sentía una enfermedad terrible dentro de sí. Ahora, pensó, todos se volverán contra mí en defensa de una niña medio imbécil. El Dr. Ramsay tendrá más madera para su pequeña pira.

Y con razón.

No pudo apartar la mente de eso. Tenían razón. Lo sabía. En lo más recóndito de su mente, donde no podía intimidar a nadie con la pura pasión descerebrada, sabía que era un necio estúpido. No tengo derecho a enseñar a otros. No puedo ni enseñarme a mí mismo a comportarme como un ser humano. Quiso exclamar las palabras y sollozar su confesión y arrojarle por una de las ventanas abiertas.

—¡Basta de murmullos! —exigió con ferocidad.

La habitación estaba en silencio. Permaneció en tensión, esperando alguna señal de rebeldía. Soy vuestro profesor, se repetía, tenéis que obedecerme, soy...

La idea se agotó. Volvió a divagar. ¿Qué hacían los estudiantes o una chica pidiéndole los trabajos de mitad de evaluación? ¿Qué significaba nada?

Echó un vistazo a su reloj. En breves minutos el tren pararía en Centralia. Haría trasbordo al expreso de la línea principal hasta Indianápolis. Luego, a Detroit y su madre. Adiós.

Adiós. Intentó visualizar la palabra, ponerla en términos palpables. Pero la idea de la casa sin ella casi excedía su capacidad. Porque sin ella, no era la casa; era otra cosa.

Empezó a pensar en lo que había dicho John.

¿Sería posible? Estaba de tal humor que se sentía capaz de aceptar lo increíble. Era increíble que le hubiera dejado. ¿Por qué no ampliar las imposibilidades que le estaban ocurriendo?

Muy bien, pues, pensó furioso. La casa está viva. Le he dado vida con mis letales estallidos de ira. Espero por Dios que cuando regrese y atraviere la puerta, el techo se venga abajo. Espero que las paredes se desmoronen y quede aplastado y reducido a pulpa por el peso aniquilador del yeso, la madera y el ladrillo. Eso es lo que quiero. Algún agente que acabe conmigo. Yo no soy capaz de obligarme a hacerlo. Ojalá una pistola pudiera cometer el suicidio por mí. Ojalá el gas pudiera dirigir sus vapores letales hacia mí con sólo pedirlo o una navaja cortar mi carne al solicitarlo.

La puerta se abrió. Levantó la mirada. El Dr. Ramsay estaba allí, su rostro convertido en una máscara de indignación. Detrás de él, en el pasillo, Chris podía ver a la chica, su cara surcada de lágrimas.

—Un momento, Neal —dijo Ramsay secamente, y volvió a retroceder hacia el vestíbulo.

Chris se quedó sentado ante la mesa, mirando la puerta. De pronto se sintió muy cansado, exhausto. Se sintió como si levantarse y salir al pasillo fuera más de lo que era capaz de hacer. Echó un vistazo a la clase. Algunos intentaban reprimir las sonrisas.

—Para mañana terminarán la lectura de *Rey Lear* —dijo. Algunos gruñeron.

Ramsay apareció de nuevo en la puerta, sus mejillas sonrosadas.

—¿Quiere hacer el favor de venir, Neal? —preguntó en voz alta.

Chris sintió que se tensaba con rabia mientras atravesaba la habitación y salía al vestíbulo. La chica bajó la mirada. Estaba en pie junto a la corpulenta figura del Dr. Ramsay.

—¿Qué es lo que me han contado, Neal? —preguntó Ramsay.

Eso es, pensó Chris. No me llames nunca profesor. Nunca lo seré, ¿verdad? Tú te

ocuparás de eso, cabronazo.

—No lo entiendo —dijo, con la mayor frialdad posible.

—La señorita Forbes afirma que usted la expulsó de clase sin razón alguna.

—Entonces la señorita Forbes está mintiendo de forma muy estúpida —dijo. Tengo que contener esta rabia, pensó. No dejes que fluya libre. Tembló al intentar contenerla.

La chica abrió la boca y volvió a sacar su pañuelo. Ramsay se volvió y le dio una palmadita en el hombro.

—Vaya a mi despacho, niña. Espéreme allí.

Se alejó lentamente. ¡Político!, gritó la mente de Neal. Qué fácil te resulta hacerte popular con ellos. No tienes que enfrentarte a sus torpes mentes.

La señorita Forbes dobló la esquina y Ramsay volvió a mirarle.

—Más vale que tenga una buena explicación —dijo—. Me estoy cansando un poco de su comportamiento, Neal.

Chris no dijo nada. ¿Por qué estoy aquí parado?, se preguntó repentinamente. ¿Por qué, por amor de Dios, estoy parado en este vestíbulo mal iluminado, escuchando a este patán pomposo regañarme?

—Estoy esperando, Neal.

Chris se puso tenso.

—Le he dicho que está mintiendo —dijo tranquilamente.

—Elijo creer lo contrario —dijo el Dr. Ramsay, con voz temblorosa.

Un escalofrío recorrió a Chris. Su cabeza se inclinó hacia delante y habló lentamente, con los dientes apretados.

—Puede usted creer lo que le salga de las narices.

La boca de Ramsay se convulsionó.

—Creo que ha llegado el momento de que se presente ante la junta —murmuró.

—¡Perfecto! —dijo Chris en voz alta. Ramsay hizo un gesto para cerrar la puerta de la clase. Chris le dio una patada y la estrelló contra la pared. Una chica tragó saliva.

—¿Qué pasa? —gritó Chris—. ¿Es que no quiere que sus estudiantes me oigan mandarle a paseo? ¡No quiere ni que sospechen que es usted un idiota, un farsante, un asno!

Ramsay levantó un par de puños temblorosos ante su pecho. Sus labios temblaron violentamente.

—¡Ya basta, Neal! —exclamó.

Chris estiró el brazo y apartó a un lado al hombretón, gruñendo.

—¡Oh, apártese de mi camino!

Se marchó a toda velocidad. El vestíbulo desapareció. Oyó sonar la campana. Parecía que sonara en otra existencia. El edificio palpitaba de vida; los estudiantes se

derramaban desde las clases.

—¡Neal! —llamó el Dr. Ramsay.

Siguió caminando. Oh, Dios, déjame salir de aquí, me estoy ahogando, pensó. Mi sombrero, mi maletín. Déjalos. Lárgate de aquí. Aturdido, descendió por las escaleras rodeado por un remolino de estudiantes. Giraban a su alrededor como una marea indefinida. Sus pensamientos estaban muy alejados de ellos.

Recorrió el vestíbulo de la primera planta con la mirada perdida. Se volvió y salió por la puerta y bajó por los escalones del porche hasta la acera del campus. No prestó atención a los estudiantes que miraban su pelo rubio y revuelto, sus ropas arrugadas. Siguió caminando. Lo he conseguido, pensó beligerante. He conseguido escapar. ¡Soy libre!

Estoy enfermo.

Todo el camino hasta la Calle Principal y en el autobús siguió renovando sus reservas de rabia. Repasó aquellos escasos momentos del pasillo una y otra vez. Conjuró la imagen del rostro imperturbable de Ramsay, repitió sus palabras. Se mantuvo tenso y furioso. Me alegro, se dijo vigorosamente. Todo está resuelto. Sally me ha dejado. Bien. He perdido el trabajo. Bien. Ahora soy libre para hacer lo que quiera. Una alegría forzada y furiosa resonaba en todo su ser. Se sentía solo, un forastero en el mundo, y se alegraba de ello.

En su parada, se bajó del autobús y caminó decididamente hacia la casa, fingiendo ignorar el dolor que sentía al aproximarse a ella. Es sólo una casa vacía, pensaba. Nada más. A pesar de todas las teorías pueriles, no es nada más que una casa.

Entonces, cuando entró, la encontró sentada en el sofá.

Casi se tambaleó, como si alguien le hubiera golpeado. Se quedó mirándola aturdido. Tenía las manos firmemente cerradas. Le estaba mirando.

Él tragó saliva.

—Bueno —consiguió decir.

—Yo... —su garganta se contrajo—. Bueno...

—¡Bueno qué! —dijo él rápidamente, en voz alta, para disimular el temblor de su voz.

Ella se levantó.

—Chris, por favor. ¿No vas a... pedirme que me quede?

Le miró como una niña, suplicante.

Su mirada le enfureció. Todas sus ensoñaciones se hicieron añicos; vio cómo el brote de nuevas ideas quedaba enterrado bajo sus pies.

—¡Pedirte que te quedes! —le gritó—. ¡No pienso pedirte nada, por Dios!

—¡Chris! ¡No!

Está cediendo, gritó su mente. Se está desmoronando. Hazlo ahora. Échala de aquí. ¡Expúlsala de estas cuatro paredes!

—Chris —sollozó—, sé amable. Por favor, sé amable.

—¡Amable!

Casi se ahogó con la palabra. Sintió un calor salvaje recorriendo su cuerpo.

—¿Has sido amable tú? Me has vuelto loco, me has conducido a un pozo de desesperación. No puedo escapar de él. ¿Lo entiendes? Nunca. ¡Nunca! ¿Entiendes eso? Nunca escribiré. ¡No puedo escribir! ¡Tú me has secado! ¡Lo has matado! ¿Lo entiendes? ¡Lo has matado!

Ella retrocedió hacia el comedor. Él la siguió, las manos temblando junto al costado, sintiendo que le había obligado a hacer aquella confesión y odiándola aún más por ello.

—Chris —murmuró asustada.

Era como si su cólera creciera como una célula, hinchándole con furia hasta que ya no era de carne y hueso, sino una acusación odiosa hecha carne.

—¡No te quiero! —gritó—. ¡Tienes razón, no te quiero! ¡Vete de aquí!

Los ojos de ella estaban abiertos como platos, la boca de par en par. De pronto, pasó corriendo a su lado, los ojos relucientes de lágrimas. Huyó a través de la puerta principal.

Él fue a la ventana y la vio bajar corriendo por la manzana, su pelo castaño oscuro flotando detrás de ella.

Repentinamente mareado, se hundió en el sofá y cerró los ojos. Clavó las uñas en la palma de la mano. Oh, Dios, qué enfermo estoy, se revolvió su mente.

Dio una sacudida y miró a su alrededor con aire estúpido. ¿Qué era eso? La sensación de que se hundía en el sofá, en los tablones del suelo, disolviéndose en el aire, uniéndose a las moléculas de la casa. Sollozó suavemente, mirando alrededor. Le dolía la cabeza; apretó la palma contra su frente.

—¿Qué? —murmuró.

No, pensó. No, no pienso ir detrás de ella como un...

Olvidó como el qué. Se quedó mirando el fregadero. Se sentía borracho. Todo estaba borroso.

Había lavado las tazas. Había tirado el plato roto. Miró el arañazo de su pulgar. Se había secado. Se había olvidado de él.

De pronto, miró a su alrededor como si alguien se hubiera colado detrás de él. Miró la pared. Algo se estaba levantando. Lo sentía. No me lo imagino. Pero había tenido que imaginármelo; tenía que ser la imaginación.

¡Imaginación!

Estrelló un puño contra el fregadero. Escribiré. Escribiré. Escribiré. Me sentaré y

lo dejaré salir todo en forma de palabras; la sensación de angustia, y terror, y soledad. Me lo sacaré del organismo escribiendo.

—¡Sí! —gritó.

Salió corriendo de la cocina. Se negaba a aceptar el miedo instintivo dentro de él. Ignoró la amenaza que parecía espesar el aire mismo.

Una alfombra resbaló. La apartó de una patada. Se sentó. El aire zumbaba. Arrancó la cubierta de la máquina de escribir. Se sentó nervioso, mirando el teclado. El momento antes del ataque. Estaba en el aire. ¡Pero es mi ataque!, pensó triunfante, mi ataque contra la estupidez y el miedo.

Metió una hoja en la máquina de escribir. Intentó reunir sus pensamientos palpitantes. Escribe, la palabra se repetía en su mente. Escribe... ya.

—¡Ya! —gritó.

Sintió que la mesa daba una sacudida contra sus espinillas.

El dolor abrasador despertó sus sentidos como un cuchillo. Dio una patada a la mesa con un frenesí automático. Más dolor. Otra patada. La mesa volvió a tambalearse contra él. Chilló.

La había visto moverse.

Intentó retroceder, despojado de toda rabia. Las teclas de la máquina de escribir se movían bajo sus dedos. Bajó la mirada. No sabía si estaba pulsando las teclas o si se movían ellas solas. Tiró histéricamente, intentando despegar sus dedos, pero no podía. Las teclas se movían más rápido de lo que su ojo podía ver. Eran un borrón de movimiento. Notó cómo desgarraban su piel, cómo pelaban sus dedos. Quedaron despellejados. La sangre empezó a rezumar.

Lanzó un grito y tiró. Consiguió arrancar los dedos y retrocedió de un salto en la silla.

Atrapado por la hebilla de su cinturón, el cajón de la mesa salió volando. Se estrelló contra su estómago. Volvió a gritar. El dolor era una nube negra que le cubría la cabeza.

Estiró una mano para empujar el cajón. Vio los lápices amarillos dentro. Resplandecían. La mano resbaló y cayó dentro del cajón.

Uno de los lápices se le clavó.

Siempre tenía las puntas afiladas. Fue como la mordedura de una serpiente. Sacó la mano de golpe con un gemido de dolor. La punta estaba atascada bajo una uña. Se había incrustado en la carne cruda y tierna. Gritó con furia y dolor. Tiró del lápiz con la otra mano. La punta salió volando y se le hundió en la palma. No podía librarse del lápiz, seguía arrastrándose sobre su mano. Tiró de él y trazó líneas negras e irregulares sobre su piel, desgarrándola.

Lanzó el lápiz al otro extremo de la habitación. Rebotó en la pared. Al caer sobre

la goma, pareció que saltara. Dio unas cuantas vueltas y se quedó inmóvil.

Perdió el equilibrio. La silla se vino abajo de golpe. Su cabeza golpeó secamente las tablas del suelo. Su mano engarfiada agarró el marco de la ventana. Pequeñas astillas relampaguearon en la piel como agujas invisibles. Aulló con miedo mortal. Pataleó. Los trabajos de mitad de semestre cayeron sobre él como las alas de una bandada de pájaros enloquecidos.

La silla volvió a saltar sobre sus muelles. Las ruedas pesadas rodaron sobre sus manos despellejadas y sanguinolentas. Las retiró con un chillido. Echó hacia atrás una pierna y dio una patada violenta a la silla. Cayó de costado contra la repisa de la chimenea. Las ruedas giraron y chirriaron como un enjambre de insectos furiosos.

Se levantó de un salto. Perdió el equilibrio y volvió a caerse, chocando contra el marco de la ventana. Las cortinas cayeron sobre él como una pitón. Las varas se partieron. Cayeron volando y le golpearon en el cogote. Sintió la sangre cálida corretear por su frente. Se agitó en el suelo. Las cortinas parecieron enrollarse a su alrededor como serpientes. Volvió a chillar. Las atacó salvajemente. Sus ojos estaban llenos de horror.

Las arrojó lejos de sí y se levantó de golpe repentinamente, tambaleándose para recuperar el equilibrio. El dolor de las manos le aturdió. Las miró. Eran como la carne cruda de la carnicería, con la piel colgándole en andrajos. Tenía que vendárselas. Se volvió hacia el baño.

Al dar el primer paso, la alfombra se deslizó debajo de él, la alfombra que había apartado de una patada. Sintió cómo volaba por los aires. Estiró las manos instintivamente para detener la caída.

El dolor puro hizo que su cuerpo diera un salto. Un dedo se partió. Con astillas clavadas en los dedos despellejados, sintió un dolor ardiente en un tobillo.

Intentó levantarse gateando, pero el suelo parecía hielo debajo de él. Quedó sumido en un silencio mortal. El corazón le resonaba en el pecho. Intentó volver a levantarse. Cayó, siseando de dolor.

La librería se cernía sobre él. Lanzó un grito y puso un brazo delante. La estantería se desplomó encima de él. La balda superior se hundió en su cráneo. Oleadas negras le anegaron, una afilada cuchilla de dolor se le clavó en la cabeza. Los libros le bañaban. Rodó sobre su costado con un gruñido. Intentó salir de debajo arrastrándose. Empujó los libros a un lado débilmente y cayeron abiertos. Sintió que los bordes de las páginas le rebanaban los dedos como navajas.

El dolor le aclaró la cabeza. Se irguió, sentado, y arrojó los libros a un rincón. De una patada, volvió a mandar la librería contra la pared. La parte trasera se desprendió y se cayó al suelo.

Se levantó, la habitación dando vueltas ante sus ojos. Se acercó a la pared dando tumbos, intentó apoyarse. La pared parecía escurrirse bajo sus manos. No podía

sujetarse. Resbaló y cayó de rodillas, y volvió a levantarse.

—Tengo que vendarme —murmuró con voz ronca.

Las palabras le llenaban el cerebro. Avanzó tambaleante a través del comedor que oscilaba, hasta llegar al cuarto de baño.

Se detuvo. ¡No! ¡Tenía que salir de la casa! Sabía que no era su propia voluntad lo que le había llevado allí.

Intentó darse la vuelta, pero resbaló con las baldosas del suelo y se rompió el codo contra el borde de la bañera. Un dolor ardiente se le clavó en el antebrazo. El brazo se le quedó entumecido. Se desplomó sobre el suelo, retorciéndose de dolor. Las paredes se oscurecieron; se agitaban a su alrededor como una mortaja negra.

Se sentó, cada bocanada de aire quemándole la garganta. Se obligó a levantarse con un gemido. El brazo se estiró, abrió la puerta del armario. Salió disparada de golpe contra su mejilla, abriéndole una brecha en la carne blanda.

La cabeza se dobló hacia atrás. La grieta del techo parecía una ancha sonrisa idiota en una cara blanca y vacía. Bajó la cabeza, sollozando de miedo. Intentó retroceder.

Estiró la mano. ¡Yodo, gasa!, gritó su mente.

La mano volvió con la navaja.

Saltó en su mano como un pez recién pescado. Estiró la otra mano. ¡Yodo, gasa!, gritó su mente.

La mano salió con hilo dental. Brotó del tubo como un gusano blanco e interminable. Se enroscó alrededor de su garganta y sus hombros. Le ahogó.

La larga y brillante hoja plateada salió deslizándose de su vaina.

No podía detener su mano. Arrastró la navaja con fuerza sobre el pecho. Le rajó la camisa. Excavó un valle en su pecho. La sangre brotó a raudales.

Intentó arrojar la navaja lejos de sí. Estaba pegada a su mano. Le daba cuchilladas en los brazos, en las manos, en las piernas y en el cuerpo.

En la garganta.

Un chillido de horror absoluto fluyó de sus labios. Salió corriendo del cuarto de baño, tambaleándose salvajemente hasta el salón.

—¡Sally! —chilló—. Sally, Sally, Sally...

La navaja le alcanzó la garganta. La habitación se quedó a oscuras. Dolor. La vida escurriéndose en la noche. Silencio en el mundo.

Al día siguiente llegó el Dr. Morton. Llamó a la policía. Y luego el forense escribió en su informe:

Muerte por heridas autoinfligidas.

EL NÚMERO DE LA DESAPARICIÓN

(*Disappearing Act*, 1953)

Estas anotaciones proceden de un cuaderno escolar hallado hace dos semanas en una confitería de Brooklyn. A su lado, en el mostrador, había una taza de café a medio acabar. El propietario de la tienda dijo que no había entrado nadie en las tres horas anteriores al momento en que se fijó en el cuaderno.

Sábado por la mañana a primera hora:

No debería estar escribiendo esto. ¿Y si lo encuentra Mary? ¿Qué pasaría entonces? El fin, cinco años tirados por la ventana, eso es lo que pasaría.

Pero tengo que sacármelo de dentro. Llevo demasiado tiempo escribiendo. No tendré paz a menos que ponga las cosas por escrito. Tengo que expulsarlas y simplificar mis pensamientos. Pero cuesta mucho hacer que las cosas sean simples y sin embargo es muy fácil volverlas complicadas.

Mis pensamientos se remontan a varios meses atrás.

¿Cómo empezó? Por supuesto, con una discusión. Debe de haber habido miles de ellas desde que nos casamos. Y siempre la misma, eso es lo más espantoso.

Dinero.

—No es una cuestión de tener confianza en lo que escribes —decía Mary—. Es cuestión de pagar las facturas y de si las vamos a pagar o no.

—¿Facturas de qué? —decía yo—. ¿De necesidades? No. De cosas que ni siquiera necesitamos.

—¡Que no las necesitamos!

Y así seguíamos. Dios, la vida es imposible sin dinero. No se puede hacer nada, lo es todo, cuando no es nada. ¿Cómo podía escribir en paz si estamos siempre preocupados por el dinero, el dinero, el dinero? El televisor, la nevera, la lavadora... nada estaba pagado todavía. Y la cama que quiere...

Pero, a pesar de todo, yo, como un tonto de remate, insistía en empeorar la situación.

¿Por qué tuve que salir como un tornado del apartamento la primera vez? Habíamos discutido, claro, pero no era nuestra primera discusión. Por vanidad, eso fue todo. Después de siete años, ¡siete!, de escribir, sólo había ganado 316 dólares. Y todavía trabajo por las noches en ese miserable trabajo a tiempo parcial,

mecanografiando. Y Mary tiene que seguir trabajando en el mismo sitio conmigo. Dios sabe que tiene todo el derecho del mundo a dudar. Tiene todo el derecho a seguir insistiendo en que acepte ese trabajo a jornada completa que Jim sigue ofreciéndome en su revista.

Depende todo de mí. Sólo tenía que reconocer mis limitaciones, sólo tenía que dar un paso en la dirección adecuada, y todo quedaría resuelto. Se acabó el trabajo nocturno. Mary podría quedarse en casa, como quiere, como debe. Un paso en la dirección adecuada, nada más.

De manera que he estado dando pasos en la dirección equivocada. Dios, me doy asco.

He quedado con Mike. Los dos como imbéciles de ojos vidriosos, hemos salido con Jean y Sally. Durante meses, ignorando la obvia certeza de que estábamos comportándonos como unos necios. Perdiéndonos en una nueva experiencia. Haciendo el burro con la máxima perfección.

Y anoche, los dos hombres casados fuimos con ellas a su apartamento y...

¿Es que no soy capaz de decirlo? ¿Es que tengo miedo, soy demasiado débil? ¡Necio!

Adúltero.

¿Cómo se han podido complicar tanto las cosas? Amo a Mary. Mucho. Y sin embargo, a pesar de que la amo, he hecho esto.

Y para complicarlo aún más, lo he disfrutado. Jean es dulce y comprensiva, apasionada, una especie de símbolo de las cosas perdidas. Fue maravilloso. No puedo decir que no lo fuera.

Pero ¿cómo puede ser maravilloso lo que está mal? ¿Cómo puede ser emocionante la crueldad? Es todo perverso, es todo confuso, y embarullado, y enfurecedor.

Sábado por la tarde:

Me ha perdonado, gracias a Dios. No volveré a ver a Jean nunca más. Todo irá bien.

Esta mañana me senté en la cama y Mary se despertó. Se quedó mirándome, y luego miró el reloj. Había estado llorando.

—¿Dónde has estado? —preguntó con su voz fina de niña pequeña que le sale cuando está asustada.

—Con Mike —le dije—. Hemos bebido y hablado toda la noche.

Me miró durante un segundo. Luego cogió mi mano lentamente y la apretó contra sus mejillas.

—Lo siento —dijo, y las lágrimas fluyeron a sus ojos.

Tuve que apoyar mi cabeza junto a la suya para que no viera mi cara.

—Oh, Mary —dije—. Yo también lo siento.

Nunca se lo contaré. Significa demasiado para mí. No puedo perderla.

Sábado por la noche:

Esta tarde fuimos a la tienda de muebles de Mandel y nos compramos una cama nueva.

—No podemos permitirnosla, cariño —dijo Mary.

—Da igual —dije yo—. La antigua está muy mal. Quiero que mi princesita duerma como Dios manda.

Me besó feliz en la mejilla. Rebotó en la cama como una niña entusiasmada.

—¡Oh, fíjate qué suave! —dijo.

Todo va bien. Todo excepto el nuevo mazo de facturas que llegan con el correo de hoy. Todo excepto que mi último relato no acaba de arrancar. Todo excepto que mi novela ha sido rechazada cinco veces. Burney House tiene que aceptarla. La han retenido mucho tiempo. Cuento con ello. Las cosas que escribo van a empezar a tener éxito. Todo va a empezar a salir bien. Cada vez tengo una sensación mayor de que soy un manantial a punto de rebosar.

Bueno, Mary está bien.

Domingo por la noche:

Más problemas. Otra discusión. Ni siquiera sé a cuento de qué. Ella está de morros. Yo estoy que echo chispas. No puedo escribir cuando estoy furioso. Ella lo sabe.

Me dan ganas de llamar a Jean. Al menos ella sí muestra interés por lo que escribo. Me dan ganas de mandar todo al cuerno. Emborracharme, saltar de un puente, hacer algo así. No me extraña que los bebés sean felices. La vida es sencilla para ellos. Un poco de hambre, un poco de frío, un poco de miedo a la oscuridad. Nada más. ¿Por qué molestarse en hacerse adulto? La vida se vuelve demasiado complicada.

Mary acaba de llamarme para cenar. No me apetece comer. Ni siquiera me apetece quedarme en casa. Tal vez debería llamar luego a Jean. Sólo para saludarla.

Lunes por la mañana:

¡Maldición, maldición, maldición!

No sólo retienen el libro durante tres meses. ¡Con eso no bastaba, oh, no! Tenían que derramar café sobre el manuscrito y enviarme un sello de rechazo impreso para rematarlo. ¡Me dan ganas de asesinarlos! ¿Sabrán lo que están haciendo?

Mary ha visto el sobre.

—Bueno, ¿ahora qué? —ha dicho con disgusto.

—¿Ahora? —dije. He intentado no estallar.

—¿Todavía crees que puedes dedicarte a escribir? —dijo.

Estallé.

—Oh, ellos son el juez y jurado definitivo, ¿verdad? —rugí—. Tienen la última palabra sobre lo que escribo, ¿verdad?

—Llevas siete años escribiendo —dijo—. No has conseguido nada.

—Pues escribiré siete más —dije—. ¡Cien, mil!

—¿No vas a aceptar ese trabajo en la revista de Jim?

—No, no voy a aceptarlo.

—Dijiste que lo harías si el libro fracasaba.

—Ya tengo un trabajo —dije—, y tú tienes un trabajo, y así es como están las cosas y así es como van a seguir.

—¡Así no es como yo pienso seguir! —replicó.

Podría dejarme. ¡Qué importa! De todas formas, estoy harto. Facturas, facturas. Escribir, escribir. ¡Fracasos, fracasos, fracasos! Y la vida goteando poco a poco, aumentando sus hermosas y exasperantes complejidades como un idiota que juega con tacos de madera.

¡Tú! Tú, que diriges el mundo, que haces girar el universo. ¡Si hay alguien escuchándome, haz que el mundo sea más sencillo! No creo en nada, pero daría... ¡cualquier cosa! Si pudiera...

Oh, ¿qué más da? Ya no me importa.

Esta noche voy a llamar a Jean.

Lunes por la mañana:

Acabo de bajar a llamar a Jean para quedar el sábado por la noche. Esa noche Mary se va a dormir a casa de su hermana. No ha mencionado que la acompañe, así que desde luego que yo no pienso ofrecerme.

Llamé a Jean anoche, pero la operadora del Club Stanley dijo que había salido. Pensé que hoy podría localizarla en la oficina.

Así que fui a la confitería de la esquina para buscar el número. Probablemente ya debería haberlo memorizado. La he llamado el suficiente número de veces. Pero, por alguna razón, nunca me he tomado la molestia. Qué demonios, siempre hay listines telefónicos.

Trabaja para una revista llamada *Design Handbook* o *Designer's Handbook* o algo así. Lo extraño es que tampoco pueda recordar eso. Supongo que nunca me ha interesado demasiado.

Pero sí recuerdo dónde está la redacción. La llamé hace unos meses y la llevé a almorzar. Creo que a Mary le dije que ese día iba a ir a la biblioteca.

Ahora, si lo recuerdo bien, el número de teléfono de la oficina de Jean estaba en

la esquina superior derecha de la página derecha del listín. Lo he buscado docenas de veces, y ahí es donde siempre estaba.

Hoy no.

He encontrado la palabra *Design* y varios nombres de empresas que empiezan con esa palabra. Pero estaban en la esquina inferior izquierda de la página izquierda, justo en el lado contrario. Y no he conseguido encontrar ningún nombre que me encajara. Normalmente, tan pronto veo el nombre de la revista, pienso: *ésta es*. Entonces miro el número. Hoy no ha sido así.

He mirado y mirado, y he pasado las páginas, pero no he podido encontrar nada como *Design Handbook*. Por fin me he conformado con el número de *Design Magazine*, pero tenía la sensación de que ése no era el número que estaba buscando.

Tendré... tendré que terminar esto luego. Mary acaba de llamarme para comer, para cenar, para lo que sea. La comida fuerte del día, en todo caso, puesto que ambos trabajamos de noche.

Luego:

Ha sido una buena comida. Mary cocina muy bien. Ojalá no tuviéramos esas discusiones. Me pregunto si Jean sabrá cocinar.

El caso es que la comida me ha tranquilizado un poco. Lo necesitaba. Estaba un poco nervioso por la llamada telefónica.

Marqué el número. Contestó una mujer.

—*Design Magazine* —dijo.

—Querría hablar con la señorita Lane —le dije.

—¿Con quién?

—Con la señorita Lane.

—Un momento —dijo. Y supe que era el número equivocado. Cada vez que había llamado anteriormente, la mujer que contestaba había dicho: «En seguida», y de inmediato me había pasado con Jean.

—¿Cuál era el nombre? —preguntó.

—La señorita Lane. Si no la conoce, me he debido de equivocar de número.

—Usted se refiere al señor Payne.

—No, no. Antes, la secretaria que contestaba siempre sabía al momento por quién preguntaba. Me he equivocado de número. Discúlpeme.

Colgué. Estaba irritado. He buscado ese número tantas veces que ya no tiene gracia.

Y ahora no consigo encontrarlo.

Por supuesto, al principio no dejé que me afectara. Pensé que tal vez el listín de la confitería fuera antiguo. Así que entré en el supermercado de un poco más abajo. Tenían el mismo listín.

Bueno, tendré que llamarla esta noche desde el trabajo. Pero quería hablar con ella esa misma tarde para asegurarme de que me reservaba la noche del sábado.

Se me ocurrió una cosa. La secretaria. Su voz. Era la misma que solía contestar en *Design Handbook*.

Pero... Oh, estoy soñando.

Lunes por la noche:

Llamé al edificio de apartamentos mientras Mary había salido de la oficina para ir a buscar café.

Le dije a la operadora de la centralita lo mismo que le había dicho docenas de veces.

—Quisiera hablar con la señorita Lane, por favor.

—Sí señor, un momento —dijo.

Hubo un largo silencio. Me impacienté. Luego el teléfono volvió a hacer clic.

—¿Qué nombre me dijo? —preguntó la operadora.

—Señorita Lane, señorita Lane —dije—. La he llamado muchas veces.

—Volveré a mirar la lista —dijo.

Esperé un poco más. Luego volví a oír su voz.

—Lo siento. Aquí no hay nadie listado con ese nombre.

—Pero la he llamado ahí varias veces.

—¿Está seguro de que no se equivoca de número?

—Sí, sí, estoy seguro. Es el Club Stanley, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, pues ahí es donde estoy llamando.

—No sé qué decirle —dijo—. Lo único que puedo decirle es que estoy segura de que aquí no vive nadie que tenga ese nombre.

—¿Pero si llamé anoche! Me dijo que había salido.

—Lo siento, pero no lo recuerdo.

—¿Está segura? ¿Absolutamente segura?

—Bueno, si quiere, puedo volver a mirar la lista. Pero estoy convencida de que aquí no hay nadie con ese nombre.

—¿Y nadie con ese nombre se habrá marchado en el último par de días?

—Hace un año que no tenemos una vacante. Cuesta encontrar habitaciones en Nueva York, ¿sabe?

—Lo sé —dije, y colgué.

Volví a mi mesa. Mary había vuelto del supermercado. Me dijo que mi café se estaba enfriando. Le dije que había llamado a Jim en referencia al trabajo. Fue una mentira mal elegida. Ahora volvería a insistir otra vez.

Me bebí el café y mecanografié un rato. Pero no sabía lo que me hacía. Me

esforzaba por tranquilizarme.

Tiene que estar en algún sitio, pensé. Sé que no he soñado todos nuestros momentos juntos. Sé que no me imaginé todos los problemas que tenía para ocultárselo a Mary. Y sé que Mike y Sally no...

¡Sally! Sally también vivía en el Club Stanley.

Le dije a Mary que me dolía la cabeza y que iba a por una aspirina. Dijo que tenía que haber alguna en el servicio de hombres. Le dije que ésas no me gustaban. ¡Me liaba con las mentiras más tontas!

Fui casi corriendo hasta el supermercado más próximo. Naturalmente, no quería volver a usar el teléfono del trabajo.

La misma operadora contestó a mi llamada.

—¿Está la señorita Sally Norton? —pregunté.

—Un momento, por favor —dijo, y sentí como si algo se hundiera en mi estómago. Siempre conocía a la primera a los inquilinos habituales.

Y Sally y Jean llevaban al menos dos años viviendo allí.

—Lo siento —dijo—. No tenemos listado a nadie con ese nombre.

Gruñí.

—Oh, Dios mío.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—¿No vive ahí alguien que se llame Jean Lane o Sally Norton?

—¿Es usted el mismo que llamó hace un rato?

—Sí.

—Oiga, si se trata de una broma...

—¡Una broma! Anoche llamé y usted me dijo que la señorita Lane había salido y que si quería dejar un mensaje. Dije que no. Ahora resulta que vuelvo a llamar esta noche y usted me dice que ahí no hay nadie con ese nombre.

—Lo siento. No sé qué decir. Anoche estuve al cargo de la centralita, pero no recuerdo lo que me dice. Si quiere, le paso con el administrador de la casa.

—No, da lo mismo —dije, y colgué.

Luego marqué el número de Mike. Pero no estaba en casa. Contestó su esposa, Gladys, y me dijo que Mike había ido a la bolera.

Estaba un poco nervioso, o de lo contrario no habría cometido el desliz.

—¿Con los amigos? —pregunté.

Pareció un tanto ofendida.

—Bueno, eso espero —dijo.

Empiezo a asustarme.

Martes por la noche:

Esta noche he vuelto a llamar a Mike. Le he preguntado por Sally.

—¿Quién?

—Sally.

—¿Qué Sally? —preguntó.

—¡Sabes perfectamente qué Sally, hipócrita!

—¿Qué es esto, una broma? —preguntó.

—Puede que lo sea —dije—. ¿Por qué no la dejas ya?

—Vamos a empezar de nuevo —dijo—. ¿Quién narices es Sally?

—¿No conoces a Sally Norton?

—No. ¿Quién es?

—¿Nunca has salido con ella y con Jean Lane y conmigo?

—¡Jean Lane! ¿De qué estás hablando?

—¿Tampoco conoces a Jean Lane?

—No, no la conozco, y esto empieza a tener muy poca gracia. No sé a qué juegas, pero déjalo ya. Como hombres casados que somos...

—¡Escucha! —casi le grité al teléfono—. ¿Dónde estabas hace tres semanas el sábado por la noche?

Se quedó en silencio un momento.

—¿No fue ésa la noche que tú y yo nos quedamos en casa mientras Mary y Glad iban a un desfile de modas en...?

—¿Que nos quedamos en casa? ¿No estuvimos con nadie?

—¿Con quién?

—¿No había ninguna chica? ¿Sally? ¿Jean?

—Ya estamos otra vez —gruñó—. Oye, colega, ¿se puede saber qué tripa se te ha roto? ¿Puedo hacer algo por ti?

Me recosté sobre la pared de la cabina telefónica.

—No —dije débilmente—. No.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? Pareces muy alterado. Colgué. Estoy alterado. Tengo la sensación de estar muriéndome de hambre, y no hay ni una migaja de comida en todo el mundo para alimentarme.

¿Qué está pasando?

Miércoles por la tarde:

Sólo había una forma de averiguar si Sally y Jean habían desaparecido realmente.

Había conocido a Jean a través de un amigo que conocía de la universidad. Procede de Chicago, igual que mi amigo Dave. Era él quien me había dado su dirección en Nueva York, el Club Stanley. Naturalmente, no le dije a Dave que estaba casado.

Así que me puse en contacto con Jean y salí con ella, y Mike salió con su amiga Sally. Así es como había sido, sé que eso era lo que había ocurrido.

De manera que hoy escribí una carta a Dave. Le contaba lo sucedido. Le suplicaba que preguntara en su casa y que me escribiera rápidamente y me dijera que era una broma, o alguna asombrosa cadena de casualidades. Luego saqué mi libreta de direcciones.

El nombre de Dave ha desaparecido de la libreta.

¿Me estoy volviendo realmente loco? Sé con toda certeza que la dirección estaba ahí. Puedo recordar la noche, años antes, en que la copié cuidadosamente porque no quería perder el contacto con él cuando saliéramos de la universidad. Incluso recuerdo la mancha de tinta que se me cayó mientras la escribía, porque mi pluma perdía.

La página está en blanco.

Recuerdo su nombre, su aspecto, cómo hablaba, las cosas que hacíamos, las clases a las que fuimos juntos.

Incluso tenía una carta que me había enviado en unas vacaciones de Pascua mientras estaba en clase. Recuerdo que Mike dormía en mi habitación. Como vivíamos en Nueva York, no había tiempo para ir a casa porque las vacaciones sólo duraban unos pocos días.

Pero Dave se había vuelto a casa, en Chicago, y, desde allí nos envió una carta muy graciosa, por correo especial. Recuerdo que la selló con cera y estampó su propio anillo para que fuera más divertido.

La carta ha desaparecido del cajón donde siempre la tenía.

Y tenía tres fotos de Dave tomadas el día de la graduación. Dos de ellas las conservaba en mi álbum de fotos. Todavía siguen allí...

Pero él no aparece en ellas.

Son sólo fotos del campus con edificios al fondo.

Me da miedo seguir mirando. Podría escribir a la universidad, o llamarles y preguntarles si Dave estuvo alguna vez allí.

Pero me da miedo intentarlo.

Jueves por la tarde:

Hoy fui a Hempstead para ver a Jim. Fui a su despacho. Se sorprendió al verme entrar. Quería saber por qué había ido tan lejos sólo para verle.

—No me digas que has decidido aceptar mi oferta de trabajo —dijo.

Le pregunté:

—Jim, ¿alguna vez me has oído hablar de una chica llamada Jean, de Nueva York?

—¿Jean? No, creo que no.

—Vamos, Jim. Te la he mencionado. ¿No recuerdas la última vez que tú y yo jugamos al póquer con Mike? Te hablé de ella entonces.

—No lo recuerdo, Bob —dijo—. ¿Qué pasa con ella?

—No consigo localizarla. Y tampoco consigo localizar a la chica con la que salió Mike. Y Mike niega haber conocido alguna vez a ninguna de las dos.

Parecía confuso, así que se lo volví a explicar. Luego dijo:

—¿De qué va esto? ¿De dos hombres casados tonteando con...?

—Sólo son amigas —le interrumpí—. Las conocí a través de un amigo que conocía de la universidad. No te hagas ideas precipitadas.

—Vale, vale, olvídalo. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—No consigo encontrarlas. Han desaparecido. Ni siquiera puedo demostrar que hayan existido.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Luego me preguntó si Mary lo sabía. Escurrí el bulto.

—¿No mencionaba a Jean en ninguna de mis cartas? —le pregunté.

—No sabría decírtelo. No conservo las cartas.

Me marché poco después. Estaba empezando a mostrarse demasiado curioso. Ahora lo comprendo. Si se lo cuenta a su esposa, y ella se lo cuenta a Mary... la hemos liado.

Cuando fui a trabajar aquella tarde, tenía la horrible sensación de que yo era algo provisional. Cuando me senté, fue como si me apoyara en el aire.

Supongo que debo de estar perdiendo la chaveta, porque tropecé con un viejo deliberadamente sólo para averiguar si me veía o me sentía. Gruñó y me llamó torpe idiota.

Le di las gracias por ello.

Jueves por la noche:

Esta noche, en el trabajo, volví a llamar a Mike para ver si se acordaba de Dave, de la facultad.

Sonó el teléfono, y luego se apagó con un clic. Apareció la voz de la operadora y preguntó:

—¿A qué número está llamando, señor?

Me recorrió un escalofrío. Le di el número. Me dijo que ese número no existía.

El teléfono se me cayó de la mano y repiqueteó en el suelo. Mary se incorporó en su mesa y me miró. La operadora decía:

—Hola, hola, hola...

Depositó apresuradamente el teléfono en la horquilla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mary cuando volví a mi mesa.

—Se me ha caído el teléfono —dije.

Me senté y trabajé, y me estremecí de frío.

Me da miedo hablarle a Mary de Mike y de su esposa Gladys.
Me da miedo que me diga que nunca ha oído hablar de ellos.

Viernes:

Hoy he comprobado lo de *Design Handbook*. En información me dijeron que no existía dicha publicación. Pero de todas formas he ido al centro. Mary se ha enfadado porque me fuera. Pero tenía que ir.

He ido al edificio.

He mirado el directorio del vestíbulo. Y aunque sabía que no encontraría la revista allí listada, me ha causado una impresión que me ha hecho sentirme mareado y vacío.

Mientras subía en el ascensor, estaba aturdido. Sentía que estaba alejándome de todo.

Me he bajado en el tercer piso, en el sitio exacto donde había preguntado por Jean aquella tarde.

Había una empresa de textiles.

—¿Aquí nunca ha habido una revista? —pregunté a la recepcionista.

—No, que yo recuerde —dijo—. Por supuesto, sólo llevo tres años aquí.

He vuelto a casa. Le he dicho a Mary que estaba malo y que no quería ir a trabajar. Ha dicho que muy bien, que ella tampoco iría. Me he metido en el dormitorio para estar solo. Me he quedado de pie en el sitio en el que vamos a poner la cama nueva cuando nos la entreguen la semana que viene.

Ha entrado Mary. Se ha quedado parada en la puerta, pensativa.

—Bob, ¿qué pasa? —ha preguntado—. ¿Es que no tengo derecho a saberlo?

—Nada —le he dicho.

—Oh, por favor, no me digas eso —dijo—. Sé que pasa algo.

He empezado a caminar hacia ella. Luego me he dado la vuelta.

—Tengo... tengo que escribir una carta —dije.

—¿A quién?

He estallado.

—Eso es asunto mío —dije. Luego le dije que era para Jim.

Se dio la vuelta.

—Ojalá pudiera creerte —dijo.

—¿Qué significa eso? —pregunté. Me miró durante un largo instante y luego volvió a darse la vuelta.

—Dale a Jim recuerdos de mi parte —dijo, y su voz tembló. La forma en que lo dijo hizo que sintiera un escalofrío.

Me senté y escribí la carta para Jim. Decidí que podría servirme de ayuda. Las cosas habían llegado a un punto demasiado extremo para mantener el secreto. Le dije

que Mike había desaparecido. Le pregunté si se acordaba de Mike.

Curioso. Mi mano apenas temblaba. Puede que eso sea lo que pasa cuando uno casi ha desaparecido.

Sábado.

Mary tenía que trabajar hoy haciendo unos mecanografiados especiales. Se marchó temprano.

Después de desayunar, saqué la libreta del banco de la caja de metal del armario del dormitorio. Iba a ir al banco a sacar el dinero para la cama.

En el banco he rellenado un formulario de reintegro por valor de 97 dólares. Luego he hecho cola y por fin he entregado el impreso y la libreta al cajero.

La ha abierto y ha levantado la mirada frunciendo el ceño.

—¿Se supone que esto es una broma? —preguntó.

—¿Cómo que si es una broma?

Ha empujado la libreta en dirección a mí.

—Siguiente —dijo.

Imagino que he debido de gritar.

—¿Pero a usted qué le pasa?

Con el rabillo del ojo he visto que uno de los hombres de las mesas de delante se levantaba de un salto y venía corriendo. Una mujer detrás de mí decía:

—Haga el favor de dejarme pasar a la ventanilla.

El hombre ha llegado armando mucho alboroto.

—¿Qué problema hay, señor? —me ha preguntado.

—El cajero no quiere aceptar mi libreta —le dije.

Me pidió la libreta y se la entregué. La abrió. Entonces levantó la mirada, sorprendido. Habló muy tranquilamente.

—Esta libreta está en blanco —dijo.

La cogí y la miré, con el corazón palpitante.

Estaba completamente sin estrenar.

—Oh, Dios mío —gemí.

—Tal vez podamos comprobar el número de la libreta —dijo el hombre—. ¿Por qué no viene a mi mesa?

Pero no había ningún número en la libreta. Podía verlo. Y sentí que las lágrimas afloraban a mis ojos.

—No —dije—. No.

Pasé a su lado y me dirigí a la puerta.

—Un momento, señor —me llamó.

Salí corriendo y no paré de correr hasta llegar a casa.

Esperé en la puerta delantera a que Mary volviera a casa. Aún sigo esperando.

Estoy mirando la libreta. La línea donde ambos firmamos con nuestros nombres. Los espacios donde habíamos hecho nuestros depósitos. Cincuenta dólares de sus padres por nuestro aniversario. Doscientos cincuenta dólares de dividendos de mi pensión de veterano. Veinte dólares. Diez dólares.

Todo en blanco.

Todo está desapareciendo. Jean. Sally. Mike. Los nombres se esfuman y la gente con ellos.

Ahora esto. ¿Qué será lo siguiente?

Luego:

Ya lo sé.

Mary no ha vuelto a casa.

He llamado a la oficina. He oído contestar a Sam y le he preguntado si estaba Mary. Ha dicho que debía de haberme equivocado de número, que allí no trabaja ninguna Mary. Le he dicho quién era. Le he preguntado si yo trabajaba allí.

—Déjate de bromitas —dijo—. Te veré el lunes por la noche.

He llamado a mi primo, a mi hermana, a su primo, su hermana, sus padres. Sin respuesta. El teléfono ni siquiera suena. Ninguno de los números funciona. Han desaparecido todos.

Domingo:

No sé qué hacer. Llevo todo el día sentado en el salón, mirando la calle. He estado mirando para ver si alguien que conozca se acerca por la casa. Pero no. Todos son desconocidos.

Me da miedo abandonar la casa. Es lo único que queda. Nuestros muebles y nuestras ropas.

Es decir, mis ropas. Su armario está vacío. Lo he mirado esta mañana, al despertarme, y no había ni rastro de ropas. Es como un número de magia, todo desaparece, es como...

Me he reído. Tiene que ser...

Llamé a la tienda de muebles. Está abierta los domingos por la tarde. Dijeron que no tenían registro alguno de que hubiéramos comprado una cama. ¿Podría hacerles el favor de acercarme a comprobarlo?

Colgué y miré un poco más por la ventana.

Pensé en llamar a mi tía en Detroit. Pero no recuerdo el número. Y ya no está en mi libreta de direcciones. La libreta entera está en blanco. Excepto por mi nombre, en la portada, estampado en oro.

Mi nombre. Sólo mi nombre. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? Todo es tan sencillo. No hay nada que hacer.

He estado mirando mi álbum de fotos. Casi todas las fotos son distintas. No sale gente.

Mary ha desaparecido, y también todos nuestros amigos y parientes.

Es curioso.

En la foto de la boda estoy sentado yo solo junto a una mesa enorme cubierta de comida. Mi brazo izquierdo está doblado como si estuviera abrazando a mi esposa. Y a lo largo de toda la mesa hay vasos flotando en el aire.

Brindando por mí.

Lunes por la mañana:

Acabo de recibir devuelta la carta que envié a Jim. Lleva DIRECCIÓN DESCONOCIDA estampado en el sobre.

He intentado pillar al cartero, pero no he podido. Ha pasado antes de que me despertara.

Antes he ido a la tienda de ultramarinos. El dueño me conocía. Pero cuando le he preguntado por Mary, ha dicho que dejara de bromear, que me moriría soltero y que ambos lo sabíamos.

Sólo me queda una idea. Es un riesgo, pero tendré que aceptarlo. Tendré que dejar la casa para ir al centro, a la Administración de Veteranos. Quiero ver si mi expediente sigue allí. Si está, pondrá algo de mis estudios y de mi matrimonio, y de la gente que ha habido en mi vida.

Me llevo este cuaderno conmigo. No quiero perderlo. Si lo pierdo, entonces no me quedaría nada en el mundo para recordarme que no estoy loco.

Lunes por la noche:

La casa ha desaparecido.

Estoy sentado en la confitería de la esquina.

Cuando volví de la Administración, encontré un solar vacío. Pregunté a algunos de los chicos que jugaban allí si me conocían. Dijeron que no. Les pregunté qué había pasado con la casa. Dijeron que habían jugado en ese solar vacío desde que eran pequeños.

La Administración no tenía mi expediente. Nada.

Eso significa que ya ni siquiera soy una persona. Lo único que me queda es lo que soy, mi cuerpo y las ropas que llevo. Todos los papeles de identificación han desaparecido de mi cartera.

Mi reloj también ha desaparecido. Sin más. De mi muñeca.

Tenía una inscripción en la parte de atrás. La recuerdo.

A mi tesoro, con todo mi amor. Mary.

Me estoy tomando una taza de café

LEGIÓN DE CONSPIRADORES

(*Legion of Plotters*, 1953)

Y luego estaba el hombre que se sorbía los mocos interminablemente.

Se sentaba al lado del señor Jasper en el autobús. Cada mañana subía gruñendo las escaleras delanteras y avanzaba dando tumbos a lo largo del pasillo hasta dejarse caer junto a la figura menuda del señor Jasper.

Y empezaba a hacer ¡sniff! mientras hojeaba su periódico: ¡sniff!, ¡sniff!

El señor Jasper se estremecía. Y se preguntaba por qué aquel hombre insistía en sentarse a su lado. Había otros asientos libres, pero el hombre siempre dejaba caer invariablemente su abultada figura junto a la del señor Jasper, y sorbía kilómetro tras kilómetro, invierno y verano.

Tampoco es que hiciera frío. Algunas mañanas eran frescas en Los Ángeles, cierto. Pero no justificaban aquel interminable sorber por la nariz, como si hubiera una neumonía arrastrándose por todo el organismo del individuo.

Hacía que al señor Jasper se le pusiera la carne de gallina.

Hizo varios intentos de abandonar la esfera de sorbidos del hombre. Para empezar, retrocedió hasta dos asientos más atrás de su localización habitual. El hombre le siguió. Veo, conjeturó un casi exasperado señor Jasper, que este hombre tiene la costumbre de sentarse a mi lado y no se ha dado cuenta de que he retrocedido dos asientos.

Al día siguiente, el señor Jasper se sentó al otro lado del pasillo. Permaneció sentado con ojos irascibles, vigilando al hombre que avanzaba a tumbos por el pasillo. Se quedó petrificado cuando la figura vestida de tweed se desmoronó a su lado. Lanzó una mirada de aborrecimiento por la ventana.

¡Sniff!, empezó el hombre. ¡Sss-niff! Y la dentadura postiza del señor Jasper rechinó en una furia de porcelana.

Al día siguiente se sentó cerca de la parte posterior del autobús. El hombre se sentó a su lado. Al día siguiente se sentó cerca de la parte delantera del autobús. El hombre se sentó a su lado. El señor Jasper permaneció atrincherado en su erosionada paciencia durante dos kilómetros. Por fin, agotado hasta el límite de su resistencia, se volvió hacia el hombre.

—¿Por qué me sigue? —preguntó, su voz un sollozo tembloroso.

El hombre estaba a mitad de sorbido. Miró al señor Jasper con ojos bovinos de ignorancia. El señor Jasper se levantó y recorrió tambaleante toda la distancia del

autobús para alejarse del hombre. Se quedó colgado de la barra superior, con los ojos como piedras. De qué forma le había mirado aquel necio olisqueante, musitó. Era intolerable. ¡Por amor de Dios, ni que hubiera hecho algo ofensivo!

Bueno, al menos se había librado momentáneamente de aquellas narices goteantes. Músculos agazapados se relajaron, agradecidos. Suspiró aliviado.

Y entonces el chico que tenía sentado al lado silbó veintitrés versos de «Dixie».

El señor Jasper vendía corbatas.

Era un empleo lleno de vejaciones, un empleo que garantizaba acabar con la resistencia incluso de los más robustos estómagos.

Las paredes estomacales del señor Jasper pertenecen a la clase más suspicaz.

Cada día se veían atacadas por todo tipo de ofensas y molestias, y también por las mujeres. Mujeres que se demoraban en palpar la lana, el algodón y la seda, y que se marchaban sin comprar nada. Mujeres que asediaban el inflamable cerebro del señor Jasper con interrogantes y sentencias, y que no dejaban ningún dinero, sino sólo al señor Jasper rígido, un palmo más próximo a su inevitable detonación.

Con cada irritante cliente, una andanada de observaciones ingeniosamente desagradables se elevaba en la mente del señor Jasper, cada una de ellas superior a la anterior. Su mente sufría literalmente por liberarlas, por dejar que manaran como torrentes de ácido sobre su lengua y que, ardientes, se derramasen directamente sobre las caras de las mujeres.

Pero el amenazador fantasma de un encargado de planta o de un inspector de tienda estaba siempre invariablemente próximo. Revoloteaba en su mente con espectral autoridad, acallando su anhelante lengua, calcinando sus huesos con cólera contenida.

Y luego estaban las mujeres de la cafetería de la tienda.

Hablaban mientras comían, y fumaban y soplaban nubes de nicotina hacia sus pulmones en el mismo instante en que intentaba introducir un cuenco de sopa de tomate en su estómago ulcerado. ¡Puf!, empezaban las señoritas, y agitaban sus bonitas manos para disipar el humo no deseado.

El señor Jasper se lo quedaba todo.

Con los ojos hinchándosele poco a poco, lo devolvía a manotadas. Las mujeres lo enviaban una vez más. Así circulaba el humo hasta que se desvanecía o era reforzado por exhalaciones nuevas y más poderosas. ¡Puf! Y entre manotadas, cucharadas y tragos, el señor Jasper sufría espasmos. El ácido tánico de su té apenas le servía para restañar el avance del ardor en su estómago. Pagaba sus cuarenta centavos con dedos oscilantes y regresaba al trabajo, desmoronándose.

A enfrentarse a una tarde entera de quejas y preguntas, y de manoseo de la mercancía, y el colmo de todo: la chica que compartía el mostrador con él y que

masticaba chicle como si quisiera que los habitantes de Arabia la oyeran masticar. El chasquido, y el burbujeo, y el rechinar, hacían que las tripas del señor Jasper se contorsionaran frenéticas, y que permaneciera en pie como una estatua, trastornado, o que estallara con un siseo:

—¡Deje de emitir ese repugnante sonido!

La vida estaba llena de molestias.

Luego estaban los vecinos, la gente que vivía en el piso de arriba y en los de los lados. La sociedad que formaban, esa ubicua hermandad que siempre vivía en los apartamentos que lindaban con el del señor Jasper.

Esa gente formaba una unión. Su comportamiento se distinguía por un cierto toque, por un criterio discernible.

Consistía en caminar con pasos especialmente pesados, en mover muebles con insistente regularidad, en dar fiestas salvajes y ruidosas noche sí, noche también, y en invitar sólo a personas que prometieran llevar botas claveteadas y bailar el baile del pollo. En discutir sobre todos los temas a voz en cuello, en poner sólo música de vaqueros y paletos en radios cuyo mando de volumen estaba irreparablemente atascado en el nivel más alto. En poseer un juego de pulmones disfrazado de niño de dos a doce meses, que se inflaba cada mañana para emitir sonidos que recordaban el lamento de las sirenas antiaéreas.

La némesis actual del señor Jasper era Albert Radenhausen, hijo, edad siete meses, poseedor de un juego de pulmones increíblemente resistentes, que desarrollaban su máxima potencia entre las cuatro y las cinco de la mañana.

El señor Jasper acababa dando vueltas sobre su delgada espalda en el oscuro apartamento amueblado de dos habitaciones. Acababa mirando el techo y esperando el sonido. Llegó un momento en que su cerebro le sacaba del sueño reparador exactamente diez segundos antes de las cuatro de cada mañana. Si Albert Radenhausen, hijo, elegía seguir dormitando, al señor Jasper le daba igual. Él seguía esperando los gemidos.

Intentaba dormir, pero su alterada concentración le convertía en víctima, si no del llanto esperado, sí del portador de cualquier otro sonido que asediara sus oídos hipersensibles.

Un coche petardeando por la calle. El traqueteo de una persiana veneciana. Unos pasos solitarios en algún lugar de la casa. El goteo de un grifo, el ladrido de un perro, las patas de los grillos rozándose, el crujido de la madera. El señor Jasper no podía controlarlo todo. No podía amortiguar, ahogar, aplastar o ignorar a aquellos originadores de sonidos que le afligían sin cesar. Cerraba los ojos hasta que le dolían, con los puños apretados junto a la cadera.

El sueño seguía eludiéndole. Se levantaba de un salto, apartando a un lado

sábanas y mantas, y se quedaba sentado, mirando la negrura con aturdimiento, esperando que Albert Radenhausen, hijo, emitiera su llamada para poder volver a dormirse.

Reflexionando en la oscuridad, su mente desarrollaba largos procesos de pensamiento. ¿Era exageradamente sensible?, se preguntaba en su interior. Lo niego enérgicamente. Tengo conciencia, autoproclamaba el señor Jasper. Nada más. Tengo oídos. Puedo oír, ¿verdad?

Era sospechoso.

El señor Jasper no podía recordar qué mañana en el desorden de las mañanas llegó la idea. Pero, una vez hubo llegado, no consiguió librarse de ella. Aunque fue limando su contorno con el paso de los días, el núcleo permaneció inamovible.

A veces, en un momento de sufrimiento en que apretaba los dientes, la idea reaparecía. Otras veces era sólo una vaga corriente de impresiones fluyendo bajo la superficie.

Pero perduró. Todas aquellas cosas que le estaban ocurriendo, ¿eran subjetivas u objetivas, interiores o exteriores? Parecían apilarse tan a menudo, con cada detalle enlazándose hasta que la suma de provocaciones casi le volvía loco, que casi parecía como si estuvieran hechas con intención. Como si...

Como si formaran parte de un plan.

El señor Jasper experimentó.

Su equipo inicial consistió en una libreta blanca, rayada, y un bolígrafo. Su primera metodología consistió en anotar varios momentos de exasperación cuando se producían, la localización, el sexo del agresor y la gravedad relativa de la molestia; este último aspecto se graduaba mediante números que iban del uno al diez.

Ejemplo uno, torpemente anotado mientras todavía estaba medio dormido.

Bebé llorando, 4:52 a. m., la habitación de al lado, varón, 7.

Hecha esta anotación, el señor Jasper se recostó sobre su almohada aplastada con un suspiro que se aproximaba a la satisfacción. Aquello era un principio. En pocos días sabría con seguridad si su extraordinaria especulación tenía una base racional.

Antes de abandonar la casa a las 8:17 a. m., el señor Jasper había acumulado otras tres anotaciones, a saber:

Fuertes golpes en el suelo, 6:33 a. m., habitación de arriba, varón (conjetura), 5.

Ruido de tráfico, 7:00 a. m. en adelante, fuera de la habitación, varones, 6.

Radio alta, 7:40 a. m. en adelante, piso de arriba de la habitación, mujer, 7.

Un aspecto más bien extraño de los esfuerzos del señor Jasper le llamó la atención al abandonar su pequeño apartamento. Era, en resumen, que había eliminado buena parte de su mal humor a través de este simple ejercicio de análisis escrito. No es que los diversos sonidos dejaran, al principio, de hacer que le rechinaran los

dientes y que las manos se le flexionaran involuntariamente junto a la cadera. No habían dejado de hacerlo. Sin embargo, la traducción de las vejaciones amorfas en palabras, la reducción de un agravio a un sucinto memorando, de alguna forma le había ayudado. Era extraño, pero agradable.

El viaje en autobús proporcionó nuevas anotaciones.

El hombre que sorbía por la nariz mereció automáticamente una anotación inmediata. Pero una vez que hubo dispuesto de aquella irritación, al señor Jasper le alarmó la rápida acumulación de otras cuatro. No importaba a qué parte del autobús se trasladara, había nuevas razones para quitar la capucha al bolígrafo y garabatear más palabras.

Aliento a ajo, 8:27 a. m., autobús, varón, 7.

Fuertes empujones, 8:28 a. m., autobús, ambos sexos, 8.

Pisotón en el pie. Sin disculpa, 8:29 a. m., autobús, mujer, 9.

Conductor diciéndome que me vaya a la parte de atrás del autobús, 8:33 a. m., autobús, varón, 9.

Luego, el señor Jasper se encontró de pie junto al hombre del resfriado extraordinario. No sacó la libreta del bolsillo, pero sus ojos se cerraron y sus dientes se apretaron con amargura. Luego borró la graduación original del hombre.

¡10!, escribió con furia.

A la hora del almuerzo, en medio de sus habituales antagonistas, el señor Jasper, con ojos feroces y amargados, lo sistematizó todo.

Llenó una página en blanco del cuaderno.

1. Al menos una irritación cada cinco minutos. (Doce por hora). No está perfectamente calculado. A veces se producen dos en un minuto. Intentan desconcertarme alterando el ritmo.

2. Cada una de las 12 irritaciones de la hora es peor que la anterior. La última de las 12 casi me hace estallar.

TEORÍA: Al situar las irritaciones de manera que cada una supere a la precedente, el último golpe de la hora está por tanto diseñado para proporcionar el máximo impacto nervioso: a saber: ¡Conducirme a la locura!

Se quedó sentado, con la sopa enfriándose y un brillo salvaje y científico en los ojos, una calidez investigadora invadiendo su organismo. ¡Sí, por amor de Dios, sí, sí, sí!

Pero tenía que asegurarse.

Terminó el almuerzo, ignorando el humo, la cháchara y la comida incomedible. Se retiró a su mostrador. Pasó una tarde gozosa haciendo anotaciones en su diario de contratiempos.

El sistema se confirmaba.

Resistía firme las pruebas objetivas. Una irritación cada cinco minutos. Algunas,

naturalmente, eran tan sutiles que sólo un hombre de la intuición del señor Jasper, un hombre con una misión, podría notarlas. Esas ofensas se realizaban con disimulo. ¡Y con cuánta astucia!, comprendió el señor Jasper. Eran discretas, y tenían la intención de engañarle.

Bueno, pues a él no le engañaban.

Expositor de corbatas derribado, 1:18 p. m., tienda, mujer, 7.

Mosca caminando sobre mano, 1:43 p. m., tienda, hembra (?), 8.

Grifo en cuarto de baño salpica ropas, 2:19 p. m., tienda (¿sexo?), 9.

Negativa a comprar corbata rasgada, 2:38 p. m., tienda, MUJER, 10.

Éstas eran anotaciones típicas de la tarde.

Eran apuntadas con beligerante satisfacción por un tembloroso señor Jasper. Un señor Jasper cuya increíble teoría estaba siendo confirmada.

A eso de las tres de la tarde decidió eliminar los números uno a cinco, ya que ninguna provocación era tan suave como para ser juzgada con tanta ligereza.

A las cuatro había descartado todos los grados menos el nueve y el diez.

A las cinco estaba planteándose muy en serio un nuevo sistema que empezara en diez y llegara hasta veinticinco.

El señor Jasper había planeado recopilar al menos una semana de anotaciones antes de preparar su acusación. Pero, en cierta forma, las impresiones del día le habían debilitado. Sus anotaciones se habían vuelto más acaloradas, su caligrafía menos legible.

Y, a las once de la noche, mientras la gente de la puerta de al lado recuperaba fuerzas y reanudaba su fiesta con un gran estallido de risas, el señor Jasper arrojó su bloc contra la pared con un juramento ahogado y se quedó en pie, temblando violentamente. Estaba claro.

Iban a por él.

Supongamos, pensó, que existiera una legión secreta en el mundo. Y que su principal interés fuera sacarle de sus casillas.

¿No sería posible que consiguieran aquel fin perverso sin que se enterase nadie más? ¿No podrían preparar sus enloquecedoras y pequeñas intromisiones en su cordura de forma tan astuta que siempre podría parecer que eran culpa suya; que sólo era un hombrecillo hipersensible que veía intenciones maliciosas en cada irritación accidental? ¿No era posible eso?

Sí. Su mente remachó la afirmación una y otra vez. Era concebible, imaginable, posible, y, por amor de Dios, ¡él lo creía!

¿Por qué no? ¿No podía haber una legión siniestra de gente que se reuniera en sótanos secretos a la luz de las velas? ¿Y que se sentaran con ojos brillantes y malvadas intenciones, mientras su líder hablaba de nuevos planes para mandar al

señor Jasper directo al infierno?

¡Claro! El Agente X, asignado a la fila posterior al señor Jasper en una película, para hablar durante las partes de la película que absorbían más al señor Jasper, para arrugar bolsas de papel a intervalos regulares, para masticar palomitas ensordecedoramente hasta que el señor Jasper, enfurecido, salía encorvado al pasillo y se dejaba caer sobre otro asiento.

Donde el Agente Y continuaría el trabajo con chocolatinas y envoltorios crujientes y estornudos extrahúmedos.

Posible. Más que posible. Podría haber estado sucediendo durante años sin que llegara a tener el más mínimo indicio de su existencia. Una intriga sutil y diabólica, casi imposible de detectar. Pero ahora, por fin, despojada de su disfraz, mostraba en toda su realidad espantosa y desnuda.

El señor Jasper se quedó tumbado en la cama, meditando.

No, pensó con un leve resto de racionalidad, es estúpido. Es una idea extravagante.

¿Por qué iba a hacer esas cosas la gente? No hacía falta preguntarse nada más. ¿Cuál era su motivo?

¿No era absurdo pensar que aquella gente iba a por él? Muerto, el señor Jasper no valía nada. Sin duda, su póliza de dos mil dólares, subdividida entre una inmensa legión, no sumaría más que tres o cuatro centavos por conspirador. Incluso en el caso de que le coaccionaran para que los nombrara sus beneficiarios.

¿Por qué, entonces, el señor Jasper se encontró vagando irremediablemente hacia la cocina? ¿Por qué, pues, se quedó allí parado tanto tiempo, sopesando el largo cuchillo de trincar con la mano? ¿Y por qué temblaba cuando pensaba en su idea?

A menos que fuera verdad. Antes de retirarse, el señor Jasper metió el cuchillo de carnicero en su funda de cartón. Luego, de forma casi automática, se vio deslizando el cuchillo en el bolsillo interior de su abrigo.

Y, horizontal en la negrura, los ojos abiertos, su delgado pecho elevándose y cayendo con un latido irregular, lanzó su desolador ultimátum a la legión que pudiera existir:

—Si estáis ahí, no pienso aguantar más.

Y entonces apareció Albert Radenhausen, hijo, otra vez a las cuatro de la mañana, sobresaltando una vez más al señor Jasper para despertarle, aplicando una nueva cerilla a sus inflamables nervios. Y las pisadas, las bocinas de los coches, los perros ladrando, las persianas repiqueteando, los grifos goteando, las mantas amontonándose, la almohada aplastándose, el pijama retorciéndose. Y la mañana con su tostada quemada y el café malo y la taza rota y la radio alta en el piso de arriba y el lazo del zapato que siempre se deshacía.

Y el cuerpo del señor Jasper se puso rígido de furia inexpresable y lloriqueó y siseó y sus músculos se petrificaron y sus manos temblaron y casi lloró. Olvidados quedaron su cuaderno y su lista, perdidos en su rabia violenta. Sólo quedó una cosa. Y fue... el instinto de supervivencia.

Pues el señor Jasper supo que sí existía una legión de conspiradores, y supo también que la legión estaba redoblando sus esfuerzos porque él lo sabía, y quería contraatacar.

Abandonó el apartamento y bajó corriendo por la calle, atormentado. ¡Tenía que recuperar el control! ¡Era preciso! Era el momento decisivo, el momento de la fermentación. Si dejaba que el curso de los acontecimientos continuara sin obstáculos, caería en la locura y la legión se cobraría su víctima.

¡Supervivencia!

En la parada del autobús permaneció en pie, con la mandíbula blanca y temblorosa, intentando resistirse con todas sus energías. ¡Qué importaba que el tubo de escape petardease! Olvida la risita estridente de la mujer policía al pasar. Ignora el crescendo de nervios destrozados. ¡No vencerán! Su mente convertida en un muelle rígido a punto de saltar, el señor Jasper juró obtener la victoria.

En el autobús, las narices del hombre sorbían vigorosamente y la gente tropezaba con el señor Jasper, y él tragó saliva y supo que en cualquier momento iba a chillar y entonces ocurriría.

¡Sniff, sniff!, hizo el hombre, ¡SNIFF!

El señor Jasper se alejó, tenso. El hombre nunca había sorbido con tanta fuerza antes. Formaba parte del plan. La mano del señor Jasper aleteó hasta tocar el duro filo del cuchillo bajo su abrigo.

Se abrió paso a través de los apiñados pasajeros. Alguien le pisó el pie. Siseó. El lazo de su zapato volvió a deshacerse. Se inclinó para recomponerlo, y la rodilla de alguien le golpeó en la sien. Se enderezó, mareado en el autobús oscilante, una extraña maldición casi asomando a través de sus labios blancos y apretados.

Quedaba una última esperanza. ¿Podía escapar? La pregunta anuló sus sentidos. ¿Un nuevo apartamento? Ya se había mudado antes. No podría encontrar nada mejor al alcance de su bolsillo. Siempre tendría la misma clase de vecinos.

¿Ir en coche en vez de viajar en autobús? No podía permitírselo.

¿Dejar su miserable trabajo? Todos los trabajos de vendedor eran igual de malos y no sabía hacer otra cosa, y cada vez era más viejo.

Y aunque lo cambiara todo, ¡todo!, la legión seguiría persiguiéndole, llevándole implacable de tensión en tensión, hasta la ruptura inevitable.

Estaba atrapado.

Y de pronto, allí parado con toda la gente mirándole, el señor Jasper vio las horas que tenía por delante, los días, los años, un abrumador cúmulo de molestias e

irritaciones y ofensas abrasadoras. Su cabeza giró mientras miraba a todo el mundo.

Y su pelo casi se puso de punta porque se dio cuenta de que todas las personas que iban en el autobús formaban parte de la legión. Y él estaba indefenso en medio de ellos, un peón para ser zarandeado por su presencia cruel e inhumana, sus derechos y lo más inviolable de su individualidad sometido eternamente a su malévola conspiración.

—¡No! —les chilló.

Y su mano voló hasta debajo de su abrigo como un pájaro de la venganza. Y la hoja relampagueó y la legión retrocedió chillando mientras, con una embestida frenética, el señor Jasper libraba su guerra por la cordura.

UN HOMBRE APUÑALA A SEIS PERSONAS

EN AUTOBÚS ATESTADO;

LA POLICÍA LO ABATE A TIROS

*No se conoce el móvil
del salvaje ataque*

LLAMADA A LARGA DISTANCIA

(*Sorry, Right Number*, 1953)

Justo antes de que sonara el teléfono, los vientos de la tormenta derribaron el árbol junto a su ventana y despertaron a la señorita Keene de su sueño. Se incorporó boqueando, sus frágiles manos aferrando puñados de sábana con cada palma. En el pecho, el corazón se puso tenso, la sangre perezosa brotó. Se sentó en rígido silencio, sus ojos escudriñando la noche.

Un segundo después, sonó el teléfono.

¿Quién podría ser? La pregunta tomó forma involuntariamente en su cerebro. Su delgada mano tembló en la oscuridad, los dedos buscando durante un momento, y luego la señorita Elva Keene se llevó el frío receptor a la oreja.

—Hola —dijo.

Fuera, un cañonazo de truenos conmocionó la noche, sacudiendo las piernas tullidas de la señorita Keene. *No he podido oír la voz*, pensó, *el trueno ha ahogado la voz*.

—Hola —volvió a decir.

No se produjo ningún sonido. La señorita Keene esperó en un letargo expectante. Luego repitió «Ho-la» con voz quebrada. Fuera, el trueno volvió a restallar.

Siguió sin sonar voz alguna, no llegó hasta sus oídos ni siquiera el sonido de un teléfono al ser desconectado. Su mano temblorosa se estiró y colgó el receptor con un movimiento furioso.

—Qué desconsiderados —murmuró, desplomándose sobre su almohada. Su espalda enferma ya le dolía por el esfuerzo de adoptar la posición sedente.

Dejó escapar una exhalación de cansancio. Ahora tendría que soportar todo el tortuoso proceso de volver a dormirse, la colocación de los agotados músculos, el ignorar el dolor abrasador de sus piernas, la lucha interminable y frustrante para cerrar el grifo de su cerebro y evitar que goteasen pensamientos no deseados. Bueno, había que hacerlo; la enfermera Phillips insistía en que descansara como Dios manda. Elva Keene respiró lenta y profundamente, tiró de las sábanas hasta cubrirse el mentón y se esforzó por dormir.

En vano.

Sus ojos se abrieron y, girando la cara hacia la ventana, vio cómo la tormenta se alejaba con piernas hechas de relámpagos. *¿Por qué no puedo dormir?*, se angustió, *¿por qué siempre tengo que permanecer aquí tumbada y despierta?*

No le resultó difícil saber la respuesta. Cuando una vida era aburrida, el menor elemento añadido parecía intrigante hasta un extremo sobrenatural. Y la vida de la señorita Keene seguía el triste patrón de quedarse echada o ser acomodada entre cojines, leyendo libros que la enfermera Phillips le traía de la biblioteca municipal, recibiendo alimentos, descanso, medicamentos, escuchando su pequeña radio, y esperando, esperando que ocurriera algo distinto.

Como la llamada de teléfono que no fue una llamada.

Ni siquiera había oído el sonido del receptor al ser devuelto a su horquilla. La señorita Keene no lo entendía. ¿Por qué iba a llamarla nadie sólo para escuchar en silencio mientras decía «Hola» una y otra vez? ¿La había llamado realmente alguien?

Entonces se dio cuenta de que lo que debería haber hecho era seguir escuchando hasta que la otra persona se cansara de la broma y colgara el receptor.

Lo que debería haber hecho era hablar con energía sobre la falta de consideración de gastar una broma telefónica a una inválida en medio de una noche de tormenta. Entonces, si hubiera habido alguien escuchando, quienquiera que fuese se habría sentido adecuadamente reprendido por sus furiosas palabras y...

—Claro, por supuesto.

Lo dijo en voz alta en la oscuridad, subrayando la frase con un chasquido de la lengua que expresaba cierto disgusto aliviado. Por supuesto, el teléfono estaba estropeado. Alguien había intentado contactar con ella, tal vez la enfermera Phillips, para asegurarse de que se encontraba bien. Pero el otro extremo de la línea se había interrumpido por alguna razón, permitiendo que su teléfono sonara pero sin que se produjera ninguna comunicación verbal. Claro, por supuesto, de eso se trataba.

La señorita Keene asintió una vez más y cerró los ojos suavemente. Ahora a dormir, pensó. Lejos, más allá del condado, la tormenta se aclaraba su ronca garganta. *Espero que nadie esté preocupado*, pensó Elva Keene, *sería una lástima*.

Estaba pensando en eso cuando el teléfono volvió a sonar.

¿Ves?, pensó, *están intentando hablar conmigo otra vez*. Estiró la mano apresuradamente en la oscuridad, tanteó hasta que sintió el receptor, y luego se lo llevó al oído.

—Hola —dijo la señorita Keene.

Silencio.

Su garganta se contrajo. Sabía lo que pasaba, por supuesto, pero no le gustaba, no le gustaba lo más mínimo.

—¿Hola? —dijo a modo de prueba, sin estar todavía segura de que estaba desperdiciando la saliva.

No hubo respuesta. Esperó un momento, luego habló por tercera vez, ya con cierta impaciencia, en alto, su voz chillona resonando en el oscuro dormitorio.

—¡Hola!

Nada. La señorita Keene sintió el súbito impulso de arrojar el auricular lejos de sí. Reprimió el ansia. No, debía esperar; esperar y escuchar para ver si alguien colgaba el teléfono al otro extremo de la línea.

Así que esperó.

Ahora el dormitorio estaba muy tranquilo, pero Elva Keene seguía esforzándose por oír; bien el sonido de un auricular al ser colgado, bien el zumbido que normalmente le seguía. Su pecho subía y bajaba en delicadas sacudidas. Cerró los ojos para concentrarse, luego los abrió de nuevo y parpadeó en la oscuridad. No salía ningún sonido del teléfono; ni un clic, ni un zumbido, ni el ruido de alguien colgando el auricular.

—¡Hola! —chilló repentinamente, y luego apartó el auricular.

Lo colgó mal. El auricular se cayó y rebotó una vez sobre la alfombra. La señorita Keene encendió nerviosamente la lámpara, frunciendo el ceño cuando la enfermiza luz de la bombilla llenó sus ojos. Rápidamente, se tumbó sobre el costado e intentó alcanzar el teléfono silencioso y sin voz.

Pero no podía estirarse lo suficiente, y las piernas tullidas le impedían levantarse. Su garganta se tensó. Dios mío, ¿es que tendría que dejarlo allí toda la noche, silencioso y enigmático?

Entonces se acordó, estiró el brazo y apretó bruscamente el interruptor de la horquilla. En el suelo, el teléfono hizo clic, y luego empezó a zumbir con normalidad. Elva Keene tragó saliva y tomó aliento temblorosa mientras se dejaba caer sobre la almohada.

Lanzó un salvavidas de razón y se rescató del pánico. Esto es ridículo, pensó, alterarse por un incidente tan insignificante y tan fácilmente explicable. Ha sido la tormenta, la noche, la forma en que me he despertado sobresaltada del sueño. (¿Qué ha sido lo que me ha despertado?) Ha sido todo eso acumulándose sobre la montaña de exasperante monotonía que es mi vida. Sí, ha sido malo, muy malo. Pero lo malo no había sido el incidente. Lo malo había sido su reacción.

La señorita Elva Keene se negó a aceptar nuevas premoniciones. *Ahora me dormiré*, ordenó a su cuerpo con un estremecimiento malhumorado. Se quedó muy quieta y relajada. Desde el suelo podía oír el teléfono zumbando como un rumor de abejas lejanas. Lo ignoró.

A primera hora de la mañana siguiente, después de que la enfermera Phillips se hubiera llevado los platos del desayuno, Elva Keene llamó a la compañía telefónica.

—Soy la señorita Elva —dijo a la operadora.

—Oh, sí, la señorita Elva —dijo la operadora, una tal señorita Finch—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Anoche mi teléfono sonó dos veces —dijo Elva Keene—. Pero cuando

contesté, no habló nadie. Y no oí que colgaran el auricular. Ni siquiera oí la señal de tono, sólo silencio.

—Bueno, debo decirle, señorita Elva —dijo la alegre voz de la señorita Finch—, que la tormenta de anoche nos averió casi la mitad del servicio. Estamos inundados de llamadas avisándonos de pérdidas de línea y de conexiones equivocadas. Diría que es usted afortunada de que su teléfono funcione.

—¿Entonces cree que probablemente fuera una conexión equivocada —repuso la señorita Keene— provocada por la tormenta?

—Oh, señorita Elva, seguro que sólo fue eso.

—¿Cree que podría volver a pasar?

—Oh, sí que podría pasar —dijo la señorita Finch—. Podría pasar. La verdad es que no puedo asegurárselo, señorita Elva. Pero si vuelve a ocurrir, llámeme y haré que uno de nuestros técnicos lo compruebe.

—Muy bien —dijo la señorita Elva—. Muchas gracias, querida.

Durante toda la mañana permaneció tumbada sobre sus almohadones en un sopor relajado. Resolver un misterio, por leve que sea, produce una sensación satisfactoria, pensó. Lo que había provocado la conexión equivocada había sido una tormenta terrible. Y no era de extrañar, cuando había derribado incluso el antiguo roble que había junto a la casa. Ése era el ruido que me había despertado, por supuesto, y era una lástima que el precioso árbol hubiera caído. Qué sombra daba a la casa en los meses de verano. Bueno, supongo que debería dar gracias, pensó, de que el árbol cayera encima de la carretera y no encima de la casa.

El día transcurrió sin novedades, una amalgama de comer, leer a Angela Thirkell y atender el correo (dos cartas publicitarias para tirar y la factura de la luz), además de breves charlas con la enfermera Phillips. La rutina se había instalado con tanta naturalidad que, cuando el teléfono sonó a primera hora de la noche, contestó sin pensárselo.

—Hola —dijo.

Silencio.

Volvió a su estado anterior durante un segundo. Luego llamó a la enfermera Phillips.

—¿Qué ocurre? —preguntó la corpulenta mujer mientras avanzaba sobre la alfombra del dormitorio.

—Esto es lo que le conté —dijo Elva Keene, sujetando el auricular—. Escuche.

La enfermera Phillips cogió el teléfono y echó hacia atrás sus rizos grisáceos con el auricular. Su plácido rostro mantuvo la misma placidez.

—No es nadie —observó.

—Exacto —dijo la señorita Keene—. Eso es. Ahora haga el favor de escuchar a ver si oye cómo cuelgan el auricular. Estoy segura de que no lo oirá.

La enfermera Phillips escuchó un momento, y luego negó con la cabeza.

—No oigo nada —dijo, y colgó.

—¡Oh, espere! —dijo apresuradamente la señorita Keene—. Bueno, da lo mismo —añadió, al ver que ya estaba hecho—. Si ocurre demasiado a menudo, llamaré a la señorita Finch y hará que un técnico lo compruebe.

—Ya veo —dijo la enfermera Phillips, y volvió al salón.

La enfermera Phillips abandonó la casa a las ocho, dejando sobre la mesilla de noche, como de costumbre, una manzana, un bizcocho, un vaso de agua y el frasco de las píldoras. Ahuecó las almohadas bajo la frágil espalda de la señorita Keene, acercó un poco la radio y el teléfono a la cama, echó un complaciente vistazo alrededor y luego se dirigió a la puerta, diciendo:

—La veré mañana.

El teléfono sonó quince minutos después. La señorita Keene levantó el auricular rápidamente. Esta vez no se molestó en decir hola, se limitó a escuchar.

Al principio fue lo mismo, un silencio absoluto. Escuchó un momento más, impaciente. Luego, cuando estaba a punto de volver a colgar el auricular, oyó el sonido. Su mejilla dio una sacudida, y volvió a llevarse el teléfono al oído.

—¿Hola? —preguntó con tensión.

Un murmullo, un zumbido sordo, un sonido de roce... ¿nada más? La señorita Keene cerró los ojos con fuerza, escuchando con la máxima atención, pero no pudo identificar el sonido; era demasiado suave, demasiado indefinido. Procedía de una especie de vibración, como un gemido... de una fuga de aire... de un silbido burbujeante. *Debe de ser el sonido de la conexión, pensó, debe de ser el teléfono mismo el que hace el ruido. Puede que haya un cable agitado por el viento en algún sitio...*

Entonces dejó de pensar. Dejó de respirar. El sonido había cesado. Una vez más, el silencio resonaba en sus oídos. Podía sentir los latidos atropellándose en su pecho otra vez, las paredes de su garganta cerrándose. *Oh, esto es ridículo, se dijo, ya he pasado por esto. ¡Es la tormenta, la tormenta!*

Se recostó sobre las almohadas, el auricular apretado a su oído, una respiración nerviosa saliendo de sus narices. Sintió un temor irracional creciendo como una marea dentro de ella, a pesar de todos sus intentos de llegar a una conclusión racional. Su mente seguía descolgándose del resbaladizo asidero de la razón; cada vez caía más hondo.

Se estremeció violentamente al oír que los sonidos se reanudaban. No podían ser sonidos humanos, lo sabía, y sin embargo había algo en ellos, una inflexión, un tono casi identificable de...

Sus labios temblaron y un gemido empezó a flotar en su garganta. Pero no podía

colgar el teléfono, sencillamente, no podía. Los sonidos la tenían hipnotizada. Si era el ir y venir del viento o el murmullo de mecanismos defectuosos, eso no lo sabía, pero no la dejaban marcharse.

—¿Hola? —murmuró, temblorosa.

Los sonidos subieron de volumen. Se agitaron y temblaron en su cerebro.

—¡Hola! —chilló.

—H-o-l-a —contestó una voz en el teléfono. La señorita Keene se desmayó en aquel mismo instante.

—¿**E**stá segura de que alguien dijo hola? —preguntó la señorita Finch a la señorita Elva por teléfono—. Puede que fuera la conexión, ¿sabe?

—¡Le digo que era un hombre! —gritó una temblorosa Elva Keene—. Era el mismo hombre que me había estado escuchando decir hola una y otra vez, sin contestarme. ¡El mismo que había emitido ruidos terribles por teléfono!

La señorita Finch se aclaró la garganta educadamente.

—Bueno, haré que un técnico revise su línea tan pronto como podamos, señorita Elva. Por supuesto, nuestros técnicos están muy ocupados ahora mismo, con las reparaciones por los daños de la tormenta, pero en cuanto sea posible...

—¿Y qué hago si esta... esta persona vuelve a llamar?

—Limítese a colgarle, señorita Elva.

—¡Pero sigue llamando!

—Bueno —la afabilidad de la señorita Finch flaqueó—, ¿por qué no averigua quién es, señorita Elva? Si lo hace, podremos emprender una acción inmediata y...

Después de colgar, la señorita Keene se apoyó en las almohadas cargada de tensión, escuchando cómo la enfermera Phillips cantaba roncas canciones de amor mientras lavaba los platos del desayuno. La señorita Finch no se creía su historia, eso resultaba obvio. La señorita Finch pensaba que era una vieja nerviosa, víctima de su imaginación. Bueno, la señorita Finch descubriría que no era así.

—La pienso seguir llamando sin parar hasta que se quiera dar por enterada —dijo irritable a la enfermera Phillips antes de echarse la siesta.

—Hágalo —dijo la enfermera Phillips—. Ahora tómese su pastilla y échese un rato.

La señorita Keene se tumbó sumida en un silencio malhumorado, sus manos cubiertas de venas hechas un nudo junto a su cadera. Eran las dos y diez y, excepto por el burbujeo de los ronquidos de la enfermera Phillips en la antesala, la casa permanecía en el silencio de la tarde de octubre. *Me pone furiosa*, pensó Elva Keene, *que nadie se tome esto en serio. Bueno*, sus finos labios se apretaron, *la próxima vez que suene el teléfono, me aseguraré de que la enfermera Phillips escuche hasta que oiga algo.*

Exactamente entonces sonó el teléfono.

La señorita Keene sintió un frío estremecimiento bajar por su cuerpo. Incluso a la luz del día, con los rayos del sol salpicando su colcha estampada, el estridente zumbido la asustaba. Hundió sus dientes de porcelana en el labio inferior para que dejara de temblar. ¿*Contesto?*, se preguntó, y entonces, antes de que pudiera pensar en hacerlo, su mano levantó el auricular. Tomó aliento profundamente; se acercó el teléfono lentamente al oído. Dijo:

—¿Hola?

—¿Hola? —contestó la voz, hueca e inanimada.

—¿Quién es? —preguntó la señorita Keene, intentando mantener la garganta clara.

—¿Hola?

—¿Quién llama, por favor?

—¿Hola?

—¿Hay alguien ahí?

—¿Hola?

—¡Por favor...!

—¿Hola?

La señorita Keene colgó de golpe el auricular y se tumbó en la cama, temblando violentamente, incapaz de recuperar el aliento. ¿*Qué es esto?*, suplicó su mente, ¿*qué es esto, en nombre de Dios?*

—¡Margaret! —gritó—. ¡Margaret!

Oyó que la enfermera Phillips gruñía bruscamente y luego empezaba a toser.

—¡Margaret, por favor!

Elva Keene oyó cómo la corpulenta mujer se ponía en pie y se arrastraba cruzando el salón. *Debo recuperar la compostura*, se dijo, llevándose las manos aleteantes a las mejillas enfebrecidas. *Debo decirle qué ha pasado, exactamente.*

—¿Qué ocurre? —masculló la enfermera—. ¿Le duele el estómago?

La garganta de la señorita Keene se tensó al tragar saliva.

—Ha vuelto a llamar —susurró.

—¿Quién?

—¡Ese hombre!

—¿Qué hombre?

—¡El que no hace más que llamar! —gritó la señorita Keene—. No hace más que llamar una y otra vez. Es lo único que dice: hola, hola, hol...

—Vamos, déjelo ya —la enfermera Phillips la reprendió secamente—. Échese y...

—¡No quiero echarme! —dijo frenética—. ¡Quiero saber quién es esa mala persona que no hace más que asustarme!

—Vamos, no se ponga histérica —le advirtió la enfermera Phillips—. Ya sabe cómo se le puede poner el estómago.

La señorita Keene empezó a sollozar amargamente.

—Tengo miedo. Tengo miedo de él. ¿Por qué sigue llamándome?

La enfermera Phillips se quedó junto a la cama, mirando hacia abajo con inercia bovina.

—Bueno, ¿qué le dijo la señorita Finch? —dijo suavemente.

Los labios temblorosos de la señorita Keene no pudieron formular la respuesta.

—¿No le dijo que era un problema de conexiones? —le tranquilizó la enfermera—. ¿No le dijo eso?

—¡Pero no es eso! ¡Es un hombre, un hombre!

La enfermera Phillips exhaló un suspiro de paciencia.

—Si es un hombre —dijo—, entonces límitese a colgar. No tiene por qué hablar con él. Límitese a colgar. ¿Tanto le cuesta hacerlo?

La señorita Keene cerró los ojos brillantes por las lágrimas y obligó a sus labios a formar una línea temblorosa. En su cabeza, la voz apagada y sin emoción del hombre reverberaba continuamente. Una y otra vez, sin alterar nunca la inflexión, sin que la pregunta esperase a su respuesta, sólo repitiéndose interminablemente en una triste apatía. ¿Hola? ¿Hola? Haciendo que su corazón se estremeciera.

—Mire —dijo la enfermera Phillips.

Abrió los ojos y vio la imagen borrosa de la enfermera dejando el auricular sobre la mesa.

—Así —dijo la enfermera Phillips—, ahora ya no puede llamarle nadie. Déjelo así. Si necesita algo sólo tiene que marcar. ¿Así está mejor? ¿Eh?

La señorita Keene miró desolada a la enfermera. Entonces, después de un momento, asintió una vez. A regañadientes.

Se quedó tumbada en el dormitorio oscuro, con el sonido de la señal de tono zumbando en su oído, manteniéndola despierta. ¿O es que me estoy obsesionando?, pensó. ¿De verdad que me mantiene despierta? ¿Es que no dormí la primera noche con el auricular descolgado? No, no era el sonido, era otra cosa.

Cerró los ojos obstinadamente. *No voy a escuchar*, se dijo a sí misma. *No voy a escucharlo*. Inhaló temblorosa el aire nocturno. Pero la oscuridad no podía llenar su cerebro y ahogar el sonido.

La señorita Keene palpó la cama hasta encontrar su chaqueta. Envolvió con ella el auricular, cubriendo su negra suavidad con capas de algodón. Luego volvió a tumbarse, tensa y respirando laboriosamente. *Me voy a dormir*, exigió, *me voy a dormir*.

Seguía oyéndolo.

Su cuerpo volvió a tensarse y, bruscamente, desenvolvió el auricular de su grueso envoltorio y lo estrelló una vez más contra la horquilla. El silencio llenó la habitación con una paz deliciosa. La señorita Keene se recostó sobre la almohada con un débil gruñido. *Ahora a dormir*, pensó.

Sonó el teléfono.

Su aliento se extinguió. El timbre parecía impregnar la oscuridad, rodeándola de una nube de vibraciones penetrantes. Estiró la mano para poner el auricular sobre la mesa de nuevo, y luego retiró la mano de golpe con un gemido, al comprender que volvería a oír la voz del hombre.

Su garganta palpitaba nerviosa. Lo que voy a hacer, planeó, lo que voy a hacer es levantar el auricular muy, muy rápidamente, y volver a colgarlo, y luego apretar el interruptor y cortar la línea. ¡Sí, eso es lo que voy a hacer!

Se preparó y extendió la mano cautelosamente hasta que tuvo debajo el teléfono que sonaba. Luego, conteniendo el aliento, siguió su plan, cortó el timbre, estiró la mano hacia el interruptor de la horquilla...

Y se detuvo, paralizada, cuando la voz del hombre llegó hasta sus oídos a través de la oscuridad.

—¿Dónde está? —preguntó—. Quiero hablar con usted.

Garras de hielo se hundieron en el pecho tembloroso de la señorita Keene. Se quedó petrificada, incapaz de suprimir el sonido de la voz sorda e inexpresiva del hombre, preguntando:

—¿Dónde está? Quiero hablar con usted.

Un gemido escapó de la voz de la señorita Keene, fino y aleteante.

Y el hombre dijo:

—¿Dónde está? Quiero hablar con usted.

—No, no —sollozó la señorita Keene.

—¿Dónde está? Quiero...

Apretó el interruptor de la horquilla con tensos dedos blancos. Lo mantuvo apretado durante cinco minutos antes de soltarlo.

—¡Le digo que no pienso aceptarlo!

La voz de la señorita Keene era un jirón de sonido. Estaba sentada en la cama, inflexible, obligando a su aterrorizada cólera a desahogarse a través del respiradero de la boca.

—¿Dice que ha colgado a ese hombre y que sigue llamando? —preguntó la señorita Finch.

—¡Ya se lo he explicado! —estalló Elva Keene—. Tuve que dejar el auricular descolgado toda la noche para que no me llamara. Y el zumbido me mantuvo despierta. ¡No he pegado ojo! Quiero que revisen esta línea, ¿me ha oído? ¡Quiero

que detengan este horror!

Sus ojos eran como perlas duras y oscuras. El teléfono casi resbaló de sus dedos paralizados.

—Muy bien, señorita Elva —dijo la operadora—. Le enviaré un técnico hoy.

—Gracias, querida, gracias —dijo la señorita Keene—. ¿Me llamará cuando...?

Su voz se detuvo bruscamente al oír un chasquido en el teléfono.

—La línea está ocupada —anunció.

El chasquido se interrumpió cuando continuó.

—Repito, ¿me informará cuando sepa quién es esa horrible persona?

—Por supuesto, señorita Elva, por supuesto. Y haré que un técnico revise su teléfono esta tarde. Vive en Mili Lane 127, ¿verdad?

—Eso es, querida. Se ocupará de ello, ¿verdad?

—Se lo prometo, señorita Elva. Será lo primero que haga hoy.

—Gracias, querida —dijo la señorita Keene, suspirando aliviada.

Aquella mañana no hubo llamada del hombre, y tampoco por la tarde. Lentamente, empezó a sentirse menos tensa. Jugó una partida de *cribbage* con la enfermera Phillips y hasta consiguió reírse un poquito. Era reconfortante saber que la compañía telefónica estaba trabajando en ello. Pronto cogerían a aquel horrible hombre y recuperaría la tranquilidad.

Pero cuando dieron las dos, y luego las tres, y no apareció ningún técnico por su casa, la señorita Keene volvió a preocuparse.

—¿Pero a esa chica qué le pasa? —dijo malhumorada—. Me prometió que mandaría un técnico esta tarde.

Dieron las cuatro y no llegó ningún técnico. La señorita Keene no podía jugar al *cribbage*, ni leer un libro, ni escuchar la radio. Lo que había empezado a relajarse volvía a estar tenso otra vez, en aumento a cada minuto hasta las cinco en punto, cuando sonó el teléfono, su mano brotó rígida de la manga relampagueante de su chaqueta roja y se cerró como una garra sobre el auricular. *Si el hombre habla*, se aceleró su mente, *si habla chillaré hasta que se me pare el corazón*.

Se llevó el auricular al oído.

—¿Hola?

—Señorita Elva, soy la señorita Finch.

Sus ojos se cerraron y su respiración salió aleteando entre los labios.

—¿Sí? —dijo.

—Se trata de esas llamadas que dice que ha estado recibiendo.

—¿Sí? —las palabras de la señorita Finch se clavaron en su cabeza: «Esas llamadas que dice que ha estado recibiendo».

—Hemos mandado a un técnico a localizarlas —continuó la señorita Finch—.

Tengo aquí su informe.

La señorita Keene tomó aliento.

—¿Sí?

—No ha podido encontrar nada.

Elva Keene no habló. Su cabeza grisácea estaba inmóvil sobre la almohada, el auricular apretado contra su oído.

—Dice que ha localizado el... el problema en un cable caído a las afueras de la ciudad.

—¿Un cable... caído?

—Sí, señorita Elva —la señorita Finch no parecía contenta.

—¿Me está diciendo que no he oído nada?

La voz de la señorita Finch era firme.

—Nadie ha podido telefonarla desde esa localización —dijo.

—¡Le digo que me ha llamado un hombre!

La señorita Finch permaneció en silencio, y los dedos de la señorita Keene se apretaron convulsos sobre el auricular.

—Tiene que haber un teléfono —insistió—. ¡Tiene que haber alguna forma de que ese hombre pudiera llamarme!

—Señorita Elva, allí no hay nadie.

—¿Allí, dónde es allí?

La operadora dijo:

—Señorita Elva, es el cementerio.

En el silencio negro de su dormitorio, una inválida yacía esperando. Su enfermera no quiso quedarse por la noche; su enfermera le había dado unas palmaditas y la había reprendido y la había ignorado.

Estaba esperando una llamada de teléfono.

Podría haber desconectado el teléfono, pero no tuvo ánimo para hacerlo. Se quedó allí esperando, esperando y pensando.

Pensando en el silencio, en aquellos oídos que no oían, y querían oír de nuevo. En el sonido burbujeante y los murmullos, los primeros y torpes intentos de hablar de alguien que no había hablado... ¿en cuánto tiempo? En *¿Hola? ¿Hola?*, el primer saludo de alguien que había estado largo tiempo en silencio. En *¿Dónde está?*, en (lo que hacía que estuviera tan rígida) el chasquido y la operadora diciendo su dirección. En...

El teléfono sonó.

Una pausa. Volvió a sonar. El roce de un camisón en la oscuridad. Dejó de sonar. Escuchó.

Y el teléfono se resbaló entre unos dedos blancos, los ojos abiertos como platos,

los débiles latidos palpitando lentamente.

Fuera, la noche donde sonaban los grillos.

Dentro, las palabras todavía resonando en su cerebro, dando un significado terrible al silencio pesado y sofocante.

—Hola, señorita Elva. Me voy a acercar a visitarla.

LA CASA SLAUGHTER

(*Slaughter House*, 1953)

Les envío para su consideración el siguiente manuscrito, que fue remitido a esta oficina hace algunas semanas. Lo ofrecemos sin ninguna prueba ni opinión sobre su validez. La valoración queda a juicio del lector.

Samuel D. Machildon, *Secretario asociado, Sociedad Rand para las Investigaciones Psíquicas.*

I

Esto ocurrió hace muchos años. Mi hermano Saul y yo nos habíamos encaprichado de la vieja casa Slaughter, que no tenía inquilinos. Desde que éramos niños, el cartel de bordes amarillentos —SE VENDE— había colgado inclinado en la sucia ventana de la fachada. Con juvenil ambición habíamos jurado que, cuando fuéramos mayores, haríamos que el cartel fuera retirado.

Cuando nos hicimos adultos, la ambición persistió por alguna razón. Saul y yo éramos aficionados a lo Victoriano. Su pintura era similar a esa traslación rosada y exuberante de la naturaleza tan apreciada por los artistas del siglo XIX. Y mi literatura, aunque distaba de estar satisfactoriamente ejecutada, mostraba el claro sello de la prolijidad, se distinguía por esa meticulosa abundancia de frases ornamentadas que los modernistas menosprecian al considerarla aburrida y artificiosa.

Así pues, ¿qué mejor cuartel general para nuestros trabajos artísticos, qué mejor retiro que la casa Slaughter, aquella edificación que igualaba en cornisas y frisos a nuestras inclinaciones íntimas? Ninguno, decidimos, y actuamos con presteza de acuerdo a dicha decisión.

La dotación anual dispuesta por nuestros difuntos padres, aunque sucinta, sabíamos que bastaría, pues la casa estaba muy necesitada de reparaciones y, por añadidura, carecía de electricidad.

También estaba dotada, aunque no se nos puede conceder el mérito de esto, de rumores de fantasmas. Los niños del vecindario se superaban unos a otros relatando las espeluznantes experiencias a las que se habían sometido en compañía de varios de los más eminentes espectros. Sonreíamos ante sus ingeniosas fantasías, sin perder en ningún momento el convencimiento de que la adquisición de la casa sería práctica y satisfactoria en grado sumo.

La oficina inmobiliaria se embriagó de deleite financiero el día que les quitamos de las manos lo que durante largo tiempo habían considerado una causa perdida, hasta el punto de haber retirado la casa de sus listados. Rápidamente se cerraron los acuerdos necesarios y, en cuestión de horas, trasladamos todas las pertenencias de nuestro incómodo piso a nuestra nueva y relativamente amplia casa.

Luego dedicamos varios días a la muy necesaria tarea de la limpieza. Resultó un trabajo mucho más difícil de lo que en principio habíamos esperado. El polvo se acumulaba en los salones y las habitaciones. Nuestros enérgicos barridos hacían que las nubes salieran despedidas en ondas, llenando el aire con vaporosos fantasmas de polvo. A ese respecto, observamos que muchas visiones espectrales podrían resultar explicables si se utilizara el momento adecuado para el experimento.

Además del polvo acumulado en todos los espacios destinados a alojamiento, también había una espesa mugre sobre las superficies de cristal, que se extendía desde las ventanas del piso de abajo hasta los arañados espejos del baño del piso de arriba. Había barandillas sueltas que reparar, cerrojos de puertas que reacondicionar, yardas de gruesa moqueta a las que sacudir décadas de polvo, y una multitud de tareas grandes y pequeñas que llevar a cabo antes de que la casa pudiera ser considerada habitable.

Sin embargo, aun reconociendo la mugre y los años, lo que estaba más allá de toda discusión era que habíamos tropezado con una ganga evidente. La casa estaba completamente amueblada, y aún más, amueblada al delicioso estilo de principios de la década de 1900. Saul y yo estábamos absolutamente encantados. Barrida, aireada, fregada del suelo al techo, la casa resultó ser sin duda alguna una adquisición fascinante. Las cortinas oscuras y señoriales, las alfombras estampadas, el grácil mobiliario, la espineta de teclas amarillas; todo estaba completo hasta el último detalle, y ese detalle era el retrato de una joven indiscutiblemente preciosa que colgaba sobre la repisa de la chimenea del salón.

Cuando lo vimos por vez primera, Saul y yo nos quedamos sin habla ante sus cualidades artísticas. Luego, Saul disertó sobre la técnica del pintor y por fin, en extasiada adulación, discutió conmigo las diversas posibilidades que presentaba la identidad de la modelo.

Nuestra conjetura final fue que era la hija o esposa del antiguo inquilino, quienquiera que fuese, aparte de llamarse Slaughter.

Pasaron varias semanas. El deleite inicial fue aplacado por el trabajo a jornada completa y los intensos esfuerzos creativos.

Nos levantábamos a las nueve, desayunábamos en el comedor, y luego nos dedicábamos a nuestro trabajo, yo en mi dormitorio, Saul en el solarío, que habíamos podido improvisar en un pequeño estudio. Cada uno en su cubil, la mañana

transcurría tranquila y productivamente. Comíamos a la una, una comida frugal pero nutritiva, y luego reanudábamos el trabajo por la tarde.

Interrumpíamos nuestro trabajo a eso de las cuatro para tomar el té y mantener una tranquila conversación en nuestro elegante salón. A esa hora ya era demasiado tarde para continuar trabajando, puesto que la oscuridad comenzaba a cubrir con su palio la ciudad. Habíamos decidido no instalar electricidad, tanto por razones de prudencia económica como por razones menos sórdidas de pura estética.

Por nada del mundo habríamos querido distorsionar el amable encanto de la casa añadiendo vulgares y estériles luces eléctricas. Sin duda, preferíamos el parpadeante silencio de las velas bajo las cuales jugar nuestra partida nocturna de ajedrez. No necesitábamos que los groseros balidos de la radio usurparan nuestro silencio, comíamos nuestro pan cocido en el horno sin chamuscar y nos parecía que nuestro vino estaba suficientemente fresco en la vieja fresquera. Saul disfrutaba de la sensación de vivir en el pasado, y yo también. No pedíamos más.

Pero entonces empezaron las pequeñas cosas, las cosas intangibles, las cosas sin razón.

Al pasar por las escaleras, por el pasillo, o por las habitaciones, Saul o yo, por separado o juntos, nos deteníamos y percibíamos un extraño impulso en nuestras mentes; fugaz, más claramente definido y real.

Es difícil expresar la sensación con la claridad adecuada. Era como si oyéramos algo, aunque no había sonido alguno, como si viéramos algo, cuando no había nada ante nuestros ojos. Una sensación de presencia cambiante, delicada y tenue, oculta a todos los sentidos físicos y, sin embargo, percibida en cierta forma.

No había manera de explicarlo. De hecho, nunca hablábamos de ello. Era una sensación demasiado nebulosa para discutirla, incapaz de materializarse en palabras. Aunque nos inquietaba, no intentamos una comparación mutua de sensaciones, ni podríamos intentarla. Ni siquiera los más abstractos pensamientos podían aproximarse a lo que estábamos experimentando.

A veces descubría a Saul lanzando una mirada apresurada sobre el hombro, o estirando subrepticamente la mano para golpear el aire vacío como si esperase que sus dedos tocasen alguna entidad invisible. A veces él me veía a mí haciendo lo mismo. En alguna ocasión sonreímos incómodos, divertidos ambos por aquel momento sin palabras.

Pero nuestras sonrisas pronto se desvanecieron. Casi creo que teníamos miedo de burlarnos de aquella influencia desconocida por temor a que demostrase ser real. No es que mi hermano y yo fuésemos supersticiosos en grado alguno. El mero hecho de que hubiéramos comprado la casa sin prestar el menor crédito a los cuentos de viejas sobre su supuesto anatema parecía contradecir la insinuación de que nos sintiéramos inclinados en ninguna medida a las aprensiones psíquicas. Sin embargo, la casa

parecía poseer alguna extraña potencia más allá de toda duda.

A menudo, a altas horas de la noche, permanecía despierto en la cama, sabiendo no sé cómo que Saul también estaba despierto en su habitación y que ambos estábamos escuchando y esperando, conscientemente convencidos de que nuestras expectativas de que algo desconocido se aproximaba iban a cumplirse pronto.

Y se cumplieron.

II

Puede que fuera un mes y medio después de que nos hubiéramos mudado a la casa Slaughter cuando atisbamos el primer indicio de los ocupantes de la casa que no éramos nosotros.

Yo estaba en la estrecha cocina, preparando la cena en la pequeña estufa de gas. Saul estaba en el comedor, preparando la mesa para la comida. Había extendido un mantel blanco sobre la caoba oscura y reluciente, y, encima de él, había colocado dos platos con sus correspondientes cubiertos. Un candelabro de seis velas lucía en el centro de la mesa, proyectando sombras sobre la tela nevada.

Saul estaba a punto de poner las copas y los platillos junto a los platos cuando me volví a la estufa. Giré una pizca la manecilla para disminuir la llama bajo las chuletas. Entonces, cuando empecé a abrir la fresquera para sacar el vino, oí que Saul tragaba saliva y que algo caía con un golpe sordo sobre la alfombra del comedor. Me di la vuelta y salí de la cocina lo más rápido que pude.

Una de las copas había caído al suelo, su asa partida. La recogí sin tardanza, con los ojos fijos en Saul.

Estaba en pie, dando la espalda a la entrada del salón, su mano derecha apretada contra su mejilla, una mirada de horror mudo contorsionando sus bellos rasgos.

—¿Qué ocurre? —pregunté, colocando la copa sobre la mesa.

Me miró sin contestar y me fijé en que sus esbeltos dedos temblaban sobre sus mejillas blanquecinas.

—Saul, ¿qué ocurre?

—Una mano —dijo—. Una mano. Me ha tocado la mejilla.

Creo que se me abrió la boca por la sorpresa. En lo más recóndito de mi mente, había esperado que ocurriera algo así. También Saul. Sin embargo, ahora que había sucedido, la sensación natural de opresiva sorpresa pesaba sobre nuestros hombros.

Nos quedamos en silencio. ¿Cómo puedo expresar mis sentimientos en aquel momento? Fue como si algo tangible, una marea de aire asfixiante, nos cubriera como una serpiente amorfa y letárgica. Noté que el pecho de Saul se agitaba en saltos y depresiones convulsos y que mi propia boca se quedaba abierta mientras intentaba

tomar aliento a bocanadas.

Entonces, al momento siguiente, aquel vacío sin aliento desapareció, el terror irracional se disolvió. Conseguí hablar, con la esperanza de romper aquel abrumador embrujo con las palabras.

—¿Estás seguro? —dije.

Su esbelta garganta se contrajo. Obligó a sus labios a dar forma a una sonrisa, una sonrisa más de temor que de complacencia.

—Espero que no —repuso.

Haciendo un esfuerzo, reforzó su sonrisa.

—¿Podría ser? —continuó, su jovialidad fallando de forma ostensible—. ¿Podría ser que hubiéramos cometido la estupidez de comprar una casa encantada?

Hice un esfuerzo por unirme a su artificioso talante bromista por el bien de nuestra cordura. Pero no podía durar, y tampoco encontré ningún placer perdurable en la fingida compostura de Saul. Ambos éramos excepcionalmente hipersensibles, lo habíamos sido desde que nacimos, yo veintisiete años antes, él veinticinco. Ambos sentíamos aquella premonición amorfa en lo más profundo de nuestros sentidos.

No volvimos a hablar de ello, no sabría decir si por repugnancia o por pavor. A continuación de nuestra poco disfrutable comida, pasamos el resto de la noche jugando algunas partidas de cartas con un espíritu lamentable. En un momento de temor que me pilló por sorpresa, sugerí que podría ser digno de tener en consideración que instalásemos tomas eléctricas en la casa.

Saul se burló de mi aparente claudicación y pareció más contento de mantener la relativa penumbra de la luz de las velas de lo que el suceso anterior a la cena habría hecho pensar. No obstante, no entré en discusiones.

Nos retiramos a nuestras habitaciones bastante temprano, como solíamos hacer. Antes de separarnos, sin embargo, Saul dijo algo que me resultó extraño. Estaba en pie en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo, y yo estaba a punto de abrir la puerta de mi cuarto.

—¿No te resulta familiar todo esto? —preguntó.

Me volví para mirarle, sin saber de lo que estaba hablando.

—¿Familiar? —le pregunté.

—Me refiero —intentó aclarar— a que es como si hubiéramos estado aquí antes. No, es algo más que simplemente haber estado aquí. Es como si realmente hubiéramos vivido aquí.

Le miré con una perturbadora sensación de alarma creciendo en mis pensamientos. Bajó los ojos con una sonrisa nerviosa, como si hubiera dicho algo que estaba dándose cuenta de que no debería haber dicho. Se metió rápidamente en su habitación, murmurando unas buenas noches muy poco cordiales.

Yo me retiré a mi propia habitación, extrañado por la poco común inquietud que

había parecido tomar posesión de Saul durante toda la noche, manifestándose no sólo en sus palabras, sino también en su forma impaciente de jugar a las cartas, en su nerviosa postura en la silla sobre la cual se sentaba, en el continuo flexionar de los dedos, en la forma en que sus bellos ojos oscuros recorrían el salón. Como si estuvieran buscando algo.

En mi habitación, me quité el batín, atendí a mi higiene personal y en seguida estuve metido en la cama. Llevaba una hora acostado cuando sentí que la casa se conmovía momentáneamente y el aire parecía bruscamente impregnado de un zumbido extraño y discordante que hizo que mi cerebro palpitase.

Me apreté las manos contra los oídos y entonces me pareció despertar, con las orejas todavía cubiertas. La casa estaba en silencio. No estaba seguro de que no hubiera sido un sueño. Podía ser que un camión pesado hubiera pasado junto a la casa, provocando así el sueño en mi mente alterada. No había forma alguna de que tuviera una certeza absoluta.

Me senté en la cama y escuché. Durante largos minutos permanecí en silencio, intentando oír si se producía algún ruido en la casa. Tal vez un ladrón, o Saul rondando en busca de un bocado de medianoche. Pero no había nada. Una vez, mientras miraba hacia la ventana, me pareció ver, por el rabillo del ojo, un resplandor momentáneo de luces azuladas brillando bajo mi puerta. Pero, cuando giré rápidamente la cabeza, mis ojos sólo vieron la más profunda negrura y, por fin, me volví a desplomar sobre mi almohada y caí en un sueño incómodo.

III

El día siguiente era domingo. Me había despertado frecuentemente durante la noche, y aquel sueño ligero y atormentado me había agotado. Me quedé en la cama hasta las diez y media, aunque mi costumbre era levantarme sin tardanza todos los días a las nueve, un hábito que había adquirido de niño.

Me vestí rápidamente y crucé el vestíbulo, pero Saul ya estaba levantado. Me sentí ligeramente molesto porque no hubiera venido a hablar conmigo como hacía a veces, y ni siquiera se hubiera acercado a decirme que ya había pasado la hora de levantarse.

Le encontré en el salón, desayunando en una pequeña mesa que había situado delante de la chimenea. Estaba sentado en una silla, de cara al retrato.

Su cabeza se volvió rápidamente cuando entré. Me pareció que estaba nervioso.

—Buenos días —dijo.

—¿Por qué no me has despertado? —dije—. Sabes que nunca duermo hasta tan tarde.

—Pensé que estarías cansado —dijo—. ¿Qué más da?

Me senté enfrente de él, sintiéndome más bien malhumorado mientras sacaba un bizcocho caliente de debajo de la servilleta y lo partía.

—¿Notaste un temblor en la casa anoche? —pregunté.

—No. ¿Un temblor?

No contesté al tono frívolo de su contrarréplica. Di un bocado a mi bizcocho y lo deposité sobre la mesa.

—¿Café? —dijo. Asentí secamente y me sirvió una taza, aparentemente ignorando mi resentimiento.

Eché un vistazo a la mesa.

—¿Dónde está el azúcar? —pregunté.

—Yo nunca tomo —contestó—. Ya lo sabes.

—Pero yo sí tomo —dije.

—Bueno, pero tú no te habías levantado, John —contestó con una sonrisa aséptica.

Me levanté bruscamente y entré en la cocina. Abrí una puerta del armario y saqué el azucarero con dedos irritados.

Entonces, al pasar a su lado, cuando me disponía a salir de la habitación, intenté abrir la otra puerta del armario. No se abrió. La puerta había estado atascada firmemente desde que nos habíamos mudado. Saul y yo habíamos decidido, en son de broma, que para mantener la tradición del barrio, el armario debería contener una balda tras otra de fantasmas en polvo.

En aquel momento, sin embargo, yo no estaba de humor para fantasías humorísticas. Tiré del pomo de la puerta con cólera creciente. Que de pronto decidiera insistir en abrir el armario sólo era una muestra del malhumor que la negligencia de Saul podía provocarme con tanta facilidad. Dejé el azucarero y apliqué ambas manos al pomo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —oí preguntar a Saul desde el salón.

No contesté a su pregunta, sino que tiré con más fuerza del pomo del armario. Pero era como si la puerta estuviera incrustada sólidamente en el marco y no pudiera moverla ni lo más mínimo.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Saul mientras me sentaba.

—Nada —dije, y allí se acabó el tema. Comí con poco o ningún apetito. No sé si me sentía más furioso o dolido. Tal vez fuera mayor la sensación de haber sido ofendido, ya que Saul era por lo general muy susceptible a mis respuestas, pero aquel día no parecía receptivo en el más mínimo grado. Y fue aquel descarado desinterés, tan distinto de su predisposición habitual, lo que me había disgustado tan hondamente.

Hubo un momento, durante la comida, en que levanté la mirada hacia él para

descubrir que sus ojos estaban fijos en algún lugar por encima de mi hombro, concentrados en algo que tenía detrás. Aquello provocó que un intenso escalofrío recorriera mi espalda.

—¿Qué estás mirando? —pregunté.

Sus ojos volvieron a concentrarse en mí, y la ligera sonrisa que mantenía se borró de sus labios.

—Nada —contestó.

No obstante, me giré en la silla para mirar. Pero sólo vi el retrato sobre la repisa de la chimenea, nada más.

—¿El retrato? —pregunté.

No contestó, y siguió removiendo el café con engañosa indiferencia.

—Saul, estoy hablando contigo —dije.

Sus ojos oscuros me miraron con burlona frialdad. Como si quisieran decir «En efecto, eso es lo que estás haciendo, pero poco tiene que ver conmigo, ¿no?».

Como no quería hablar, decidí intentar aliviar aquella inexplicable tensión que había surgido entre los dos. Dejé la taza sobre la mesa.

—¿Has dormido bien? —pregunté.

Levantó la mirada hacia mí rápidamente y con un aire de desconfianza, como no pude por menos que notar.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo con recelo.

—¿Tan rara es la pregunta?

Una vez más, no contestó. En vez de eso, se dio unos golpecitos en sus finos labios con la servilleta y echó hacia atrás la silla como si pensara marcharse.

—Disculpa —murmuró, más por costumbre que por educación, según me pareció.

—¿Por qué estás tan misterioso? —pregunté con sincera preocupación.

Se puso en pie, dispuesto a marcharse, su rostro literalmente en blanco.

—No lo estoy —dijo—. Te estás imaginando cosas.

No podía entender su repentina alteración ni relacionarla con ninguna causa. Le miré con incredulidad mientras se daba la vuelta y empezaba a caminar hacia la puerta con pasos breves e impacientes.

Giró a la izquierda para atravesar la puerta de entrada y oí sus rápidos pasos subir a saltos los escalones enmoquetados. Me quedé sentado, incapaz de moverme, mirando el lugar por el que acababa de desaparecer.

Sólo transcurrido un largo rato fue cuando me volví una vez más para examinar el retrato con más cuidado.

No parecía que hubiera nada extraño en él. Mis ojos se deslizaron sobre los hombros redondeados y bajaron hasta la garganta esbelta y blanca, el mentón, los labios rojos con forma de arco de Cupido, la nariz delicadamente levantada, los

francos ojos verdes. Tuve que agitar la cabeza. Era sólo el retrato de una mujer, nada más. ¿Cómo podía afectar a un hombre en su sano juicio? ¿Cómo podía afectar a Saul?

No me pude acabar el café, que se quedó frío sobre la mesa. Me levanté, eché hacia atrás la silla y empecé a subir al piso de arriba. Me dirigí directamente a la habitación de mi hermano y giré el pomo para entrar, y entonces noté que mi cuerpo se ponía rígido al darme cuenta de que había cerrado con llave. Me aparté de su puerta, con los labios apretados y perturbado en grado sumo, afectado más allá de todo límite.

Permanecí en mi habitación la mayor parte del día, leyendo esporádicamente mientras estaba atento a oír sus pasos en el vestíbulo. Intenté encontrar una explicación razonable para la situación, dar respuesta a aquella extraña transformación en su conducta hacia mí.

Pero no parecía que hubiera más respuesta que la de los dolores de cabeza, el sueño interrumpido o cualquier otra explicación igualmente insatisfactoria. No servían en absoluto para explicar su incomodidad, la forma extraña en que sus ojos me contemplaban, su señalada inclinación a no hablar con educación.

Fue entonces, debo dejar clara constancia de que en contra de mi voluntad, cuando empecé a sospechar que las causas no eran de naturaleza ordinaria y a prestar crédito momentáneo a los relatos locales sobre la casa en la cual vivíamos. No habíamos hablado de la mano que había sentido, ¿pero fue porque creíamos que era producto de su imaginación o porque creíamos que no lo era?

En una ocasión, por la tarde, me quedé en el pasillo con los ojos cerrados, escuchando atentamente como si quisiera atrapar algún sonido concreto y separarlo de los demás. En el profundo silencio, me balanceé adelante y atrás, con la quietud misma zumbándome en los oídos.

No oí nada. El día pasó con horas lentas y solitarias. Saul y yo compartimos una malhumorada cena durante la cual rechazó cualquier conversación coherente, así como las múltiples ofertas de partidas de cartas y ajedrez durante la velada posterior.

Cuando terminó de comer, regresó inmediatamente a su habitación y yo, después de fregar los platos, volví a la mía y no tardé en acostarme.

El sueño volvió otra vez, aunque no estaba seguro de que fuera un sueño, pensé tumbado en la cama ya por la mañana. Y si no había sido un sueño, sólo cien camiones podrían haber causado una vibración semejante a la que había conmovido la casa en mi fantasía. Y la luz que brillaba bajo la puerta era demasiado brillante para proceder de una vela, era un deslumbrante fogonazo de iluminación. Y los pasos que oía eran muy audibles. ¿Perteneían sólo a mi sueño? No podía estar seguro.

Cuando me levanté y me vestí, irritado porque mi horario de trabajo se viera alterado por las preocupaciones, ya eran casi las nueve y media. Me aseo rápidamente y salí al vestíbulo, impaciente por entregarme a mis ocupaciones.

Entonces, al mirar automáticamente hacia el cuarto de Saul, observé que la puerta estaba ligeramente entornada. Supuse que ya se había levantado y estaba trabajando en el solario, así que no me detuve a mirar. En su lugar, bajé corriendo para prepararme un rápido desayuno, notando al entrar en la cocina que la habitación estaba igual que la había dejado la noche anterior.

Después de un desayuno frugal, volví a subir y entré en el cuarto de Saul.

Con cierta consternación, lo encontré aún sobre la cama. Digo «sobre» y no «en» porque, según parecía, las mantas y sábanas habían sido violentamente arrojadas a un lado, y estaban amontonadas en remolinos sobre el suelo de madera.

Saul yacía sobre la sábana del colchón, vestido sólo con los pantalones del pijama, su pecho, hombros y cara rociados con pequeñas gotas de transpiración.

Me incliné y le agité una vez, pero sólo fue capaz de emitir murmullos en su letargo soñoliento. Volví a agitarle con dedos endurecidos y se giró furioso.

—Déjame en paz —dijo muy irritado—. Sabes que he estado...

Se detuvo como si, una vez más, estuviera a punto de decir algo que no debía.

—¿Has estado qué? —pregunté, sintiendo que el calor de la ofensa inundaba mi organismo.

No dijo nada, sino que se quedó tumbado sobre su estómago, con la cara enterrada en la blanca almohada.

Estiré el brazo y volví a agitarle tomándole por el hombro, esta vez con mayor violencia. Ante esto, se revolvió bruscamente y casi me chilló.

—¡Vete de aquí!

—¿Vas a pintar? —le pregunté, temblando de nervios.

Se tumbó de costado y se retorció un poco, en preparación para volver al sueño. Me aparté bufando con ira.

—Hazte tu propio desayuno —dije, sintiendo aún más furia por el tono absurdo de mis palabras. Cuando cerré la puerta al marcharme, me pareció oír la risa de Saul.

Volví a mi cuarto y empecé a trabajar en mi obra de teatro, aunque con escaso éxito. Mi cerebro no podía reunir la concentración necesaria. Sólo era capaz de pensar en la forma tan extraordinaria en que mi agradable vida había sido usurpada.

Saul y yo siempre nos habíamos sentido excepcionalmente próximos el uno al otro. Nuestras vidas siempre habían sido inseparables, nuestros planes siempre habían sido mutuos, nuestros afectos se habían dirigido invariablemente del uno al otro en primer lugar. Así había sido desde nuestra mocedad, cuando en la escuela otros niños nos llamaban sarcásticamente los Gemelos, en contracción de nuestro mote completo,

los Gemelos Siameses. Aunque era dos años mayor que Saul, en la escuela siempre habíamos estado juntos, eligiendo a nuestros amigos teniendo en cuenta los gustos y aversiones del otro, viviendo, en resumidas cuentas, el uno para el otro.

Y ahora ocurría aquello; aquel enfurecedor cisma en nuestra relación. Aquella brusca cesura en nuestra camaradería, aquella abrupta y dolorosa transformación de la intimidad en una cruel desatención.

El cambio fue de tal gravedad para mí que casi de inmediato empecé a buscar causas de la mayor gravedad. Y, aunque la solución implícita parecía tenue como mucho, no pude evitar contemplarla voluntariamente. Y, una vez que la hube contemplado, no pude quitarme de encima la idea.

En el silencio de mi cuarto, pensé en fantasmas.

¿Sería posible que la casa estuviera encantada? Revisé precipitadamente las diversas consecuencias de aquello, las variadas sugerencias de que la teoría era verificable.

Excluyendo la posibilidad de que fueran materia de sueños, estaban las vibraciones y el extraño y penetrante zumbido que me habían acosado. Estaba la luz azul sobrenatural con la que había soñado o que había visto realmente bajo mi puerta. Y, por fin, la más condenatoria de todas las pruebas, estaba la afirmación de Saul de que había sentido una mano en la mejilla. ¡Una mano fría y húmeda!

Sin embargo, y a pesar de todo, es difícil reconocer la existencia de fantasmas en un mundo frío y objetivo. Nuestros mismos instintos se rebelan contra el reconocimiento de una posibilidad tan enloquecedora. Pues, una vez se ha dado el primer paso hacia lo sobrenatural, no hay vuelta atrás, no se puede saber adónde conduce el extraño camino, excepto que es a algún lugar desconocido y espantoso.

Tan reales eran las premoniciones que empecé a sentir, que dejé de lado mi cuaderno de escritura y mi pluma sin usarlos y corrí al vestíbulo y al cuarto de Saul como si allí hubiera algo malo.

El sonido ridículo e inesperado de sus ronquidos me tranquilizó momentáneamente. Pero mi sonrisa fue fugaz, y se desvaneció en el instante en que vi la botella de alcohol medio vacía en su mesilla de noche.

La sorpresa hizo que mi piel se quedara fría. Y entonces me sobrevino el pensamiento: le han corrompido, aunque no tenía ni idea de cuál era el origen de su corrupción.

Mientras permanecía allí mirando su figura despatarrada, gruñó una vez más y giró sobre su espalda. Estaba vestido, pero las ropas con las que se había quedado dormido estaban desarregladas y arrugadas. Noté que su rostro estaba sin afeitar y extremadamente ojeroso, y la mirada sanguinolenta que me dirigía era la que dirige un extraño a otro.

—¿Qué quieres? —me preguntó con tono ronco y antinatural.

—¿Es que has perdido el juicio? —dije—. En nombre de Dios, ¿qué...?

—Vete de aquí —volvió a decirme a mí, su hermano.

Le miré a la cara y, aunque sabía que sólo podía ser el resultado de la bebida que distorsionaba sus rasgos sin afeitar, no pude disipar el temor de que en cierta forma se hubiera embrutecido, y un estremecimiento de extraña repulsión me recorrió.

Estaba a punto de quitarle la botella cuando me lanzó un manotazo, con una oscilación imprecisa del brazo, su sentido de la dirección embotado por un cerebro entumecido por la bebida.

—¡He dicho que te vayas de aquí! —gritó furioso, con venas moteadas de rojo saltando a sus mejillas.

Retrocedí, casi con miedo, y luego me di la vuelta y corrí hacia el vestíbulo, temblando por la impresión producida por el comportamiento antinatural de mi hermano. Me quedé junto a su puerta largo rato, escuchando cómo se revolvía inquieto en la cama, gruñendo. Me sentí cercano a las lágrimas.

Entonces, sin pensarlo, bajé por la oscura escalera, crucé el salón y el comedor y entré en la pequeña cocina. Allí, en el silencio negro, levanté una cerilla titilante y luego encendí la gruesa vela que saqué de la estufa.

Mis pasos sonaban extrañamente ahogados al moverme por la cocina, como si los oyera a través de unas orejeras de algodón. Empecé a tener la incongruente sensación de que el mismo silencio tamborileaba ásperamente en mis oídos.

Al pasar junto al lado izquierdo del armario, me incliné como si el aire muerto e inmóvil se hubiera vuelto repentinamente móvil y me estuviera abofeteando. Ahora el silencio era un rugido y, repentinamente, busqué algún punto de apoyo y mis dedos convulsos tiraron un plato sobre el suelo de baldosas.

Un claro escalofrío me recorrió entonces, porque el sonido del plato al romperse había sido hueco e irreal, como el sonido de algo muy lejano. Si no hubiera visto los fragmentos de porcelana sobre las losas negras, habría jurado que el plato no se había roto en absoluto.

Con una sensación de inquietud creciente, me metí los dedos índices en los oídos y los hice girar como si quisiera aliviar lo que parecía una obstrucción. Luego apreté el puño y golpeé la puerta atrancada del armario, casi desesperado por obtener el consuelo de un sonido lógico. Pero no importaba lo fuertes que fueran mis golpes, el sonido que llegaba a mis oídos no era mayor que el de alguien que llamara a una puerta lejana.

Me volví precipitadamente hacia la pequeña fresquera, ansioso por hacerme unos bocadillos y un café y salir de allí para volver a mi habitación una vez más.

Puse el pan en una bandeja, serví una taza del café negro y humeante y dejé la cafetera una vez más sobre su quemador. Luego, con un claro temblor, me incliné y apagué la vela.

El comedor y el salón quedaron sumidos en una oscuridad opresiva.

Mi corazón empezó a resonar pesadamente mientras cruzaba la alfombra, con pisadas amortiguadas. Sujeté la bandeja con dedos rígidos e insensibles, la mirada fija delante de mí. Mientras avanzaba, mi respiración se hizo más pesada, brotando de mis narices al tiempo que apretaba firmemente los labios para que no empezaran a temblar de miedo.

La negrura y el silencio absoluto parecieron aplastarme como paredes sólidas. Mantuve la garganta rígida, cada músculo suspendido por pura fuerza de voluntad, temeroso de que la relajación me hiciera temblar sin control.

A mitad de camino del vestíbulo, la oí.

Una risa suave y burbujeante que pareció impregnar la habitación como una nube de sonido.

Una oleada de gelidez me cubrió el cuerpo y mis pisadas se detuvieron bruscamente mientras las piernas y el cuerpo se me quedaban paralizados.

La risa no cesó. Continuó, moviéndose alrededor de mí como si alguien —o algo— me envolviese con pisadas insonoras, sus ojos siempre fijos en mí. Empecé a temblar y, en el silencio, pude oír el repiqueteo de la taza sobre mi bandeja.

¡Entonces, repentinamente, una mano fría y húmeda me tocó la mejilla!

Con un aullido de terror, dejé caer la bandeja y corrí enloquecidamente hacia el vestíbulo, y luego escaleras arriba, mis debilitadas piernas impulsándome en la negrura. Mientras corría, oí otra ráfaga de risa líquida detrás de mí, como un fino rastro de aire gélido en el silencio.

Cerré la puerta de mi cuarto y me arrojé sobre la cama, tapándome con la colcha con dedos temblorosos. Con los ojos firmemente cerrados, me quedé con el corazón palpitando contra el colchón. Y, en mi mente, la espantosa conciencia de que todos mis temores estaban justificados era un cuchillo que cortaba tejidos delicados.

Era todo verdad.

De forma tan real como si una mano humana y viviente me hubiera tocado, había sentido aquella mano fría y mojada sobre mi mejilla. Pero ¿qué persona viva podía haber allí abajo, en la oscuridad?

Durante un breve instante, me mentí a mí mismo diciéndome que había sido Saul, poniendo en práctica una broma cruel y salvaje. Pero sabía que no había sido así, pues habría tenido que oír sus pasos, y no había oído ninguno, ni antes ni ahora.

El reloj daba las diez cuando por fin conseguí reunir valor para apartar la colcha, buscar a tientas la caja de cerillas de la mesita de noche y encender la vela.

Al principio, la luz temblorosa mitigó ligeramente el temor. Pero luego vi lo poco que iluminaba en la oscuridad silenciosa y evité, con un estremecimiento, la visión de las enormes paredes sin forma. Maldije la vieja casa por su falta de electricidad. El miedo puede suavizarse con una lámpara resplandeciente. Dadas las circunstancias, el

imperfecto parpadeo de aquella pequeña llama no hizo nada por disipar mis temores.

Quería cruzar el vestíbulo y ver si Saul estaba bien. Pero tenía miedo de abrir mi puerta, imaginando apariciones espantosas que acechaban en la negrura, oyendo una vez más en mi mente la risa fea y viscosa. Confiaba en que Saul estuviera tan completamente bajo la influencia del alcohol que nada excepto un terremoto pudiera despertarle.

Y, aunque anhelaba estar a su lado, a pesar de que me hubiera tratado con deslealtad, no sentí el menor valor. Desvistiéndome rápidamente, me apresuré a meterme en la cama y enterré la cabeza bajo las sábanas una vez más.

V

Desperté de golpe, tembloroso y asustado. La ropa de cama estaba retirada de mi cuerpo, el silencio negro era tan espantoso como lo había sido a primera hora de la noche.

Estiré la mano hacia las sábanas, ansioso, mis dedos buscándolas a tientas. Se habían caído por el borde de la cama. Me giré sobre el costado apresuradamente y alargué la mano hacia abajo, los dedos engarriándose al entrar en contacto con las gélidas tablas del suelo.

Entonces, mientras intentaba alcanzar las sábanas, vi la luz bajo la puerta.

Permaneció a la vista durante sólo una fracción de segundo, pero tuve la certeza de que la había visto. Al desaparecer bruscamente de delante de mis ojos, volvió la palpitación. Pareció que mi habitación se llenara de pulsaciones zumbantes. Pude sentir la cama temblando debajo de mí y mi piel volviéndose tensa y gélida; mis dientes castañetearon.

Entonces la luz volvió a aparecer, oí el sonido de pies descalzos y supe que era Saul caminando en la noche.

Impulsado más por el miedo por su seguridad que por el valor, bajé las piernas de la cama y avancé sin hacer ruido hasta la puerta, estremeciéndome por la frialdad del suelo bajo mis pies.

Abrí lentamente la puerta, mi cuerpo tenso en previsión de lo que pudiera ver.

Pero el vestíbulo estaba negro como la pez, así que caminé hasta la puerta del dormitorio de Saul, intentando oír su respiración. Sin embargo, antes de que pudiera distinguir nada, el vestíbulo quedó repentinamente iluminado con aquel resplandor azul sobrenatural y me di la vuelta y corrí, de nuevo instintivamente, hasta lo alto de las escaleras, donde me agazapé, agarrado al viejo pasamanos, mirando hacia abajo.

Allí, un aura de intensa luz azul pasaba por el vestíbulo moviéndose en dirección al salón.

¡Mi corazón dio un salto! Saul estaba siguiéndola, con los brazos estirados en la pose familiar del sonámbulo, sus ojos resplandecientes y fijos en la efulgencia azul sin forma.

Intenté llamarle por su nombre, pero descubrí que mi voz era incapaz de pronunciar ninguna palabra. Traté de avanzar hacia la escalera para arrancar a Saul de aquel terror. Pero una pared, invisible en la negrura, me detuvo. El ambiente se volvió asfixiante. Forcejeé violentamente, pero sin éxito. Mis músculos carecían de fuerza contra el poder horrible e imposible que me había atrapado.

Entonces, repentinamente, mi nariz y mi cerebro se sintieron atacados por un olor acre y repugnante que hizo que mis sentidos se tambalearan. La garganta y el estómago me ardieron con un fuego casi tangible. La oscuridad se hizo más intensa. Parecía aferrarse a mí como un barro caliente y negro que me comprimiera el pecho, de manera que apenas podía respirar. Era como estar enterrado vivo en un horno negro, mi cuerpo atado y bien atado con una fuerte mortaja. Temblé, sollozando de impotencia.

Luego, bruscamente, todo pasó y me quedé parado en mitad del vestíbulo, empapado de transpiración, débil por mis frenéticos esfuerzos. Intenté moverme pero no pude, intenté recordar a Saul, pero fui incapaz de impedir que su imagen se disipara en mi cerebro entumecido. Me estremecí y me volví con destino a mi habitación, pero, al dar el primer paso, las piernas se me doblaron y me desplomé pesadamente sobre el suelo. Su gélida superficie se me apretó contra la cara y perdí la conciencia, mi cuerpo extenuado por los escalofríos.

Cuando mis ojos volvieron a abrirse, seguía acurrucado sobre el frío suelo.

Me senté en el suelo, el vestíbulo oscilando ante mis ojos en mareas alternativas de luz y oscuridad. Mi pecho estaba tenso, y una gelidez implacable se aferraba a mi cuerpo. Conseguí erguirme hasta una posición semiinclinada y fui tambaleándome hasta el cuarto de Saul, con una tos ardiente en la garganta. Tropecé con su cama.

Estaba en ella, y parecía demacrado. No se había afeitado, y la barba oscura y fina de su cara semejava alguna repugnante vegetación. Su boca estaba abierta y emitía sonidos propios del sueño producido por el agotamiento, y su pecho suave y blanco se elevaba y caía con movimientos huecos.

Cuando le tiré del hombro, no hizo movimiento alguno. Pronuncié su nombre y me impresionó el sonido ronco y chirriante de mi propia voz. Volví a decirlo, y se removió con un gruñido y abrió un solo ojo para mirarme.

—Estoy malo —murmuré—. Saul, estoy malo.

Se giró sobre un costado, dándome la espalda. Un sollozo de angustia me desgarró la garganta.

—¡Saul!

Entonces su cuerpo se contorsionó salvajemente, y las manos se le cerraron en

puños huesudos y blancos junto a las caderas.

—¡Fuera de aquí! —chilló—. ¡Déjame en paz o te mataré!

El impacto de sus palabras me apartó de la cama y me hizo quedarme en pie, mirándole estupefacto, con un nudo en la garganta. Agitó su cuerpo como si quisiera partirlo. Le oí murmurar entre dientes, quejoso:

—¿Por qué tiene que durar tanto el día?

Un espasmo de tos me dominó entonces y, con el pecho inflamado y dolorido, volví arrastrándome hasta mi propio cuarto y me metí en la cama con movimientos propios de un viejo. Me desplomé sobre la almohada y subí las sábanas, y allí me quedé, temblando e indefenso.

Durante todo el día dormí a intervalos espasmódicos, interrumpidos por momentos de vela de dolor extremo. Era incapaz de levantarme para procurarme comida o un vaso de agua. Lo único que podía hacer era quedarme allí tumbado, temblando y sollozando. Me sentía tan afectado por la crueldad que Saul había demostrado hacia mí como por el padecimiento físico. Y el dolor que sentía mi cuerpo era extremadamente grave. Tanto que, durante un ataque de tos, resultó tan espantoso que empecé a llorar como un niño, golpeando el colchón con puños débiles e impotentes y dando patadas en el delirio.

Sí, incluso entonces creo que lloraba por algo más que el dolor. Lloraba porque mi único hermano no me quería.

Pareció que aquella noche llegaba más rápidamente que ninguna otra con anterioridad. Permanecí acostado en la oscuridad, rogando a través de labios mudos que no sufriera ningún daño.

Dormí un rato y luego, bruscamente, me quedé despierto, mirando la luz bajo la puerta, escuchando el agudo zumbido de mis oídos. Y en aquel momento comprendí que Saul todavía me quería, pero que la casa había corrompido su amor.

De aquel conocimiento saqué el valor, de la desesperación obtuve un ánimo asombroso. Me puse en pie penosamente y me quedé tambaleante, aturdido, hasta que desaparecieron las rayas delante de mis ojos.

Luego me puse la bata y las zapatillas, me dirigí a la puerta y la abrí de par en par.

No sé a ciencia cierta qué fue lo que hizo que los acontecimientos se desarrollaran del modo en que lo hicieron. Puede que fuera mi coraje lo que hizo que el obstáculo negro del vestíbulo se deshiciera a mi paso. La casa temblaba con las vibraciones y el zumbido. Sin embargo, parecieron disminuir a medida que bajaba por la escalera y, de repente, una luz azul se apagó en el salón y oí rumores fuertes y furiosos.

Cuando entré, la habitación estaba en su orden acostumbrado. Una vela ardía sobre la repisa de la chimenea. Pero mis ojos estaban clavados en el centro del piso.

Allí en medio estaba parado Saul, medio desnudo e inmóvil, su cuerpo en una pose como si estuviera bailando, sus ojos fijos en el retrato.

Pronuncié su nombre secamente. Sus ojos parpadearon y, lentamente, su cabeza se giró hacia mí. Parecía que no era capaz de asimilar mi presencia, pues, repentinamente, su mirada voló por la habitación y exclamó, con tono desesperado:

—¡Vuelve! ¡Vuelve!

Volví a pronunciar su nombre y dejé de mirar alrededor. Dirigió la mirada hacia mí. Su cara estaba chupada y cruelmente arrugada bajo la luz oscilante de la vela. Era la cara de un demente. Apretó los dientes y empezó a avanzar hacia mí.

—Te mataré —murmuró con un tono líquido—. Te mataré.

Retrocedí.

—Saul, has perdido la cabeza. No...

No pude decir nada más, pues corrió hacia mí, las manos extendidas como si quisiera aferrarme la garganta. Intenté apartarme pero me agarró la bata y tiró de mí hacia él.

Empezamos a forcejear, yo suplicándole que se liberase del terrible embrujo bajo el cual había caído, él jadeante y apretando los dientes. Me agitó la cabeza de lado a lado, y vi nuestras monstruosas sombras subiendo y bajando por las paredes.

Las manos de Saul no eran suyas. Yo siempre he sido más fuerte que él, pero, en aquel momento, parecía que sus dedos eran de acero frío. Empecé a ahogarme y su cara se volvió borrosa ante mis ojos. Perdí el equilibrio y ambos caímos pesadamente al suelo. Sentí la espinosa alfombra contra mi mejilla, sus frías manos aferrándose a mi garganta.

Entonces mi mano entró en contacto con algo frío y duro. Me di cuenta de que era la bandeja que había dejado caer la noche anterior. La agarré y, al comprender que había perdido el juicio y que intentaba matarme, la levanté y la estrellé contra su cabeza con todas las fuerzas que me quedaban.

Era una pesada bandeja de metal, y Saul se desplomó como si hubiera muerto, sus manos aflojándose alrededor de mi magullada garganta. Me levanté tambaleante, tomando aire a bocanadas, y le miré.

La sangre manaba de una profunda brecha en su frente, donde le había golpeado el borde de la bandeja.

—¡Saul! —chillé, horrorizado por lo que había hecho.

Me levanté de un salto, frenéticamente, y corrí hasta la puerta principal. La abrí de golpe, y vi a un hombre que pasaba por la calle. Corrí al porche y le llamé.

—¡Socorro! —grité—. ¡Llame a una ambulancia!

El hombre dio un respingo y me miró sobresaltado.

—¡Por amor de Dios! —le supliqué—. ¡Mi hermano se ha dado un golpe en la cabeza! ¡Por favor, llame a una ambulancia!

Me miró boquiabierto durante un largo instante, y luego salió corriendo nerviosamente calle arriba. Le llamé, pero no quiso detenerse a escuchar. Estaba

seguro de que no haría lo que le había pedido.

Al darme la vuelta, vi mi cara exangüe en el espejo del recibidor y comprendí con sorpresa que debía de haberle dado un susto de muerte. Volví a sentirme débil y a tener miedo, como si me hubieran extraído mi momentánea fortaleza. Tenía la garganta seca y dolorida, el estómago al límite. Apenas fui capaz de volver caminando hasta el salón, con las piernas temblorosas.

Intenté subir a Saul hasta un sofá, pero su peso muerto era excesivo para mí, y caí de rodillas a su lado. Mi cuerpo se desmoronó y me quedé medio agazapado, medio tumbado, al lado de mi hermano. El áspero sonido de mi respiración era el único ruido que podía oír. Mi mano izquierda acarició el pelo de Saul con gesto ausente, y lágrimas silenciosas brotaron de mis ojos.

No puedo saber cuánto tiempo llevaba allí cuando la palpitación empezó de nuevo, como si quisiera demostrarme que no se había marchado de verdad.

Seguí agazapado como algo muerto, con el cerebro casi en coma. Podía sentir el corazón palpitando en mi pecho como un viejo reloj, el péndulo mellado y ahogado golpeando mis costillas con un ritmo carente de vida. Percibía todos los sonidos con una fuerza similar, el reloj sobre la repisa, el corazón y la palpitación interminable; todos se fundían en un ritmo horrible que se convirtió en parte de mí, que se convirtió en mí. Podía sentir cómo me hundía cada vez más profundamente, como un ahogado que se desliza indefenso bajo las aguas silenciosas.

Entonces me pareció oír un golpeteo de pies a través de la habitación, un crujir de faldas y, a lo lejos, la risa hueca de unas mujeres.

Levanté la cabeza bruscamente, con la piel tensa y fría.

Había una figura vestida de blanco en la puerta.

Empezó a avanzar hacia mí y me levanté con un grito estrangulado en los labios, sólo para desplomarme en la oscuridad.

VI

Lo que había visto no era un fantasma, sino un enfermero del hospital. Según parecía, el hombre a quien había llamado en la calle sí que había hecho lo que le había pedido. Servirá como explicación del estado en que me encontraba que diga que no oí el timbre de la puerta de la calle, ni los golpes del enfermero sobre la puerta entreabierta. De hecho, si la puerta no hubiera estado abierta, estoy seguro de que ahora estaría muerto.

Se llevaron a Saul al hospital para curarle la cabeza. Como yo no tenía nada más grave que agotamiento nervioso, me quedé en la casa. Quise acompañar a Saul, pero me dijeron que el hospital estaba sobrecargado y que haría mejor quedándome en la

cama.

A la mañana siguiente dormí hasta tarde, y me levanté a eso de las once. Bajé a la cocina y tomé un desayuno sustancioso. Luego regresé a mi cuarto y dormí unas cuantas horas más. A eso de las dos, almorcé algo. Había pensado abandonar la casa mucho antes de que anocheciera para asegurarme de que no me ocurría nada más. Podría encontrar alojamiento en un hotel. Estaba claro que tendríamos que abandonar la casa, la vendiéramos o no. Preví que tendría una discusión con Saul a este respecto, pero decidí mantenerme firme en mi decisión.

A eso de las cinco, me vestí y salí de la habitación, llevando una pequeña bolsa con lo indispensable para la noche. El día casi se había acabado, y bajé las escaleras apresuradamente, ya que no deseaba seguir más tiempo en la casa. Al llegar al pie de la escalera, crucé el recibidor y cerré la mano sobre el pomo de la puerta.

La puerta no quiso abrirse.

Al principio me negué a creerlo. Me quedé parado, tirando, intentando combatir el frío aturdimiento que se extendía por mi cuerpo. Luego solté la bolsa y tiré del pomo con las dos manos, pero sin ningún éxito. Estaba tan firmemente cerrada como la puerta del armario de la cocina.

De pronto, me aparté de la puerta y corrí hacia el salón, pero todas las ventanas estaban fijas en sus marcos. Eché un vistazo a la habitación, sollozando como un niño, sintiendo una cólera muda por haberme dejado atrapar otra vez. Maldije en voz alta y, al hacerlo, un viento frío me levantó el sombrero de la cabeza y lo arrojó al suelo.

Bruscamente, me puse las manos temblorosas sobre los ojos y me estremecí violentamente, temeroso de lo que podría ocurrir en cualquier segundo, mi corazón martilleando mi pecho. La habitación se enfriaba palpablemente, y oí de nuevo aquel zumbido grotesco que parecía proceder de otro mundo. Me pareció una risa, una risa que se burlaba de mí por mis pobres y débiles esfuerzos por escapar.

Entonces, de forma igualmente súbita, volví a acordarme de Saul, recordé que me necesitaba, aparté las manos de mis ojos y chillé en voz alta:

—¡No hay nada en esta casa que pueda hacerme daño!

La repentina interrupción causada por el sonido me dio un valor renovado. Si mi voluntad podía desafiar con éxito los atroces poderes de aquel lugar, entonces tal vez también pudiera destruirlos. Si subía al piso de arriba, si dormía en la cama de Saul, entonces yo también conocería lo que había experimentado, y así podría ayudarle.

No me faltaba confianza en mi voluntad de resistir, y en ningún momento me paré a pensar que mis ideas pudieran no ser mías.

Subí corriendo las escaleras de dos en dos, y entré en el cuarto de mi hermano. Allí me quité con la mayor celeridad el sombrero, el abrigo y la chaqueta, me aflojé la corbata y el cuello de la camisa y me senté en la cama. Al cabo de un momento, me

tumbé y miré el techo oscurecido. Intenté mantener abiertos los ojos, pero, todavía fatigado, no tardé en quedarme dormido.

Sentí que apenas pasaba un momento antes de que volviera a estar completamente despierto, mi cuerpo cosquilleando con sensaciones que no resultaban desagradables. No podía entender algo tan extraño. La oscuridad parecía viva. Vibraba bajo mi mirada mientras seguía allí tumbado, invadido por una calidez que revelaba sensualidad, aunque no parecía que hubiera razón alguna para semejante sensación.

Susurré el nombre de Saul sin pensarlo. Entonces, su recuerdo me fue arrebatado del cerebro como si dedos invisibles lo hubieran extirpado.

Recuerdo haber dado vueltas y haberme reído solo, un comportamiento de lo más extraordinario, si no indigno de una persona de mis sobrias inclinaciones. La almohada parecía seda sobre mi cara, y empecé a perder el sentido. La oscuridad me cubrió como un jarabe caliente, relajando mi cuerpo y mi espíritu. Murmuré cosas absurdas para mis adentros, sintiendo cómo mis músculos quedaban privados de toda energía, sintiéndome pesado como una piedra y letárgico con un delicioso agotamiento.

Entonces, cuando casi me había desvanecido, sentí otra presencia en el cuarto. Para mi incredulidad, no sólo me resultó familiar, sino que no sentí el menor temor hacia ella. Sólo una inexplicable sensación de lánguida impaciencia.

Entonces, la muchacha del retrato vino a mí.

Me quedé mirando la bruma azul que la rodeaba durante apenas un instante, pues se esfumó rápidamente, y en mis brazos quedó un cuerpo caliente y vibrante. No recuerdo un solo rasgo de su comportamiento, pues todo se perdió en una sensación general, una sensación que mezclaba excitación y repulsión, una sensación de rapacidad repugnante y al mismo tiempo abrumadora. Me quedé colgado de una nube de ambivalencia, mi alma y mi cuerpo erosionados por el deseo antinatural. Y en mi cabeza, y reverberando en mi lengua, pronuncié un nombre una y otra vez.

El nombre de Clarissa.

¿Cómo puedo juzgar el conjunto de momentos enfermizos y eróticos que pasé allí con ella? El sentido del tiempo desapareció por completo de mi visión del mundo. Me envolvió un espeso vértigo. Intenté resistirme, pero era inútil. Estaba tan consumido como mi hermano Saul había sido consumido por su corrupta presencia cuando salía de la tumba cada noche.

Entonces, de forma inexplicable, ya no estuvimos en la cama sino abajo, dando vueltas en remolino por el salón, bailando salvajemente, los dos muy pegados. No había música, sólo aquel ritmo incesante y machacón que había oído las noches anteriores. Sin embargo, ahora me parecía música, mientras giraba sobre el suelo, sujetando en brazos el fantasma de una mujer muerta, embrujado por su deslumbrante belleza, repelido por el hambre incontrolable de ella que sentía.

Una vez cerré los ojos durante un instante, y sentí una frialdad terrible agarrándose a mi estómago. Pero cuando los abrí de nuevo, había desaparecido y volvía a sentirme feliz. ¿Feliz? Ahora no parece la palabra adecuada. Sería mejor decir hipnotizado, aletargado, mi cerebro un aturrido recipiente de carne incapaz de alejarme ni un palmo de aquel agobiante hechizo.

El baile continuó. La sala estaba llena de parejas. Estoy seguro de eso, y sin embargo no recuerdo ningún aspecto de su indumentaria ni de su figura. Lo único que recuerdo son sus caras, blancas y relucientes, sus ojos perdidos y sin vida, sus bocas abiertas como heridas negras y sin sangre.

Dimos vueltas y vueltas, y había un hombre con una bandeja parado bajo el marco de la puerta, y hubo una súbita inmersión en la oscuridad, vacía y silenciosa.

VII

Desperté con una sensación de agotamiento absoluto.

Estaba empapado por la transpiración, vestido sólo con mis paños menores. Mis ropas estaban desperdigadas por el suelo, aparentemente arrojadas en un frenesí. Las sábanas también se encontraban en montones desordenados sobre el suelo. A juzgar por todas las apariencias, la noche anterior me había vuelto loco.

La luz de la ventana me molestaba por alguna razón, y rápidamente cerré los ojos, negándome a creer que volviera a ser por la mañana. Me di la vuelta sobre el estómago y metí la cabeza bajo la almohada. Todavía podía recordar el fascinante olor de su pelo. Su recuerdo hizo que mi cuerpo temblara con un odioso anhelo.

Entonces, una calidez empezó a cubrir mi espalda y me levanté con el ceño fruncido. La luz del sol se deslizaba a través de las ventanas hasta mi espalda. Con un gesto brusco, me levanté, eché las piernas sobre el lado de la cama, y me levanté para bajar las persianas.

Sin la claridad, me sentía un poco mejor. Volví a arrojarme sobre la cama, cerré los ojos con fuerza y me acomodé la almohada debajo de la cabeza. Sentía la luz.

Sé que parece increíble, pero la sentía con tanta seguridad como la sienten ciertas plantas trepadoras que suben hacia la luz sin verla. Y, al sentir la luz, anhelé aún más la oscuridad. Sentí que una criatura nocturna me obligaba de alguna forma a ir hacia el resplandor, repelida y dolorida por su efecto.

Me senté en la cama y eché un vistazo alrededor, con el rumor de una queja continua en la garganta. Me mordí los labios, y apreté y abrí los puños, queriendo golpear violentamente algo, cualquier cosa. Me encontré de pie, agarrando una vela sin encender, soplándola con fuerza. Mientras lo hacía, sabía que era un acto absurdo, y no obstante seguí intentando que una llama invisible se apagara para poder regresar

aquella noche a través de sus oscuros caminos. Trayendo de vuelta a Clarissa.

Clarissa.

Un sonido parecido a un chasquido me llenó la garganta, y mi cuerpo se retorció. No por dolor ni placer, sino por una combinación de los dos. Me eché sobre los hombros la bata de mi hermano y salí sin rumbo al silencioso pasillo. No sentía deseos físicos, ni hambre, ni sed, ni ninguna otra necesidad. Era un cuerpo enajenado, un esclavo comatoso de la tiranía que me había encadenado y que ahora se negaba a dejarme marchar.

Permanecí en lo alto de la escalera, escuchando atentamente, intentando imaginar que se deslizaba a mi encuentro, cálida y vibrante en su bruma azulada. Clarissa. Cerré los ojos rápidamente, mis dientes rechinaron y, durante medio segundo, sentí que mi cuerpo se endurecía de miedo. Durante un momento volví a ser yo mismo.

Pero entonces, al tomar otra bocanada de aire, volví a ser su esclavo. Me quedé allí parado, sintiéndome parte de la casa, tan integrante de ella como las vigas o las ventanas. Respiré su aliento, sentí que su latido insonoro era el mío. Me hice uno con un cuerpo inanimado, conociendo su vida pasada, sintiendo las manos muertas que habían enroscado sus dedos sobre los reposabrazos de las sillas, sobre los pasamanos, sobre los pomos, oyendo el ajetreado caminar de pasos invisibles que recorrían la casa, la risa de un humor consumido hacía mucho.

Si en aquellos momentos perdí el alma, ésta se convirtió en parte del vacío y el silencio que me rodeaban, un vacío que no podía sentir y un silencio que no oía porque estaba drogado. Drogado con la presencia amorfa del pasado. Ya no era una persona viviente. Estaba muerto para todo, excepto para las funciones vitales, que me impedían obtener una satisfacción completa.

Sigilosa, desapasionadamente, la idea del suicidio penetró en mi cerebro. Desapareció en seguida, pero su paso no había provocado en mí más que un apático reconocimiento. Mis pensamientos estaban fijos en la vida más allá de la vida. Y la existencia presente no era más que un obstáculo menor que podía derribar con el más ligero toque del acero afilado, con la más leve gota de veneno. Me había convertido en el amo de la vida, pues podía contemplar su destrucción con la más completa indiferencia.

La noche. ¡La noche! ¿Cuándo llegaría? Oí a mi voz, fina y ronca a la vez, gritar en el silencio.

—¿Por qué tiene que durar tanto el día?

Aquellas palabras volvieron a impresionarme, pues eran las que había pronunciado Saul. Pestañeeé, y eché un vistazo a mi alrededor como si acabara de darme cuenta de dónde estaba. ¿Qué era aquel terrible poder que me dominaba? Intenté romper su presa, pero, al hacer el esfuerzo, volví a desvanecerme.

Me encontré una vez más en aquel extraño coma que suspende a los mortalmente

enfermos en una estrecha franja de la existencia entre la vida y la muerte. Estaba pendiente de un hilo sobre el pozo de todo lo que hasta entonces había estado oculto para mí. Ahora podía ver y oír, y tenía en las manos el poder para cortar el hilo. Podía seguir colgado hasta que los hilos se separasen uno a uno y me dejaran caer lentamente. O podía esperar hasta que me viera empujado más allá del límite de mi resistencia, y entonces acabar con ella bruscamente, liberarme y zambullirme en la oscuridad; aquella inconfundible oscuridad donde siempre permanecían ella y los suyos. Entonces disfrutaría de su enloquecedora calidez. O tal vez fuera de su frialdad. De su consuelo, digamos. Podía pasar momentos eternos con ella y reírme del mundo insensible.

Me pregunté si me serviría de ayuda emborracharme como una cuba y perder la conciencia hasta la noche.

Bajé las escaleras con pies entumecidos y estuve sentado un largo rato ante la repisa, mirándola. No tenía ni idea de qué hora era, ni me importaba. El tiempo era relativo, incluso había sido olvidado. Ni tenía conciencia de él ni me importaba. ¿Me había sonreído? Sí, sus ojos brillaban, cómo brillaban en la penumbra. Aquel olor de nuevo. No era agradable, y sin embargo había algo excitantemente almizcleño y ácido en él.

¿Qué era Saul para mí? La idea llenó mis pensamientos. No era pariente mío. Era un desconocido procedente de otra sociedad, de otra carne, de otra vida. Sentía una absoluta falta de pasión hacia él. Le odias, dijo la voz en mi cabeza.

Fue entonces cuando todo se desmoronó como un castillo de naipes.

Pues aquellas palabras provocaron tal rebeldía en lo más profundo de mi alma que, de pronto, mis ojos se aclararon como si los párpados se hubieran desprendido de ellos. Miré a mi alrededor, mi cabeza emitiendo un chasquido salvaje. ¿Qué estaba haciendo, en nombre de Dios, que no había salido todavía de la casa?

Con un furioso escalofrío de miedo, me puse en pie de un salto y corrí escaleras arriba para vestirme. Al pasar junto al reloj del recibidor, vi con sorpresa que ya eran más de las tres de la tarde.

Mientras me vestía, las sensaciones normales regresaron una tras otra. Sentí el frío suelo bajo mis pies desnudos, fui consciente del hambre y la sed, oí el profundo silencio de la casa.

Todo se me vino encima. Supe por qué Saul había querido morir, por qué aborrecía el día y esperaba la noche con furiosa impaciencia. Ahora podía explicárselo, y él lo comprendería, porque yo había pasado por lo mismo.

Mientras bajaba corriendo las escaleras, pensé en los muertos de la casa Slaughter, tan indignados con su inexplicable maldición que intentaban arrastrar a los vivos a su infierno sin fin.

¡Se acabó, se acabó!, grité exultante en mi mente al cerrar la puerta principal

detrás de mí e introducirme en la lluvia brumosa camino del hospital.

No vi la sombra que tenía detrás, agazapada en el porche.

VIII

Cuando la recepcionista del hospital me dijo que Saul había sido dado de alta dos horas antes de mi llegada, me quedé demasiado desconcertado para contestar. Me aferré al mostrador, mirándola, oyéndome a mí mismo decirle que debía de estar equivocada. Mi voz sonaba ronca y poco natural. La mujer negó con la cabeza.

Entonces me incliné sobre el mostrador, exangües las fuerzas. Me sentía muy cansado y tenía miedo. Un sollozo se me atragantó en la garganta. Me di la vuelta y vi a la gente mirándome mientras avanzaba sobre el suelo de baldosas con la zozobra en el corazón. Todo parecía dar vueltas a mi alrededor. Me tambaleé, casi me caí. Alguien me agarró del brazo y me preguntó si estaba bien. Murmuré algo en respuesta y me aparté de aquella persona sin ni siquiera fijarme en si era un hombre o una mujer.

Abrí la puerta de golpe y me introduje en la luz grisácea del exterior. Llovía con más intensidad. Me levanté el cuello del abrigo. ¿Dónde estaba? La pregunta me ardía en la cabeza y la respuesta me llegó rápida, demasiado rápidamente. Saul había vuelto a la casa. Estaba seguro.

La idea hizo que echara a correr por la calle oscura, en dirección a las vías del trolebús. Corrí durante manzanas sin fin. Lo único que recuerdo es la lluvia cayendo sobre mi cara y los edificios grises flotando a mi paso. No había gente en las calles, y todos los taxis estaban llenos. Cada vez estaba más oscuro.

Mis piernas casi se doblaron, caí sobre una farola y me aferré a ella, temeroso de derrumbarme sobre el rebosante desagüe.

Un espantoso estrépito metálico me llenó los oídos. Levanté la mirada y salí corriendo detrás del trolebús. Lo cogí en la manzana siguiente. Entregué un dólar al conductor y tuve que volver más tarde a por el cambio. Me quedé colgado de una cinta negra, balanceándome hacia detrás y hacia delante con el movimiento del vehículo, atormentado al pensar en Saul, solo en aquella casa del horror.

El aire cálido y rancio del trolebús empezó a revolverme el estómago. Podía oler los abrigos y las ropas mojadas de la gente atrapada por la lluvia y los paraguas goteantes y los paquetes empapados. Cerré los ojos y me quedé con los dientes apretados, rogando que pudiera volver a casa antes de que fuera demasiado tarde.

Por fin me bajé del trolebús y corrí manzana arriba lo más rápido que pude. La lluvia me rociaba la cara y se me metía en los ojos, dejándome casi ciego. Resbalé y me caí sobre la acera, despellejándome las manos y las rodillas. Me levanté con un

gemido, sintiendo cómo se me pegaban las ropas empapadas. Seguí corriendo enloquecidamente, adivinando la dirección por instinto hasta que me detuve y vi, a través del grueso velo de la lluvia, la casa delante de mí, alta y oscura.

Fue como si la casa se arrastrara en dirección a mí y me abrazara, pues de pronto me encontré temblando en el porche de madera. Tosí, y sentí que un escalofrío me recorría la piel.

Probé la puerta. Al principio no pude creerlo. ¡Seguía cerrada y Saul no tenía llave! Casi lloré de agradecimiento. Bajé corriendo del porche. ¿Dónde estaba entonces? Tenía que encontrarle. Empecé a desandar el camino.

En aquel momento, con tanta certeza como si me hubieran dado una palmadita en el hombro, giré en redondo y me quedé mirando el porche. El fogonazo de un relámpago iluminó la oscuridad y vi la ventana rota con los vidrios afilados. Contuve la respiración y me quedé mirándola, mi corazón palpitando como un pistón.

Sí, estaba allí. ¿Habría salido ya ella? ¿Estaría él en el piso de arriba, tumbado en la cama, sonriendo solo en la negrura, esperando que su ser luminoso llegara para envolverle?

Tenía que salvarle. Sin vacilar, subí corriendo al porche y abrí la puerta, dejándola abierta de par en par con el fin de que pudiéramos escapar.

Avancé sobre la alfombra en dirección a los escalones. La casa estaba en silencio. Incluso la tormenta parecía lejana. El sonido martilleante de la lluvia parecía volverse cada vez menos distinguible. Me volví dando un respingo: la puerta principal se había cerrado de golpe detrás de mí.

Estaba atrapado. El pensamiento me clavó agujones de miedo y casi eché a correr para intentar escapar. Pero me acordé de Saul y me esforcé por fortalecer mi decisión. Había vencido a la casa una vez y podía volver a hacerlo. Tenía que hacerlo. Por él.

Empecé a bajar por las escaleras una vez más. Fuera, los fogonazos de los relámpagos eran como un neón falso que intentara invadir la austeridad de la casa. Me agarré firmemente al pasamanos, murmurando entre dientes para impedir que mi atención se degradase hasta convertirse en miedo, temeroso de dejar que el embrujo de la casa volviera a asediarme.

Alcancé la puerta del cuarto de mi hermano. Allí me detuve y me incliné sobre la pared, con los ojos cerrados. ¿Y si le encontraba muerto? Sabía que la imagen me desequilibraría. Entonces la casa podría derrotarme, tomándome en ese momento de absoluta desesperación y arrancándome el alma de las manos.

No me permití imaginarlo. No iba a permitirme comprender que sin Saul mi vida estaba vacía, era una farsa sin sentido. Tenía que estar vivo.

Nerviosamente, con las manos entumecidas por el miedo, abrí la puerta. La habitación era una cueva negra como el carbón. Mi garganta se contrajo y respiré

hondo. Apreté los puños junto a mi cadera.

—¿Saul? —pronuncié suavemente su nombre.

El trueno rugió y mi voz desapareció bajo el estruendo. Un relámpago introdujo medio segundo de luz en la habitación, y eché un rápido vistazo alrededor, con la esperanza de verle. Luego, volvió a quedarse a oscuras y en silencio, excepto por la lluvia interminable que caía sobre las ventanas y el tejado. Di otro paso cauteloso, con los oídos tensos, intentando oír. Cada sonido me sobresaltaba. Avancé nervioso, arrastrando los pies sobre el suelo. ¿Estaba allí? Tenía que estarlo. Si estaba en la casa, aquélla era la habitación en la que tenía que estar.

—¿Saul? —pregunté, en voz más alta—. Saul, contéstame.

Empecé a caminar hacia la cama.

Entonces la puerta se cerró de golpe detrás de mí y oí el sonido de una ráfaga de viento a mi espalda, en la oscuridad. Me di la vuelta para enfrentarme a él. Sentí su mano cerrarse sobre mi brazo.

—¡Saul! —grité.

El relámpago llenó el cuarto con una luz repugnante y vi su cara blanca y contorsionada, la vela sujeta en su mano derecha.

Me dio un golpe violento en la frente, hundiendo una cuña de dolor agónico en mi cerebro. Sentí que su mano me soltaba mientras caía de rodillas y mi cara rozaba su pierna desnuda al desplomarme hacia delante. El último sonido que oí antes de que mi mente se sumiera en la oscuridad fue el de alguien riendo, riendo, riendo.

IX

Abrí los ojos. Seguía tirado sobre la alfombra. Fuera, llovía aún más fuerte. El ruido era como el de una catarata. El trueno seguía rugiendo en los cielos, y los fogonazos de los relámpagos hacían que la noche resplandeciera.

En uno de los fogonazos, miré la cama. La visión de las sábanas y la colcha arrojadas brutalmente a un lado me hizo levantarme. ¡Saul estaba abajo, con ella!

Intenté ponerme en pie, pero el dolor de cabeza hizo que volviera a caer de rodillas. Agité la cabeza débilmente, pasándome por las mejillas las manos temblorosas, sintiendo el hueco de la herida en mi frente y la sangre seca que había corrido por una de las sienes. Me balanceé atrás y adelante sobre las rodillas, gimiendo. Parecía que hubiera vuelto a aquel vacío, y ahora luchaba por recuperar mi asidero a la vida. El poder de la casa me rodeaba. El poder que yo sabía que pertenecía a ella. Una vitalidad cruel y maligna que intentaba extraerme la fuerza vital y arrastrarme al pozo.

Entonces, una vez más, recordé a Saul, mi hermano, y el recuerdo me devolvió la

fuerza que necesitaba.

—¡No! —exclamé como si la casa me hubiera dicho que ahora era su cautivo indefenso. Y me puse en pie, ignorando el aturdimiento, trastabillándome a través de una nube de dolor y cruzando la habitación, tomando aire a bocanadas. La casa palpitaba y zumbaba, llena de aquel olor nauseabundo.

Corrí como un borracho hacia la puerta, y tropecé con la cama. Me retiré casi con un gruñido al notar el dolor entumecedor en las pantorrillas. Me volví en dirección a la puerta y volví a correr. Ni siquiera puse los brazos por delante, y no tuve oportunidad de prepararme cuando choqué con la puerta, desorientado.

El dolor insoportable de mi nariz casi rota provocó que un aullido de agonía se me escapara de los labios. La sangre empezó a manarme de la boca de inmediato, y tuve que limpiármela. Abrí la puerta de un tirón y corrí al pasillo, sintiendo que estaba al borde de la locura. La sangre caliente me corría por la barbilla, y sentí que goteaba y me empapaba el abrigo. El sombrero se había caído pero todavía llevaba el abrigo encima del traje.

Estaba demasiado privado del uso de la percepción como para notar nada que me detuviera en lo alto de las escaleras. Medio corrí, medio me deslicé escaleras abajo, provocado por aquel zumbido, una risa amorfa que era música y burla a la vez. El dolor de mi cabeza era terrible. Cada paso que descendía era como si alguien me clavara otro clavo en el cerebro.

—¡Saul, Saul! —grité, corriendo hacia el salón, boqueando mientras intentaba pronunciar su nombre por tercera vez.

El salón estaba oscuro, impregnado de aquel olor enfermizo. Hizo que la cabeza me diera vueltas, pero seguí moviéndome. Parecía hacerse más intenso a medida que me acercaba a la cocina. Entré en la pequeña dependencia y me apoyé en la pared, casi incapaz de respirar, con puntitos de luz girando ante mis ojos.

Entonces, cuando el relámpago iluminó la habitación, vi la puerta izquierda del armario abierta de par en par, y dentro un gran cuenco lleno de lo que parecía harina. Mientras lo miraba, las lágrimas rodaron por mis mejillas y sentí mi lengua como un paño reseco dentro de mi boca.

Salí de la cocina ahogándome al respirar, sintiéndome como si mis fuerzas se hubieran extinguido. Me di la vuelta y corrí hacia el salón, todavía buscando a mi hermano.

Entonces, con otro fogonazo, dirigí la mirada hacia su retrato. Era diferente, y la diferencia hizo que me quedara paralizado. Su cara ya no era hermosa. Fueran las sombras las que lo habían hecho, fuera un cambio real, su expresión era ahora de crueldad salvaje. Los ojos brillaban y había una sombra de locura en su sonrisa. Incluso sus manos, antaño cruzadas en reposo, parecían ahora garras a punto de atacar y matar.

Fue entonces cuando me aparté de ella retrocediendo, y tropecé y caí sobre el cuerpo de mi hermano.

Me puse de rodillas y me quedé mirando la negrura. Un relámpago tras otro me revelaron su cara blanca y muerta, la sonrisa de repugnante entendimiento en sus labios, la mirada de alegría demente en sus ojos abiertos como platos. Abrí la boca y tomé aliento. Parecía que mi mundo tocaba a su fin. No podía creer que fuera cierto. Me tiré del pelo y sollocé, casi creyendo que, en cualquier momento, Madre me despertaría de la pesadilla y volvería a mirar en dirección a la cama de Saul, sonreiría al ver su sueño inocente y me tumbaría una vez más, seguro con el recuerdo de su pelo oscuro sobre la almohada blanca.

Pero no terminó. La lluvia abofeteaba frenéticamente las ventanas y el trueno lanzaba ensordecedores puñetazos contra la tierra.

Miré el retrato. Me sentí tan muerto como mi hermano. No vacilé. Me levanté con calma y caminé hacia la repisa de la chimenea. Allí había cerillas. Cogí la caja.

Adivinó mis pensamientos al instante, pues la caja me fue arrebatada de los dedos y arrojada contra la pared. Me lancé sobre ella, y una fuerza invisible me puso la zancadilla. Manos frías me aferraron la garganta. No sentía miedo, así que me las quité de encima con un bufido y volví a lanzarme sobre las cerillas. La sangre empezó a correr más rápido y escupí un poco.

Recogí la caja. Me la volvieron a arrebatar, esta vez para desperdigar las cerillas sobre la alfombra. Un gran murmullo de angustia pareció conmover la casa cuando estiré la mano hacia una cerilla. Me agarraron. Me solté. Caí de rodillas y palpé la alfombra a oscuras cuando cesaron los relámpagos. Mis brazos estaban firmemente sujetos. Algo frío y húmedo correteó por mi estómago.

Con furia demente apreté los dientes sobre una cerilla que vi bajo el relámpago, y le mordí la cabeza. No obtuve la recompensa de una llamarada. Ahora la casa temblaba violentamente, y oía crujidos a mi alrededor, como si los hubiera convocado a todos para luchar conmigo, para salvar su maldita existencia.

Mordí otra cerilla. Una cara blanca me miró desde la alfombra, y escupí sangre sobre ella. Desapareció. Liberé un brazo y agarré una cerilla. Llegué a sacudidas hasta la repisa y froté la cerilla sobre la basta madera. Una mota de fuego se encendió en mis dedos y quedé libre.

Entonces la palpitación se volvió más violenta. Pero yo sabía que ella estaba indefensa contra el fuego. Protegí la llama con mi mano, para que el viento frío no intentara apagarla. Apliqué la cerilla a una revista que estaba tirada sobre una silla y la prendí. La agité y las páginas se inflamaron. La arrojé sobre la alfombra.

Bajo esa luz, fui de un lado a otro encendiendo cerilla tras cerilla, evitando la imagen de Saul, allí tirado. Ella le había destruido, pero ahora yo la destruiría a ella para siempre.

Prendí las cortinas. Convertí la alfombra en ascuas. Pegué fuego a los muebles. La casa se agitó y un suspiro sibilante se elevó como el viento.

Por fin, me quedé en pie en medio de la habitación llameante, con los ojos clavados en el retrato. Caminé lentamente hacia él. Sabía cuáles eran mis intenciones, pues la casa se agitó aún más violentamente, y se oyó un chillido que parecía proceder de las paredes. Y entonces supe que la casa estaba controlada por ella y que su poder residía en aquel retrato.

Lo arranqué de la pared. Tembló en mis manos como si estuviera vivo. Con un estremecimiento de repugnancia, lo arrojé a las llamas.

Casi me caí cuando la casa se sacudió como si un terremoto conmoviera la tierra. Pero cuando se detuvo, el retrato estaba ardiendo y sus últimos efectos habían desaparecido. Estaba solo en una casa en llamas.

No quería que nadie supiera lo de mi hermano. No quería que nadie viera su cara así.

De manera que le levanté y le puse en el sofá. Hasta el día de hoy no comprendo cómo pude levantarlo sintiéndome tan débil como me sentía. Lo hice empleando fuerzas que no me pertenecían.

Me senté a sus pies, acariciándole la mano hasta que no pude soportar el calor de las llamas. Entonces me levanté. Me incliné sobre él y le besé en los labios para darle el último adiós. Y salí caminando de la casa, hacia la lluvia. Y nunca volví. Porque no tenía nada por lo que volver.

Aquí acaba el manuscrito. No parece que haya pruebas apropiadas para considerar ciertos los hechos narrados. Pero los hechos siguientes, recogidos de los archivos de la policía local, podrían resultar de interés.

En 1901, la ciudad fue conmovida por el mayor asesinato jamás perpetrado en su historia.

En el momento álgido de una fiesta que se celebraba en casa de los señores de Marlin Slaughter y su hija Clarissa, una persona desconocida envenenó el ponche añadiéndole una gran cantidad de arsénico. Todo el mundo murió. El caso nunca fue resuelto, aunque se presentaron varias teorías para su resolución. Una de las tesis sostenía que el asesino era uno de los que murieron.

En cuanto a la identidad del asesino, se conjetura que no fuera un hombre, sino una mujer. Aunque no hay nada concreto que lo apoye, existen varios testimonios que se refieren a «esa pobre niña de Clarissa» y que indican que la joven había sufrido durante algunos años graves trastornos mentales que sus padres habían intentado mantener en secreto ante los vecinos y las autoridades. La fiesta en cuestión se suponía que había sido

organizada para celebrar lo que sus padres consideraron la recuperación de sus facultades.

En cuanto al cadáver del joven que posteriormente se encontró entre los restos, un examen exhaustivo no ha revelado nada. Puede que toda la historia sea sólo producto de la imaginación, inventada por un hermano para ocultar la muerte del otro, siendo dicha muerte probablemente debida a causas no naturales. Al conocer el hermano mayor la historia de la tragedia vivida en la casa, podría haberla utilizado como una prueba fantástica en su favor.

Sea cual fuere la verdad, del hermano mayor no se ha vuelto a saber nada ni en esta ciudad ni en ninguna de las localidades vecinas.

Y ésa es la historia.

S. D. M.

PAJA HÚMEDA

(*Wet Straw*, 1953)

Empezó algunos meses después de la muerte de su esposa.

Se había trasladado a una pensión. Allí vivía una vida recogida; la venta de sus acciones le había proporcionado dinero. Un libro al día, conciertos, comidas solitarias, visitas al museo. Con aquello bastaba. Escuchaba la radio, se echaba siestas y pensaba mucho. La vida era razonablemente buena.

Una noche dejó el libro y se desvistió. Apagó las luces y abrió la ventana. Se sentó en la cama y miró un momento el suelo. Le dolían un poco los ojos. Luego se tumbó y estiró los brazos detrás de la cabeza. Vino una ráfaga de aire frío desde la ventana, así que se echó la manta sobre la cabeza y cerró los ojos.

Estaba todo en silencio. Podía oír su propia respiración. La calidez empezó a cubrirle. El calor acariciaba su cuerpo y lo relajaba. Suspiró hondamente y sonrió.

Al instante, sus ojos estuvieron abiertos.

Una brisa fina estaba rozándole la mejilla, y podía oler algo parecido a paja húmeda. Era inconfundible.

Estirando la mano, podía tocar la pared y sentir la brisa que llegaba desde la ventana. Sin embargo, bajo la manta, donde antes sólo había habido calidez, ahora había otra brisa. Y un olor húmedo y fresco a paja mojada.

Se quitó la manta de encima y se quedó tumbado en la cama, respirando atropelladamente.

Luego se rió para sus adentros. Un sueño, una pesadilla. Demasiadas lecturas. Mala alimentación.

Volvió a subir la manta y cerró los ojos. Mantuvo la cabeza fuera de las sábanas y se durmió.

A la mañana siguiente se olvidó de aquello. Desayunó y fue al museo. Allí pasó la mañana. Visitó todas las salas y miró todo.

Cuando estaba a punto de marcharse, sintió el deseo de volver a mirar un cuadro al que sólo había echado un vistazo.

Se paró delante de él.

Era una escena campestre.

Había un enorme granero en un valle.

Empezó a respirar pesadamente, y sus dedos jugaron con su corbata. Qué

ridículo, pensó al cabo de un momento, que algo semejante me ponga nervioso.

Se dio la vuelta. En la puerta, miró el cuadro.

El granero le había asustado. Sólo es un granero, pensó, un granero en un cuadro.

Después de cenar, volvió a su cuarto.

Tan pronto como abrió la puerta, recordó el sueño. Se metió en la cama. Levantó la manta y las sábanas y las agitó.

No notó el menor olor a paja húmeda. Se sintió como un idiota.

Aquella noche, cuando se acostó, dejó la ventana cerrada. Apagó las luces, se metió en la cama y se echó la manta sobre la cabeza.

Al principio fue como siempre. El silencio, la quietud y la calidez soterrada.

Entonces empezó la brisa otra vez, y sintió claramente cómo le removía el pelo. Podía oler la paja húmeda. Miró la negrura y respiró a través de la boca para no tener que oler la paja.

En algún lugar de la oscuridad, vio un recuadro de luz grisácea.

Es una ventana, pensó repentinamente.

Suspiró mirando un rato y su corazón dio un salto cuando un fogonazo de luz repentino apareció en la ventana. Fue como un relámpago. Escuchó. Olió la paja húmeda.

Oyó que empezaba a llover.

Se asustó y se quitó la manta de encima de la cabeza.

A su alrededor estaba la habitación cálida. No llovía. Hacía un calor opresivo porque la ventana estaba cerrada.

Miró fijamente el techo y se preguntó por qué tenía aquella ilusión.

Una vez más, tiró de la manta para asegurarse. Se quedó quieto y mantuvo sus ojos muy apretados.

Volvió a sentir el olor en sus narices. La lluvia golpeaba violentamente su ventana. Abrió los ojos y miró, y distinguió un mar de lluvia bajo los fogonazos. Entonces, la lluvia empezó a caer también sobre él, sobre un techo de madera. Estaba en un sitio con un techo de madera y paja húmeda.

Estaba en un granero.

Por eso era por lo que le había asustado el cuadro. Pero ¿asustado por qué?

Intentó tocar la ventana, pero no pudo alcanzarla. La brisa soplaba sobre su mano y su brazo. Quería tocar la ventana. Tal vez, se deleitó pensando, tal vez incluso abrirla y asomar la cabeza a la lluvia y luego bajar la colcha rápidamente para ver si tenía el pelo mojado.

Empezó a sentirse rodeado por el espacio. En la cama no tenía la sensación de estar confinado. Sentía el colchón, pero era como si estuviera tumbado sobre él en un espacio abierto. La brisa soplaba sobre su cuerpo entero. Y el olor era más pronunciado.

Escuchó. Oyó un crujido y luego el relinchar de un caballo. Escuchó un rato más. Entonces se dio cuenta de que no podía sentir el colchón.

Se sentía como si estuviera tumbado sobre un suelo de madera de cintura para abajo.

Estiró las manos alarmado y palpó el borde de las sábanas. Las bajó.

Estaba cubierto de sudor y tenía el pijama pegado al cuerpo. Se levantó de la cama y encendió la luz. Una brisa refrescante llegó a través de la ventana cuando la abrió.

Las piernas le temblaron mientras caminaba, y tuvo que agarrarse a la cómoda para no caerse.

En el espejo, contempló atemorizado su cara pálida. Levantó la mano y vio cómo temblaba. Tenía la garganta seca.

Fue al cuarto de baño y bebió un vaso de agua. Luego volvió a la habitación y miró su cama. No había nada más en ella que la manta y las sábanas revueltas, y la mancha de su cuerpo donde había sudado. Levantó la manta y las sábanas. Las agitó ante la luz y las examinó minuciosamente. No había nada.

Cogió un libro y se pasó el resto de la noche leyendo.

Al día siguiente fue otra vez al museo y miró el cuadro.

Intentó recordar si había estado alguna vez en un granero. ¿Había estado lloviendo y había mirado los rayos a través de la ventana?

Recordó.

Fue en su luna de miel. Habían salido a pasear y les había pillado la lluvia, y se quedaron en el granero hasta que paró. Había un caballo en el establo y ratones que correteaban por la paja húmeda.

¿Pero qué significaba? No había razón para que lo recordase ahora.

Aquella noche tuvo miedo de irse a la cama. Lo fue posponiendo. Por último, cuando sus ojos ya no se aguantaban abiertos, se acostó completamente vestido y dejó la ventana cerrada. No utilizó manta.

Durmió profundamente y no tuvo sueño alguno.

Se despertó a primera hora de la mañana. Estaba empezando a clarear. Sin pensarlo, cogió una manta de la silla y se la echó por encima.

No tuvo que esperar nada. De pronto, estaba en el granero.

No había sonidos. No llovía. Había una luz grisácea en la ventana. ¿Podía ser que también fuera por la mañana en aquel granero imaginario?

Sonrió soñoliento. Era demasiado tentador. Tendría que probarlo por la tarde para ver si el granero estaba completamente iluminado.

Empezó a quitarse la manta de la cabeza cuando notó un crujido a su lado.

Tragó saliva. Su corazón pareció detenerse y sintió un cosquilleo en la cabellera.

Un suspiro suave llegó hasta sus oídos.

Algo cálido y húmedo rozó su mano.

Con un chillido, se quitó la manta de encima y saltó al suelo.

Se quedó mirando la cama y aferrando la manta con las manos. Su corazón palpitaba con latidos descomunales.

Se desplomó débilmente sobre la cama. El sol estaba saliendo.

Durante una semana, durmió sentado en una silla. Por fin, necesitó dormir como Dios manda y se acostó en la cama, completamente vestido. Nunca volvería a usar una manta.

Llegó el sueño, negro y sin sueños.

No sabía qué hora era cuando se despertó. Sintió un sollozo atravesado en la garganta. Volvía a estar en el granero. Un rayo relampagueó en la ventana y la lluvia caía sobre el techo.

Palpó a su alrededor, temeroso, pero no había ninguna manta en ningún sitio. Manoteó el aire, frenético.

De pronto, miró a la ventana. ¡Si pudiera abrirla, conseguiría escapar! Estiró la mano todo lo que pudo. Más cerca. Más cerca. Casi estaba allí. Un palmo más y sus dedos la tocarían.

—John.

Un reflejo repentino hizo que su mano atravesara el cristal. Sintió la lluvia salpicando el reverso de su mano, y la muñeca le ardió terriblemente. Retiró la mano de un tirón y miró aterrorizado hacia el lugar de procedencia de la voz.

Algo blanco se agitaba a su lado, y una mano cálida acariciaba su brazo.

—John —oyó el murmullo—. John.

No podía hablar. Palpó alrededor buscando su manta con desesperación. Pero lo único que rozaba sus dedos era la brisa. Debajo de él estaba el frío suelo de madera.

Sollozó asustado. Volvió a oír su nombre.

Entonces se produjo un relámpago y vio a su mujer acostada a su lado, sonriéndole.

De pronto, sintió el extremo de la manta en la mano, y al tirar de él hacia abajo se cayó rodando de la cama al suelo.

Algo correteaba por su muñeca; sentía un dolor sordo en el brazo.

Se levantó y encendió la luz. El resplandor llenó el cuarto.

Vio su brazo cubierto de sangre. Extrajo un pedazo de cristal de su muñeca y lo dejó caer sobre el suelo, horrorizado.

En su antebrazo, las huellas de sus dedos eran rojas.

Arrancó la sábana de la cama y corrió por el pasillo hasta el cuarto de baño. Lavó la sangre y se echó yodo en la brecha y la vendó. El ardor le mareaba. Gotas de sudor

frío se le metían en los ojos.

Llegó uno de los inquilinos. John le dijo que se había cortado accidentalmente. Cuando el hombre vio correr la sangre, llamó por teléfono a un médico.

John se sentó en el borde de la bañera y vio cómo su sangre goteaba sobre las baldosas.

Al día siguiente le limpiaron y vendaron la herida.

El médico no se quedó muy conforme con la explicación. John le dijo que se lo había hecho con un cuchillo; pero no encontraron ningún cuchillo, y había grandes manchas de sangre en las sábanas y la manta.

Le dijeron que no saliera de su cuarto y que mantuviera el brazo inmóvil.

La mayor parte del día lo pasó leyendo y pensando en cómo se había podido cortar en sueños.

Pensar en ella le excitaba. Seguía siendo preciosa.

Los recuerdos se hicieron muy intensos.

Habían yacido el uno en brazos del otro sobre la paja, y habían escuchado la lluvia. No podía recordar lo que habían dicho.

No tenía miedo de que ella volviera. Su visión de la vida era realista. Estaba muerta y enterrada.

Era una aberración de su mente. Algún clímax mental que se había pospuesto hasta aquel momento.

Entonces se miró la muñeca y vio el vendaje.

No había sido culpa de ella. Ella no le pidió que atravesara el cristal con la mano.

Quizás pudiera estar con ella en una existencia y tener su dinero en la otra.

Algo le repelía. En realidad, sí que le había dado miedo. La paja húmeda y la oscuridad, los ratones y la lluvia, el frío escalofriante.

Decidió qué era lo que debía hacer.

Aquella noche, apagó las luces temprano. Se puso de rodillas al lado de la cama.

Metió la cabeza bajo las sábanas. Si algo iba mal, sólo tenía que sacarla rápidamente.

Esperó.

Pronto olió la paja y oyó la lluvia, y la buscó.

La llamó suavemente.

Oyó un crujido. Una mano cálida acarició su mejilla. Al principio se sobresaltó. Luego sonrió. Apareció su cara y apretó su mejilla contra la de él. El perfume de su pelo le embriagó.

Las palabras llenaron su mente.

John. Siempre seremos uno. ¿Lo prometes? Nunca nos separaremos. Si uno de nosotros muere, el otro le esperará. Si yo muero, tú me esperarás y yo encontraré la forma de acudir a ti. Acudiré a ti y te llevaré conmigo.

Y ahora me he ido. Me hiciste beber aquello y me morí. Y abriste la ventana para que entrara la brisa. Y ahora he vuelto.

Empezó a temblar.

La voz de ella se volvió más ronca, podía oír sus dientes rechinando. Su respiración iba más rápida. Sus dedos tocaron su cara. Pasaron por su pelo y acariciaron su cuello.

Él empezó a gemir. Le pidió que le soltara. No hubo respuesta. Ella respiró aún más deprisa. Él intentó apartarse. Notaba el suelo de su cuarto bajo los pies. Intentó sacar la cabeza de debajo de la manta. Pero sus dedos le tenían sujeto con mucha fuerza.

Ella empezó a besarle en los labios. Su boca estaba fría, sus ojos abiertos como platos. Él la miró a los ojos mientras su aliento se mezclaba con el de ella.

Entonces ella echó hacia atrás la cabeza y él vio que se estaba riendo, y un rayo estalló a través de la ventana. La lluvia resonaba en el techo y los ratones chillaban y el caballo pataleaba y hacía que el granero temblase. Sus dedos se aferraron a su cuello. Él tiró con toda su fuerza y apretó los dientes y se soltó de su presa. Sintió un dolor repentino y rodó por el suelo.

Cuando la casera entró a limpiar dos días después, seguía en la misma posición. Sus brazos estaban extendidos en el charco seco de sangre y su cuerpo estaba rígido y frío. No encontraron la cabeza.

EL BAILE DE LOS MUERTOS

(Dance of the Dead, 1955)

*¡Quiero VOLAR!
¡Con mi adorado Rota-Mota
a mi LADO!
Mientras zumbamos por la autopista
¡Nos ABRAZAREMOS y
ACHUCHAREMOS
y armaremos un
poquito de JALEO!*

JALEO. M. Juego amoroso promiscuo; acepción desarrollada durante la Tercera Guerra Mundial.

Los faros dobles extendían luces de mantequilla sobre la carretera. El descapotable Rotor-Motors, Modelo C, de 1997, corría detrás de ellos. La luz centelleaba lejos, brillando amarilla. El coche la perseguía con un gruñido de doce cilindros. La noche se emborronaba detrás, negra y callada. El coche siguió acelerando. SAN LUIS 10.

—¡Quiero VOLAR! —cantaron—, ¡con el Rota-Mota de mis AMORES! —cantaron—. Es la única forma de vivir...

El cuarteto cantante;

Len, 23.

Bud, 24.

Barbara, 20.

Peggy, 18.

Len con Barbara, Bud con Peggy.

Bud al volante, derrapando en las curvas, rugiendo en las cuestas de hombros negros, disparando el coche a través de llanuras silenciosas. Con toda la fuerza de tres pulmones (el cuarto más suave), compitiendo con el viento que abofeteaba sus cabezas, que azotaba su pelo a latigazos, cantando:

—¡Quédate con tus paseos bajo la LUZ DE LA LUNA! ¡Yo quiero SOÑAR mis SUEÑOS a 170 por hora!

La aguja temblando a 200, a dos muescas de 10 kilómetros por hora del final del velocímetro. ¡Un bache repentino! Sus jóvenes figuras saltaron y la risa desviada de los tres fue barrida por la noche. Doblar una curva, subir y bajar una colina como una flecha, relampaguear en un llano, una bala de ébano saltando sobre la tierra.

—¡En mi carro ROTORÓN MOTORÓN yo FLOTOOOOO!

—FLOTARÁS EN TU ROTOR-MOTOR.

En el asiento trasero:

—Métete un chute, Bab.

—Gracias, ya me metí después de cenar (apartando la aguja aplicada al cuentagotas).

En el asiento delantero:

—¿Pretendes decirme que es la primera vez que vas a San Luisito?

—Pero si acabo de empezar la escuela en septiembre.

—Eh, ¡¿eres de primero?!

Asiento trasero, uniéndose a asiento delantero:

—Eh, novata, métete un musculino.

(La aguja pasa adelante, la pupila estremeciéndose con su jugo ámbar).

—¡Vívelo, chica!

MUSCULINO. M. En jerga, el resultado de inyectarse una droga en un músculo; acepción desarrollada durante la Tercera Guerra Mundial.

Los labios de Peggy no consiguieron sonreír. Sus dedos se retorcieron.

—No, gracias, no soy...

—¡Vamos, novata! —Len inclinándose sobre el asiento, con la frente blanca bajo su pelo negro ondulante. Empujando la jeringuilla delante de su cara—. ¡Vívelo, chica! ¡Píllate un musculino!

—Prefiero que no —dijo Peggy—. Si no...

—¿Qué pasa, novata? —gritó Len, y apretó su pierna contra la pierna de Barbara, que le apretaba.

Peggy negó con la cabeza y su pelo dorado voló sobre sus mejillas y ojos. Bajo su vestido amarillo, bajo su sujetador blanco, bajo sus jóvenes pechos, su corazón latía desbocado. *Ten cuidado con lo que haces, querida, eso es lo único que te pedimos. Recuerda que ahora eres lo único que tenemos en el mundo.* Palabras de madre martilleándola; la aguja obligándola a encogerse en el asiento.

—¡Vamos, novata!

El coche gruñó todo su peso al girar en una curva y la fuerza centrífuga lanzó a Peggy contra la esbelta cadera de Bud. La mano de él cayó y tocó su pierna. Bajo su vestido amarillo, bajo sus finas medias, la piel se erizó. Los labios volvieron a fallar; la sonrisa fue una sacudida roja.

—¡Anímate, novata!

—Vale ya, Len, chuta a tu pareja, ¿vale?

—¡Pero tenemos que enseñar a la novata lo que es el musculino!

—¡Que lo dejes ya, te digo! ¡Viene conmigo!

El coche negro rugiendo, persiguiendo su propia luz. Peggy anclada bajo la mano que la palpa. El viento silbaba sobre ellos y deslizaba dedos gélidos por su pelo. No quería aquella mano, pero le estaba agradecida.

Sus ojos vagamente asustados contemplaron la carretera que daba tumbos bajo las ruedas. Detrás empezó un jaleo silencioso, manos rígidas frotando, bocas abiertas mordisqueándose. La búsqueda del dulce esquivo a 180 kilómetros por hora.

—Rota Mota de mis amores —Len gimió el gemido entre besos ensalivados. En el asiento delantero, el corazón de una chiquilla latía a saltos. SAN LUIS 6.

—¿De verdad que nunca has estado en San Luisito?

—No, yo...

—¿Entonces nunca has visto el baile de Eva?

Garganta contrayéndose repentinamente.

—No, yo... ¿es eso lo que... vamos a...?

—¡Eh, la novata nunca ha visto el baile de Eva! —chilló Bud hacia atrás.

Los labios se separaron, relamiéndose; la falda se ajustó con aplomo.

—¿En serio? —Len disparó las palabras a cañonazos—. ¡Chica, tú no sabes lo que es vivir!

—Oh, tiene que verlo —dijo Barbara, apretando un botón.

—¡Pues vamos allá! —chilló Len—. ¡Vamos a hacer que la novata se divierta!

—Vale —dijo Bud, y apretó su pierna—. ¿A ti te va bien, Peg?

La garganta de Peggy se movió en la oscuridad y el viento la agarró bruscamente por el pelo. Había oído hablar de aquello, había leído sobre aquello, pero nunca había pensado que ella fuera a...

Elige con cuidado a tus amigos en la escuela, querida. Ten mucho cuidado.

¿Pero qué puedes hacer cuando nadie te habla durante dos meses? ¿Cuando te sientes sola y quieres hablar y reír y estar viva? ¿Y cuando alguien habla por fin contigo y te pide que salgas con ellos?

—¡Popeye el marino soy! —cantó Bud.

Detrás, acumulaban placer artificial. Bud estaba haciendo un curso sobre tebeos y dibujos animados de antes de la Guerra. Aquella semana estaban estudiando a Popeye. Bud se había enamorado del marino tuerto y les había contado todo sobre él

a Len y Barbara; les había enseñado sus diálogos y su canción.

—¡Popeye el marino soy! ¡Encima de un barco voy! ¡Popeye el marino, Popeye el marino, Popeye el marino soy!

Risas. Peggy sonrió sin entusiasmo. La mano abandonó su pierna cuando el coche chirrió en una curva y se vio arrojada contra la puerta. El viento arrojaba la brusca frialdad a sus ojos y la obligaba a retraerse, pestañeando. 160, 170, 180 kilómetros por hora. SAN LUIS 3. *Ten mucho cuidado, querida.*

Popeye guiñó su ojo malo.

—Olivia, eres mi dulce aceitunita.

Codazo a Peggy.

—Tú eres mi Olivia... tú.

Peggy sonrió nerviosa.

—No puedo.

—¡Claro que puedes!

En el asiento trasero, Pilón salió a tomar aire para anunciar:

—Con gusto te pagaré el martes una hamburguesa que me pagues hoy.

Tres voces feroces y una cuarta más débil chillaron contra el aullido del viento.

—¡Soy fuerte porque como espinacas! ¡Popeye el marino soy! ¡Tut, tut!

—Yo soy lo que soy —insistió Popeye roncamente, y puso su mano sobre la pierna cubierta con una falda amarilla de Olivia. Detrás, dos miembros del cuarteto regresaron a su jaleo.

SAN LUIS 1. El coche negro rugió al pasar por los oscuros barrios de la periferia.

—¡Las nupias! —cantó Bud. Todos sacaron sus narices con boca de plástico y se las ajustaron.

*¡¡Si no quieres que el anci te haga sollozar
ponte la nariz cuando entres en la ciudad!!*

ANCI. M. En jerga, gérmes anticiviles; acepción desarrollada durante la Tercera Guerra Mundial.

—¡Te gustará el baile de Eva! —le gritó Bud sobre el aullido del viento—. ¡Es sensacional!

Peggy sintió un frío que no era el frío de la noche ni el frío del viento. *Recuerda, querida, que hoy en día hay cosas terribles en el mundo. Cosas que debes evitar.*

—¿No podríamos ir a otro sitio? —dijo Peggy, pero su voz era inaudible. Oía a Bud cantando:

—¡Encima de un barco voy!

Sintió la mano sobre su pierna otra vez mientras, en la parte de atrás, reinaba el

silencio de la pasión rechinante sin besos.

El baile de los muertos. Las palabras chorrearon como hielo sobre el cerebro de Peggy.

San Luis.

El coche negro aceleró entre las ruinas.

Era un sitio lleno de humo y placeres groseros. El aire resonaba con el balido de los borrachos y se oía el ruido de los metales desplegando una nube de música, música de 1997, un frenesí de disonancias retorcidas. Gente bailando, metida con calzador en el pequeño recuadro de suelo libre, suelo palpitante con cuerpos juntos. Una red de sonidos a borbotones enlazados a través de la masa que formaban; gente bailando y cantando:

¡Hazme daño! ¡Maltrátame! ¡Apriétame FUERTE!

¡Abrasa mi sangre con PLACER caliente!

¡Por favor, abusa de mí cada NOCHE!

¡AMOR, AMOR, AMOR, sé una bestia conmigo!

Elementos de una explosión contenidos en el interior de los límites del baile, estremeciéndose en lugar de fragmentarse.

—¡Oh, sé una bestia, una bestia, *Bestia*, BESTIA conmigo!

—¿Qué te parece, Olivia, tesoro mío? —preguntó Popeye guiñándole el ojo mientras forcejeaban siguiendo al camarero—. No hay nada parecido en Sykesville, ¿verdad?

Peggy sonrió, pero su mano, cogida por la de Bud, estaba entumecida. Mientras pasaban junto a una mesa escasamente iluminada, una mano que no vio palpó su pierna. Se sacudió y rebotó contra una rodilla dura al otro lado del estrecho pasillo. Mientras tropezaba y se tambaleaba cruzando la habitación llena de humo asfixiante, sintió una docena de ojos desnudándola, abusando de ella. Bud tiró de ella y sintió que sus labios temblaban.

—¡Eh, qué os parece! —exclamó Bud exultante cuando se sentaron—. ¡Pegados al escenario!

Desde las brumas de los cigarrillos, el camarero apareció flotando, el lápiz presto, junto a su mesa.

—¡Qué va a ser! —su pregunta atravesó la cacofonía.

—¡Whisky con agua! —Bud y Len emitieron pedidos paralelos, y luego se volvieron hacia sus parejas—. ¡Qué va a ser! —la pregunta del camarero se repitió en sus labios.

—¡*Pantano Verde!* —dijo Barbara, y

—¡*Pantano Verde!* —transmitió Len. Ginebra, Invasión Blood (ron de 1997), zumo de lima, azúcar, menta, hielo picado, una bebida popular entre las universitarias.

—¿Y tú, cariño? —preguntó Bud a su pareja.

Peggy sonrió.

—Sólo un ginger ale —dijo, su voz de una fragilidad mariposeante en medio del inmenso estrépito y la bruma del humo.

—¿Qué? —preguntó Bud, y

—¡Cómo ha dicho, no la he oído! —gritó el camarero.

—Ginger ale.

—¿Qué?

—¡Ginger ale!

—¡GINGER ALE! —chilló Len, y casi lo oyó el batería, detrás de la furiosa cortina de ruido que era la música del grupo. Len bajó su puño de golpe. *¡Uno... Dos... Tres!*

CORO: *¡Ginger Ale tenía sólo doce años!*

Fue a la iglesia y todo era dorado.

Hasta el día en que...

—¡Vamos, vamos! —graznó el camarero—. ¡Acabad el pedido, chavales! ¡Tengo trabajo!

—¡Dos whiskys con agua y dos Pantanos Verdes! —cantó Len, y el camarero se perdió en el remolino de la bruma demente.

Peggy sintió que su joven corazón aleteaba indefenso. *Por encima de todo, no bebas alcohol cuando salgas en una cita. Prométenoslo, querida, tienes que prometérmelo.* Intentó ignorar las instrucciones grabadas en su cabeza.

—¿Te gusta este sitio, cariño? Muy Eva, ¿verdad? —Bud le disparó la pregunta directamente; un Bud con la cara roja y feliz.

Eva. Adj. Variación común de E. V. A. A.

Le sonrió, con una sonrisa de nerviosa cortesía. Sus ojos dieron vueltas, su cara se inclinó y miró al escenario. Eva. La palabra se cinceló en su mente. Eva, Eva.

El escenario tenía cinco metros de fondo en el radio de su semicírculo de madera. Un pasamanos que llegaba a la altura de la cintura rodeaba la curvatura, y dos focos púrpura pálidos, sin encender, colgaban de cada extremo del pasamanos. Púrpura sobre blanco; le sobrevino el pensamiento. *Querida, ¿es que la Facultad de Empresariales de Sykesville no es lo bastante buena? ¡No! ¡No quiero estudiar empresariales, quiero licenciarme en arte en la Universidad!*

Trajeron las bebidas y Peggy observó cómo el brazo incorpóreo del camarero depositaba con un golpe sordo un vaso largo y de aspecto verdoso delante de ella. ¡Presto!, el brazo desapareció. Contempló las profundidades verdes y pantanosas y vio el hielo picado meneándose.

—¡Un brindis! ¡Levanta el vaso, Peg! —trompeteó Bud.

Todos entrechocaron los vasos.

—¡Por la lujuria primordial! —brindó Bud.

—¡Por las camas desaforadas! —añadió Len.

—¡Por la carne insensata! —Barbara añadió un tercer eslabón.

Sus ojos se clavaron en la cara de Peggy, exigentes. Ella no entendía.

—¡Termínalo! —le dijo Bud, irritado por la lentitud de la novata.

—Por... ah... n-nosotros —titubeó.

—Qué o-ri-gi-nal —soltó Barbara, y Peggy sintió que el calor le lamía las suaves mejillas. Su rubor pasó desapercibido mientras tres Jóvenes en Quienes Reposaba el Futuro de América se tragaban su alcohol, sedientos. Peggy jugueteó con su vaso, con una sonrisa impresa en sus labios que no era capaz de forzar sin ayuda.

—¡Vamos, muchacha, bebe! —le gritó Bud desde la enorme distancia de un palmo de separación—. ¡Al gáznate!

—Vívelo, chica —sugirió Len de forma abstracta, sus dedos buscando una vez más una pierna blanda. Y encontrando, bajo la mesa, la pierna blanda a la espera.

Peggy no quería beber, tenía miedo de beber. Las palabras de su madre seguían martilleándola: *nunca en una cita, cariño, nunca*. Levantó un poco el vaso.

—¡Tío Buddy te ayudará, te ayudará!

Tío Buddy inclinándose hasta muy cerca, el vapor del whisky rodeando su cabeza. Tío Buddy empujando el vaso frío hacia los jóvenes labios temblorosos.

—¡Vamos, Olivia, tesoro mío! ¡Adentro!

Al atragantarse roció la pechera de su vestido con gotitas de pantano verde. El líquido ardiente chorreó en su estómago, enviando llamaradas por sus venas.

¡¡BANG BUM CRASH ZASCA PUM!! El batería administró el *coup de grâce* a lo que había sido, en tiempos pretéritos, un vals para enamorados. Las luces bajaron y Peggy tosió con los ojos llenos de lágrimas en el sótano lleno de humo.

Sintió la mano de Bud cerrándose sobre su hombro y, en las tinieblas, notó que la hacían perder el equilibrio y sintió la boca caliente y húmeda de Bud apretando sus labios. Se soltó de un tirón y las manchas púrpuras volvieron, y un Bud con la cara moteada se retiró, gorgoteando:

—Lucharé hasta el Final.

Y buscando su bebida.

—¡Eh, ahora viene la Eva, la Eva! —dijo Len con entusiasmo, lanzando manos exploratorias.

El corazón de Peggy dio un salto, y creyó que iba a echarse a llorar y a salir corriendo a través de la habitación oscura y llena de humo. Pero la mano de un estudiante un par de cursos mayor la sujetó a la silla y ella miró con pálido terror al hombre que salió a escena y se enfrentó al micrófono que, como una araña de metal, había descendido hasta su altura.

—Por favor, señoras y señores —dijo un hombre de rostro tétrico y voz sepulcral cuyos ojos se desplazaron sobre ellos como coletazos de muerte. Peggy respiraba con dificultad, sentía las finas líneas de agua del pantano verde filtrándose calientes a través de su pecho y su estómago. Hacían que pestañeara, mareada. *Madre*. La palabra escapó de la prisión de su mente y llegó temblando hasta la libertad de la conciencia. *Madre, llévame a casa*.

—Como bien saben, el número que están a punto de ver no es para los pusilánimes o los espíritus débiles. —El hombre chapoteaba en las palabras como una vaca atrapada en una ciénaga—. Déjenme advertir a quienes no tengan los nervios en perfecto estado que se marchen ahora. No aceptaremos ninguna responsabilidad. Ni siquiera podemos permitirnos mantener un médico en el local.

No se oyó ninguna risa en respuesta.

—Menos chorradas y deja libre el escenario —gruñó Len entre dientes. Peggy sintió que sus dedos daban sacudidas.

—Como saben —continuó el hombre, su voz bañada en una sonoridad erudita—, no les ofrecemos unas simples sensaciones, sino una auténtica demostración científica.

—¡Que todo el mundo beba por Eva! —Bud y Len elevaron las palabras con el mismo reflejo irracional de los perros furiosos que empiezan a salivar al oír la campana.

En 1997, aquélla era una reacción tan típica que había adquirido la categoría de respuesta del catecismo. Un hueco en la ley de posguerra permitía la representación Eva con la única condición de que fuera presentada oralmente como una demostración científica. A través de aquel tecnicismo se había producido tal abuso de la ley que había pocos a quienes todavía les importara. Un gobierno débil estaba agradecido por poder limitar en alguna medida las infracciones de la ley.

Cuando los vítores y los gritos se extinguieron en la habitación atestada de humo, el hombre, con los brazos levantados en señal de paciente bendición, volvió a hablar.

Peggy observó el estudiado movimiento de sus labios y su corazón hinchándose y luego contrayéndose con latidos lentos y espasmódicos. Una sensación de gelidez trepaba por sus piernas. Sintió que subía hacia los finos fuegos de su cuerpo, y sus dedos se cerraron alrededor del vaho frío del vaso. *Quiero irme a casa, por favor, llévame a casa*. Las palabras volvieron a aparecer en su mente.

—Señoras y señores —concluyó el hombre—, prepárense.

Resonó un gong con su vibración hueca y estremecida, la voz del hombre se espesó y ralentizó.

—¡El Fenómeno E. V. A. A.!

El hombre se marchó; el micrófono se había elevado y desaparecido. Empezó la música; metales gimientes, todos en sordina. La versión de un jazzman de la *oscuridad palpable*, engarzada en el batir de un tambor atronador. El dolor de un saxofón, la amenaza de un trombón, el vagido contenido de una trompeta, todos ellos violaron el aire con su estridencia.

Peggy sintió bajarle por la espalda un escalofrío como una trenza, y su mirada cayó rápidamente sobre la tenebrosa blancura de la mesa. Humo y oscuridad, disonancia y calor la rodeaban.

Sin pretenderlo, pero dominada por un impulso de miedo nervioso, levantó el vaso y bebió. El chorro glacial en su garganta hizo que otro escalofrío la recorriera. Entonces, nuevas oleadas de calor alcohólico florecieron en sus venas y el entumecimiento se le instaló en las sienes. A través de labios separados, dejó escapar un aliento tembloroso.

Un movimiento de inquietud, como un murmullo, atravesó la sala, con un sonido como el de los sauces al viento susurrante. Peggy no se atrevió a levantar la mirada hacia el silencio púrpura del escenario. Miró hacia abajo, hacia el fulgor cambiante de su bebida, sintiendo que hilos musculares se aferraban tensos a su estómago, sintiendo el retumbar hueco de su corazón. *Quiero marcharme, por favor, vámonos.*

La música fue creciendo hasta un clímax disonante, sus componentes metálicos forcejeando en busca de la unidad.

Una mano acarició al instante la pierna de Peggy, y era la mano de Popeye el marino, que murmuró roncamente:

—Olivia, tú eres mi chica.

Peggy apenas sentía u oía. Como un autómata, levantó el vaso frío y sudoroso una vez más y sintió el hielo en su garganta y luego la red llameante de calor dentro de ella.

¡ZAS!

La cortina se corrió de golpe con tal ímpetu que casi se le cayó el vaso. Rebotó pesadamente sobre la mesa, el agua del pantano cayendo en cascada por el borde y lloviendo sobre su mano. La música proyectó la metralla ensordecedora de una cacofonía y su cuerpo se sacudió. Sobre el mantel, sus manos se apretaron hasta ponerse blanco sobre blanco, mientras garras de ansiedad incontrolable abrían sus ojos asustados.

La música se desvaneció, espumeando tras una estela de redobles de tambores.

El club era una cripta muda, todas las respiraciones contenidas.

Telarañas de humo flotaban bajo la luz púrpura que caía sobre el escenario.

No había más sonido que el tambor ahogado.

El cuerpo de Peggy se quedó petrificado sobre su silla, convertido en piedra alrededor de su corazón desbocado, mientras, a través de la bruma oscilante de humo y aturdimiento alcoholizado, miraba horrorizada hacia donde aquello permanecía en pie.

Había sido una mujer.

Su pelo era negro, un marco de ébano enmarañado para la máscara sebosa que era su cara. Sus ojos rodeados de sombras estaban ocultos tras párpados tan blancos y suaves como el marfil. Su boca, una línea sin labios e inmóvil, era como una herida de espada coagulada bajo su nariz. Su garganta, sus hombros y sus brazos eran blancos, y estaban inmóviles. A sus costados, asomando de los extremos de las mangas de la transparencia verde que vestía, colgaban manos de alabastro.

Sobre aquella estatua de mármol, los focos pintaban brillos púrpura.

Todavía paralizada, Peggy contempló sus rasgos sin movimiento, los dedos entrelazados en una madeja exangüe sobre el regazo. La palpitación de los tambores en la atmósfera parecía llenar su cuerpo, su ritmo alterando sus latidos.

En el vacío negro detrás de ella, oyó a Len murmurar:

—Amo a mi esposa, pero, oh, tú, cadáver.

Y oyó el silbido de risitas incontenibles que salía de Bud y Barbara. El frío seguía elevándose dentro de ella, un temor silencioso que la anegaba.

En algún lugar de la oscuridad cubierta de humo, un hombre se aclaró el nerviosismo viscoso de su garganta y un murmullo de alivio agradecido se abrió paso entre el público.

Seguía sin haber ningún movimiento en el escenario, ningún sonido excepto la perezosa cadencia del tambor, resonando en el silencio como alguien que pidiera entrar por una puerta lejana. La cosa que era una víctima anónima de la plaga permanecía pálidamente rígida mientras el destilado inundaba sus venas de sangre coagulada.

Los redobles de tambor se aceleraron como el latido de un pánico creciente. Peggy sintió que el frío comenzaba a engullirla. Su garganta empezó a agostarse, su respiración era sólo un tragar saliva con los labios entreabiertos.

Los párpados de la Eva se sacudieron.

Un silencio negro, brusco, forzado, envolvió la sala. Incluso la saliva se secó en la garganta de Peggy cuando vio los ojos pálidos aleteando. Algo crujió en el silencio; su cuerpo se recostó inconscientemente contra la silla. Sus ojos eran círculos abiertos y fijos que introducían en su cerebro la visión de la cosa que había sido una mujer.

Otra vez música; un gemido con garganta de metal procedente de la oscuridad, como si algún animal hecho de cuernos fundidos lloriquease su locura en un callejón a medianoche.

De pronto, el brazo derecho de la Eva dio una sacudida, los tendones se contrajeron. El brazo izquierdo se agitó de forma parecida, se separó, y luego volvió a dejarse caer y rebotó con blandura blanca-púrpura sobre el muslo. El brazo derecho se separó, el brazo izquierdo se separó, el derecho, el izquierdo-derecho-izquierdo-derecho, como brazos de marioneta saltando bajo los hilos manejados por un aficionado.

La música llevaba el paso, las baquetas de la batería arañando un ritmo para las convulsiones de los músculos de la Eva. Peggy se encogió aún más, su cuerpo aturdido y frío, su rostro una máscara lívida que miraba desde los límites de la luz del escenario.

El pie derecho de la Eva se movió, sacudiéndose inflexible cuando la destilación comprimió los músculos de la pierna. Una segunda y una tercera contracción hicieron que la pierna se sacudiera, la pierna izquierda extendida en un espasmo violento, y entonces el cuerpo de la mujer se tambaleó rígidamente hacia delante, filtrando la seda transparente con su luz y sus sombras.

Peggy oyó el siseo repentino del aliento que atravesó los dientes apretados de Bud y Len, y una oleada de náuseas salpicó un malestar espumeante contra las paredes de su estómago. Ante sus ojos, el escenario onduló bruscamente con un brillo acuático, y fue como si la convulsa Eva se dirigiera directamente hacia ella.

Boqueando desorientada, retrocedió con horror, incapaz de apartar sus ojos de la cara desquiciada.

Vio cómo la boca se convertía en una cavidad abierta, y luego en una cicatriz retorcida que volvía a partirse en una herida. Vio los oscuros agujeros de la nariz agitándose, vio la carne retorciéndose bajo las mejillas de ébano, vio cómo se abrían y se cerraban surcos en la blancura púrpura de la frente. Vio un ojo sin vida parpadear monstruosamente y oyó el gemido de una risa sobresaltada en la habitación.

Mientras la música rechinaba en un ataque de ruido estridente, los brazos y las piernas de la mujer siguieron agitándose en calambres convulsos que hacían que su cuerpo saltara por el escenario púrpura como una muñeca de trapo de tamaño natural a la que hubieran otorgado una vida espasmódica.

Era una pesadilla en un sueño interminable. Peggy se estremeció con terror indefenso mientras veía la danza descoordinada y saltarina de la Eva. La sangre se le había convertido en hielo; no había más vida en ella que el batir interminable de su corazón. Sus ojos eran esferas congeladas que miraban el cuerpo de la mujer retorciéndose blanco y flácido bajo la seda.

Entonces, algo salió mal.

Hasta aquel momento, sus ataques musculares habían limitado a la Eva a una zona de varios metros ante la superficie ambarina que servía de fondo para su danza paroxística. Pero ahora, sus saltos erráticos llevaban a la loopy hacia la pasarela que

rodeaba el escenario.

Peggy oyó el retumbar y el crujir de la madera cuando la cadera de la Eva colisionó con la pasarela. Se encogió en un nudo tembloroso, sus ojos todavía fijos en la cara salpicada de púrpura cuyos rasgos estaban deformados por el sufrimiento de las convulsiones extremas.

La Eva retrocedió tambaleante y Peggy vio y oyó cómo sus manos leprosas palmeaban con un ritmo intermitente contra sus muslos cubiertos de seda.

Una vez más, saltó hacia delante como una marioneta demente y el estómago de la mujer resonó enfermizo contra la madera de la pasarela. La boca oscura se abrió, se cerró de golpe y luego la Eva se retorció en un giro incontrolable y se desmoronó sobre la pasarela una vez más, casi encima de la mesa donde estaba sentada Peggy.

Peggy no podía respirar. Había echado raíces en la silla, los labios formaban un círculo tembloroso de terror, la sangre era un torrente en sus sienes mientras veía a la loopy girar de nuevo, sus brazos un borrón de blanco en movimiento.

La repugnante blancura de su cara cayó hacia Peggy cuando la loopy volvió a chocar con la pasarela a la altura de la cadera y se inclinó sobre ella. La máscara de blancura salpicada de espliego colgaba sobre ella, los ojos oscuros abriéndose de un golpe en una mirada abominable.

Peggy sintió que el suelo empezaba a moverse y aquel rostro lívido se emborronó con la oscuridad, y luego reapareció en un estallido de luminosidad. El sonido huyó sobre pies calzados con metales, y luego se volvió a zambullir en su cerebro, como una disonancia sucia.

La Eva siguió dando sacudidas hacia delante, lanzándose sobre la pasarela como si quisiera saltarla. Con cada acometida espasmódica, la seda diáfana aleteaba como un velo sobre su cuerpo, y cada salvaje colisión con la pasarela tensaba la transparencia verde sobre su carne hinchada. Peggy miró en muda rigidez la feroz embestida de la Eva contra la pasarela, sus ojos incapaces de eludir la salvaje distorsión de la cara de la mujer con su marco negro de pelo enmarañado y ondulante.

Lo que ocurrió entonces, ocurrió en el transcurrir borroso de unos segundos.

El hombre de cara adusta llegó corriendo a través del escenario iluminado de púrpura; la cosa que había sido una mujer chocaba, se retorció, se agitaba contra la pasarela, se doblaba sobre ella, los tirones espasmódicos levantando sus musculosas piernas.

Se cayó.

Peggy saltó hacia atrás en la silla y el chillido que le nació en la garganta se vio obligado a reprimirse en un vagido estrangulado cuando la Eva se desplomó sobre la mesa, sus extremidades un revoltijo de blancura desnuda.

Barbara chilló, el público tragó saliva y Peggy vio, con el rabillo del ojo, que Bud daba un salto, su cara una arruga de sorpresa estupefacta.

La Eva se agitó y se revolvió en la mesa como un pez recién pescado. La música se detuvo, chirriando hasta quedar en silencio; un chorro de murmullos nerviosos llenó la sala y la negrura inundó la cabeza de Peggy con oleadas abrumadoras.

Entonces la mano blanca y fría abofeteó su boca, los ojos oscuros la miraron con una luz púrpura y Peggy sintió que la oscuridad la invadía.

La sala llena de humo y horror se tumbó de lado.

Conciencia. Parpadeó en su cerebro como la luz de una vela envuelta en una gasa. Un murmullo de sonidos, un borrón de sombras ante sus ojos.

El aliento goteaba como jarabe de su boca.

—Toma, Peg.

Oyó la voz de Bud y sintió el metal frío del cuello de un frasco apretado contra sus labios. Tragó, retorciéndose levemente al notar el reguero de fuego que caía por su garganta hasta su estómago, y luego tosió y apartó el frasco con dedos anestesiados.

Detrás de ella, un movimiento como de roce.

—Eh, se ha despertado —dijo Len—. La buena de Olivia se ha despertado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Barbara.

Se encontraba bien. Su corazón era como un tambor que colgara de un hilo de piano en su pecho, y que fuera lenta, muy lentamente batido. Sus manos y sus pies estaban entumecidos, no de frío sino con un sopor sofocante. Los pensamientos se movían en tranquilo letargo, su cerebro era una máquina lenta amortiguada con vendas de algodón.

Se sentía bien.

Peggy contempló la noche con ojos soñolientos. Estaban en lo alto de una colina, el descapotable agazapado en un borde sobresaliente. Mucho más abajo, el campo dormía, una alfombra de luz y sombras bajo la luna parecida a una tiza.

Un brazo se enroscó a su cintura como una serpiente.

—¿Dónde estamos? —le preguntó con voz lánguida.

—A unos kilómetros de la escuela —dijo Bud—. ¿Cómo te sientes, preciosa?

Se estiró, su cuerpo una deliciosa cadena de músculos. Se recostó, flácida, sobre su brazo.

—Maravillosamente —murmuró con una sonrisa embriagada, y se rascó el pequeño bulto que le cosquilleaba en el hombro izquierdo. La calidez irradiaba de su carne; la noche era de un negro brillante. Tenía la sensación de que en algún sitio había un recuerdo, pero se agazapaba en secreto tras capas de grueso contenido.

—Tía, cómo has caído —se rió Bud. Y Barbara y Len añadieron:

—¡Ya lo creo! —y:

—¡Olivia ha hecho pumba!

—¿Me desmayé? —su murmullo casual pasó desapercibido.

El frasco dio la vuelta y Peggy volvió a beber, relajándose aún más cuando el licor clavó agujas de fuego en sus venas.

—¡Tío, nunca había visto un baile Eva como éste! —dijo Len.

Un escalofrío momentáneo le recorrió la espalda, y luego volvió a sentir la calidez.

—Oh —dijo Peggy—. Es verdad. Lo olvidé.

Sonrió.

—¡Eso es lo que yo llamo un gran final! —dijo Len, arrastrando a su deseosa pareja, que murmuró:

—Lenny, cariño.

—E. V. A. A. —murmuró Bud, acariciando el pelo de Peggy—. Hijo de perra. Estiró la mano ociosamente hacia el dial de la radio.

E. V. A. A. (Experiencia de Vida Animada Artificialmente). Esta anomalía física fue descubierta durante la guerra, cuando, tras ciertos ataques bacteriológicos, muchas de las tropas muertas fueron halladas erguidas y realizando giros espasmódicos que, más tarde, llegaron a ser conocidos como el baile de los “Evas” (EVAAs). El germen concreto responsable fue destilado posteriormente y ahora se utiliza en experimentos cuidadosamente controlados que se llevan a cabo únicamente con los más estrictos permisos y bajo supervisión legal.

La música les rodeó, sus dedos melancólicos tocándoles el corazón. Peggy se apoyó en su pareja y no sintió necesidad de rechazar las manos exploratorias. En algún lugar, en la profundidad de las capas gelatinosas de su mente, algo intentaba escapar. Aleteó como una polilla frenética atrapada en cera, forcejeando salvajemente pero debilitándose con cada intento a medida que la crisálida se endurecía.

Cuatro voces cantaron suavemente en la noche.

*Si el mundo sigue aquí mañana
te estaré esperando, querida
si las estrellas siguen aquí mañana
seguiré pidiéndoles deseos.*

Cuatro jóvenes voces cantando, un murmullo en la inmensidad.

Cuatro cuerpos, dos y dos, cálidos y abotargados. Un canto, una aceptación sin palabras.

*Luz de la estrella, estrella brillante
que haya otra noche.*

El canto cesó pero la canción continuó.

Una chica suspiró.

—¿No te parece romántico? —dijo Olivia.

LOS HIJOS DE NOAH

(*The Children of Noah*, 1957)

Acababan de dar las tres de la mañana cuando el señor Ketchum dejó atrás el cartel que decía ZACHRY: POBLACIÓN, 67 HABITANTES. Gruñó. Uno más en la interminable serie de pueblecitos costeros de Maine. Cerró los ojos durante un segundo, luego volvió a abrirlos y apretó el acelerador. El Ford ganó velocidad bajo sus pies. Con un poco de suerte, tal vez pudiera llegar pronto a un motel decente. Desde luego, no era probable que lo hubiera en Zachry, población, 67 habitantes.

El señor Ketchum acomodó su pesado cuerpo en el asiento y estiró las piernas. Habían sido unas vacaciones amargas. Había planeado recorrer en coche las joyas históricas de Nueva Inglaterra, entrar en comunión con la naturaleza y bañarse en la nostalgia. En lugar de eso, lo único que había encontrado había sido aburrimiento, agotamiento y exceso de gastos.

El señor Ketchum no estaba contento.

La ciudad parecía profundamente dormida cuando entró en la Calle Principal. El único sonido que se oía era el del motor del coche, la única imagen la de sus faros levantados extendiéndose adelante, iluminando otro cartel. VELOCIDAD MÁXIMA 20.

—Claro, claro —murmuró disgustado, apretando el pedal del acelerador. Eran las tres de la mañana y los padres de la comunidad esperaban que cruzara su poblacho arrastrándose. El señor Ketchum observó los edificios oscuros que dejaba atrás, al otro lado de sus ventanillas. Adiós, Zachry, pensó. Adiós, población, 67 habitantes.

Entonces apareció el otro coche en el espejo retrovisor. Media manzana por detrás de él, un turismo con una luz roja giratoria sobre el techo. Sabía qué clase de coche era. Levantó el pie del acelerador y sintió que sus latidos se aceleraban. ¿Era posible que no hubieran notado lo rápido que iba?

La pregunta quedó contestada cuando el coche oscuro se puso al lado del Ford y un hombre con un sombrero grande se asomó por la ventanilla delantera.

—¡Pare! —ladró.

Tragando secamente, el señor Ketchum echó su coche a la cuneta. Puso el freno de mano, giró la llave de contacto y el vehículo quedó inmóvil. El coche patrulla puso morro a la cuneta y se detuvo. La puerta delantera se abrió.

El brillo de los faros del señor Ketchum silueteó la oscura figura que se acercaba. Palpó rápidamente con el pie izquierdo y apretó el interruptor, bajando las luces. Volvió a tragar. Maldito incordio. Las tres de la mañana en medio de la nada, y un

policía de pueblo le detiene por exceso de velocidad. El señor Ketchum apretó los dientes y esperó.

El hombre del uniforme oscuro y el sombrero de ala ancha se inclinó sobre la ventana.

—El permiso.

El señor Ketchum deslizó una mano temblorosa en su bolsillo interior y sacó la billetera. Buscó a tientas su permiso. Lo entregó, y se fijó en lo inexpresiva que permanecía la cara del policía. Se quedó sentado en silencio mientras el policía dirigía el rayo de una linterna al permiso.

—De Nueva Jersey.

—Sí, eso... así es —dijo el señor Ketchum.

El policía siguió mirando el permiso. El señor Ketchum se agitó inquieto en el asiento y apretó los labios.

—Está en regla —dijo por fin.

Vio que la oscura cabeza del policía se levantaba. Carraspeó cuando el estrecho círculo de la luz de la linterna le cegó. Apartó la cabeza.

La luz desapareció. El señor Ketchum parpadeó con los ojos humedecidos.

—¿En Nueva Jersey no leen las señales de tráfico? —preguntó el policía.

—¿Se... se refiere a la señal que decía que la población es de sesenta y siete personas?

—No, no me refiero a esa señal —dijo el policía.

—Oh —el señor Ketchum se aclaró la garganta—. Bueno, pues es la única señal que he visto —dijo.

—Entonces es usted un mal conductor.

—Bueno, yo...

—La señal decía que el límite de velocidad es de veinte kilómetros por hora. Usted iba a setenta y cinco.

—Oh. Yo... me temo que no la vi.

—El límite de velocidad es de veinte kilómetros por hora, lo vea o no lo vea.

—Bueno... pero ¿a... a esta hora de la mañana?

—¿Ha visto usted un horario al lado de la señal? —preguntó el policía.

—No, por supuesto que no. O sea, quiero decir que ni siquiera he visto la señal.

—¿De verdad que no?

El señor Ketchum sintió que el vello se le erizaba en la nuca.

—Bueno, vamos a ver —empezó débilmente. Entonces se detuvo y miró al policía—. ¿Me podría devolver el carné? —preguntó por fin al ver que el policía no hablaba.

El policía no dijo nada. Estaba parado en medio de la calle, inmóvil.

—¿Me permite...? —empezó el señor Ketchum.

—Siga a nuestro coche —dijo el agente bruscamente, y se marchó dando grandes zancadas.

El señor Ketchum le miró, desconcertado. *¡Eh, espere!*, estuvo a punto de gritar. El agente ni siquiera le había devuelto su permiso. El señor Ketchum sintió un frío repentino en el estómago.

—¿De qué va esto? —murmuró cuando vio que el policía volvía a meterse en su coche. El coche patrulla se alejó de la cuneta, con la luz del techo dando vueltas otra vez.

El señor Ketchum le siguió.

—Esto es ridículo —dijo en voz alta. No tenían derecho a hacerle una cosa así. ¿Es que estaban en la Edad Media? Sus gruesos labios se apretaron en una arruga cansina mientras seguía al coche patrulla a lo largo de la Calle Principal.

Dos manzanas más arriba, el coche patrulla giró. El señor Ketchum vio que sus faros se desparramaban sobre el escaparate de una tienda. ALIMENTACIÓN HAND, decían las desgastadas letras.

No había farolas en la calle. Era como conducir por un paisaje cubierto de tinta. Delante sólo estaban los tres ojos rojos de las luces traseras del coche patrulla y su foco; detrás sólo la negrura impenetrable. El final de un día perfecto, pensó el señor Ketchum; detenido por exceso de velocidad en Zachry, Maine. Movié la cabeza y gruñó. ¿Por qué no había pasado las vacaciones en Newark y se había quedado durmiendo hasta las tantas, yendo al cine, comiendo y viendo la televisión?

El coche patrulla giró a la derecha en la esquina siguiente, y luego, una manzana más allá, volvió a girar a la izquierda y se detuvo. El señor Ketchum se paró detrás cuando vio que se apagaban sus luces. Aquello no tenía sentido. Era sólo un melodrama barato. Podían haberle multado igual en la Calle Principal. Era la mentalidad rústica. Degradar a alguien de la gran ciudad les daba una sensación de superioridad que les servía de venganza.

El señor Ketchum esperó. Bueno, no pensaba discutir. Pagaría su multa sin decir palabra y se marcharía. Levantó el freno de mano. De pronto frunció el ceño, al darse cuenta de que podían ponerle la multa que les diera la gana. ¡Podían multarle con 500 dólares si les apetecía! El hombre grueso había oído historias sobre la policía de los pueblos, sobre la autoridad absoluta que detentaban. Se aclaró la garganta, viscosa. Bueno, eso es absurdo, pensó. Qué imaginación tan estúpida.

El policía abrió la puerta.

—Fuera —dijo.

No había luces en la calle ni en ningún edificio. El señor Ketchum tragó. Sólo podía ver la figura negra del policía.

—¿Esto es... la comisaría? —preguntó.

—Apague las luces y acompáñeme —dijo el policía.

El señor Ketchum oprimió el interruptor de cromo y se bajó. El policía cerró la puerta de golpe. Hizo un ruido fuerte, como de eco; como si estuvieran dentro de un almacén sin iluminar, en vez de en la calle. El señor Ketchum miró hacia arriba. La ilusión era completa. No había estrellas ni luna. El cielo y la tierra se unían en la negrura.

Los duros dedos del policía se cerraron sobre su brazo. El señor Ketchum perdió el equilibrio un instante, y luego se recuperó y caminó a paso rápido junto a la alta figura del policía.

—Aquí está oscuro —se oyó decir en una voz que no era del todo familiar.

El policía no dijo nada. El otro policía emprendió el paso al lado contrario. El señor Ketchum se dijo para sus adentros; Estos malditos nazis paletos están intentando intimidarme. Bueno, pues no iban a conseguirlo.

El señor Ketchum tragó una bocanada del aire húmedo con olor a mar y la exhaló con un escalofrío. Una aldea miserable de sesenta y siete habitantes y tienen dos policías patrullando las calles a las tres de la mañana. Ridículo.

Casi tropezó con el escalón cuando lo alcanzaron. El policía que llevaba a la izquierda le sujetó por el codo.

—Gracias —murmuró automáticamente el señor Ketchum. El policía no respondió. El señor Ketchum se relamió los labios. Cordial el patán, pensó, y sonrió fugazmente para sus adentros. Así, eso estaba mejor. No tenía sentido que dejara que le afectase.

Parpadeó cuando la puerta se abrió y, a pesar de sí mismo, sintió que dejaba escapar un suspiro de alivio. Era una comisaría, en efecto. Allí estaba el mostrador con su podio, el tablón de anuncios, una estufa negra, de panza redonda, sin encender, un banco arañado pegado a la pared, una puerta, el suelo cubierto con un linóleo agrietado y mugriento que antaño había sido verde.

—Siéntese y espere —dijo el primer policía.

El señor Ketchum miró su cara delgada y angulosa, su piel morena. No había ninguna división en sus ojos entre el iris y la pupila. Era todo una sola oscuridad. Llevaba un uniforme oscuro que le quedaba un poco suelto.

El señor Ketchum no llegó a ver al otro policía porque los dos se metieron en la habitación de al lado. Se quedó mirando un momento la puerta cerrada. ¿Debería marcharse, coger el coche e irse? No, en su permiso constaba su dirección. Claro que a lo mejor lo que querían era que intentara huir. Nunca se sabe qué clase de ideas retorcidas tienen estos policías de pueblo. Puede que incluso quisieran... abatirle si intentaba irse.

El señor Ketchum se dejó caer pesadamente sobre el banco. No, estaba dejando que su imaginación se desbordase. Era sólo una pequeña ciudad en la costa de Maine y sólo iban a multarle por...

Bueno, ¿por qué no le multaban, entonces? ¿A qué venía tanto teatro? El hombre grueso apretó los labios. Muy bien, que jugasen como más les gustara. De todas formas, aquello era mejor que seguir conduciendo. Cerró los ojos. Voy a darles un descanso, pensó.

Pasados unos momentos, volvió a abrirlos. Había un silencio terrible. Echó un vistazo alrededor en la habitación pobremente iluminada. Las paredes estaban sucias y desnudas, excepto por un reloj y un cuadro que colgaba detrás del mostrador. Era una pintura —probablemente una copia— de un hombre con barba. Llevaba un sombrero de marinero. Probablemente fuera uno de los antiguos marineros de Zachry. No; probablemente ni siquiera fuera eso. Probablemente fuera una lámina comprada en un Sears o un Roebuck: *Marinero con barba*.

El señor Ketchum gruñó para sus adentros. Qué hacía una reproducción como aquélla en una comisaría era algo que excedía su capacidad de comprensión. Excepto, por supuesto, por el hecho de que Zachry estaba en el Atlántico. Probablemente la pesca fuera su principal fuente de ingresos. De todas formas, ¿qué más daba? El señor Ketchum bajó la mirada.

En la habitación de al lado pudo oír las voces ahogadas de los dos policías. Intentó oír lo que decían, pero no pudo. Lanzó una mirada a la puerta cerrada. Vamos, por favor, pensó. Volvió a mirar el reloj. Las tres y veintidós. Lo comprobó con su reloj de pulsera. Justo. La puerta se abrió y salieron los dos policías.

Uno de ellos se marchó. El otro —el que había cogido el permiso del señor Ketchum—, se dirigió al mostrador y encendió el flexo que había encima, sacó un gran libro del cajón superior y empezó a escribir en él. Por fin, pensó el señor Ketchum.

Pasó un minuto.

—Yo... —el señor Ketchum se aclaró la garganta—. Le ruego...

Su voz se descompuso cuando la fría mirada del policía se levantó del libro y se fijó en él.

—¿Está usted...? Es decir, ¿me van a multar ya?

El policía volvió a mirar el libro.

—Espere —dijo.

—Pero son más de las tres de la maña... —el señor Ketchum se contuvo. Intentó parecer fríamente beligerante—. Muy bien —dijo secamente—. ¿Quiere hacer el favor de decirme cuánto tiempo voy a tener que esperar?

El policía siguió escribiendo en el libro. El señor Ketchum se quedó sentado muy rígido, mirándole. Intolerable, pensó. Era la última vez que pensaba acercarse a menos de ciento cincuenta kilómetros de la maldita Nueva Inglaterra.

El policía levantó la mirada.

—¿Casado? —preguntó.

El señor Ketchum se quedó mirándole.

—¿Está usted casado?

—No, yo... lo pone en el permiso —prorrumpió el señor Ketchum. Sintió un temblor de placer por su respuesta y, al mismo tiempo, una puñalada de extraño temor por replicar al hombre.

—¿Tiene familia en Jersey? —preguntó el policía.

—Sí. O sea, no. Sólo una hermana en Wiscons...

El señor Ketchum no terminó. Vio que el policía lo ponía por escrito. Deseó poder desembarazarse de aquel temor que le hacía temblar.

—¿Trabaja? —preguntó el policía.

El señor Ketchum tragó saliva.

—Bueno —dijo—. N-no tengo un empleo concre...

—En paro —dijo el policía.

—En absoluto; en absoluto —dijo el señor Ketchum muy formalmente—. Soy un... un vendedor por cuenta propia. Adquiero mercancías y...

Su voz se esfumó cuando el policía le miró. El señor Ketchum tragó tres veces hasta que el nudo se deshizo. Comprendió que estaba sentado al borde mismo del banco, como si estuviera listo para saltar en defensa de su vida. Se obligó a recostarse. Respiró hondo. Tranquilo, se dijo a sí mismo. Lentamente, cerró los ojos. Así. Echaría una cabezadita. Más valía que le sacara todo el provecho posible, pensó.

La habitación estaba en silencio, excepto por el tic tac metálico y resonante del reloj. El señor Ketchum sintió que su corazón palpitaba con latidos lentos y pesados. Acomodó su pesado cuerpo incómodamente en el duro banco. *Ridículo*, pensó.

El señor Ketchum abrió los ojos y frunció el ceño. Aquel maldito cuadro. Uno casi tenía la sensación de que el marinero con barba le estuviera mirando.

—¡Ah!

La boca del señor Ketchum se cerró de golpe, sus ojos se abrieron con una sacudida, el iris centelleando. Se incorporó de un salto en el banco, y luego volvió a tumbarse.

Un hombre de rostro moreno estaba inclinado sobre él, con la mano encima del hombro del señor Ketchum.

—¿Sí? —preguntó el señor Ketchum, con el corazón dándole un respingo.

El hombre sonrió.

—Soy el jefe Shipley —dijo—. ¿Quiere hacer el favor de pasar a mi despacho?

—Oh —dijo el señor Ketchum—. Sí. Sí.

Se estiró, haciendo una mueca provocada por la rigidez de los músculos de su espalda. El hombre retrocedió y el señor Ketchum se levantó con un gruñido, sus ojos dirigiéndose automáticamente al reloj de la pared. Pasaban algunos minutos de las

cuatro.

—Oiga —dijo, todavía demasiado adormilado para sentirse intimidado—. ¿Por qué no puedo pagar mi multa y marcharme?

La sonrisa de Shipley carecía de calidez.

—En Zachry llevamos las cosas de otra manera —dijo.

Entraron en un despacho pequeño que olía a humedad.

—Siéntese —dijo el jefe, rodeando la mesa mientras el señor Ketchum se sentaba en una silla de respaldo recto que crujió.

—No entiendo por qué no puedo pagar mi multa y marcharme.

—En su debido momento —dijo Shipley.

—Pero... —el señor Ketchum no terminó. La sonrisa de Shipley le daba la impresión de no ser más que una advertencia diplomáticamente velada. Apretando los dientes, el hombre grueso se aclaró la garganta y esperó mientras el jefe miraba un papel que había sobre su mesa. Notó lo grande que le quedaba la ropa a Shipley. Palurdos, pensó el hombre grueso, ni siquiera saben cómo vestirse.

—Veo que no está casado —dijo Shipley.

El señor Ketchum no dijo nada. Dales un poco de su propia medicina de silencio, pensó.

—¿Tiene amigos en Maine? —preguntó Shipley.

—¿Por qué?

—Son preguntas de rutina, señor Ketchum —dijo el jefe—. ¿Su única familia es una hermana en Wisconsin?

El señor Ketchum le miró sin hablar. ¿Qué tenía que ver todo aquello con una infracción de tráfico?

—¿Señor? —preguntó Shipley.

—Ya se lo he dicho; es decir, se lo dije al agente. No entiendo...

—¿Está aquí por trabajo?

La boca del señor Ketchum se abrió sin emitir ningún sonido.

—¿Por qué me hacen todas esas preguntas? —preguntó. *¡Deja de temblar!*, se ordenó a sí mismo furiosamente.

—Por rutina. ¿Está aquí por trabajo?

—Estoy de vacaciones. ¡Y no entiendo de qué va todo esto! ¡Hasta ahora he sido paciente, pero, maldición, exijo que me multen y me dejen marchar!

—Me temo que eso es imposible —dijo el jefe.

La boca del señor Ketchum se abrió de golpe. Era como despertar de una pesadilla y descubrir que el sueño continuaba.

—N-no lo entiendo —dijo.

—Tendrá que presentarse ante el juez.

—Pero eso es ridículo.

—¿Ah, sí?

—Sí, es ridículo. Soy ciudadano de los Estados Unidos. Exijo que se cumplan mis derechos.

La sonrisa del jefe Shipley se esfumó.

—Limitó esos derechos cuando quebrantó nuestras leyes —dijo—. Ahora tendrá que pagar por ello como nosotros decidamos.

El señor Ketchum miró al hombre con una expresión ausente. Comprendió que estaba completamente en sus manos. Podían multarle con la cantidad que quisieran o meterle en la cárcel indefinidamente. Todas aquellas preguntas que le habían hecho... no sabía por qué se las habían hecho, pero sabía que sus respuestas revelaban que casi carecía de raíces, que a nadie le importaba si vivía o...

La habitación pareció bambolearse. El sudor cubrió su cuerpo.

—No pueden hacer esto —dijo; pero no lo estaba discutiendo.

—Tendrá que pasar el resto de la noche en el calabozo —dijo el jefe—. Por la mañana verá al juez.

—¡Pero esto es ridículo! —estalló el señor Ketchum—. ¡Ridículo!

Se contuvo.

—Tengo derecho a una llamada telefónica —dijo rápidamente—. Puedo hacer una llamada telefónica. Es mi derecho legal.

—Lo sería —dijo Shipley—, si hubiera línea de teléfono en Zachry.

Cuando le llevaron a su celda, el señor Ketchum vio un cuadro en la pared. Era del mismo hombre con barba. El señor Ketchum no se dio cuenta de si los ojos le seguían o no.

El señor Ketchum se removió. Un aire de confusión cubría su cara abotargada por el sueño. Oyó un ruido metálico detrás de él; se levantó apoyándose en el hombro.

Entró un policía en la celda y depositó una bandeja.

—El desayuno —dijo. Era mayor que los otros policías, incluso mayor que Shipley. Su pelo era de un gris acerado, su cara recién afeitada veteaba alrededor de la boca y los ojos. El uniforme le quedaba grande.

Mientras el policía empezaba a cerrar la puerta de nuevo, el señor Ketchum preguntó:

—¿Cuándo veré al juez?

El policía le miró un momento.

—No lo sé —dijo, y se dio la vuelta.

—¡Espere! —le llamó el señor Ketchum.

Los pasos del policía se perdieron en la lejanía, con un sonido hueco sobre el suelo de cemento. El señor Ketchum siguió mirando el sitio donde había estado el

policía. El velo del sueño se desprendió de su cabeza.

Se sentó, se frotó dos dedos adormecidos sobre los ojos y levantó la muñeca. Las nueve y siete minutos. El hombre grueso hizo una mueca. ¡Por Dios que se iban a enterar! Hinchó las narices. Olisqueó, alargó la mano hacia la bandeja; luego la retiró.

—No —murmuró. No comería su maldita comida. Se quedó sentado rígidamente, doblado por la cintura, contemplando sus pies embutidos en los calcetines.

Su estómago gruñó, poco cooperativo.

—Bueno —murmuró pasado un minuto. Tomó aliento, estiró la mano y levantó la tapa de la bandeja.

No pudo reprimir el *oh* de sorpresa que se escapó de sus labios.

Los tres huevos estaban fritos con mantequilla, ojos amarillos y brillantes. Fijos en el techo, rodeados de largas y crujientes tiras de bacón jugoso y ondulado. Al lado de ellos había un plato con cuatro gruesas rebanadas de pan tostado, untadas con mantequilla cremosa y apoyadas en un tazón de mermelada. Había un vaso largo de espumoso zumo de naranja, un plato de fresas sangrantes en nata blanca. Por último, una gran taza de la que salía ondulante la inconfundible fragancia del café recién hecho.

El señor Ketchum tomó el vaso de zumo de naranja. Dejó caer un par de gotas en la boca y las saboreó con la lengua a modo de experimento. El ácido cítrico cosquilleaba deliciosamente en su lengua cálida. Se lo tragó. Si estaba envenenado, había sido envenenado por la mano de un maestro. La saliva llenó su boca. De pronto recordó que, justo antes de que le detuvieran, tenía la intención de detenerse en una cafetería para comer algo.

Mientras comía, cautelosa pero decididamente, el señor Ketchum intentó averiguar las motivaciones que había detrás de aquel magnífico desayuno.

Era la mentalidad rural de nuevo. Se arrepentían de su torpeza. Parecía una idea caprichosa, pero ahí estaba. La comida era soberbia. Había que reconocerles una cosa a los nativos de Nueva Inglaterra: sabían cocinar, los condenados. El desayuno del señor Ketchum normalmente consistía en un bollo caliente y un café. Desde que era niño y vivía en casa de su padre no había comido un desayuno como aquél.

Estaba terminando su tercera taza de café cremoso cuando oyó pasos en el pasillo. El señor Ketchum sonrió. En el momento justo, pensó. Se levantó.

El jefe Shipley se paró junto a la celda.

—¿Ya ha desayunado?

El señor Ketchum asintió. Si el jefe esperaba que le diera las gracias, se llevaría una decepción. El señor Ketchum cogió su abrigo.

El jefe no se movió.

—¿Y bien...? —dijo el señor Ketchum pasados unos minutos. Intentó decirlo fríamente, con autoridad. No le salió así.

El jefe Shipley le miró sin expresión alguna. El señor Ketchum sintió que le faltaba el aliento.

—¿Puedo preguntar...? —empezó.

—El juez aún no ha llegado —dijo Shipley.

—Pero... —el señor Ketchum no supo qué decir.

—Sólo he venido a decírselo —dijo Shipley. Se dio la vuelta y desapareció.

El señor Ketchum se puso furioso. Miró los restos de su desayuno como si contuvieran la respuesta a su situación. Aporreó su muslo con un puño. ¡Intolerable! ¿Qué pretendían hacer? ¿Intimidarle? Bueno, por Dios que...

... lo estaban consiguiendo.

El señor Ketchum se acercó a los barrotes. Miró arriba y abajo del pasillo. Notó un nudo frío dentro de él. La comida parecía haberse convertido en plomo seco en su estómago. Golpeó el lateral de su mano derecha una vez más contra el frío barrote. ¡Por Dios! ¡Por Dios!

Eran las dos de la tarde cuando el Jefe Shipley y el viejo policía se acercaron a la puerta de la celda. El policía abrió sin pronunciar una palabra. El señor Ketchum salió al pasillo y volvió a esperar, poniéndose el abrigo mientras cerraban la puerta de nuevo.

Caminó con pasos cortos e inflexibles entre los dos hombres, sin ni siquiera mirar el cuadro de la pared.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—El juez está malo —dijo Shipley—. Le vamos a llevar a su casa para que pague la multa.

El señor Ketchum se mordió la lengua. No pensaba discutir con ellos; no iba a hacerlo.

—Muy bien —dijo—. Si así es como quieren hacerlo.

—Es la única forma de hacerlo —dijo el jefe, mirando hacia delante, su cara una máscara inexpresiva.

El señor Ketchum forzó los bordes de una débil sonrisa. Aquello estaba mejor. Ya casi había terminado. Pagaría su multa y se largaría.

Fuera había niebla. La bruma marina rodaba sobre la calle como humo batido. El señor Ketchum se puso el sombrero y se estremeció. El aire húmedo parecía filtrarse a través de su piel y pegarse a sus huesos. Mal día, pensó. Bajó los escalones, sus ojos buscando su Ford.

El viejo policía abrió la puerta trasera del coche patrulla y Shipley le hizo un gesto para que entrase.

—¿Qué pasa con mi coche? —preguntó el señor Ketchum.

—Volveremos cuando haya visto al juez —dijo Shipley.

—Oh. Yo...

El señor Ketchum vaciló. Luego se inclinó y se metió en el coche, dejándose caer sobre el asiento trasero. Se estremeció cuando el cuero frío atravesó el algodón de los pantalones. Se echó a un lado cuando entró el jefe.

El policía cerró la puerta de golpe. Una vez más oyó aquel sonido hueco, como si cerraran un ataúd dentro de una cripta. El señor Ketchum hizo una mueca de disgusto por el símil que se le había ocurrido.

El policía entró en el coche y el señor Ketchum oyó cómo el motor cobraba vida líquida con un petardeo. Se quedó sentado, respirando lenta y profundamente mientras el policía calentaba el motor. Miró por la ventanilla que tenía a su izquierda.

La niebla parecía humo. Podrían haber estado aparcados en un garaje en llamas. Excepto por la humedad que se calaba en los huesos. El señor Ketchum se aclaró la garganta. Oyó que el jefe se removía en el asiento, a su lado.

—Frío —dijo el señor Ketchum automáticamente.

El jefe no dijo nada.

El señor Ketchum se recostó cuando el coche abandonó la cuneta, hizo un giro completo y empezó a bajar lentamente por la calle velada por la niebla. Escuchó el sisear crujiente de los neumáticos sobre el pavimento húmedo, el roce rítmico de las escobillas que despejaban segmentos circulares en el parabrisas empañado.

Pasado un momento, miró su reloj. Eran casi las tres. Había perdido la mitad del día en aquel maldito Zachry.

Volvió a contemplar por la ventanilla el pueblo fantasmal. Le pareció ver edificios de ladrillo junto a la cuneta, pero no estaba seguro. Miró sus manos blancas, luego miró a Shipley. El jefe estaba sentado muy rígido, mirando directamente al frente. El señor Ketchum tragó saliva. El aire parecía estancado en sus pulmones.

En la Calle Principal, la niebla parecía menos densa. Probablemente debido a la brisa marina, pensó el señor Ketchum. Miró arriba y abajo de la calle. Todas las tiendas y oficinas parecían cerradas. Miró al otro lado de la calle. Lo mismo.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

—¿Qué?

—Digo que dónde está todo el mundo.

—En casa —dijo el jefe.

—Pero hoy es miércoles —dijo el señor Ketchum—. ¿No tienen... las tiendas abiertas?

—Hace malo —dijo Shipley—. No merece la pena.

El señor Ketchum miró al jefe de rostro amarillento, y luego retiró la mirada apresuradamente. Sintió una fría premonición arrastrándose de nuevo por su estómago. ¿Qué significaba aquello, en nombre de Dios?, se preguntó. Lo del calabozo ya había sido malo. Pero aquello, tener que atisbar a través de aquel mar de

niebla, era aún peor.

—Claro —oyó que decía su voz nerviosa—. Aquí sólo viven sesenta y siete personas, ¿verdad?

El jefe no dijo nada.

—¿Cuánto... c-cuánto tiempo tiene Zachry?

En el silencio, oyó que las articulaciones de los dedos del jefe crujían secamente.

—Ciento cincuenta años —dijo Shipley.

—Es mucho —dijo el señor Ketchum. Tragó con esfuerzo. Le dolía un poco la garganta. Vamos, se dijo a sí mismo. Tranquilízate.

—¿Y de dónde viene el nombre de Zachry? —las palabras brotaron sin control.

—Lo fundó Noah Zachry —dijo el jefe.

—¡Oh! ¡Oh! Ya veo. Supongo que la foto de la comisaría...

—Exacto —dijo Shipley.

El señor Ketchum pestañeó. Así que aquél era Noah Zachry, fundador del pueblo que estaban cruzando en coche...

... manzana tras manzana tras manzana. Algo frío y pesado se hundió en el estómago del señor Ketchum al darse cuenta.

En una ciudad tan grande, ¿cómo es que sólo había 67 personas?

Abrió la boca para preguntarlo, pero no pudo. Tal vez la respuesta no le gustase.

—¿Por qué hay sólo...? —las palabras brotaron a pesar de todo antes de que pudiera detenerlas. Su cuerpo se sacudió sorprendido al oírlas.

—¿Qué?

—Nada, nada. Es decir... —el señor Ketchum tomó aliento con un escalofrío. No podía evitarlo. Tenía que saberlo.

—¿Cómo es que sólo hay sesenta y siete habitantes?

—Se van —dijo Shipley.

El señor Ketchum pestañeó. La respuesta resultó anticlimática. Arrugó la frente. Bueno, ¿qué esperabas?, se preguntó a sí mismo a la defensiva. La remota y anticuada Zachry no podía poseer muchos atractivos para sus generaciones más jóvenes. Era inevitable que gravitaran hacia lugares más interesantes.

El hombre grueso se recostó en el asiento. Por supuesto. Piensa en las ganas que tengo yo de salir de este vertedero, y ni siquiera vivo aquí.

Su mirada se deslizó hacia delante, a través del parabrisas, atraída por algo. Una pancarta cruzaba la calle. ESTA NOCHE BARBACOA. Una celebración, pensó. Probablemente cada quince días les apetecería divertirse un poco y montarse una merendola desmadrada o una orgía de remiendos de redes.

—¿Y quién fue Zachry? —preguntó. El silencio empezaba a ponerle nervioso otra vez.

—Un capitán de barco —dijo el jefe.

—¿Y?

—Ballenero en los mares del sur —dijo Shipley.

Bruscamente, la Calle Principal se acabó. El coche de policía giró hacia un camino de tierra. Por la ventanilla, el señor Ketchum vio deslizarse arbustos sombríos. Sólo se oía el ruido del funcionamiento del motor y de la grava escupida bajo los neumáticos. ¿Dónde vive el juez, en lo alto de una montaña? Se acomodó y gruñó.

La niebla empezaba a disiparse. El señor Ketchum pudo ver hierba y árboles, todo bajo una luz grisácea. El coche giró y se dirigió al mar. El señor Ketchum miró la alfombra opaca de niebla. El coche siguió girando. Volvió a dirigirse a la cumbre de la montaña.

El señor Ketchum tosió suavemente.

—¿La... eh, la casa del juez está ahí arriba? —preguntó.

—Sí —contestó el jefe.

El coche siguió girando por el estrecho camino de tierra, a veces mirando hacia el mar, a veces hacia Zachry, a veces hacia la casa desolada de lo alto. Era una casa de un blanco grisáceo, de tres pisos de altura, que tenía a cada lado una torre. Parecía tan vieja como el mismo Zachry, pensó el señor Ketchum. El coche giró. Volvía a mirar al mar cubierto de niebla.

El señor Ketchum se miró las manos. ¿Le engañaba la luz o de verdad estaban temblando? Intentó tragar, pero su garganta estaba seca y en su lugar tosió con un traqueteo. Esto es estúpido, pensó; no hay razón que lo justifique. Vio que sus manos se cerraban.

El coche subía por la última pendiente hacia la casa. El señor Ketchum sintió que su respiración se aceleraba. *¡No quiero entrar ahí!*, oyó que decía alguien dentro de su cabeza. Sintió el impulso repentino de abrir la puerta y salir corriendo. Sus músculos se tensaron enfáticamente.

Cerró los ojos. ¡Por amor de Dios, basta!, se gritó a sí mismo. No había nada malo en aquello excepto la distorsionada interpretación que estaba haciendo. Vivíamos en tiempos modernos. Las cosas tenían explicaciones y la gente tenía razones. La gente de Zachry también tenía una razón; una fuerte desconfianza hacia los habitantes de las ciudades. Aquélla era su venganza socialmente aceptable. Aquello tenía sentido. Al fin y al cabo...

El coche se detuvo. El jefe abrió la puerta de su lado y se bajó. El policía estiró la mano hacia atrás y abrió la otra puerta para que bajara el señor Ketchum. El hombre grueso descubrió que una de sus piernas y su pie estaban entumecidos. Tuvo que apoyarse en la puerta. Dejó caer el pie sobre el suelo.

—Se ha dormido —dijo.

Ninguno de los hombres contestó. El señor Ketchum miró la casa; bizqueó.

¿Había visto correrse una cortina verde oscuro? Hizo muecas y emitió un ruido de sorpresa cuando tocaron su brazo y el jefe hizo un gesto en dirección a la casa. Los tres hombres se encaminaron hacia ella.

—Yo, ah... no llevo mucho efectivo encima, me temo —dijo—. Espero que valga con un cheque de viaje.

—Sí —dijo el jefe.

Subieron por la escalera de entrada y se detuvieron delante de la puerta principal. El policía hizo girar una gran llave de metal y el señor Ketchum oyó una campanilla que sonaba en el interior. Se quedó mirando a través de los visillos de la puerta. Dentro, distinguió la figura esquelética de un sombrerero. Descargó su peso de un pie al otro y las tablas crujieron debajo de él. El policía volvió a hacer sonar la campanilla.

—Puede que esté... demasiado malo —sugirió débilmente el señor Ketchum.

Ninguno de los hombres le miró. El señor Ketchum sintió que sus músculos se tensaban. Echó un vistazo por encima de su hombro. ¿Podrían atraparle si intentaba correr?

Volvió a mirar con disgusto. Paga tu multa y te vas, se explicó pacientemente. Nada más; pagas la multa y te vas.

Dentro de la casa, había movimientos oscuros. El señor Ketchum levantó la mirada, sobresaltado a su pesar. Una mujer alta se acercaba a la puerta.

La puerta se abrió. La mujer era delgada, llevaba un vestido hasta los tobillos con un alfiler blanco ovalado en la garganta. Su cara era morena, veteada por arrugas parecidas a hilos. El señor Ketchum se quitó el sombrero automáticamente.

—Adelante —dijo la mujer.

El señor Ketchum pasó al recibidor.

—Puede dejar ahí su sombrero —dijo la mujer, señalando el sombrerero que parecía un árbol arrasado por las llamas. El señor Ketchum dejó caer su sombrero sobre uno de los ganchos negros. Al hacerlo, su mirada se vio atraída por un gran cuadro al pie de la escalera. Empezó a hablar, pero la mujer dijo:

—Por aquí.

Avanzaron por el vestíbulo. El señor Ketchum se quedó mirando el cuadro al pasar por delante.

—¿Quién es esa mujer —preguntó— que está en pie junto a Zachry?

—Su esposa —dijo el jefe.

—Pero ella...

La voz del señor Ketchum se quebró repentinamente al oír un sollozo subiendo por su garganta. Conmocionado, lo ahogó aclarándose repentinamente la garganta. Sentía vergüenza de sí mismo. Pero... ¿la esposa de Zachry?

La mujer abrió una puerta.

—Espere aquí —dijo.

El hombre grueso entró. Se volvió para decir algo al jefe. Justo a tiempo de ver cerrarse la puerta.

—Oiga, ah... —se acercó a la puerta y puso la mano sobre el pomo. No giró.

Frunció el ceño. Ignoró los latidos como martillazos de su corazón.

—Eh, ¿qué está pasando?

Su voz reverberó en las paredes con fingida jovialidad. El señor Ketchum se dio la vuelta y echó un vistazo alrededor. La habitación estaba vacía. Era una habitación cuadrada y vacía.

Se volvió hacia la puerta, los labios moviéndose como si buscara las palabras adecuadas.

—Vale —dijo bruscamente—, es muy... —giró el pomo bruscamente—. Vale, es una broma muy graciosa. —Por Dios, estaba enloquecido—. Ya he aguantado todo lo que...

Se giró al oír el sonido, con la boca abierta.

No había nada. La habitación seguía vacía. Miró alrededor desorientado. ¿Qué era aquel sonido? Un sonido sordo, como de agua corriendo.

—Eh —dijo automáticamente. Se volvió a la puerta—. ¡Eh! —chilló—. ¡Vale ya! ¿Quiénes se han creído que son?

Dio vueltas sobre piernas debilitadas. El sonido era más fuerte. El señor Ketchum se pasó una mano por la frente. Estaba cubierta de sudor. Allí hacía calor.

—Vale, vale —dijo—. Es una broma excelente, pero...

Antes de que pudiera continuar, su voz se había enroscado en un sollozo espantoso, exasperante. El señor Ketchum se estremeció un poco. Miró hacia la puerta. Se giró y se dejó caer sobre la puerta. Su mano estirada tocó la pared y se retiró.

Estaba caliente.

—¿Eh? —preguntó con incredulidad.

Era imposible. Era una broma. Era su idea demente de una broma. Era un juego al que jugaban. Asustar al listillo de la ciudad, de eso se trataba.

—¡Vale! —chilló—. ¡Vale! ¡Tiene gracia, es muy gracioso! ¡Ahora dejadme salir de aquí o tendremos problemas!

Golpeó la puerta. Le dio una patada. La habitación estaba cada vez más caliente. Estaba casi tan caliente como una...

El señor Ketchum se quedó petrificado. Su boca se abrió de golpe.

Las preguntas que le habían hecho. Las ropas que les quedaban grandes a todos. La comida tan rica que le habían dado. Las calles vacías. El color moreno y casi salvaje de los hombres, de las mujeres. La forma en que todos le miraban. Y la mujer del cuadro, la esposa de Noah Zachry, *una mujer nativa con los dientes afilados en*

punta.

ESTA NOCHE BARBACOA.

El señor Ketchum chilló. Dio patadas y puñetazos a la puerta. Arrojó su pesado cuerpo contra ella. Chilló a la gente de fuera.

—¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir! ¡DEJADME... SALIR!

Lo peor de todo era que no podía creerse que estuviera pasando de verdad.

EL HOMBRE DE LAS FIESTAS

(*The Holiday Man*, 1957)

—Llegarás tarde —dijo ella.

Él se recostó cansinamente en su silla.

—Lo sé —contestó.

Estaban desayunando en la cocina. David no había comido mucho. Sobre todo, había bebido café y había mirado el mantel. Lo atravesaban finas líneas que parecían carreteras que se entrecruzarán.

—¿Y bien? —dijo ella.

Él se estremeció y apartó los ojos del mantel.

—Sí —dijo—. Vale.

Siguió sentado.

—David —dijo ella.

—Lo sé, lo sé —dijo—, llegaré tarde.

No estaba furioso. Ya no le quedaba rabia.

—Por supuesto que llegarás tarde —dijo ella, untando mantequilla en su tostada. Extendió una gruesa capa de mermelada de frambuesa, y luego mordió un pedazo y lo masticó haciéndolo crujir.

David se levantó y atravesó la cocina. En la puerta, se paró y se dio la vuelta. Miró su nuca.

—¿Por qué no puedo? —preguntó otra vez.

—Porque no puedes —dijo ella—. Y ya está.

—¿Pero por qué?

—Porque te necesitan —dijo ella—. Porque te pagan bien y no sabrías hacer otra cosa. ¿No es evidente?

—Podrían encontrar a otra persona.

—Oh, basta ya —dijo ella—. Sabes que no podrían.

Cerró sus manos convirtiéndolas en puños.

—¿Por qué tengo que ser yo? —preguntó.

Ella no contestó. Siguió comiendo su tostada.

—¿Jean?

—No hay nada más que hablar —dijo, masticando. Se dio la vuelta—. Ahora, ¿quieres hacer el favor de irte? —dijo—. Hoy no deberías llegar tarde.

David sintió un escalofrío en la piel.

—No —dijo—, hoy no.

Salió de la cocina y subió al piso de arriba. Allí, se cepilló los dientes, sacó brillo a los zapatos y se puso una corbata. Antes de que dieran las ocho ya había bajado otra vez. Entró en la cocina.

—Adiós —dijo.

Ella le ofreció la mejilla y él la besó.

—Adiós, querido —dijo—. Que tengas un... —se interrumpió bruscamente.

—... ¿un buen día? —acabó la frase por ella—. Gracias —se marchó—. Tendré un día maravilloso.

Hacia mucho que había dejado de conducir. Por las mañanas caminaba hasta la estación de tren. Ni siquiera le gustaba viajar en coche con otra persona o coger el autobús.

En la estación, se quedó en el andén esperando el tren. No llevaba el periódico. Ya no lo compraba. No le gustaba leer el periódico.

—Buenos días, Garret.

Se dio la vuelta y vio a Henry Coulter, que también trabajaba en el centro. Coulter le dio una palmadita en la espalda.

—Buenos días —dijo David.

—¿Cómo te va? —preguntó Coulter.

—Genial. Gracias.

—Bien. ¿Impaciente porque llegue el Cuatro de Julio?

David tragó saliva.

—Bueno... —empezó.

—Yo voy a llevar a la familia al campo —dijo Coulter—. Nada de estúpidos fuegos artificiales. Nos cogeremos la vieja camioneta y nos largaremos hasta que los fuegos artificiales se hayan acabado.

—Por carretera —dijo David.

—Sí, señor —dijo Coulter—. Lo más lejos que podamos.

Empezó solo. No, pensó; ahora no. Lo obligó a volver a su oscuridad.

—... gocio de la publicidad —terminó Coulter.

—¿Qué? —preguntó.

—Decía que creo que las cosas están yendo bien en el negocio de la publicidad.

David se aclaró la garganta.

—Oh, sí —dijo—. Genial.

Siempre se olvidaba de la mentira que había contado a Coulter.

Cuando el tren llegó, se sentó en el vagón de no fumadores, sabiendo que Coulter siempre fumaba un pitillo de camino. No quería sentarse con Coulter. Hoy no.

Todo el camino hasta el centro estuvo mirando por la ventanilla. Sobre todo

miraba la carretera y el tráfico; pero, una vez, mientras el tren traqueteaba sobre un puente, se quedó mirando la superficie de un lago, parecida a un espejo. En otra ocasión, echó la cabeza hacia atrás y levantó la mirada hacia el sol.

Estaba ya en el ascensor cuando se detuvo.

—¿Sube? —dijo el hombre del uniforme granate. Miró a David fijamente—. ¿Sube? —dijo. Luego cerró las puertas móviles.

David se quedó parado. La gente empezó a apelotonarse alrededor de él. Un segundo después, se dio la vuelta y avanzó abriéndose paso entre ellos, empujando a través de la puerta giratoria. Mientras salía, el calor de horno propio de julio le rodeó. Avanzó por la acera como un hombre dormido. En la manzana siguiente entró en un bar.

Dentro, estaba frío y oscuro. No había clientes. Ni siquiera se veía al camarero. David se hundió en la sombra de un reservado y se quitó el sombrero. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

No podía hacerlo. Sencillamente, no era capaz de subir a su despacho. No importaba lo que dijera Jean, no importaba lo que dijera nadie. Apretó las manos sobre el borde de la mesa y siguió apretando hasta que los dedos se le quedaron sin sangre. No iba a hacerlo.

—¿Qué desea? —preguntó una voz.

David abrió los ojos. El camarero estaba junto al reservado, mirándole.

—Sí, ah... una cerveza —dijo. Detestaba la cerveza, pero sabía que tenía que pedir algo a cambio del privilegio de sentarse en el frío silencio sin que le molestaran. No la bebería.

El camarero trajo la cerveza y David la pagó. Entonces, cuando el camarero se hubo ido, empezó a hacer girar lentamente el vaso sobre la mesa. Mientras lo hacía, empezó otra vez. Con un carraspeo, lo apartó. ¡No!, le dijo salvajemente.

Su despacho estaba en la parte trasera de un grupo de oficinas, un pequeño cubículo amueblado sólo con una alfombra, un sofá, una pequeña mesa sobre la que había lápices y un papel blanco. Era todo lo que necesitaba. Una vez, había tenido una secretaria, pero no le había gustado la idea de que se sentara junto a la puerta y le oyera chillar.

Nadie le vio entrar. Llegó desde el vestíbulo a través de una puerta privada. Dentro, volvió a cerrar la puerta, luego se quitó la chaqueta y la dejó sobre la mesa. El ambiente del despacho estaba cargado, así que cruzó el cuarto y levantó la ventana.

Abajo, la ciudad se movía. Se quedó mirándola. ¿Cuántos había?, pensó.

Suspirando profundamente, se dio la vuelta. Bueno, ya estaba aquí. No tenía

sentido seguir vacilando. Ahora se había comprometido. Lo mejor que podía hacer era liquidarlo y largarse.

Bajó las persianas, se acercó al sofá y se tumbó. Enredó un poco con el cojín, luego se estiró una vez y se quedó inmóvil. De forma casi inmediata, sintió que sus extremidades se entumecían.

Empezó.

Ahora no se detuvo. Chorreaba de su cerebro como hielo fundido. Correteaba como el viento del invierno. Giraba como el vapor de una ventisca. Saltaba y corría y ondulaba y explotaba y su mente estaba llena de ello. Se quedó rígido y empezó a boquear, el pecho hinchándose con cada aliento, el latido de su corazón un balanceo violento. Sus manos se cerraron como garras blancas, apretando y arañando el sofá. Se estremeció y gruñó y se contorsionó. Por último, chilló. Chilló durante largo rato.

Cuando hubo terminado, se quedó flácido e inmóvil sobre el sofá, con los ojos como bolas de cristal helado. Cuando pudo, levantó el brazo y miró su reloj de pulsera. Eran casi las dos.

Se puso en pie penosamente. Tenía los huesos forrados de plomo, pero consiguió llegar tambaleante hasta su mesa y sentarse ante ella.

Allí escribió en una hoja de papel y, cuando hubo terminado, se desplomó sobre la mesa y cayó en el sueño del agotamiento.

Luego, se despertó y llevó la hoja de papel a su superior, que, mirándola, asintió con la cabeza.

—Cuatrocientos ochenta y seis, ¿eh? —dijo el superior—. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro —dijo David quedamente—. Los he visto a todos y cada uno.

No mencionó que Coulter y su familia estaban entre ellos.

—Muy bien —dijo su superior—. Vamos a ver. Cuatrocientos cincuenta y dos en accidentes de tráfico, dieciocho ahogados, siete por insolación, tres por los fuegos artificiales, seis por causas diversas.

Como una niña quemada, pensó David. Como un niño que se comía veneno para hormigas. Como una mujer que se electrocutaba; como un hombre que moría por la mordedura de una serpiente.

—Bueno —dijo su superior—, que sean... bueno, cuatrocientos cincuenta. Siempre impresiona que muera más gente de la que predecimos.

—Por supuesto —dijo David.

El artículo apareció en la primera página de todos los periódicos aquella tarde. Mientras David volvía a casa, el hombre que iba delante de él se volvió a su vecino y dijo:

—Lo que me gustaría saber es... ¿cómo pueden saberlo?

David se levantó y volvió a la plataforma que había al extremo del vagón. Se quedó allí hasta que se bajó, escuchando las ruedas del tren y pensando en el Día de

los Trabajadores^[1].

VIEJOS TERRITORIOS

(*Old Haunts*, 1957)

Su idea original había sido la de pasar la noche en el centro, en el Hotel Tiger. Pero se le había ocurrido que tal vez su antigua habitación estuviera libre. Estábamos en temporada de verano, y pudiera ser que no hubiera ningún estudiante viviendo allí. Merecía la pena intentarlo. No se le ocurría nada más agradable que dormir en su viejo cuarto, en su vieja cama.

La casa era la misma. Subió por los escalones de cemento, sonriendo al ver los bordes todavía desmigajados. Los mismos viejos escalones, pensó, todavía estropeados. Igual que la desvencijada pantalla de la puerta que daba al porche y el timbre que tenía que ser apretado en cierto ángulo para que hiciera contacto. Movié la cabeza, sonriendo, y se preguntó si la señorita Smith seguiría viva.

No fue la señorita Smith quien abrió la puerta. Su corazón dio un vuelco cuando, en lugar de su tambaleante y vieja figura, una fornida mujer de edad madura llegó apresurándose a la puerta.

—¿Sí? —dijo, su voz un sonido brusco y poco hospitalario.

—¿Sigue viviendo aquí la señorita Smith? —preguntó, con la esperanza, a pesar de todo, de que así fuera.

—No, la señorita Ada lleva años muerta.

Fue como si le dieran una bofetada en la cara. Se sintió momentáneamente aturdido y asintió a la mujer.

—Ya veo —dijo después—. Ya veo. Yo ocupé la habitación libre mientras estaba en la universidad, ¿sabe?, y pensé...

La señorita Smith muerta.

—¿Está usted estudiando? —preguntó la mujer.

No sabía si tomárselo como un insulto o como un cumplido.

—No, no —dijo—, sólo estoy de paso, camino de Chicago. Me licencié hace muchos años. Me preguntaba si... si vivía alguien en la vieja habitación.

—¿Se refiere a la habitación del salón? —preguntó la mujer, observándole con ojo crítico.

—Eso es.

—Hasta el otoño no —dijo.

—¿Podría... verla?

—Bueno, yo...

—Había pensado en quedarme esta noche —se apresuró a decir—, es decir, si es que...

—Oh, perfectamente —la mujer adoptó un tono más cálido—. Si eso es lo que quiere.

—Eso es lo que quiero —dijo—. Es un poco como reanudar una vieja amistad, ¿sabe?

Sonrió tímidamente, deseando no haber dicho eso.

—¿Cuánto quiere pagar? —preguntó la mujer, más preocupada por el dinero que por los recuerdos.

—Bueno, ¿sabe qué? —dijo él, impulsivamente—. Solía pagar veinte dólares al mes. ¿Y si le pago eso?

—¿Por una noche?

Se sintió estúpido. Pero ahora no podía echarse atrás, aunque sentía que su oferta había sido una torpeza nostálgica. Ninguna habitación valía veinte dólares la noche.

Se paró en seco. ¿Por qué vacilar? Revivir los viejos recuerdos valía eso. Veinte dólares ya no eran nada para él. El pasado sí lo era.

—Los pagaré encantado —dijo—. Para mí lo vale.

Sacó los billetes de la cartera y se los ofreció con dedos torpes.

Echó un vistazo al cuarto de baño mientras avanzaban por el pasillo mal iluminado. La imagen familiar le hizo sonreír. Había algo maravilloso en aquel regreso. No podía evitarlo; sencillamente lo había.

—Sí, la señorita Ada lleva muerta casi cinco años —dijo la mujer.

Su sonrisa se esfumó.

Cuando la mujer abrió la puerta de la habitación, quiso quedarse allí durante un largo instante antes de entrar una vez más. Pero ella se quedó esperándole y él sabía que se sentiría ridículo pidiéndole que esperase para que pudiera respirar hondo antes de entrar.

Un viaje en el tiempo. La frase le pasó por la cabeza al entrar en la habitación. Porque le parecía que había vuelto repentinamente; el nuevo estudiante que entraba en la habitación por vez primera, con la maleta en la mano, al principio de una nueva aventura.

Se quedó allí mudo, mirando la habitación, con una sensación de miedo inexplicable dominándole. La habitación parecía recordarle todo. Todo. Mary y Norman y Spencer y David, y clases y conciertos y fiestas y bailes y partidos de fútbol y cervezas y charlas de toda la noche y todo. Los recuerdos se apelotonaron sobre él hasta que pareció que le iban a aplastar.

—Está un poco polvoriento, pero lo limpiaré cuando salga a comer —dijo la mujer—. Iré a buscarle unas sábanas.

No oyó sus palabras ni sus pasos al bajar por el pasillo. Se quedó allí, poseído por

el pasado.

No sabía qué era lo que le había hecho estremecerse y mirar alrededor repentinamente. No era un sonido, ni nada que hubiera visto. Era una sensación en su cuerpo y su alma; una sensación irracional de que iba a pasar algo.

Dio un respingo y tomó aliento cuando la puerta se cerró de golpe.

—Es el viento —dijo la mujer, volviendo con sábanas para su vieja cama.

La Gran Vía. El semáforo se puso rojo y pisó el freno. Su mirada se deslizó por los escaparates.

Allí estaba el supermercado Crown, igual que siempre. Al lado, la zapatería de Flora Dame. Sus ojos cruzaron al otro lado de la calle. La tienda Glendale seguía allí. Y el comercio textil de Barth seguía en su antiguo emplazamiento.

Pareció que algo se liberaba dentro de su cabeza y comprendió que había tenido miedo de ver la ciudad cambiada, pues cuando dobló la esquina para entrar en la Gran Vía y vio que la librería de la señora Sloane y el College Grille habían desaparecido, casi se sintió traicionado. La ciudad que recordaba existía intacta en su mente y le producía cierta tensión e inquietud ver que había cambiado parcialmente. Era como encontrarse con un viejo amigo y descubrir, sorprendido, que le falta una pierna.

Pero había el suficiente número de cosas iguales como para devolverle la solemne sonrisa a los labios.

El College Theatre donde él y sus amigos habían ido a ver espectáculos de medianoche los sábados después de una cita o tras largas horas de estudio. La bolera Collegiate; en el piso de arriba, la piscina.

Y debajo...

Impulsivamente, echó el coche a la cuneta y apagó el motor. Se quedó sentado mirando, por un momento, la entrada al Golden Campus. Luego se bajó rápidamente del coche.

El mismo viejo toldo colgaba sobre la entrada, sus colores antaño chillones ahora desgastados hasta parecer conservados por efecto del tiempo y el clima. Avanzó con una sonrisa asomando a los labios.

Entonces se sintió dominado por una sensación abrumadora de depresión, al contemplar la estrecha y empinada escalera. Puso los dedos sobre el pasamanos y, tras un instante de vacilación, bajó lentamente. No recordaba que la escalera fuera tan estrecha.

Casi al fondo de las escaleras, un sonido chirriante llegó a sus oídos. Alguien estaba encerando la pequeña pista de baile con cepillos giratorios. Descendió el último escalón y vio al pequeño hombre negro siguiendo a la máquina que se desplazaba suavemente. Vio y oyó la nariz de metal del pulimentador tropezar con

una de las columnas que señalaban los límites de la pista de baile.

Volvió a fruncir el ceño. Aquel sitio era muy pequeño y lóbrego. Sin duda, la memoria no podía haberse desviado tanto. No, se explicó apresuradamente. No, era porque el sitio estaba vacío y no había luces. Era porque la máquina de discos no bullía con burbujas de colores y no había parejas bailando.

Inconscientemente, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, una pose que no había asumido más que una o dos veces desde que había salido de la universidad dieciocho años antes. Se acercó más a la pista de baile, asintiendo una vez hacia el estrado de la banda como si fuera un viejo conocido.

Se paró al borde de la pista y pensó en Mary.

¿Cuántas veces habían dado vueltas alrededor de aquel pequeño espacio, moviéndose al ritmo que salía palpitante de la máquina de discos resplandeciente? Bailando lentamente, los cuerpos íntimamente próximos, su mano cálida acariciando ociosamente su nuca. ¿Cuántas veces? Algo se puso tenso en su estómago. Casi podía ver su cara otra vez. Se apartó rápidamente de la pista de baile y miró los reservados de madera oscura.

Una sonrisa forzada asomó a sus labios. ¿Todavía seguían allí? Rodeó una columna y empezó a caminar hacia la parte trasera.

—¿Está buscando a alguien? —preguntó el viejo negro.

—No, no —dijo—. Sólo quiero mirar una cosa.

Avanzó entre las filas de reservados, intentando ignorar la sensación de incomodidad. ¿Cuál es?, se preguntaba. No podía recordarlo; todos le parecían iguales. Se paró, con las manos en la cadera, y miró todos los reservados, moviendo lentamente la cabeza. Sobre la pista de baile, el negro terminó de cepillar, quitó el enchufe y se llevó la torpe máquina. Reinó un silencio de muerte.

Las encontró en el tercer reservado en que miró. Desgastadas, las letras estaban casi tan oscuras como la madera que las rodeaba, pero no cabía duda de que estaban allí. Se deslizó en el reservado y las miró.

B. J. Bill Johnson. Y, bajo las iniciales, el año 1939.

Pensó en todas las noches que él y Spence y Dave y Norm habían pasado sentados en aquel reservado, diseccionando el universo con los escalpelos afilados y precisos de los estudiantes universitarios.

—Creíamos que lo sabíamos todo —murmuró—. Hasta lo último.

Lentamente, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa. Lo que deseaba ahora era un vaso de la vieja cerveza de siempre; aquella bebida espesa y con sabor a malta que te llenaba las venas y estimulaba el corazón, como solía decir Spence.

Asintió dándole la razón, haciendo un brindis silencioso.

—Por ti —susurró—. Por el pasado insoportable.

Mientras lo decía, levantó la mirada de la mesa y vio a un hombre joven en pie al

otro lado de la habitación, al final de la sombría escalera. Johnson miró al joven, incapaz de verle claramente sin las gafas puestas.

Pasado un momento, el joven se volvió y subió una vez más por las escaleras. Johnson sonrió. Vuelve a las seis, pensó. No abren hasta las seis.

Aquello le hizo pensar de nuevo en todas las noches que había pasado en la húmeda penumbra, bebiendo cerveza, hablando, bailando, derrochando su juventud con el desenfado casual de un millonario.

Se quedó sentado en la semioscuridad, los recuerdos girando a su alrededor como un torbellino, dando vueltas en su cabeza, obligándole a mantener apretados los labios porque sabía que todo aquello había desaparecido para siempre.

En medio de todo, volvió el recuerdo de ella. Mary, pensó, y se preguntó qué habría sido de Mary.

Empezó de nuevo cuando pasaba bajo la puerta que conducía al campus. La incómoda sensación de que el pasado y el presente se estaban fundiendo, de que estaba caminando por la cuerda floja entre ambos, a punto de caer en uno u otro.

La sensación le seguía los pasos, enfriando la euforia que había sentido al volver.

Miró el edificio, pensando en las clases que había recibido allí, en la gente que había conocido. Entonces, casi en el mismo instante, vio su vida actual, las aburridas ventas una tras otra. Los meses y los años de conducir en solitario por todo el país. Y acabar sólo para volver a un hogar que no le gustaba, a una esposa que no amaba.

Seguía pensando en Mary. Qué necio había sido al dejarla escapar. Pensó, con la seguridad inconsciente de la juventud, que el mundo estaba repleto de posibilidades sin fin. Había pensado que era un error elegir tan pronto en la vida y aceptar lo bueno conocido. Había sido un gran defensor de buscar pastos más verdes. Había seguido buscando hasta que el tiempo amarilleó todos sus pastos.

Otra vez la misma sensación: una combinación de sentimientos. Una insatisfacción creciente que le mordisqueaba y le ahogaba, y una sensación de agobio e inquietud. Un ansia ineludible de mirar por encima del hombro y ver quién le seguía. No podía ignorarla, y le molestaba e irritaba.

Ahora estaba caminando por el lado este del campus, la chaqueta echada sobre el brazo derecho, el sombrero inclinado hacia atrás en su cabeza con poco pelo. Sintió que pequeñas gotas de sudor caían por su espalda mientras caminaba.

Se preguntó si debería detenerse y quedarse un rato sentado en el campus. Había varios estudiantes desperdigados bajo los árboles, riendo y charlando.

Pero ahora recelaba de hablar con los estudiantes. Justo antes de ir al campus, había parado en el Café del Campus para tomarse un vaso de té con hielo. Se había sentado al lado de un estudiante y había intentado iniciar una conversación.

El joven le había tratado con un respeto intolerable. No había dicho nada, por

supuesto, pero le había resultado muy ofensivo.

Además, había pasado otra cosa. Mientras se dirigía a la caja para pagar, un joven había pasado caminando por la calle. Johnson había creído que le conocía y había levantado la mano para llamar la atención del estudiante.

Luego se había dado cuenta de que era imposible que conociera a ninguno de los estudiantes actuales y había bajado el brazo sintiéndose culpable. Había pagado su cuenta, sintiéndose muy deprimido.

La depresión seguía aferrándose a él mientras subía por la escalera del edificio de las Artes Liberales.

Al llegar a lo alto de las escaleras se dio la vuelta y contempló el campus. A pesar de cierto sentimiento de desánimo, le estimuló ver que el campus seguía siendo el mismo. Al menos aquello no había cambiado, y había cierta sensación de continuidad en el mundo.

Sonrió y se dio la vuelta, y entonces volvió a girarse otra vez. ¿Había alguien siguiéndole? La sensación era muy fuerte. Su mirada preocupada se deslizó sobre el campus sin ver nada fuera de lo común. Encogiéndose de hombros con irritación, entró en el edificio.

También seguía siendo el mismo, y se sintió bien caminando sobre las baldosas oscuras una vez más, bajo los frescos del techo, subiendo por los escalones de mármol, atravesando los salones insonoros y frescos.

No se fijó en la cara del estudiante que pasó a su lado, aunque sus hombros casi se tocaron. Pareció notar que el estudiante le miraba. Pero no estaba seguro y, cuando miró por encima de su hombro, el estudiante ya había doblado la esquina.

La tarde pasó lentamente. Caminó de edificio en edificio, entrando en cada uno de ellos religiosamente, mirando los tableros de anuncios, echando vistazos a las aulas y sonriendo a todo con sonrisas cuidadosamente calculadas.

Pero empezaba a sentir el deseo de huir. Le dolía que nadie hablara con él. Pensó en ir al director de alumnos y charlar con él, pero decidió no hacerlo. No quería parecer pretencioso. Sólo era un ex-alumno que visitaba discretamente el escenario de sus días universitarios. Nada más. No tenía sentido montar un espectáculo.

Mientras volvía caminando a la habitación después de cenar, tuvo la clara impresión de que alguien le estaba siguiendo.

Cada vez que se detenía con el ceño fruncido por la sospecha y miraba hacia atrás, no veía nada. Sólo el sonido de los coches dando bocinazos en la Gran Vía o la risa de los jóvenes en sus habitaciones.

En los escalones del porche de la casa se paró y miró hacia la calle, con un escalofrío incómodo bajándole por la espalda. Probablemente había sudado demasiado aquella tarde, pensó. Ahora el aire frío le estaba helando. Al fin y al cabo,

ya no era tan joven como...

Agitó la cabeza, intentando sacudirse la frase de la cabeza. Un hombre es tan joven como se siente, se dijo con autoridad, y asintió secamente para grabarse el dato en la cabeza.

La mujer había dejado la puerta principal cerrada sin echar la llave. Al entrar, oyó que hablaba por teléfono en el dormitorio de la señorita Smith. Johnson asintió en silencio. ¿Cuántas veces había hablado con Mary a través de aquel viejo teléfono? ¿Cuál era el número? 4458. Justo. Sonrió orgulloso de ser capaz de recordarlo.

¿Cuántas veces había estado sentado en la vieja mecedora negra, charlando de tonterías con ella? Le cambió la cara. ¿Dónde estaría ahora? ¿Se habría casado y tenía hijos? ¿Habría...?

Se detuvo, tenso, al oír el crujido de una tabla detrás de él. Aguardó un momento, esperando oír la voz de la mujer. Luego miró hacia atrás rápidamente.

El pasillo estaba vacío.

Tragando saliva, entró en su habitación y cerró la puerta con firmeza. Buscó a tientas el interruptor de la luz y por fin lo encontró.

Volvió a sonreír. Aquello estaba mejor. Caminó por su vieja habitación, pasando la mano por encima del escritorio, la mesa de estudio, el colchón de la cama. Arrojó su sombrero y su abrigo sobre la mesa y se dejó caer sobre la cama con un suspiro de agotamiento. Una sonrisa iluminó su cara al oír el gruñido de los viejos muelles. Los mismos viejos muelles, pensó.

Levantó las piernas y se recostó en la almohada. Dios, qué bien se sentía. Pasó los dedos sobre la colcha, acariciándola con afecto.

La casa estaba en silencio. Johnson giró sobre su estómago y miró por la ventana. Allí estaba el viejo callejón, el gran roble todavía alzándose sobre la casa. Agitó la cabeza ante los abrumadores sentimientos que los recuerdos del pasado le habían provocado.

Entonces dio un respingo al notar que la puerta se movía ligeramente en su marco. *Es el viento*, recordó las palabras de la mujer.

Estaba decididamente crispado, pensó, pero todo aquello le había resultado perturbador. Bueno, era comprensible. El día había supuesto una experiencia emocional. Revivir el pasado y lamentar el presente era mucho esfuerzo para cualquier hombre.

Se sintió soñoliento después de la fuerte cena que había comido en la Black and Gold Inn. Se levantó y se arrastró hasta el interruptor de la luz.

La habitación se sumió en la oscuridad y volvió a la cama a tientas. Se tumbó con un gruñido de satisfacción.

Seguía siendo una buena cama. ¿Cuántas noches había dormido allí, su cerebro hirviendo con el contenido de los libros que había estudiado? Bajó la mano y se

desabrochó el cinturón, fingiendo que no sentía una pizca de remordimiento por la forma en que su cuerpo, antaño esbelto, había engordado. Suspiró al notar que la presión de su estómago se aliviaba. Luego giró sobre el costado en la habitación cálida y sofocante y cerró los ojos.

Se quedó tumbado tres minutos, escuchando el sonido de un coche al pasar por la calle. Luego se tumbó de espaldas con un gruñido. Estiró las piernas, y las dejó sueltas. Luego se sentó y, agachándose, se desató los zapatos y los dejó caer sobre el suelo. Se recostó en la almohada y volvió a ponerse de costado con un suspiro.

Ocurrió lentamente.

Al principio pensó que le molestaba el estómago. Luego se dio cuenta de que no eran sólo los músculos del estómago, sino todos los músculos de su cuerpo. Sintió que los ligamentos se tensaban y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Abrió los ojos y parpadeó en la oscuridad. ¿Qué estaba pasando, en nombre de Dios? Miró la mesa y vio el contorno oscuro de su sombrero y su chaqueta. Volvió a cerrar los ojos. Tenía que relajarse. En Chicago iba a ver a algunos clientes importantes.

Hace frío, pensó irritado, buscando a tientas a su lado y echándose por fin la manta por encima de su robusto cuerpo. Sintió que se le ponía la carne de gallina. Escuchó atentamente, pero no había más sonido que la brusquedad de su propia respiración. Se retorció incómodo, preguntándose cómo era posible que la habitación se hubiera enfriado tanto de golpe. Debía de haber pillado un resfriado.

Rodó sobre la espalda y abrió los ojos.

Al instante, su cuerpo se puso rígido y todos los sonidos se paralizaron en su garganta.

Allí, inclinándose sobre él, a un palmo de él, estaba la cara más blanca y llena de odio que hubiera visto en toda su vida.

Se quedó mirando la cara con aturdimiento, con la boca abierta por el horror.

—Vete —dijo la cara, su voz ronca y chirriante de maldad—. Vete. No puedes volver.

Durante un rato, después de que la cara hubiera desaparecido, Johnson se quedó tumbado, apenas capaz de respirar, las manos apretadas en rígidos nudos junto a su cuerpo, los ojos abiertos de par en par. Seguía intentando pensar, pero el recuerdo de la cara y las palabras habían petrificado su cerebro.

No se quedó. Cuando recuperó las fuerzas, se levantó y consiguió escabullirse sin llamar la atención de la mujer. Salió rápidamente de la ciudad, empalidecido, pensando sólo en lo que había visto.

Era él.

Era su cara cuando estaba en la facultad. Su joven yo, que odiaba a aquel encallecido intruso por inmiscuirse en lo que nunca podría volver a ser suyo. Y el

joven del Golden Campus; aquél había sido su joven yo. El estudiante que pasaba junto al Café del Campus había sido él, tal como fue en tiempos. Y el estudiante del pasillo y la presencia resentida que le había seguido por el campus, odiándole por volver y manosear el pasado. Todos habían sido él.

No volvió nunca, y nunca le contó a nadie lo que había ocurrido. Y cuando, en raros momentos, hablaba de sus días universitarios, siempre era encogiéndose de hombros y con una sonrisa cínica para demostrar lo poco que realmente habían significado para él.

EL DISTRIBUIDOR

(*The Distributor*, 1958)

20 DE JULIO

Hora de mudarse.

Había encontrado una casa pequeña y amueblada en Sylmar Street. El mismo sábado por la mañana que se mudó, se dio una vuelta por el barrio presentándose a los vecinos.

—Buenos días —dijo al viejo que podaba la hiedra en la puerta de al lado—. Me llamo Theodore Gordon. Acabo de mudarme.

El viejo se estiró y estrechó la mano de Theodore.

—¿Cómo está? —dijo. Su nombre era Joseph Alston.

Un perro salió del porche para olisquear los puños de Theodore.

—Está decidiendo qué opina de usted —dijo el viejo.

—Qué encanto —dijo Theodore.

Al otro lado de la calle vivía Inez Ferrel. Abrió la puerta en bata, una mujer delgada de treinta y muchos. Theodore se disculpó por molestarla.

—Oh, no pasa nada —dijo. Tenía mucho tiempo libre cuando su marido estaba de viaje. Era vendedor.

—Espero que seamos buenos vecinos —dijo Theodore.

—Estoy segura de que lo seremos —dijo Inez Ferrel. Le miró a través de la ventana cuando se marchó.

En la puerta de al lado, directamente enfrente de su propia casa, llamó con cuidado porque había un cartel que decía TRABAJADOR NOCTURNO DURMIENDO. Dorothy Backus abrió la puerta, una mujer menuda y reservada de aproximadamente treinta y cinco años.

—Encantado de conocerla —dijo Theodore.

En la puerta de al lado vivía Walter Mortons. Mientras Theodore avanzaba por la entrada, oyó a Bianca Morton gritando a su hijo, Walter Jr.

—¡No eres lo bastante mayor para volver a las tres de la mañana! —decía—. ¡Especialmente si sales con una chica tan joven como Katherine McCann!

Theodore llamó y el señor Morton, cincuenta y dos años y calvo, abrió la puerta.

—Acabo de mudarme a la casa de enfrente —dijo Theodore, sonriéndoles.

En la casa de al lado, Patty Jefferson le invitó a pasar. Mientras hablaba con ella,

Theodore pudo ver, a través de la ventana de atrás, a su marido Arthur llenando una piscina de plástico para sus dos hijos.

—Les encanta esa piscina —dijo Patty, sonriendo.

—Seguro —dijo Theodore. Al marcharse, se fijó en la casa vacía en la puerta de al lado.

Enfrente de los Jefferson vivían los McCann y su hija de catorce años, Katherine. Mientras Theodore se acercaba a su puerta, oyó la voz de James McCann diciendo:

—Bah, está chiflado. ¿Por qué iba a quedarme su podadora? Sólo porque le haya pedido prestada un par de veces su maldita cortadora...

—Querido, por favor —dijo Faye McCann—. Tengo que terminar estas notas a tiempo para la siguiente reunión del Consejo.

—Sólo porque Kathy salga con su maldito hijo... —gruñó su marido.

Theodore llamó a la puerta y se presentó. Charló brevemente con ellos, informando a la señora McCann de que estaría encantado de unirse al Consejo Nacional para Cristianos y Judíos. Era una organización valiosa.

—¿A qué se dedica, Gordon? —preguntó McCann.

—Me dedico a la distribución —dijo Theodore.

En la puerta siguiente, dos chicos cortaban el césped y pasaban el rastrillo mientras su perro hacía cabriolas a su alrededor.

—Hola —dijo Theodore. Gruñeron y le miraron mientras se dirigía al porche. El perro le ignoró.

—Acabo de decírselo —la voz de Henry Putnam llegó a través de la ventana del salón—. Mete un sucio negro en mi departamento y se acabó. No aguanto más.

—Sí, querido —dijo la señora Irma Putnam.

La llamada de Theodore fue contestada por el señor Putnam en camiseta. Su esposa estaba tumbada en el sofá. El corazón, explicó el señor Putnam.

—¡Oh, cuánto lo siento! —dijo Theodore.

En la última casa vivían los Gorse.

—Acabo de mudarme a la puerta de al lado —dijo Theodore. Estrechó la esbelta mano de Eleanor Gorse y ella le dijo que su padre estaba trabajando.

—¿Es él? —preguntó Theodore, señalando el retrato de un viejo con cara severa que colgaba sobre una repisa atestada de objetos religiosos.

—Sí —dijo Eleanor, de treinta y cuatro años y fea.

—Bueno, espero que seamos buenos vecinos —dijo Theodore.

Aquella tarde fue a su nueva oficina e instaló el cuarto oscuro.

23 DE JULIO

Aquella mañana, antes de salir para la oficina, revisó el directorio telefónico y subrayó cuatro números. Marcó el primero.

—¿Pueden enviar un taxi a Sylmar Street 12057? —dijo—. Gracias.

Marcó el segundo número.

—¿Podrían hacer el favor de enviar un técnico a mi casa? —dijo—. No recibo imagen. Vivo en Sylmar Street 12070.

Marcó el tercer número.

—Me gustaría poner este anuncio en el periódico de hoy —dijo—. Ford de 1957. Perfecto estado. Setecientos ochenta y nueve dólares. Eso es, setecientos ochenta y nueve. La matrícula es DA-4-7408.

Hizo la cuarta llamada y concertó una cita por la tarde con el señor Jeremiah Osborne. Luego se quedó junto a la ventana del salón hasta que el taxi se paró delante de la casa de los Backus.

Mientras se marchaba, un camión de reparaciones de televisión pasó a su lado. Miró hacia atrás y vio que se paraba delante de la casa de Henry Putnam.

Queridos señores, mecanografió luego en la oficina, por favor, envíenme diez folletos, a cambio de los cuales adjunto cien dólares como pago. Escribió el nombre y la dirección.

El sobre cayó en la bandeja de SALIDAS.

27 DE JULIO

Cuando Inez Ferrel salió de casa aquella noche, Theodore la siguió en su coche. En el centro, la señora Ferrel se bajó del autobús y entró en un bar llamado la Linterna Irlandesa. Tras aparcar, Theodore entró en el bar sigilosamente y se deslizó en un reservado sombrío.

Inez Ferrel estaba en la parte trasera del salón, encaramada en una banqueta. Se había quitado la chaqueta para revelar un jersey amarillo ceñido. Theodore deslizó la mirada sobre la estudiada exhibición de su busto.

Por fin, un hombre la abordó, y habló y rió y pasó un cierto tiempo con ella. Theodore los vio salir del brazo. Tras pagar su café, los siguió. Fue un paseo corto; la señora Ferrel y el hombre entraron en un hotel en la manzana siguiente.

Theodore se volvió a casa, silbando.

A la mañana siguiente, cuando Eleanor Gorse y su padre se marcharon con la señora Backus, Theodore los siguió.

Se reunió con ellos en el vestíbulo de la iglesia, cuando el servicio hubo terminado. ¿No era una coincidencia maravillosa, dijo, que él también fuera baptista? Y estrechó la mano endurecida de Donald Gorse.

Mientras paseaban bajo el sol, Theodore les preguntó si querían compartir la cena del domingo con él. La señora Backus sonrió débilmente y murmuró algo sobre su marido. Donald Gorse pareció dubitativo.

—Oh, por favor —suplicó Theodore—. Denle una alegría a un viudo solitario.

—Viudo —masculló el señor Gorse.

Theodore inclinó la cabeza.

—Hace muchos años —dijo—. Neumonía.

—¿Hace mucho que es baptista? —preguntó el señor Gorse.

—Desde que nací —dijo Theodore con fervor—. Ha sido mi único consuelo.

Para cenar, sirvió chuletas de cordero, guisantes y patatas asadas. De postre, tarta de manzana y café.

—Cuánto me alegra que quieran compartir mi humilde comida —dijo.

—Ciertamente, esto es querer a tu prójimo como a ti mismo —sonrió a Eleanor, que le devolvió la sonrisa con rigidez.

Aquella noche, cuando cayó la oscuridad, Theodore dio un paseo. Mientras pasaba junto a la casa de los McCann, oyó sonar el teléfono, y luego a James McCann gritando:

—¡Es un error, maldición! ¿Por qué narices iba a vender un maldito Ford del 57 por setecientos ochenta y nueve pavos?

Colgó el teléfono de golpe.

—¡Demonio! —aulló James McCann.

—¡Cariño, por favor, sé tolerante! —le suplicó su esposa.

El teléfono volvió a sonar.

Theodore siguió adelante.

1 DE AGOSTO

Exactamente a las dos quince de la mañana, Theodore salió a hurtadillas, arrancó una de las hiedras más largas de Joseph Alston y la depositó en la acera.

Por la mañana, cuando salía de casa, vio a Walter Morton, Jr., dirigirse a casa de los McCann con una manta, una toalla y una radio portátil. El viejo estaba recogiendo su hiedra.

—¿Se la han arrancado? —preguntó Theodore.

Joseph Alston gruñó.

—Así que fue eso —dijo Theodore.

—¿El qué? —el viejo levantó la mirada.

—Anoche —dijo Theodore— oí ruidos aquí fuera. Eché un vistazo y vi a un par de chicos.

—¿Les vio la cara? —preguntó Alston, mientras su rostro se endurecía.

—No, estaba demasiado oscuro —dijo Theodore—. Pero diría que eran... pues de la edad de los chicos de Putnam. No quiero decir que fueran ellos, por supuesto.

Joe Alston asintió lentamente, mirando calle arriba.

Theodore fue hasta el bulevar y aparcó. Veinte minutos después, Walter Morton, Jr., y Katherine McCann subían a un autobús.

En la playa, Theodore se sentó algunos metros detrás de ellos.

—Ese Mack es todo un tío —oyó que decía Walter Morton—. Si le da la gana, coge el coche y se planta en Tijuana; sólo por divertirse.

Al cabo de un rato, Morton y la chica se metieron en el mar, riéndose. Theodore se levantó y fue a una cabina telefónica.

—Me gustaría que instalaran una piscina en mi jardín la semana que viene —dijo. Dio los detalles.

De vuelta en la playa se sentó pacientemente hasta que Walter Morton y la chica estuvieron tumbados el uno en brazos del otro. Entonces, en momentos escogidos, apretó un obturador oculto en su mano. Hecho esto, regresó al coche, abotonando la parte delantera de su camisa delante de la pequeña lente. Camino de la oficina, se detuvo en una ferretería para comprar una brocha y una lata de pintura negra.

Pasó la tarde revelando las fotos. Hizo que pareciese que habían sido tomadas de noche y que la joven pareja había llegado más lejos.

El sobre cayó suavemente en la bandeja de SALIDAS.

5 DE AGOSTO

La calle estaba silenciosa y desierta. Con zapatos de tenis insonoros sobre el pavimento, Theodore se deslizó por la calle.

Encontró el cortacésped de Morton en el patio trasero. Levantándolo silenciosamente, lo llevó al otro lado de la calle, al garaje de McCann. Después de levantar cuidadosamente la puerta, deslizó la cortadora detrás de la mesa de trabajo. El sobre de las fotos lo dejó en un cajón detrás de una caja de clavos.

Tras regresar a casa, telefoneó a James McCann y, con voz ahogada, preguntó si el Ford seguía a la venta.

Por la mañana, el cartero dejó un grueso sobre en el porche de los Gorse. Eleanor Gorse salió y lo abrió, sacando uno de los folletos. Theodore observó la mirada furtiva que proyectó a su alrededor, y cómo un color oscuro teñía sus mejillas.

Mientras cortaba el césped aquella tarde, vio a Walter Morton, padre, cruzar la calle hasta donde James McCann estaba recortando los arbustos. Les oyó hablar en voz alta. Por fin, entraron en el garaje de McCann, del cual Morton salió empujando su cortacésped y sin contestar a las furiosas protestas de McCann.

Enfrente de McCann, Arthur Jefferson acababa de volver a casa del trabajo. Los dos chicos de Putnam estaban montando en bici, su perro corría detrás de ellos.

Enfrente de donde estaba Theodore, una puerta se cerró de golpe. Volvió la cabeza y vio al señor Backus, con ropa de trabajo, subiendo como una furia a su coche, mientras murmuraba disgustado:

—¡Una piscina!

Theodore miró a la casa siguiente y vio a Inez Ferrel moviéndose por su salón.

Sonrió y siguió cortando el césped por el lateral de su casa, echando vistazos al dormitorio de Eleanor Gorse. Estaba sentada, dándole la espalda, y leía algo. Cuando oyó el estrépito de su cortadora, se levantó y salió de la habitación, metiendo el sobre abultado en un cajón del escritorio.

15 DE AGOSTO

Henry Putnam abrió la puerta.

—Buenas tardes —dijo Theodore—. Espero no molestarle.

—Sólo estábamos charlando en el estudio con los padres de Irma —dijo Putnam—. Por la mañana se vuelven a Nueva York.

—Oh. Bueno, sólo será un momento —Theodore le ofreció un par de carabinas de aire comprimido—. Una fábrica para la que trabajo se estaba deshaciendo de esto —dijo—. Pensé que a sus chicos podrían gustarles.

—Desde luego —dijo Putnam. Se fue a buscar a sus hijos al estudio.

Mientras el hombre estaba ausente, Theodore cogió un par de cajas de cerillas que decían *Vinos y licores Putnam*. Se las echó al bolsillo antes de que trajera a los niños para darle las gracias.

—Ha sido muy amable, Gordon —dijo Putnam en la puerta—. Se lo agradecemos de verdad.

—Ha sido un placer —dijo Theodore.

Tras volver a casa, puso el radiorreloj a las tres quince y se acostó. Cuando empezó la música, salió al exterior con pies silenciosos y arrancó cuarenta y siete hiedras, desperdigándolas sobre la acera de Alston.

—Oh, no —dijo a Alston por la mañana. Negó con la cabeza, consternado.

Joseph Alston no habló. Miró calle abajo con ojos llenos de odio.

—Deje que le ayude —dijo Theodore. El viejo negó con la cabeza, pero Theodore insistió. Fue hasta el vivero más próximo y volvió con dos sacos de turba; luego se agachó al lado de Alston para ayudarle a replantar.

—¿Oyó algo anoche? —preguntó el viejo.

—¿Cree que han sido otra vez esos chicos? —preguntó Theodore, con la boca abierta.

—Yo no digo nada —dijo Alston.

Luego, Theodore fue hasta el centro y compró una docena de postales. Se las llevó a la oficina.

Querido Walt, escribió burdamente en el reverso de una de ellas, *las he comprado en Tijuana. ¿Son lo bastante fuertes para ti?* En la dirección del sobre, se le olvidó añadir Jr. a *Señor Walter Morton*.

A la bandeja de SALIDAS.

—¡Señora Ferrel!

Ella se estremeció sobre la banqueta.

—Oh, señor...

—Gordon —terminó, sonriente—. Qué agradable volver a verla.

—Sí —apretó los labios temblorosos.

—¿Viene por aquí a menudo? —preguntó Theodore.

—Oh, no, nunca —prorrumpió Inez Ferrel—. Es que... esta noche he quedado aquí con alguien. Con una amiga.

—Ah, ya veo —dijo Theodore—. Bueno, ¿puede hacerle compañía un viudo solitario hasta que llegue?

—Pues... —la señora Ferrel se encogió de hombros—. Supongo.

Sus labios estaban pintados de rojo brillante sobre el blanco de su piel. El jersey se pegaba como un adhesivo a la protuberancia de sus pechos.

Pasado un rato, cuando la amiga de la señora Ferrel no apareció, se deslizaron a un reservado oscuro. Allí, Theodore aprovechó la retirada de la señora Ferrel a empolvarse para deslizarse un polvo pálido y sin sabor en su bebida. A su regreso se lo bebió y, al cabo de unos minutos, estaba embriagada. Sonrió a Theodore.

—Me gusta usted, señor Gordon —confesó. Las palabras se arrastraban viscosas sobre su lengua flácida.

Poco después la llevó a su coche, tambaleante y risueña, y la condujo a un motel. Dentro del cuarto, la ayudó a quedarse en medias, ligero y zapatos y, mientras posaba con complacencia narcótica, Theodore sacó algunas fotos con flash.

Cuando se derrumbó a las dos de la mañana, Theodore la vistió y la condujo a casa. La tumbó completamente vestida sobre la cama. Después salió y esparció un veneno concentrado para las malas hierbas sobre las hiedras replantadas de Alston.

De vuelta en casa, marcó el número de Jefferson.

—Sí —dijo Arthur Jefferson irritado.

—Vete de este barrio o lo lamentarás —susurró Theodore, y luego colgó.

Por la mañana, fue a casa de la señora Ferrel y llamó al timbre.

—Hola —dijo educadamente—. ¿Se siente mejor?

Ella le miró sin expresión alguna mientras él explicaba cómo la noche anterior se había sentido repentinamente enferma y la había llevado a casa desde el bar.

—Espero que se sienta mejor —concluyó.

—Sí —dijo, confusa—. Estoy... bien.

Mientras se alejaba de su casa, vio a James McCann, con la cara enrojecida, dirigirse a casa de los Morton con un sobre en la mano. Junto a él caminaba una apesadumbrada señora McCann.

—Debemos ser tolerantes, Jim —Theodore oyó que decía.

31 DE AGOSTO

A las dos quince de la mañana, Theodore sacó la brocha y la lata de pintura y salió al exterior.

Llegó hasta casa de los Jefferson, soltó la lata y pintó sobre la puerta, con letras irregulares: ¡SUCIO NEGRO!

Luego se desplazó por la calle permitiendo que goteara ocasionalmente algo de pintura. Dejó la lata bajo el porche trasero de Henry Putnam, volcando accidentalmente el plato del perro. Afortunadamente, el perro de los Putnam dormía dentro.

Luego, echó más veneno para hierbajos a las hiedras de Joseph Alston.

Por la mañana, cuando Donald Gorse se había ido a trabajar, cogió un sobre pesado y fue a ver a Eleanor Gorse.

—Mire esto —dijo, sacando un folleto pornográfico del sobre—. Lo he recibido hoy con el correo. Fíjese —se lo arrojó a las manos.

Ella sujetó el folleto como si fuera una araña.

—¿A que es asqueroso? —dijo.

Ella hizo una mueca.

—Repugnante —dijo.

—Pensé en preguntarles a usted y a los demás antes de llamar a la policía —dijo Theodore—. ¿Ha recibido usted esta basura?

A Eleanor Gorse se le erizó el vello.

—¿Por qué iba a recibirla? —preguntó.

Fuera, Theodore encontró al viejo agachado junto a sus hiedras.

—¿Cómo están saliendo? —preguntó.

—Se mueren.

Theodore pareció consternado.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

Alston negó con la cabeza.

—Oh, esto es horrible —Theodore se alejó, riéndose en voz baja. Mientras se dirigía a su casa vio, calle arriba, a Arthur Jefferson limpiando su puerta y, enfrente, a Henry Putnam observándole atentamente.

Se la encontró esperándole en su porche.

—Señora McCann —dijo Theodore, sorprendido—. Cuánto me alegro de verla.

—Lo que he venido a decirle puede que no le alegre tanto —dijo con aire abatido.

—¿Sí? —dijo Theodore. Entraron en la casa.

—Han estado pasando muchas... cosas en este barrio desde que usted se mudó —dijo la señora McCann cuando ambos se hubieron sentado en el salón.

—¿Cosas? —preguntó Theodore.

—Creo que sabe a qué me refiero —dijo la señora McCann—. Sin embargo, esta... esta muestra de intolerancia de la puerta del señor Jefferson es demasiado, señor Gordon, demasiado.

Theodore hizo un gesto de indefensión.

—No lo entiendo.

—Por favor, no me lo ponga más difícil —dijo—. Si estas cosas no cesan, tendremos que avisar a las autoridades, señor Gordon. Me horroriza pensar en hacer algo así, pero...

—¿Las autoridades? —Theodore pareció aterrorizado.

—Nada de esto había pasado hasta que usted se mudó, señor Gordon —dijo—. Créame, me repugna lo que estoy diciendo, pero no tengo elección. El hecho de que a usted no le haya pasado nada...

Se interrumpió sobresaltada cuando un sollozo conmovió el pecho de Theodore. Se quedó mirándole.

—Señor Gordon... —empezó indecisa.

—No sé de qué cosas me está hablando —dijo Theodore con voz temblorosa—, pero me quitaría la vida antes que hacer daño a otra persona, señora McCann.

Ella miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que estaban solos.

—Voy a decirle algo que no le he contado nunca a nadie —dijo. Se secó una lágrima—. Mi nombre no es Gordon —dijo—. Es Gottlieb. Soy judío. Pasé un año en Dachau.

Los labios de la señora McCann se movieron, pero no dijo nada. Su cara se estaba poniendo roja.

—Salí de allí destrozado —dijo Theodore—. No me queda mucha vida, señora McCann. Mi esposa está muerta, mis tres hijos están muertos. Estoy completamente solo. Sólo quiero vivir en paz en un lugar tranquilo como éste, entre gente como ustedes.

«Ser un vecino, un amigo...».

—Señor... Gottlieb —dijo con la voz quebrada.

Cuando se hubo ido, Theodore permaneció en pie, silencioso, en medio del salón, con los puños blancos y apretados junto a los muslos. Luego entró en la cocina para castigarse.

—Buenos días, señora Backus —dijo una hora después cuando la pequeña mujer abrió la puerta—. ¿Podría hacerle algunas preguntas sobre nuestra iglesia?

—Oh. Oh, sí —se echó atrás titubeante—. ¿No... quiere pasar?

—Haré muy poco ruido para no despertar a su marido —susurró Theodore. Vio que miraba su mano vendada—. Me he quemado —dijo—. Ahora, respecto a la iglesia. Oh, alguien llama a su puerta trasera.

—¿Sí?

Cuando se fue a la cocina, Theodore abrió la puerta del armario del vestíbulo y dejó caer algunas fotografías detrás de una pila de zapatos y herramientas de jardinería. Cuando ella volvió, la puerta ya estaba cerrada.

—No había nadie —dijo ella.

—Podría haber jurado... —ella sonrió con desaprobación. Él miró una bolsa circular en el suelo—. Oh, ¿el señor Backus juega a los bolos?

—Los miércoles y los viernes, cuando acaba su turno —dijo—. Hay una bolera abierta toda la noche en Western Avenue.

—Me encanta jugar a los bolos —dijo Theodore.

Hizo sus preguntas sobre la iglesia, y luego se marchó. Mientras bajaba por el camino, oyó fuertes voces procedentes de casa de los Morton.

—No bastaba con Katherine McCann y esas fotos horribles —chilló la señora Morton—. Ahora, además, esta... ¡basura!

—¡Pero mamá! —gritó Walter, Jr.

14 DE SEPTIEMBRE

Theodore se despertó y apagó la radio. Ya en pie, se metió un frasquito de polvo grisáceo en el bolsillo y salió sigilosamente de la casa. Tras llegar a su destino, derramó el polvo en el recipiente del agua y lo agitó con un dedo hasta que se disolvió.

De vuelta en casa, garabateó cuatro cartas que decían: *Arthur Jefferson está intentando traspasar la frontera del color. Es mi primo y debería reconocer que es negro como los demás. Hago esto por su propio bien.*

Firmó la carta *John Thomas Jefferson* y dirigió tres de los sobres a Donald Gorse, los Morton y el señor Henry Putnam.

Hecho esto, vio a la señora Backus caminando hacia el bulevar y la siguió.

—¿Puedo acompañarla? —preguntó.

—Oh —dijo—. Por supuesto.

—Anoche eché de menos a su marido —le dijo.

Ella le lanzó una mirada.

—Decidí jugar con él a los bolos —dijo Theodore—, pero supongo que volvió a ponerse malo.

—¿Malo?

—Le pregunté al encargado de la bolera y me dijo que el señor Backus no había ido últimamente porque estaba malo.

—Oh —la voz de la señora Backus se mostró levemente afectada.

—Bueno, puede que el próximo viernes —dijo Theodore.

Luego, cuando volvió, vio un camión delante de casa de Henry Putnam. Un

hombre salía del callejón con un cuerpo envuelto en una sábana que dejó en el camión. Los críos de Putnam lloraban.

Arthur Jefferson abrió la puerta. Theodore le enseñó la carta a Jefferson y su esposa.

—Ha llegado esta mañana —dijo.

—¡Es monstruoso! —dijo Jefferson, tras leerla.

—Por supuesto que lo es —dijo Theodore.

Mientras hablaban, Jefferson miró a través de la ventana la casa de los Putnam, al otro lado de la calle.

15 DE SEPTIEMBRE

La bruma pálida de la mañana envolvía Sylmar Street. Theodore se desplazaba en silencio. Bajo el porche trasero de la casa de los Jefferson, prendió fuego a una caja de papeles mojados. Cuando empezaba a arder, cruzó el jardín y, con un solo golpe de cuchillo, rajó la piscina de goma. Mientras se marchaba, oyó cómo se derramaba el agua sobre la hierba. En el callejón, dejó caer una caja de cerillas que decía *Vinos y licores Putnam*.

Poco después de las seis de la mañana, le despertó el aullido de las sirenas y sintió que la pequeña casa temblaba al paso de los pesados camiones. Girándose sobre el costado, bostezó y murmuró:

—Bien.

17 DE SEPTIEMBRE

Fue una Dorothy Backus lívida la que abrió la puerta cuando llamó Theodore.

—¿Puedo llevarla a la iglesia? —preguntó Theodore.

—N-no creo. N-no me... siento demasiado bien —tartamudeó la señora Backus.

—Oh, lo siento —dijo Theodore. Vio los bordes de unas fotografías asomando del bolsillo de su delantal.

Mientras se marchaba, vio que los Morton se metían en el coche, Bianca sin decir palabra, los dos Walter incómodos. Calle arriba, había un coche de policía aparcado delante de la casa de Arthur Jefferson.

Theodore fue a la iglesia con Donald Gorse, que dijo que Eleanor se encontraba mal.

—Lo siento mucho —dijo Theodore.

Aquella tarde, pasó un rato en casa de los Jefferson ayudando a limpiar los restos calcinados de su porche trasero. Cuando vio la piscina de goma rajada, fue inmediatamente a una tienda y compró otra.

—Pero les encanta la piscina —dijo Theodore, cuando Patty Jefferson protestó—.

Usted misma me lo dijo.

Le guiñó el ojo a Arthur Jefferson, pero Jefferson no estaba muy comunicativo esa tarde.

23 DE SEPTIEMBRE

A primera hora de la noche, Theodore vio el perro de Alston caminando por la calle. Sacó su carabina de aire comprimido y, desde la ventana del dormitorio, sin hacer ruido, disparó. El perro se dobló por el costado y dio una vuelta sobre sí mismo. Luego, lloriqueando, se fue a casa.

Varios minutos después, Theodore salió y empezó a levantar la puerta del garaje. Vio al viejo que salía corriendo por su callejón, con el perro en brazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Theodore.

—No lo sé —dijo Alston con voz asustada, jadeante—. Está herido.

—¡Rápido! —dijo Theodore—. ¡A mi coche!

Llevó apresuradamente a Alston y el perro al veterinario más próximo, saltándose tres señales de stop y gruñendo cuando el viejo levantó la mano, rígida, y sollozó:

—¡Sangre!

Durante tres horas, Theodore permaneció sentado en la sala de espera del veterinario, hasta que el viejo salió tambaleante, su cara de un blanco grisáceo.

—No —dijo Theodore, poniéndose en pie de un salto.

Llevó al sollozante viejo al coche, y le condujo a casa. Allí, Alston dijo que prefería estar solo, así que Theodore se marchó. Poco después, el coche patrulla blanco y negro se paró delante de casa de Alston y el viejo condujo a los dos agentes hasta más allá de casa de Theodore.

Al cabo de un rato, Theodore oyó gritos furiosos calle arriba. Duraron un buen rato.

27 DE SEPTIEMBRE

—Buenas noches —dijo Theodore. Hizo una reverencia.

Eleanor Gorse asintió con rigidez.

—Les he traído a usted y su padre un guiso —dijo Theodore, sonriente, sujetando un plato cubierto por un trapo. Cuando ella le dijo que su padre no vendría a cenar esa noche, Theodore chasqueó los dientes y suspiró como si esa tarde no hubiera visto salir al viejo.

—Bueno, pues entonces —dijo, ofreciendo el plato—, para usted. Con mis mejores deseos.

Al bajar del porche vio a Arthur Jefferson y Henry Putnam de pie bajo una farola, más abajo. Mientras los miraba, Arthur Jefferson golpeó al otro hombre y,

repentinamente, se enzarzaron en una pelea junto al bordillo. Theodore echó a correr.

—¡Pero esto es terrible! —jadeó, separando a los hombres.

—¡No se meta en esto! —le advirtió Jefferson, y luego se volvió a Putnam, desafiante—. ¡Más vale que me explique ahora cómo llegó esa pintura a su porche! ¡Puede que la policía crea que fue un accidente que encontrase sus cerillas en mi calzada, pero yo no lo creo!

—No voy a decirte nada —dijo Putnam, desdeñoso—, sucio negro.

—¡Sucio negro! ¡Oh, por supuesto! ¡Tú serías el primero en creer eso, estúpido...!

Theodore se interpuso entre los dos cinco veces. Hasta que Jefferson le golpeó accidentalmente en la nariz, la tensión no remitió. Jefferson se disculpó secamente; luego, lanzando una mirada asesina a Putnam, se marchó.

—Siento que le haya pegado —se compadeció Putnam—. Maldito negro.

—Oh, sin duda se equivoca —dijo Theodore, frotándose la nariz—. El señor Jefferson me dijo que temía que la gente se creyera esos rumores. Debido al valor de sus dos casas, ¿sabe?

—¿Dos? —preguntó Putnam.

—Sí, la casa vacía que tiene al lado también es suya —dijo Theodore—. Creía que lo sabía.

—No —dijo Putnam cautelosamente.

—Bueno, ya se hace una idea —dijo Theodore—. Si la gente cree que el señor Jefferson es negro, el valor de sus casas bajará.

—Bajará el valor de todas —dijo Putnam, mirando al otro lado de la calle—. Ese sucio hijo de...

Theodore le dio una palmadita en el hombro.

—¿Los padres de su esposa están disfrutando de su estancia en Nueva York? —preguntó como cambiando de tema.

—Ahora mismo están volviendo —dijo Putnam.

—Bien —dijo Theodore.

Volvió a casa y leyó las tiras cómicas del periódico durante una hora. Luego salió.

Fue una Eleanor Gorse rubicunda la que abrió la puerta cuando llamó. Tenía la bata descompuesta, los ojos oscuros febriles.

—¿Me puede devolver el plato? —preguntó Theodore educadamente.

Ella gruñó, retrocediendo de un salto. Al pasar, la mano de él rozó la de ella. Ella se retiró como si la hubiera apuñalado.

—Ah, se lo ha comido todo —dijo Theodore, notando el leve residuo del polvo en el fondo del plato. Se dio la vuelta—. ¿Cuándo vuelve su padre? —preguntó.

Pareció que su cuerpo se tensara.

—Después de la medianoche —murmuró.

Theodore se acercó al interruptor de la pared y apagó la luz. Oyó sus jadeos en la oscuridad.

—No —murmuró ella.

—¿Esto es lo que quieres, Eleanor? —preguntó, agarrándola bruscamente.

Su abrazo fue un trago ardiente e irracional. Debajo de la bata no había nada más que carne al rojo vivo.

Luego, cuando ella estaba roncando, saciada sobre el suelo de la cocina, Theodore recogió la cámara que había dejado junto a la puerta. Levantó las persianas, colocó las extremidades de Eleanor y sacó doce fotos. Luego se fue a casa y lavó el plato.

Antes de retirarse, marcó el teléfono.

—Western Union —dijo—. Tengo un mensaje para la señora Irma Putnam de Sylmar Street 12070.

—Soy yo —dijo.

—Ambos padres muertos en accidente de tráfico esta tarde —dijo Theodore—. Esperen noticias sobre cómo proceder con los cadáveres. Jefe de Policía de Tulsa, Okla...

Al otro extremo de la línea se oyó un vagido estrangulado, un golpe sordo; luego Henry Putnam gritó «¡Irma!» y Theodore colgó.

Cuando la ambulancia se hubo marchado, salió y arrancó treinta y cinco hiedras de Joseph Alston. Entre los escombros dejó otra caja de cerillas que decía *Vinos y Licores Putnam*.

28 DE SEPTIEMBRE

Por la mañana, cuando Donald Gorse se había ido a trabajar, Theodore se acercó a la casa. Eleanor intentó cerrarle la puerta, pero él forzó la entrada.

—Quiero dinero —dijo—. Esto es mi seguro.

Arrojó copias de las fotografías y Eleanor retrocedió, sin aliento.

—Tu padre recibirá un juego de copias esta noche —dijo—, a menos que yo reciba doscientos dólares.

—¡Pero yo...!

—Esta noche.

Se marchó y condujo hasta el centro, a la oficina inmobiliaria de Jeremiah Osborne, donde puso a nombre del señor George Jackson los papeles de la casa vacía de Sylmar Street 12069. Estrechó la mano del señor Jackson.

—No se preocupe —le animó—. La familia de la puerta de al lado también es negra.

Cuando volvió a casa, había un coche patrulla delante de la casa de los Backus.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Joseph Alston, que estaba sentado en silencio en su porche.

—La señora Backus —dijo el viejo en tono mortecino—. Intentó matar a la señora Ferrel.

—¿De verdad? —dijo Theodore.

Aquella noche, en su oficina, hizo sus anotaciones en la página 700 del libro.

La señora Ferrel muere por heridas de cuchillo en un hospital local. La señora Backus está en la cárcel; sospecha que su marido comete adulterio. J. Alston acusado de envenenar a un perro, probablemente más. Los chicos de Putnam, acusados de disparar al perro de Alston y de arruinar su jardín. La señora Putnam muerta de ataque cardíaco. El señor Putnam demandado por destrucción de propiedad. Los Jefferson se cree que son negros. Los McCann y los Morton son enemigos mortales. Se cree que Katherine McCann ha mantenido relaciones con Walter Morton, Jr. Morton Jr. es enviado a un internado en Washington. Eleanor Gorse se ha ahorcado. Trabajo completo.

Hora de mudarse.

GRILLOS

(*Crickets*, 1960)

Después de la cena, bajaron al lago y miraron el reflejo de la luna sobre su superficie.

—Bonito, ¿verdad? —dijo ella.

—Ajá.

—Han sido unas vacaciones muy agradables.

—Sí que lo han sido —dijo él.

Detrás de ellos, la puerta del porche del hotel se abrió y se cerró. Alguien bajó por el camino de grava en dirección al lago. Jean echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Quién es? —preguntó Hal sin volverse.

—El hombre que vimos en el comedor —dijo ella.

Al cabo de unos momentos, el hombre estaba en pie junto a la orilla. Ni hablaba ni les miraba. Se quedó mirando los bosques distantes, al otro lado del lago.

—¿Deberíamos hablar con él? —susurró Jean.

—No lo sé —susurró él.

Volvieron a mirar el lago y el brazo de Hal se deslizó alrededor de su cintura.

De pronto, el hombre preguntó:

—¿Los oyen?

—¿Perdone? —dijo Hal.

El hombrecillo se volvió y los miró. Sus ojos parecían brillar bajo la luz de la luna.

—Les preguntaba si los oyen —dijo.

Hubo una breve pausa antes de que Hal preguntara:

—¿A quiénes?

—A los grillos.

Los dos se quedaron en silencio. Entonces Jean se aclaró la garganta.

—Sí, son agradables —dijo.

—¿Agradables?

El hombre se dio la vuelta. Al cabo de un momento, se dio la vuelta otra vez y se acercó hasta ellos.

—Me llamo John Morgan —dijo.

—Hal y Jean Galloway —le dijo Hal, y se produjo un silencio incómodo.

—Hace una noche maravillosa —tanteó Jean.

—La haría si no fuera por ellos —dijo el señor Morgan—. Los grillos.

—¿Por qué no le gustan? —preguntó Jean.

El señor Morgan pareció escuchar un momento, con la cara rígida. Su delgada garganta subió y bajó. Luego forzó una sonrisa.

—Permítanme el placer de invitarles a una copa de vino —dijo.

—Bueno... —empezó Hal.

—Por favor.

Había una urgencia repentina en la voz del señor Morgan.

El comedor era como una enorme caverna sombría. La única luz procedía de la pequeña lámpara de su mesa, que proyectaba sus sombras amorfas sobre las paredes.

—A su salud —dijo el señor Morgan, levantando el vaso.

El vino era seco y áspero. Rodó en gotas heladas por la garganta de Jean, provocándole un escalofrío.

—¿Qué les pasa a los grillos? —preguntó Hal.

El señor Morgan dejó la copa.

—No sé si debería decírselo —dijo. Los observó atentamente. Jean se sentía inquieta bajo su examen y estiró la mano para tomar un sorbo de su copa.

De pronto, con un movimiento tan brusco que hizo que su mano diera una sacudida y derramara algo de vino, el señor Morgan sacó un pequeño cuaderno de notas del bolsillo de su chaqueta. Lo depositó sobre la mesa cuidadosamente.

—Aquí tienen —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Hal.

—Un código —dijo el señor Morgan.

Observaron cómo se servía más vino, y luego dejó la botella y la sombra de la botella sobre el mantel de la mesa. Tomó la copa e hizo girar su soporte entre los dedos.

—Es el código de los grillos —dijo.

Jean se estremeció. No sabía por qué. No había nada terrible en aquellas palabras. Era la forma en que las había dicho el señor Morgan.

El señor Morgan se inclinó hacia delante, sus ojos brillando bajo la luz de la lámpara.

—Escuchen —dijo—. Cuando frotan sus alas no se limitan a producir ruidos indiscriminados —se detuvo—. Están enviando mensajes —dijo.

Jean se sintió como si fuera un pedazo de madera. Parecía que la habitación se balanceara a su alrededor, que todo se inclinara hacia ella.

—¿Por qué nos cuenta esto? —preguntó Hal.

—Porque ahora estoy seguro —dijo el señor Morgan. Se inclinó aún más—. ¿Alguna vez han prestado atención a los grillos? —preguntó—. Me refiero de verdad.

Si lo hubieran hecho, habrían distinguido un ritmo en el ruido que emiten. Un compás... un tono definido.

»Yo los he escuchado —continuó—. Los he escuchado durante siete años. Y cuanto más los escuchaba más me convencía de que su ruido era un código; que estaban enviando mensajes en la noche.

«Entonces, hace una semana, de pronto distinguí el patrón. Es como un código morse, sólo que, por supuesto, los sonidos son distintos.

El señor Morgan dejó de hablar y miró su cuaderno negro.

—Y aquí está —dijo—. Después de siete años de trabajo, aquí está. Lo he descifrado.

Su garganta se movió convulsivamente al recoger su vaso y vaciarlo de un trago.

—Bueno, ¿y qué dicen? —preguntó Hal, violento.

El señor Morgan le miró.

—Nombres —dijo—. Vean, se lo enseñaré.

Buscó en uno de sus bolsillos y extrajo un lápiz achatado. Arrancando una página en blanco de su cuaderno, empezó a escribir en ella, murmurando entre dientes.

—Uno, uno, silencio, uno, uno, uno, silencio, uno, silencio...

Hal y Jean se miraron el uno al otro. Hal intentó sonreír pero no pudo. Volvieron a mirar al hombrecillo inclinado sobre la mesa, escuchando a los grillos y escribiendo.

El señor Morgan soltó el lápiz.

—Servirá para que se hagan una idea —dijo, ofreciéndoles la hoja. La miraron.

MARIE CADMAN, decía. JOHN JOSEPH ALSTER. SAMUEL...

—Ya ven —dijo el señor Morgan—. Nombres.

—¿De quién? —Jean tuvo que hacer la pregunta, aun cuando no quería.

El señor Morgan apretó el cuaderno en un puño.

—De los muertos —contestó.

Aquella noche, Jean se metió en la cama al lado de Hal y se abrazó fuerte a él.

—Tengo frío —murmuró.

—Tienes miedo.

—¿Y tú no?

—Bueno —dijo—, si lo tengo, no es por lo que crees.

—¿Ah, no?

—No me creo lo que ha dicho. Pero podría ser un hombre peligroso. Eso es lo que me da miedo.

—¿De dónde habrá sacado esos nombres?

—Puede que sean amigos suyos —dijo—. Tal vez los sacara de lápidas. Tal vez se los inventara —gruñó suavemente—. Pero no creo que se los dijeran los grillos —

dijo.

Jean se acurrucó junto a él.

—Me alegro de que le dijeras que estábamos cansados —dijo—. No habría podido soportarlo mucho más tiempo.

—Cariño —dijo—, ese amable hombrecillo nos informa sobre los grillos y tú le menosprecias.

—Hal —dijo—, no podré volver a disfrutar de los grillos en toda mi vida.

Se apretaron mucho el uno al otro y se durmieron. Y fuera, en la oscuridad silenciosa, los grillos frotaron sus alas hasta que llegó la mañana.

El señor Morgan cruzó rápidamente el comedor y se sentó a la mesa.

—Llevo todo el día buscándoles —dijo—. Tienen que ayudarme.

Hal apretó los labios.

—¿Ayudarle a qué? —preguntó, bajando el tenedor.

—Saben que les he descubierto —dijo el señor Morgan—. Van a por mí.

—¿Quiénes, los grillos? —preguntó Hal, harto.

—No lo sé —dijo el señor Morgan—. O ellos o...

Jean sujetó el cuchillo y el tenedor con dedos rígidos. Por alguna razón, sintió que un escalofrío subía por sus piernas.

—Señor Morgan —Hal intentó sonar paciente.

—Compréndanme —suplicó el señor Morgan—. Los grillos están bajo las órdenes de los muertos. Los muertos son quienes envían estos mensajes.

—¿Por qué?

—Están recopilando una lista de todos sus nombres —dijo el señor Morgan—. Envían los nombres a través de los grillos para que los otros lo sepan.

—¿Por qué? —repitió Hal.

Las manos del señor Morgan temblaron.

—No lo sé, no lo sé —dijo—. Tal vez cuando haya nombres suficientes, cuando haya suficientes preparados, ellos... —su garganta se movió convulsivamente—. Ellos vuelvan —dijo.

Pasado un instante, Hal preguntó:

—¿Qué le hace pensar que está en peligro?

—Que mientras estaba copiando más nombres anoche —dijo el señor Morgan—, pronunciaron mi nombre.

Hal rompió el pesado silencio.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó con una voz que bordeaba la grosería.

—No se separen de mí —dijo el señor Morgan—, para que no me puedan coger.

Jean miró nerviosa a Hal.

—No les molestaré —dijo el señor Morgan—, ni siquiera me sentaré aquí, me sentaré al otro lado de la habitación. Sólo quiero tenerlos a la vista.

Se levantó rápidamente y sacó su cuaderno.

—¿Quieren ver esto? —preguntó.

Antes de que pudiera decir otra palabra, dejó la mesa y cruzó el comedor, esquivando las mesas con manteles blancos. Se sentó a unos quince metros de ellos, mirándoles directamente. Vieron que estiraba la mano y encendía la luz de la lámpara.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jean.

—Nos quedaremos un rato —dijo Hal—. Nos acabaremos la botella, y cuando esté vacía, nos iremos a la cama.

—¿Tenemos que quedarnos?

—Cariño, ¿quién sabe lo que puede pasarle por la cabeza? No quiero arriesgarme. Jean cerró los ojos y resopló cansada.

—Menuda manera de arruinarnos las vacaciones —dijo.

Hal estiró la mano y cogió el cuaderno. Al hacerlo, tomó conciencia del murmullo de los grillos en el exterior. Hojeó las páginas. Seguían un orden alfabético, y en cada página había tres letras con sus equivalentes rítmicos.

—Nos está observando —dijo Jean.

—Olvidale.

Jean se inclinó y miró el cuaderno con él. Sus ojos siguieron los conjuntos de puntos y rayas.

—¿Crees que hay algo de verdad en esto? —preguntó.

—Esperemos que no —dijo Hal.

Intentó escuchar el ruido de los grillos y encontrar algún punto de comparación con las notas. No pudo. Después de varios minutos, cerró el libro.

Cuando la botella de vino se quedó vacía, Hal se puso en pie.

—A la cama —dijo.

Antes de que Jean se hubiera levantado, el señor Morgan ya estaba a mitad de camino de su mesa.

—¿Se marchan? —preguntó.

—Señor Morgan, son casi las once —dijo Hal—. Estamos cansados. Lo siento pero tenemos que irnos a la cama.

El hombrecillo se quedó sin palabras. Miró a uno y otro con ojos suplicantes, desesperados. Parecía a punto de hablar, cuando sus estrechos hombros se hundieron y su mirada cayó al suelo. Le oyeron tragar saliva.

—¿Cuidarán del cuaderno? —preguntó.

—¿No lo quiere usted?

—No —el señor Morgan se dio la vuelta. Dio unos pasos, se detuvo y miró hacia

atrás por encima del hombro—. ¿Podrían dejar la puerta abierta para que pueda... llamarles?

—Muy bien, señor Morgan —dijo Hal.

Una leve sonrisa animó los labios del señor Morgan.

—Gracias —dijo, y se marchó.

Eran más de las cuatro cuando les despertó el chillido. Hal sintió los dedos de Jean aferrando su brazo mientras ambos se sentaban en la cama de un salto, mirando la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Jean, tragando saliva.

—No lo sé —Hal se quitó las sábanas de encima y cayó de un salto al suelo.

—¡No me dejes! —dijo Jean.

—¡Pues ven conmigo!

El pasillo estaba iluminado por una bombilla desangelada. Hal corrió sobre las tablas del suelo hacia la habitación del señor Morgan. La puerta estaba cerrada, aunque antes la había dejado abierta. Hal llamó con el puño.

—¡Señor Morgan! —gritó.

Del interior de la habitación procedía un ruido chasqueante, de roce, como de un millón de tamborcillos tocados salvajemente. El ruido hizo que la mano de Hal se retirase convulsivamente del pomo de la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Jean con un susurro aterrorizado.

No contestó. Se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer. Entonces, dentro, el ruido cesó. Hal respiró hondo y empujó la puerta hasta abrirla.

El chillido se ahogó en la garganta de Jean.

Tumbado en un charco de luz de luna salpicada de sangre estaba el señor Morgan, con la piel desgarrada como si le hubieran cortado con mil pequeñas navajas. Había un enorme agujero en la pantalla de la ventana.

Jean se quedó paralizada, un puño apretado contra la boca mientras Hal se acercaba al lado del señor Morgan. Se arrodilló junto al hombre inmóvil y palpó el pecho del señor Morgan, donde la prenda superior del pijama había sido hecha trizas. Un débil latido palpitaba bajo sus dedos temblorosos.

El señor Morgan abrió los ojos. Ojos fijos como platos que no reconocían nada, que miraban a través de Hal.

—P-H-I-L-I-P M-A-X-W-E-L-L —el señor Morgan deletreó el nombre con voz gorgoteante.

—M-A-R-Y G-A-B-R-I-E-L —deletreó el señor Morgan, con los ojos vidriosos.

El pecho se le hinchó una vez. Sus ojos se abrieron aún más.

—J-O-H-N M-O-R-G-A-N —deletreó.

Entonces sus ojos se dirigieron a Hal. De su garganta surgió un terrible traqueteo.

Como si un poder que no fuera suyo le estuviera arrancando los sonidos uno a uno, volvió a hablar.

—H-A-R-O-L-D G-A-L-L-O-W-A-Y —deletreó—. J-E-A-N G-A-L-L-O-W-A-Y.

Y entonces se quedaron solos con un muerto. Y fuera, en la noche, un millón de grillos frotaron sus alas.

PRIMER ANIVERSARIO

(First Anniversary, 1960)

Justo antes de salir de casa el jueves por la mañana, Adeline le preguntó:

—¿Todavía te sigo sabiendo amarga?

Norman le lanzó una mirada de reproche.

—¿Y bien?

Deslizó sus brazos alrededor de su cintura y mordisqueó su garganta.

—Dímelo ahora —dijo Adeline.

Norman se mostró sumiso.

—¿Es que no me lo vas a perdonar nunca? —preguntó.

—Pero si has sido tú quien lo ha dicho, querido. ¡Y en nuestro primer aniversario!

Pegó su mejilla a la de ella.

—Sí, lo dije —murmuró—. ¿No tengo derecho a un desliz de vez en cuando?

—No me has contestado.

—¿Que si sabes amarga? Por supuesto que no —la estrechó y respiró la fragancia de su pelo—. ¿Perdonado?

Ella besó la punta de su nariz y sonrió y, una vez más, él se asombró de la fortuna que le había otorgado una esposa tan magnífica. Empezaban su segundo año de matrimonio y era como si estuvieran de luna de miel.

Norman levantó la cara y la besó.

—Maldita sea —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Vuelvo a saber amarga?

—No —parecía confuso—. Ahora no sabes a nada.

—Ahora no sabe a nada —dijo el Dr. Phillips.

Norman sonrió.

—Sé que suena ridículo —dijo.

—Bueno, reconozco que es algo único —dijo Phillips.

—Más de lo que cree —añadió Norman, su sonrisa haciéndose un poco forzada.

—¿Qué quiere decir?

—No tengo problemas para saborear ninguna otra cosa.

El Dr. Phillips le miró un rato antes de hablar.

—¿Puede olerla? —preguntó después.

—Sí.

—Está seguro.

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso con...? —Norman se detuvo—. Quiere decir que los sentidos del gusto y el olfato van juntos —dijo.

Phillips asintió.

—Si puede olerla, debería ser capaz de saborearla.

—Supongo —dijo Norman—. Pero no puedo.

El Dr. Phillips gruñó irónicamente.

—Menudo problema.

—¿Alguna idea? —preguntó Norman.

—Ninguna de buenas a primera —dijo Phillips—. Aunque sospecho que se trata de alguna clase de alergia.

Norman pareció perturbado.

—Espero descubrirlo pronto —dijo.

Adeline levantó la mirada de lo que estaba removiendo cuando él entró en la cocina.

—¿Qué ha dicho el Dr. Phillips?

—Que soy alérgico a ti.

—No ha dicho eso —le reprendió.

—Que sí.

—En serio.

—Dijo que tengo que hacerme pruebas para la alergia.

—No creerá que es algo grave, ¿verdad? —preguntó Adeline.

—No.

—Oh, bien —pareció aliviada.

—De bien, nada —refunfuñó—. Tu sabor es uno de los escasos placeres que tengo en la vida.

—Para ya —ella apartó sus manos y continuó removiendo. Norman deslizó sus brazos alrededor de ella y frotó su nariz contra su nuca—. Ojalá pudiera saborearte —dijo—. Me gusta cómo sabes.

Ella levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Te quiero —dijo.

Norman se sacudió y emitió un sonido como si algo le hubiera sobresaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él olisqueó.

—¿Qué es eso? —echó un vistazo a la cocina—. ¿Hemos sacado la basura? —preguntó.

Ella contestó con calma.

—Sí, Norman.

—Bueno, pues aquí hay algo que huele fatal. Quizás... —se interrumpió, al ver la expresión de su cara. Ella apretó los labios y, de pronto, él se dio cuenta—. Cariño, no creerás que estoy diciendo que...

—¿Ah, no? —su voz era débil y temblorosa.

—Vamos, Adeline.

—Primero, tengo sabor amargo. Ahora...

La interrumpió con un largo beso.

—Te quiero —dijo—, ¿lo entiendes? Te amo. ¿Crees que intentaría hacerte daño?

Ella se estremeció en sus brazos.

—Me haces daño —susurró.

La sujetó estrechamente y le acarició el pelo. La besó suavemente en los labios, las mejillas, los ojos. Le dijo una y otra vez cuánto la quería.

Intentó ignorar el olor.

Al instante, sus ojos estuvieron abiertos y escuchó, atento. Miraba sin ver en la oscuridad. ¿Por qué se había despertado? Volvió la cabeza y estiró el brazo sobre el colchón. Al tocarla, Adeline se agitó un poco en su sueño.

Norman se volvió sobre el costado y se acercó a ella. Se apretó contra la calidez de su cuerpo, su mano deslizándose lánguidamente sobre su cadera. Apoyó su mejilla sobre la espalda y empezó a desvanecerse de nuevo en el sueño.

De pronto, sus ojos se abrieron centelleantes. Horrorizado, aplicó su nariz a la piel de ella y la olisqueó. Un hilo gélido de horror se prendió de su cerebro. Dios mío, ¿qué está pasando? Volvió a olisquear, con mayor intensidad. Se tumbó a su lado, inmóvil, intentando no perder los nervios.

Si sus sentidos del gusto y el olfato se estaban atrofiando, eso era algo que podía entender y aceptar. Pero no se trataba de eso. Mientras estaban allí tumbados, podía saborear el sabor acre del café que había bebido aquella noche. Podía oler el leve olor de los cigarrillos aplastados en el cenicero de su mesilla de noche. Con el menor esfuerzo, podía oler la lana de la manta que tenían encima.

¿Entonces, por qué? Ella era lo más importante de su vida. Era una tortura que, pedazo a pedazo, estuviera desapareciendo del alcance de sus sentidos.

Había sido su restaurante favorito desde sus días de noviazgo. Les gustaba la comida, la atmósfera tranquila, la pequeña orquesta que tocaba en las cenas y los bailes. Dándole vueltas a la cabeza, Norman lo había elegido como el lugar donde mejor podrían discutir su problema. Ahora lamentaba haberlo hecho. Ninguna atmósfera podía aliviar la tensión que sentía y expresaba.

—¿Qué otra cosa puede ser? —preguntó, infeliz—. No es nada físico —dejó a un lado su cena sin tocarla—. Tiene que ser mi mente.

—¿Pero por qué, Norman?

—Ojalá lo supiera —contestó.

Ella puso su mano sobre la de él.

—Por favor, no te preocupes —dijo.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —preguntó—. Es una pesadilla. He perdido parte de ti, Adeline.

—Cariño, no —suplicó—. No soporto verte infeliz.

—Soy infeliz —dijo. Frotó un dedo sobre el mantel—. Y acabo de decidirme a ir a ver a un analista —levantó la mirada—. Tiene que ser cosa de mi cabeza —repitió—. Y... ¡maldición! No me gusta. Quiero extirpármelo de raíz.

Se obligó a sonreír, al ver el temor en los ojos de ella.

—Oh, al demonio —dijo—. Iré a un analista. Él me arreglará. Venga, vamos a bailar.

Ella consiguió devolverle la sonrisa.

—Señorita, es usted preciosa —le dijo mientras se abrazaban en la pista de baile.

—Oh, te quiero tanto —susurró ella.

Fue en mitad del baile cuando su tacto empezó a cambiar.

Norman la apretó fuerte, su mejilla pegada a la de ella para que no viera la expresión de asco en su cara.

—¿Y ahora ha desaparecido? —concluyó el Dr. Bernstrom.

Norman expulsó una nube de humo y aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—Correcto —dijo, furioso.

—¿Cuándo?

—Esta mañana —contestó Norman. La piel se puso tensa en su mejillas—. Ni gusto. Ni olor —se estremeció irrimiblemente—. Y ahora tampoco tengo sentido del tacto.

Su voz se quebró.

—¿Qué ocurre? —suplicó—. ¿Qué clase de crisis es ésta?

—No es algo incomprensible —dijo Bernstrom.

Norman le miró con impaciencia.

—¿Entonces qué es? —preguntó—. Recuerde lo que le he dicho: sólo afecta a mi esposa. Aparte de ella...

—Lo comprendo —dijo Bernstrom.

—¿Entonces qué es?

—¿Ha oído hablar de la ceguera histérica?

—Sí.

—¿Y de la sordera histérica?

—Sí, pero...

—¿Entonces, hay alguna razón por la que no pudiera producirse una limitación histérica en los demás sentidos, también?

—Vale, pero ¿por qué?

El Dr. Bernstrom sonrió.

—Supongo —dijo—, que por eso es por lo que usted ha venido a verme.

Tarde o temprano tenía que ocurrir.

Ni la mayor cantidad de amor habría podido impedirlo. Ocurrió mientras estaba sentado solo en el salón, mirando el borrón de letras de la página del periódico.

Revisó los hechos. El miércoles por la noche la había besado y, frunciendo el ceño, dijo:

—Sabes amarga, cariño.

Ella se había puesto tensa, se había retraído. En aquel momento, él había tomado la reacción por su valor obvio: se sentía insultada. Ahora, intentaba recopilar una memoria detallada de su comportamiento posterior.

Porque el jueves por la noche había sido incapaz de saborearla en absoluto.

Norman lanzó una mirada culpable hacia la cocina donde Adeline estaba recogiendo. Excepto por el sonido de sus pisadas ocasionales, la casa estaba en silencio.

Revisa los hechos, insistió su mente. Se recostó en la silla y empezó a examinarlos.

A continuación, el sábado, había aparecido aquel hedor fétido. Era lógico que se sintiera resentida si él la acusaba de ser su origen. Pero no lo había hecho; estaba seguro. Había buscado por la cocina, le había preguntado si había sacado la basura. Y sin embargo, ella había asumido al instante que estaba hablando de ella.

Y aquella noche, cuando se había despertado, no había podido olerla.

Norman cerró los ojos. Debía de tener un buen lío en la cabeza si era capaz de justificar semejantes pensamientos. Amaba a Adeline; la necesitaba. ¿Cómo podía permitirse creer que ella era, en ningún sentido, responsable de lo que había ocurrido?

Entonces, en el restaurante, continuó su mente desbocada, mientras estaban bailando, ella le había resultado repentinamente fría al contacto. De repente le había parecido —y no podía evitar la palabra— blanda.

Y al fin, esta mañana...

Norman dejó a un lado el periódico. ¡Basta! Tembloroso, miró al otro lado de la habitación con ojos furiosos y asustados. ¡Soy yo, se dijo a sí mismo, soy yo! No iba a dejar que su mente destruyera la cosa más preciosa de su vida. No iba a dejar...

Fue como si se hubiera convertido en piedra, con los labios separados, y los ojos abiertos, y vacíos. Entonces, lentamente, tan lentamente que oyó el delicado crujir de los huesos en su cuello, se volvió para mirar hacia la cocina. Adeline se estaba

moviendo.

Pero lo que oía no eran pisadas.

Se puso en pie sin ser prácticamente consciente de su propio cuerpo. Se vio impulsado a salir del salón y cruzar el comedor, las zapatillas insonoras sobre la alfombra. Se detuvo junto a la puerta de la cocina, su rostro una máscara de algo parecido a la repugnancia al escuchar los sonidos que ella hacía al moverse.

Luego, silencio. Tomando aliento, abrió la puerta de un empujón. Adeline estaba en pie delante de la nevera abierta. Se volvió y sonrió.

—Iba a llevarte tu... —se interrumpió y le miró dubitativa—. ¿Norman? —dijo.

No pudo hablar. Se quedó paralizado en la puerta, mirándola.

—Norman, ¿qué pasa? —preguntó.

Se estremeció violentamente.

Adeline dejó el plato de pudín de chocolate y corrió hacia él. No pudo controlarse; retrocedió con un grito trémulo, su cara contorsionada.

—Norman, ¿qué te pasa?

—No lo sé —sollozó.

Una vez más, ella avanzó hacia él, deteniéndose al oír su grito de terror. De pronto, su cara se endureció como si se enfureciera al entenderlo.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó—. Quiero saberlo.

Sólo pudo negar con la cabeza.

—¡Quiero saberlo, Norman!

—No —dijo débilmente, asustado.

Ella apretó los labios.

—No puedo soportarlo más —dijo—. Lo digo en serio, Norman.

Él se apartó de su paso. Retorciéndose, vio cómo subía las escaleras, con una expresión de horror mientras escuchaba los ruidos que hacía. Tapándose los oídos con manos empalidecidas, se quedó temblando incontrolablemente. *¡Soy yo!*, volvió a decirse una y otra vez; hasta que las palabras empezaron a perder su significado. *¡Soy yo, soy yo, yo, yo!*

Arriba, la puerta del dormitorio se cerró de golpe. Norman bajó las manos y avanzó tambaleante hacia la escalera. Ella tenía que saber que él la amaba, que quería creer que era su mente. Ella tenía que entenderlo.

Abrió la puerta del dormitorio, se abrió paso a tientas a través de la oscuridad y se sentó en la cama. Oyó cómo se daba la vuelta y supo que le estaba mirando.

—Lo siento —dijo—. Estoy... enfermo.

—No —dijo ella. Su voz estaba muerta.

Norman la miró.

—¿Qué?

—No tengo problemas con otras personas, ni con nuestros amigos, ni con los

comerciantes... —dijo—. Ellos no me ven lo suficiente. Contigo, es distinto. Estamos juntos demasiado a menudo. El esfuerzo de ocultártelo hora tras hora, día tras día, durante un año entero, es demasiado para mí. He perdido el poder de controlar tu mente. Lo único que puedo hacer ahora es... anular tus sentidos uno a uno.

—No me estarás...

—... ¿diciendo que esas cosas son reales? Son reales. El gusto, el olor, el... y lo que has oído esta noche. Yo soy real.

Se quedó inmóvil, mirando su forma oscura.

—Debería haberte quitado todos los sentidos cuando empezó —dijo—. Entonces habría sido fácil. Ahora es demasiado tarde.

—¿De qué estás hablando? —él apenas podía hablar.

—¡No es justo! —chilló su voz—. ¡He sido una buena esposa para ti! ¿Por qué tengo que volver? ¡No quiero volver! Encontraré a otro. ¡La próxima vez no cometeré el mismo error!

Norman se apartó de ella y se levantó sobre piernas tambaleantes, sus dedos buscando la lámpara.

—¡No la toques! —ordenó la voz.

La luz centelleó cegadora ante sus ojos. Oyó un golpe en la cama y se volvió. Ni siquiera pudo gritar. El sonido se coaguló en su garganta al ver la masa sin forma levantarse, goteando putrefacción.

—¡Muy bien! —las palabras explotaron en su cerebro con una ilusión de sonido—. ¡Muy bien, pues entonces mírame!

Todos sus sentidos volvieron de golpe. El aire estaba cargado de su olor. Norman retrocedió, perdió el equilibrio, cayó. Vio el bulto amorfo levantarse de la cama y dirigirse hacia él. Su mente fue engullida por una negrura devoradora y le pareció que huía a lo largo de un pasillo cubierto por la noche, perseguido por una voz suplicante que repetía incesantemente:

—¡Por favor! ¡No quiero volver! ¡Ninguna de nosotras quiere volver! ¡Ámame, déjame quedarme contigo! Ámame, ámame, ámame...

EL SEMBLANTE DE JULIE

(*The Likeness of Julie*, 1962)

OCTUBRE

Eddy Foster nunca se había fijado en la chica de la clase de literatura hasta aquel día.

No era porque se sentara detrás de él. Varias veces había mirado hacia atrás cuando el profesor Euston estaba escribiendo en la pizarra o leyéndoles pasajes de *College Literature*. En algunas ocasiones, la había visto al entrar o salir de clase. Ocasionalmente, había pasado a su lado en los pasillos o en el campus. Una vez, incluso la había tocado en el hombro durante la clase y le había dado un lápiz que se le había caído del bolsillo.

Sin embargo, nunca se había fijado en ella de la misma manera que se fijaba en otras chicas. Para empezar, no tenía buen tipo, o si lo tenía, lo mantenía escondido bajo unas ropas amplias. En segundo lugar, no era guapa y parecía demasiado joven. En tercero, su voz era débil y chillona.

Por todo lo cual fue curioso que se fijara en ella aquel día. A lo largo de toda la clase, había estado pensando en la pelirroja de la primera fila. En el teatro de su mente, la había hecho representar —acompañada por él— una interminable obra carnal. Apenas estaba levantando el telón de otro acto cuando oyó la voz detrás de él.

—¿Profesor? —preguntó.

—Sí, señorita Eldridge.

Eddy miró por encima de su hombro mientras la señorita Eldridge hacía una pregunta sobre *Beowulf*. Vio la simpleza de la cara de la muchachita, oyó su voz dubitativa, se fijó en el amplio jersey amarillo que llevaba. Y, mientras la miraba, la idea le sobrevino repentinamente.

Tómala.

Eddy se dio la vuelta rápidamente, su corazón palpitante como si hubiera dicho las palabras en voz alta. Contuvo una sonrisa. Menuda idea tan absurda. ¿Tomarla? ¿Con ese tipo? ¿Con esa cara de cría?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que era su cara lo que le había dado la idea. Su mismo aire infantil parecía espolearle perversamente.

Oyó un ruido detrás. Eddy echó un vistazo. La chica había dejado caer su boli y se inclinaba para recogerlo. Eddy sintió un cosquilleo recorriendo su piel al notar la presión de su pecho contra el jersey tirante. A lo mejor resultaba que sí tenía buen

tipo. Eso lo hacía todavía más emocionante. Una niña temerosa de mostrar su cuerpo maduro. La idea prendió un fuego oscuro en la mente de Eddy.

Eldridge, Julie, decía el anuario. *San Luis, Artes y Ciencias*. Como esperaba, no pertenecía a ninguna hermandad ni organización. Miró su fotografía y pareció que cobraba vida en su imaginación. Tímida, retraída, encerrada en un cascarón de represiones pervertidas.

Tenía que poseerla.

¿Por qué? Se hizo la pregunta innumerables veces pero no encontró una respuesta lógica. Sin embargo, siempre había alguna imagen de ella rondándole la cabeza. Los dos, encerrados en una habitación del *Hiway Motel*, el radiador asfixiando sus pulmones con aire caliente mientras se daban un festín cada uno en la carne del otro; él y su inocente degradada.

La campana había sonado y, mientras los estudiantes abandonaban la clase, a Julie se le cayeron los libros.

—Toma, se te han caído —dijo Eddy.

—Oh —se quedó inmóvil mientras los recogía. Con el rabillo del ojo, vio la suavidad marfileña de sus piernas. Se estremeció y se levantó con los libros.

—Toma —dijo.

—Gracias —sus ojos se inclinaron y un levísimo toque de color asomó a sus mejillas. No estaba tan mal, pensó Eddy. Y sí que tenía buen tipo. No demasiado, pero suficiente.

—¿Qué es lo que tenemos que leer para mañana? —se oyó preguntar a sí mismo.

—El... “Cuento de la esposa de Bath”, ¿no es eso? —preguntó.

—Oh, ¿eso? —pídele una cita, pensó.

—Sí. Eso creo.

Asintió. Pídesela ahora, pensó.

—Bueno —dijo Julie. Empezó a darse la vuelta.

Eddy sonrió levemente y sintió que los músculos de su estómago temblaban.

—Nos vemos —dijo.

Se quedó en pie en la oscuridad, mirando la ventana de ella. Dentro de la habitación, la luz se encendió cuando Julie volvió del cuarto de baño. Llevaba un albornoz de felpa y una toalla, una manopla de baño y una jabonera de plástico. Eddy vio cómo dejaba la manopla y la jabonera sobre su escritorio y se sentaba en la cama. Se quedó allí, rígido, observándola con ojos que no parpadeaban. ¿Qué estaba haciendo allí?, pensó. Si alguien le pillaba, le arrestarían. Tenía que irse.

Julie se levantó. Deshizo el nudo que llevaba a la cintura y el albornoz se deslizó

hasta el suelo. Eddy se quedó paralizado. Separó los labios, tragando aire húmedo. Tenía el cuerpo de una mujer, con caderas y pechos prominentes. Y con esa cara de niña bonita...

Eddy sintió que el aliento caliente se abría camino entre sus labios. Murmuró:

—Julie, Julie, Julie...

Julie se dio la vuelta para vestirse.

* * *

La idea era una locura. Lo sabía pero no podía quitársela de encima.

No importaba cuánto intentara pensar en otra cosa, aquella idea seguía volviendo.

La invitaría a un autocine, drogaría su coca-cola, y se la llevaría al *Hiway Motel*. Para garantizar su seguridad posterior, le sacaría fotografías y amenazaría con enviárselas a sus padres si decía algo.

La idea era una locura. Lo sabía pero no podía resistirse. Tenía que hacerlo ahora, ahora que todavía era una desconocida para él; una hembra desconocida con cara de niña y cuerpo de mujer. Eso era lo que quería, no un individuo.

¡No! ¡Era una locura! Faltó a dos clases de literatura seguidas. Se fue a pasar el fin de semana a casa. Vio un montón de películas. Leyó revistas y dio largos paseos. Podía superarlo.

—¿Señorita Elridge?

Julie se detuvo. Cuando se volvió para mirarle, el sol le hizo ondas en el pelo. Estaba muy guapa, pensó Eddy.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó.

—Vale —dijo ella.

Pasearon por el camino del campus.

—Me preguntaba —dijo Eddy— si querías ir a ver la película del auto-cine el viernes por la noche.

Le sorprendió lo tranquilo de su voz.

—Oh —dijo Julie. Le miró con timidez—. ¿Qué ponen? —preguntó.

Se lo dijo.

—Parece bonita —dijo ella.

Eddy tragó saliva.

—Bien —respondió—. ¿A qué hora paso a recogerte?

Luego se preguntó si no le habría parecido extraño que no le preguntara dónde vivía.

La luz estaba encendida en el porche de la casa donde ella se alojaba. Eddy apretó el timbre y esperó, mirando cómo dos polillas aleteaban alrededor de la luz. Al cabo de un momento, Julie abrió la puerta. Pensó que parecía casi preciosa. Nunca la había visto tan bien vestida.

—Hola —dijo ella.

—Hola —contestó él—. ¿Lista?

—Voy a por mi abrigo —fue por el pasillo hasta su habitación. Allí se había mostrado desnuda aquella noche, su cuerpo deslumbrante bajo la luz. Eddy apretó los dientes. Todo iría bien. Nunca se lo contaría a nadie cuando viera las fotografías que iba a sacar.

Julie volvió por el pasillo y se fueron al coche. Eddy le abrió la puerta.

—Gracias —murmuró. Mientras se sentaba, Eddy pudo atisbar las rodillas envueltas en medias antes de que pudiera bajarse la falda. Cerró la puerta y rodeó el coche. Tenía la garganta seca.

Diez minutos después, aparcaba el coche en un hueco libre en la última fila del autocine y apagaba el motor. Estiró la mano, sacó el altavoz de su poste y lo enganchó en la ventana. Estaban poniendo dibujos animados.

—¿Quieres unas palomitas y una coca-cola? —preguntó, sintiendo un repentino ataque de terror por si decía que no.

—Sí. Gracias —dijo Julie.

—Volveré en seguida —Eddy salió del coche y se dirigió a la cafetería. Le temblaban las piernas.

Esperó entre la muchedumbre de estudiantes, viendo sólo sus propios pensamientos. Una y otra vez, cerraba con llave la puerta de la habitación del motel, bajaba las persianas, apagaba todas las luces, encendía el radiador. Una y otra vez, se acercaba a donde Julie yacía estupefacta e indefensa sobre la cama.

—¿Dígame? —dijo el dependiente.

Eddy dio un respingo.

—Ah... dos de palomitas y una coca-cola grande y otra pequeña —dijo.

Sintió que empezaba a temblar convulsivamente. No podría hacerlo. Se arriesgaba a pasar en la cárcel el resto de su vida. Pagó al hombre mecánicamente y se marchó con la bandeja de cartón. Las fotografías, idiota, pensó. Son tu protección. Sintió que un deseo furioso hacía temblar todo su cuerpo. Nada iba a detenerle. En el camino de vuelta al coche, vació el contenido del paquete en la coca-cola pequeña.

Cuando abrió la puerta y se metió, Julie estaba sentada en silencio. La película había empezado.

—Aquí tienes tu coca-cola —dijo. Le dio el vaso pequeño con su paquete de palomitas.

—Gracias —dijo Julie.

Eddy se puso a ver la película. Sintió que su corazón latía lentamente, como un tambor. Sintió los insectos de la transpiración correteando por su espalda y sus costados. Las palomitas estaban secas y no sabían a nada. No paraba de beber coca-cola para humedecerse la garganta. Pronto, pensó. Apretó los labios y miró la pantalla. Oía a Julie comer palomitas, la oía beber coca-cola.

Los pensamientos acudían cada vez más rápidos; la puerta cerrada, las persianas bajadas, la habitación, un horno iluminado mientras se retorcían juntos en la cama. Ya estaban haciendo cosas que Eddy casi nunca había imaginado. Cosas salvajes, dementes. Era su cara, pensó. Su maldita cara de ángel. Hacía que la mente buscara todas las salidas negras que pudiera encontrar.

Eddy miró a Julie. Sintió que sus manos se retraían tan repentinamente que derramó coca-cola sobre los pantalones. Su vaso vacío había caído al suelo, el paquete de palomitas estaba volcado sobre su regazo. Su cabeza estaba apoyada sobre el respaldo del asiento y, durante un espantoso momento, Eddy pensó que había muerto.

Entonces respiró roncamente y volvió su cabeza hacia él. Vio que su lengua se movía, oscura y perezosa, sobre sus labios.

De pronto, volvió a estar poseído de una calma absoluta. Quitó el altavoz de la ventanilla y lo colgó fuera. Tiró los vasos y los paquetes. Arrancó el motor y retrocedió hacia la calle de salida. Encendió las luces de posición y salió del cine.

Hiway Motel. El cartel parpadeaba desde medio kilómetro de distancia. Durante un segundo, a Eddy le pareció leer *Completo* y emitió un gemido de temor. Luego vio que se había equivocado. Todavía estaba temblando cuando hizo girar el coche por el camino de entrada y aparcó a un lado de recepción.

Haciendo acopio de valor, entró y tocó el timbre. Estuvo muy tranquilo y el hombre no le dijo ni una palabra. Hizo que Eddy rellenara la tarjeta de registro y le dio la llave.

Eddy aparcó el coche en el aparcamiento cubierto junto a su habitación. Metió la cámara en el cuarto y luego salió y echó un vistazo alrededor. No había nadie a la vista. Corrió al coche y abrió la puerta. Cargó con Julie hasta la puerta de la habitación, sus zapatos crujiendo sobre la grava. La metió en la habitación oscura y la dejó caer sobre la cama.

Así que aquello era su sueño hecho realidad. La puerta estaba cerrada. Dio vueltas por la habitación con piernas temblorosas, bajando las persianas. Encendió el radiador. Encontró el interruptor de la luz junto a la puerta y lo activó. Encendió todas las lámparas y les quitó las pantallas. Dejó caer una de ellas, que rodó sobre la alfombra. La dejó allí. Fue a donde Julie estaba tirada.

Al caer sobre la cama, su falda se había levantado hasta los muslos. Podía ver el

extremo superior de sus medias y los botones de las ligas atados a ellas. Tragando saliva, Eddy se sentó y la puso en posición sedente. Le quitó el jersey. Tembloroso, le pasó la mano por detrás y le desabrochó el sujetador; sus pechos se liberaron. Rápidamente, bajó la cremallera de la falda y se la quitó.

En apenas unos segundos, estaba desnuda. Eddy la colocó sobre las almohadas, haciendo que posara. *Santo Cielo, qué cuerpo.* Eddy cerró los ojos y se estremeció. *No*, pensó, esto es lo importante. Primero haz las fotografías y así estarás a salvo. Luego no podrá hacerte nada; estará demasiado asustada. Se levantó, tenso, y cogió la cámara. Preparó los ajustes. La centró en el objetivo. Entonces habló.

—Abre los ojos —dijo.

Julie lo hizo.

* * *

Volvió a casa de ella antes de las seis de la mañana siguiente. Subió cautelosamente por el pasillo hasta llegar al jardín bajo su ventana. No había dormido en toda la noche. Sus ojos estaban secos y calientes.

Julie estaba en la cama, exactamente como la había dejado. La miró un momento, sus latidos lentos y pesados. Entonces arrastró un clavo sobre la pantalla.

—Julie —dijo.

Ella murmuró indistintamente y se puso de lado. Ahora le miraba de frente.

—Julie.

Sus ojos parpadearon y se abrieron. Le miró aturdida.

—¿Quién es? —preguntó.

—Eddy. Déjame entrar.

—¿Eddy?

De pronto, respiró hondo y se encogió, y él supo que lo recordaba.

—Déjame entrar o tendrás problemas —murmuró. Podía sentir que sus piernas empezaban a temblar.

Julie se quedó inmóvil unos segundos, sus ojos fijos en los de él. Entonces se puso en pie y avanzó haciendo eses hacia la puerta. Eddy se dirigió al callejón de entrada. Lo recorrió nerviosamente, y estaba subiendo los escalones del porche cuando ella salió.

—¿Qué quieres? —susurró. Estaba excitante, medio dormida, con las ropas y el pelo revuelto.

—Entrar —dijo.

Julie se puso firme.

—No.

—Está bien, vale —dijo, tomándola bruscamente de la mano—. Hablaremos en mi coche.

Ella le acompañó al coche y, cuando se deslizó a su lado, notó que estaba temblando.

—Encenderé la calefacción —dijo. Sonó estúpidamente inane. Había ido allí a amenazarla, no a consolarla. Furioso, arrancó el motor y se apartó del bordillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Julie.

Al principio no lo sabía. Luego, repentinamente, pensó en el sitio a las afueras de la ciudad donde siempre aparcaban las parejas de estudiantes. A aquellas horas estaría desierto. Eddy sintió un cosquilleo en el cuerpo y pisó el acelerador. Dieciséis minutos después, el coche estaba en medio del bosque silencioso. Una bruma pálida flotaba sobre el suelo y parecía envolver los árboles.

Julie ya no estaba temblando; el interior del coche estaba caliente.

—¿Qué ocurre? —preguntó, débilmente.

Siguiendo un impulso, Eddy metió la mano dentro del bolsillo interior de su chaqueta y sacó las fotografías. Las arrojó sobre su regazo.

Julie no emitió ningún sonido. Se quedó mirando las fotografías con ojos paralizados, sus dedos sacudiéndose mientras las sujetaba.

—P-por si se te ocurre llamar a la policía —balbució Eddy. Apretó los dientes. ¡Díselo!, pensó salvajemente. Con voz sorda y cruda le dijo todo lo que había hecho la noche anterior. La cara de Julie se volvió pálida y rígida mientras escuchaba. Sus manos se apretaron tensamente. Fuera, la niebla parecía elevarse alrededor de las ventanillas como un fluido de tiza. Les rodeaba.

—¿Quieres dinero? —susurró Julie.

—Quítate la ropa —dijo él. Se le ocurrió pensar que no era su voz. Sonaba demasiado maligna, demasiado inhumana.

Entonces Julie sollozó y Eddy sintió un chorro de furia cegadora que hervía dentro de él. Echó la mano hacia atrás, la vio agitarse en un borrón de movimiento, oyó su sonido golpeándola en la boca, sintió el escozor en los nudillos.

—¡Que te la quites!

Su voz sonó ensordecedora en el sofocante espacio cerrado del coche. Eddy pestañeó y boqueó para tomar aliento. Miró aturdido a Julie que, sollozando, empezó a quitarse la ropa. Un hilillo de sangre goteaba de la comisura de sus labios. *No, no*, oyó suplicar a una voz en su cabeza. *No lo hagas*. Se desvaneció rápidamente al palparla con manos extrañas.

Cuando llegó a casa a las diez de la mañana, había sangre y piel bajo sus uñas. Al verlo, se sintió repentinamente enfermo. Se tumbó estremeciéndose en la cama, con los labios temblando, los ojos mirando el techo. Se acabó, pensó. Tenía las fotografías. No tendría que volver a verla. Si volvía a verla sería su fin. Su cerebro ya

se sentía como una esponja podrida, tan empapado de corrupción que la presión de su cráneo provocaba un derrame constante sobre sus pensamientos. Intentó dormir, pero lo que hizo fue pensar en las magulladuras de su precioso cuerpo, en los arañazos, en las marcas de las mordeduras. La oyó gritar en su mente.

No volvería a verla.

DICIEMBRE

Julie abrió los ojos y vio pequeñas sombras cayendo sobre la pared. Volvió la cabeza y miró a través de la ventana. Empezaba a nevar. La blancura le recordó la mañana que Eddy le había enseñado por vez primera las fotografías.

Las fotografías. Aquello era lo que la había despertado. Cerró los ojos y se concentró. Estaba ardiendo. Podía ver las copias y los negativos desperdigados por el fondo de una gran bandeja de esmalte, de las que se utilizan para revelar películas. Llamas brillantes crepitaban sobre ellas y el esmalte se emborronaba.

Julie contuvo el aliento. Forzó su visión mental aún más para examinar la habitación que quedaba iluminada por la bandeja de esmalte en llamas, hasta que se posó sobre la cosa rota que se balanceaba y oscilaba, colgada del gancho del armario.

Suspiró. No había durado mucho. Ese era el problema de una mente como la de Eddy. La misma debilidad que la hacía vulnerable a ella, no tardaba en provocar su fin. Julie abrió los ojos, su cara de niña fea fruncida en una sonrisa. Bueno, había otros.

Estiró su escuálido cuerpo lánguidamente. La pose ante la ventana, la coca-cola drogada, las fotografías del motel, todo aquello se estaba volviendo aburrido ya, aunque aquel sitio en el bosque era maravilloso. Especialmente a primera hora de la mañana, con la niebla, y el coche caliente como un horno. Eso lo conservaría durante un tiempo; y la violencia, por supuesto. Del resto tendría que deshacerse. Ya pensaría algo mejor la próxima vez.

Philip Harrison nunca se había fijado en la chica de la clase de Física hasta aquel día...

PRESA

(Prey, 1969)

Amelia llegó a su apartamento a las seis catorce. Tras colgar su abrigo en el armario del vestíbulo, llevó el pequeño paquete al salón y se sentó en el sofá. Se quitó los zapatos mientras desenvolvía el paquete, apoyándolo en el regazo. La caja de madera parecía un ataúd. Amelia levantó la tapa y sonrió. Era la figurita más fea que había visto nunca. Medía diecisiete centímetros de largo y estaba tallada en madera, tenía un cuerpo esquelético y una cabeza desproporcionada. Su expresión era maniáticamente feroz, sus dientes puntiagudos estaban completamente a la vista, sus ojos ardientes eran protuberantes. Sujetaba una lanza de veinte centímetros en la mano derecha. Una cadena de exquisito oro envolvía su cuerpo desde los hombros a las rodillas. Un pequeño pergamino estaba calzado entre la figurita y la pared interior de la caja. Amelia lo sacó y lo desenrolló. Estaba escrito a mano. *Éste es El Que Mata*, empezaba. *Es un cazador mortífero*, Amelia sonrió mientras leía el resto del texto. Arthur se pondría contento.

Al pensar en Arthur se volvió para mirar el teléfono que tenía en la mesa de al lado. Al cabo de un rato, suspiró y dejó la caja de madera en el sofá. Se puso el teléfono sobre el regazo, levantó el aparato y marcó un número.

Contestó su madre.

—Hola, mamá —dijo Amelia.

—¿Todavía no has salido? —preguntó su madre.

Amelia se puso a la defensiva.

—Mamá, sé que es viernes por la noche... —empezó.

No pudo acabar. La línea se había quedado en silencio. Amelia cerró los ojos. Mamá, por favor, pensó. Tragó saliva.

—Hay un hombre —dijo—. Se llama Arthur Breslow. Es profesor de instituto.

—No vas a venir —dijo su madre.

Amelia se estremeció.

—Es su cumpleaños —dijo. Abrió los ojos y miró la figurita—. Le prometí que... que pasaríamos juntos la velada.

Su madre se quedó en silencio. De todas formas, esta noche no ponen ninguna película buena, continuó la mente de Amelia.

—Podríamos ir mañana por la noche —dijo.

Su madre seguía en silencio.

—¿Mamá?

—Ahora incluso el viernes por la noche es demasiado para ti.

—Mamá, te veo dos o tres veces a la semana.

—Me visitas —dijo su madre—. Cuando aquí tienes tu propia habitación.

—Mamá, no empecemos de nuevo —dijo Amelia. No soy una niña, pensó. ¡Deja de tratarme como si fuera una niña!

—¿Cuánto tiempo llevas viéndole? —preguntó su madre.

—Un mes, más o menos.

—Sin decírmelo —dijo su madre.

—Tenía toda la intención de contártelo —a Amelia empezaba a palparle la cabeza. No voy a tener un dolor de cabeza, se dijo a sí misma. Miró la figurita. Parecía que la estuviera mirando.

—Es un hombre agradable, mamá —dijo.

Su madre no habló. Amelia sintió que los músculos de su estómago se tensaban. Esta noche no voy a poder comer, pensó.

Súbitamente, se dio cuenta de que estaba acurrucada junto al teléfono. Se obligó a sentarse erguida. *Tengo treinta y tres años*, pensó. Estirando la mano, sacó la figurita de su caja.

—Deberías ver lo que voy a regalarle por su cumpleaños —dijo—. Lo he encontrado en una tienda de antigüedades de Third Avenue. Es un fetiche zuni genuino, extremadamente raro. Arthur es un fanático de la antropología. Por eso se lo he comprado.

Se produjo un silencio en la línea. Muy bien, no hables, pensó Amelia.

—Es un fetiche de caza —continuó, esforzándose por parecer despreocupada—. Se supone que dentro de él está atrapado el espíritu de un cazador zuni. Lleva una cadena de oro alrededor para impedir que el espíritu... —no se le ocurría la palabra; pasó un dedo tembloroso sobre la cadena— escape, supongo —dijo—. Se llama El Que Mata. Deberías verle la cara —sintió que lágrimas calientes chorreaban sobre sus mejillas.

—Que te diviertas —dijo su madre, colgando.

Amelia miró el aparato, y escuchó el tono de línea. ¿Por qué era siempre lo mismo?, pensó. Dejó el aparato en la horquilla y puso a un lado el teléfono. La habitación oscurecida le parecía borrosa. Depositó la figurita sobre el borde de la mesa del café y se puso en pie. Voy a darme un baño, pensó. Voy a reunirme con él y vamos a pasarlo genial. Cruzó el salón. Genial, repitió su mente de forma vacía. Sabía que no era posible. ¡Oh, mamá!, pensó. Apretó los puños con furia impotente mientras entraba en el dormitorio.

En el salón, la figurita se cayó del borde de la mesa. Aterrizó con la cabeza para abajo y la punta de la lanza, clavándose en la alfombra; levantó las piernas de la

figurita en el aire.

La fina cadena de oro empezó a deslizarse hacia abajo.

Ya casi se había hecho de noche cuando Amelia volvió al salón. Se había quitado la ropa y llevaba el albornoz de felpa. En el cuarto de baño, el agua corría por la bañera.

Se sentó en el sofá y se puso el teléfono sobre el regazo. Se quedó mirándolo durante varios minutos. Por fin, suspirando profundamente, levantó el auricular y marcó un número.

—¿Arthur? —dijo cuando él contestó.

—¿Sí? —Amelia conocía el tono, agradable pero suspicaz. No fue capaz de hablar.

—Tu madre —dijo Arthur por fin.

Algo frío y pesado se hundió en su estómago.

—Es nuestra noche juntas —explicó—. Todos los viernes... —Se detuvo y esperó. Arthur no dijo nada—. Te lo he mencionado antes —dijo.

—Sé que lo has mencionado —dijo él.

Amelia se frotó la sien.

—Todavía sigue dirigiendo tu vida, ¿verdad? —dijo él.

Amelia se puso tensa.

—Es sólo que no quiero herir sus sentimientos —dijo—. Ya fue bastante duro para ella que me marchara de casa.

—Yo tampoco quiero herir sus sentimientos —dijo Arthur—. Pero ¿sabes cuántos cumpleaños tengo al año? Habíamos hecho planes.

—Lo sé —sintió que los músculos de su estómago volvían a tensarse.

—¿De verdad vas a dejar que te haga esto? —preguntó Arthur—. ¿Una noche de viernes en todo el año?

Amelia cerró los ojos. Sus labios se movieron sin hacer ningún ruido. Es que no puedo herir sus sentimientos, pensó. Tragó saliva.

—Es mi madre —dijo.

—Muy bien —dijo él—. Lo siento. Esperaba impaciente este día, pero... —se detuvo—. Lo siento —dijo. Colgó lentamente.

Amelia se quedó sentada en silencio durante largo rato, escuchando el tono de llamada. Dio un respingo al oír que la voz grabada decía muy fuerte:

—Por favor, cuelgue.

Soltó el auricular y devolvió el teléfono a su mesa. Adiós a mi regalo de cumpleaños, pensó. Ya no tenía sentido dárselo a Arthur. Estiró la mano, encendiendo la lámpara de la mesa. Devolvería la figurita al día siguiente.

La figurita no estaba en la mesa del café. Al mirar hacia abajo, Amelia vio la

cadena de oro tirada en la alfombra. Se bajó del sofá, se puso de rodillas, la recogió, y la dejó en la caja de madera. La figurita no estaba bajo la mesa del café. Inclínándose, Amelia palpó bajo el sofá.

Lanzó un grito y retiró la mano. Se enderezó, se volvió hacia la lámpara y se miró la mano. Tenía algo metido debajo de la uña del dedo índice. Al sacarlo, sintió un escalofrío. Era la punta de la lanza de la figurita. La dejó caer en la caja y se metió el dedo en la boca. Volviendo a inclinarse, palpó más cautelosamente bajo el sofá.

No podía encontrar la figurita. Se irguió con un gemido de cansancio y empezó a separar un extremo del sofá de la pared. Pesaba terriblemente. Recordó la noche que ella y su madre habían ido a comprar los muebles. Había querido amueblar el apartamento en un estilo danés moderno. Su madre insistió en aquel sofá pesado de arce. Estaba de oferta. Amelia refunfuñó mientras lo apartaba de la pared. Se daba cuenta de que el agua corría en el cuarto de baño. Sería mejor que cerrara el grifo pronto.

Miró la parte de la alfombra que había despejado, y vio el palo de la lanza. La figurita no estaba al lado. Amelia lo recogió y lo puso sobre la mesa del café. Decidió que la figurita estaba atrapada bajo el sofá; cuando había movido el sofá, había movido también la figurita.

Le pareció oír un ruido detrás, leve, como de una piedra que saltara sobre el agua. Amelia se dio la vuelta. El sonido había cesado. Sintió un escalofrío subiendo por sus pantorrillas.

—Es El Que Mata —dijo con una sonrisa—. Se ha quitado la cadena y ha...

Se interrumpió bruscamente. Estaba segura de que había oído un ruido dentro de la cocina, un ruido metálico, chirriante. Amelia tragó saliva, nerviosa. ¿Qué está pasando?, pensó. Cruzó el salón y entró en la cocina, encendiendo la luz. Echó un vistazo dentro. Todo parecía normal. Su mirada se trasladó titubeante al horno, a la cazuela de agua que tenía encima, a la mesa y la silla, los cajones y las puertas de los armarios, todas cerradas, el reloj eléctrico, la pequeña nevera con el libro de cocina encima de ella, la foto de la pared, el sujetacuchillos pegado al lado del armario...

... con su cuchillo pequeño desaparecido.

Amelia miró el sujetacuchillos. No seas tonta, se dijo. Habría metido el cuchillo en el cajón, nada más. Entró en la cocina y abrió el cajón de los cubiertos. El cuchillo no estaba dentro.

Otro sonido hizo que bajase la mirada rápidamente al suelo. Abrió la boca horrorizada. Durante un momento, no pudo reaccionar; luego, dirigiéndose a la puerta, miró dentro del salón, su corazón palpitante. ¿Había sido su imaginación? Estaba segura de haber visto un movimiento.

—Oh, vamos —dijo. Hizo un ruido despectivo. No había visto nada.

Al otro lado de la habitación, la lámpara se apagó.

Amelia dio tal salto de sorpresa que se rozó el codo derecho con el quicio de la puerta. Lanzando un chillido, se agarró el codo con la mano derecha y cerró los ojos momentáneamente, su cara una máscara de dolor.

Abrió los ojos y miró el salón oscurecido.

—Vamos —se dijo, irritada. Tres ruidos y una bombilla fundida no significaban algo tan estúpido como...

Rechazó el pensamiento. Tenía que cortar el agua. Abandonó la cocina y salió hacia el pasillo. Se frotó el codo, haciendo muecas.

Se produjo otro ruido. Amelia se quedó paralizada. Algo se acercaba a ella por la alfombra. Bajó la mirada estúpidamente. No, pensó.

Entonces lo vio, un movimiento rápido cerca del suelo. Vio un fulgor metálico y, al instante, notó un dolor penetrante en su pantorrilla derecha. Amelia tragó saliva. Lanzó una patada a ciegas. Dolor otra vez. Sintió la sangre caliente chorreando sobre su piel. Se dio la vuelta y se precipitó al pasillo. La alfombra resbaló bajo ella y se cayó contra la pared, el dolor caliente atravesándole el tobillo derecho. Se agarró a la pared para no caerse, y luego se apoyó sobre el costado. Palpó a su alrededor con un sollozo de miedo.

Más movimiento, oscuridad sobre oscuridad. Dolor en su pantorrilla izquierda, y luego otra vez en la derecha. Amelia lanzó un chillido. Algo le había rozado el muslo. Tanteó de nuevo, luego dio un salto a ciegas, casi volviendo a caerse. Intentó recuperar el equilibrio, dando manotazos convulsos. El lateral de su mano izquierda embistió la pared, sujetándola. Se retorció y corrió hacia el dormitorio oscurecido. Cerrando la puerta de golpe, se dejó caer, jadeante. Algo daba golpes desde el otro lado, algo pequeño y próximo al suelo.

Amelia escuchó, intentando no respirar tan fuerte. Movié cuidadosamente el pomo de la puerta para asegurarse de que el seguro estaba echado. Cuando ya no oyó ruidos al otro lado de la puerta, retrocedió hacia la cama. Dio un respingo cuando rebotó contra el borde del colchón. Inclínándose, agarró la extensión telefónica y se la llevó al regazo. ¿A quién podía llamar? ¿A la policía? Creerían que estaba loca. ¿A su madre? Estaba demasiado lejos.

Estaba marcando el número de Arthur a la luz del cuarto de baño cuando el pomo de la puerta empezó a girar. De pronto, sus dedos ya no pudieron moverse. Miró al otro lado de la habitación a oscuras. El seguro de la puerta emitió un chasquido. El teléfono se resbaló de su regazo. Oyó que caía con un golpe sordo sobre la alfombra al mismo tiempo que se abría la puerta de golpe. Algo se dejó caer desde el pomo exterior.

Amelia retrocedió de un salto, recogiendo las piernas. Una figura sombría correteaba sobre la alfombra hacia la cama. Abrió la boca, atónita. No es verdad, pensó. Se quedó rígida al notar que tiraban de su colcha. *Estaba trepando para llegar*

hasta ella. No, pensó. *No es verdad.* No podía moverse. Miró el borde del colchón.

Asomó algo que parecía una cabeza pequeña. Amelia se retorció con un grito de horror, corrió al otro lado de la cama y se tiró al suelo. Se lanzó al cuarto de baño, se dio la vuelta y cerró la puerta de golpe, jadeando por el dolor de su tobillo. Apenas había apretado el botón del pestillo cuando algo golpeó la parte inferior de la puerta. Amelia oyó un ruido como el arañar de una rata. Luego todo quedó en silencio.

Se dio la vuelta y se inclinó sobre la bañera. El nivel del agua había llegado casi hasta el del rebosadero. Mientras cerraba los grifos, vio gotas de sangre cayendo al agua. Se enderezó y se volvió hacia el espejo del armario-botiquín que tenía sobre el lavabo.

Recuperó el aliento horrorizada al ver la raja que cruzaba su cuello. Apretó una mano temblorosa sobre ella. Bruscamente, fue consciente del dolor de sus piernas y miró hacia abajo. Le había cortado las pantorrillas de ambas piernas. La sangre bajaba por sus tobillos, goteando por el extremo de sus pies. Amelia empezó a llorar. La sangre corría entre los dedos de la mano que tenía pegada al cuello. Chorreaba por su figurita. Contempló su reflejo a través de un velo de lágrimas.

Vio algo en ella que la despertó. Tal vez su aspecto miserable, tal vez una mirada aterrorizada de rendición. *No*, pensó. Estiró la mano hacia la puerta del armario-botiquín. Lo abrió y sacó yodo, gasas y cinta adhesiva. Bajó la tapa del retrete y se sentó con cautela. Retirar el tapón del bote de yodo supuso una auténtica batalla. Tuvo que golpearlo contra el lavabo tres veces antes de que se abriera.

El ardor del antiséptico en sus pantorrillas hizo que tragara saliva. Amelia apretó los dientes mientras envolvía su pierna derecha con gasa.

Un ruido hizo que se volviera hacia la puerta. Vio que estaban metiendo por debajo la hoja del cuchillo. Está intentando clavármela en el pie, pensó; cree que estoy de pie al lado de la puerta. Le parecía irreal tener aquellos pensamientos. *Este es El Que Mata*; el pergamino centelleó repentinamente en su cabeza. *Es un cazador mortífero.* Amelia miró cómo tanteaba la hoja del cuchillo. Dios, pensó.

Apresuradamente, se vendó ambas piernas y luego se puso en pie y, mirando el espejo, se limpió la sangre del cuello con un paño. Echó un poco de yodo por los bordes de la herida, siseando al notar el dolor ardiente.

Se volvió al oír el nuevo sonido, con el corazón saltándole. Se acercó a la puerta, se inclinó y escuchó atentamente. Oyó un débil ruido metálico dentro del pomo.

La figurita estaba intentando abrir el pestillo.

Amelia retrocedió lentamente, mirando el pomo. Intentó visualizar la figurita. ¿Colgaba del pomo por un brazo, utilizando el otro para hurgar en el cerrojo con el cuchillo? La imagen era demencial. Sintió un goteo gélido en la nuca. *No debo dejar que entre*, pensó.

Un grito ronco separó sus labios cuando el pasador del pomo salió despedido.

Estirando la mano impulsivamente, sacó una toalla de baño de su asa. El pomo giró, y el pestillo quedó libre con un chasquido. La puerta empezó a abrirse.

De repente, la figurita entró como un dardo. Se movía tan deprisa que su figura era un borrón ante los ojos de Amelia. Bajó la toalla con todas sus fuerzas, como si un enorme insecto fuera corriendo hacia ella. La figurita salió disparada contra la pared. Amelia le tiró la toalla encima y cruzó el cuarto de un salto, gimiendo por el dolor de su tobillo. Abrió la puerta de par en par y se precipitó en el dormitorio.

Casi había llegado a la puerta del pasillo cuando su tobillo cedió. Se desmoronó sobre la alfombra con un grito de dolor. Oyó un ruido detrás de ella. Girándose, vio la figurita que salía por la puerta del cuarto de baño como una araña saltarina. La hoja del cuchillo brillaba bajo la luz. De pronto, la figurita estaba en las sombras, lanzándose rápidamente sobre ella. Amelia retrocedió a gatas. Echó un vistazo sobre su hombro, vio el armario y reuló hacia su oscuridad, buscando a tientas el pomo.

Dolor otra vez, un corte gélido en el pie. Amelia chilló y se echó hacia atrás. Levantando la mano, tiró de un abrigo. Cayó encima de la figurita. Le tiró todo lo que tenía al alcance. La figurita quedó enterrada bajo un montículo de blusas, faldas y vestidos. Amelia se desmoronó sobre la pila móvil de ropas. Se obligó a levantarse y salió cojeando al pasillo tan rápido como pudo. El sonido del movimiento bajo las ropas desapareció del alcance de su oído. Cojeó hasta la puerta. Giró la llave y tiró del pomo.

La puerta no se abrió. Amelia buscó rápidamente el cerrojo. Lo había atrancado. Intentó liberarlo. No cedía. Lo arañó con terror repentino. Estaba completamente deformado.

—No —murmuró. Estaba atrapada.

—Oh, Dios —empezó a golpear la puerta—. ¡Por favor, socorro! ¡Socorro!

Ruido en el dormitorio. Amelia se volvió y cruzó el salón. Se dejó caer de rodillas junto al sofá, buscando a tientas el teléfono, pero sus dedos temblaban tanto que no pudo marcar el número. Empezó a sollozar, luego se giró con un grito estrangulado. La figurita venía corriendo hacia ella desde el pasillo.

Amelia agarró un cenicero de la mesa del café y se lo tiró. Tiró un jarrón, una caja de madera, una estatuilla. No fue capaz de acertar a la figurita. Llegó hasta ella, empezó a acuchillarle las piernas. Amelia retrocedió ciegamente y tropezó con la mesa del café. Rodando sobre las rodillas, consiguió ponerse en pie de nuevo. Avanzó tambaleante hacia el vestíbulo, tirando piezas del mobiliario para detener a la figurita. Derribó una silla, una mesa. Cogió una lámpara y la arrojó al suelo. Retrocedió hacia el vestíbulo y, girando, se metió en el armario y cerró la puerta de golpe.

Sujetó el pomo con dedos rígidos. Oleadas de aire caliente ondularon sobre su cara. Chilló cuando el cuchillo entró por debajo de la puerta, su punta afilada

clavándose en su dedo gordo. Se arrastró hacia atrás, cambiando la mano que sujetaba el pomo. Tenía el albornoz abierto. Sentía un chorro de sangre correr entre sus pechos. Sus piernas estaban entumecidas por el dolor. Cerró los ojos. Por favor, que alguien me ayude, pensó.

Cuando el pomo empezó a girar entre sus dedos, se puso rígida. Su piel se enfrió. No podía ser más fuerte que ella. No podía. Amelia apretó con más fuerza. Por favor, pensó. Su sien se golpeó contra el extremo de la maleta que tenía en la estantería.

La idea estalló en su cabeza. Sujetando el pomo con la mano derecha, estiró la otra mano hacia arriba, tanteando. Los cierres de la maleta estaban abiertos. Con un tirón repentino, giró el pomo, empujando la puerta con toda la fuerza que pudo. Salió disparado, lejos de ella. Oyó cómo chocaba contra la pared. La figurita cayó de golpe.

Amelia levantó la mano y bajó su maleta. Abrió la tapa y se hincó de rodillas bajo el marco de la puerta del armario, sujetando la maleta como un libro abierto. Hizo acopio de valor, abrió los ojos como platos, y apretó los dientes. Sintió el peso de la figurita al golpear el fondo de la maleta. Al instante, cerró la tapa y tumbó la maleta de lado. Se dejó caer encima de ella y la mantuvo cerrada hasta que sus manos temblorosas pudieron cerrar los broches. El sonido que hicieron al encajar en su posición hizo que sollozara aliviada. Empujó a un lado la maleta. Se deslizó por el pasillo y rebotó contra la pared. Amelia se esforzó por ponerse en pie, intentando no escuchar las patadas frenéticas y los arañazos dentro de la maleta.

Encendió la luz del vestíbulo e intentó abrir el cerrojo. Estaba irreparablemente doblado. Se dio la vuelta y cojeó a través del salón, mirando sus piernas. Las vendas estaban sueltas. Ambas piernas estaban cubiertas de sangre reseca, y algunas de las heridas todavía sangraban.

Se palpó la garganta. El corte seguía húmedo. Amelia apretó sus labios temblorosos. Pronto vería a un médico.

Sacó el picahielos del cajón de la cocina y volvió al vestíbulo. El sonido de algo cortando hizo que mirase hacia la maleta. Contuvo el aliento. La hoja del cuchillo asomaba por el lateral de la maleta, subiendo y bajando en movimiento de sierra. Amelia se quedó mirándola. Sintió que su cuerpo se había vuelto de piedra.

Fue cojeando hasta la maleta y se arrodilló a su lado, mirando con repugnancia la cuchilla que serraba. Estaba manchada de sangre. Intentó agarrarla con los dedos de la mano izquierda y extraerla. La hoja se retorció, y se fue hacia abajo; Amelia chilló, retrayendo la mano. Le había hecho un corte profundo en el pulgar. La sangre corrió por la palma de su mano. Amelia apretó el dedo contra su albornoz. Sintió que su cerebro se iba a quedar en blanco.

Se puso en pie, volvió cojeando hasta la puerta, y empezó a manipular el cerrojo. No conseguía abrirlo. Empezó a dolerle el pulgar. Metió el picahielos bajo el hueco del cerrojo e intentó arrancarlo de la pared. La punta del picahielos se partió. Amelia

resbaló y casi se cae. Se incorporó, sollozando. No había tiempo, no había tiempo. Miró alrededor, desesperada.

¡La ventana! ¡Podía tirar la maleta por la ventana! La visualizó volando en la oscuridad. Precipitadamente, dejó caer el picahielos y se volvió hacia la maleta.

Se quedó paralizada. La figurita había conseguido asomar la cabeza a través de la raja en el lateral de la maleta. Amelia vio cómo forcejeaba para salir. Sintió que era incapaz de moverse. La figurita estaba mirándola. No, pensó, no es verdad. La figurita liberó sus piernas y saltó al suelo.

Amelia dio un par de tumbos y corrió hacia el salón. Su pie derecho cayó sobre un pedazo de loza roto. Sintió que le cortaba muy hondo en el talón y perdía el equilibrio. Cayendo de costado, pataleó. La figurita llegó dando saltos. Podía ver el brillo de la hoja del cuchillo. Lanzó una patada salvaje que repelió a la figurita. Poniéndose en pie, avanzó hasta la cocina, se dio la vuelta, y empezó a empujar la puerta para cerrarla.

Algo impedía que se cerrara. A Amelia le pareció oír un grito en su cabeza. Miró hacia abajo y vio el cuchillo y una pequeña mano de madera. ¡El brazo de la figurita había quedado atrapado entre la puerta y el quicio! Amelia empujó la puerta con todas sus fuerzas, horrorizada por el ímpetu con que la puerta era empujada desde el otro lado. Oyó un chasquido. Una sonrisa feroz entornó sus labios y empujó la puerta desbocadamente. El chillido de su cabeza se hizo más fuerte, ahogando el sonido de la madera al astillarse.

La hoja del cuchillo se dobló. Amelia se hincó de rodillas y tiró de ella. Metió el cuchillo en la cocina, al ver que la mano y la figurita de madera soltaban el asa del cuchillo. Con un ruido ahogado, se puso en pie y tiró el cuchillo en la pila. La puerta se cerró de golpe contra su costado; la figurita entró corriendo.

Amelia se apartó de ella tambaleante. Levantó la silla y la arrojó contra la figurita. La figurita se apartó de un salto, y luego corrió, rodeando la silla caída. Amelia cogió la cazuela de agua del fogón y la arrojó. La bandeja resonó estrepitosamente contra el suelo, rociando de agua a la figurita.

Se quedó mirando a la figurita. No iba a por ella. Intentaba subir a la pila, saltando y agarrando el lateral de la encimera con una mano. Quiere el cuchillo, pensó. Necesita su arma.

De pronto, supo qué hacer. Se acercó a la cocina, abrió la puerta del horno y puso el indicador a máxima potencia. Oyó la detonación del gas mientras se volvía para coger la figurita.

Lanzó un grito cuando la figurita empezó a patalear y retorcerse, sus contorsiones enloquecidas, saltando de un lado a otro de la cocina. El chillido volvió a invadir su cabeza y de pronto supo que lo que chillaba era el espíritu de la figurita. Resbaló y chocó contra la mesa, se levantó y, poniéndose de rodillas delante del horno, arrojó la

figurita dentro. Cerró la puerta de golpe y se apoyó encima de ella.

La figurita casi arrancó la puerta. Amelia empujó con el hombro, luego con la espalda, volviéndose para apoyar las piernas contra la pared. Intentó ignorar el golpeteo de la figurita dentro del horno. Vio cómo la sangre roja manaba palpitante de su talón. El olor a madera quemada empezó a llegar hasta ella y cerró los ojos. La puerta se estaba calentando. Desplazó su peso cuidadosamente. Las patadas y los golpes llenaban sus oídos. Los chillidos inundaban su mente. Sabía que se iba a quemar la espalda, pero no se atrevía a moverse. El olor a madera quemada se hizo más intenso. El pie le dolía terriblemente.

Amelia miró el reloj eléctrico de la pared. Faltaban cuatro minutos para las siete. Observó cómo el segundero rojo giraba lentamente. Pasó un minuto. El chillido de su cabeza estaba remitiendo. Volvió a acomodarse, con los dientes rechinando para soportar el calor que le quemaba la espalda.

Pasó otro minuto. Las patadas y los golpes cesaron. Los chillidos se desvanecieron poco a poco. El olor de la madera quemada había llenado la cocina. Había un velo de humo gris en el aire. Esto lo tiene que ver alguien, pensó Amelia. Ahora que ha terminado, vendrán a ayudarme. Eso es lo que pasa siempre.

Empezó a apartarse un poco de la puerta del horno, dispuesta a apoyar de nuevo su peso si era necesario. Se dio la vuelta y se puso de rodillas. La peste a madera calcinada le producía náuseas. Pero tenía que asegurarse. Estirando la mano, abrió la puerta.

Algo oscuro y sofocante la invadió, y volvió a oír el chillido en su mente una vez más, mientras el calor la cubría por dentro y por fuera. Ahora era un chillido de victoria.

Amelia se levantó y apagó la parrilla. Sacó un par de tenazas para el hielo del cajón y extrajo el pedazo renegrido de madera. Lo dejó caer en la pila y le echó agua por encima hasta que el humo cesó. Luego entró en el dormitorio, cogió el teléfono y presionó la horquilla. Al cabo de un momento, liberó la horquilla y marcó el número de su madre.

—Soy Amelia, mamá —dijo—. Lamento haberme portado como lo hice. Quiero que pasemos la noche juntas. Pero se ha hecho un poco tarde. ¿Podrías pasarte tú por casa y ya nos vamos desde aquí? —Escuchó.

—Bien —dijo—. Te espero.

Tras colgar, entró en la cocina y sacó el cuchillo de trinchar más largo de su hueco en el sujetacuchillos. Se dirigió a la puerta principal y empujó el cerrojo, que ahora se desplazaba libremente. Llevó el cuchillo al salón, se quitó el albornoz y bailó la danza de la caza, de la alegría de la caza, de la alegría de la matanza inminente.

Luego se sentó en una esquina con las piernas cruzadas. El Que Mata se sentó,

con las piernas cruzadas, en la esquina, en la oscuridad, esperando que llegara su presa.

Nota

^[1] *Labor Day*, que se celebra el primer lunes de septiembre. (N. del t.) <<